

La
ECONOMÍA
de
DIOS

*W*ITNESS LEE

La
ECONOMÍA
de
DIOS

WITNESS LEE

*Exclusivamente para distribución gratuita.
Prohibida su venta.*

Living Stream Ministry
Anaheim, California • www.lsm.org

© 1990 Living Stream Ministry

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida por ningún medio —gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación o sistemas informáticos— sin el consentimiento escrito del editor.

Primera edición: agosto de 1990.

Edición para distribución masiva, agosto del 2003.

ISBN 0-7363-2329-5

Traducido del inglés

Título original: *The Economy of God*

(Spanish Translation)

Véase la última página para obtener información
acerca de la distribución de esta literatura en su región.

Publicado por

Living Stream Ministry

2431 W. La Palma Ave., Anaheim, CA 92801 U.S.A.

P. O. Box 2121, Anaheim, CA 92814 U.S.A.

CONTENIDO

<i>Capítulo</i>	<i>Página</i>
Prefacio	5
1 La economía del Dios Triuno	7
2 El Espíritu todo-suficiente	17
3 El lugar donde reside el Espíritu divino	27
4 La clave para el Espíritu morador	37
5 Las personas de Dios y las partes del hombre	47
6 Las partes internas y la parte escondida	57
7 La función de las partes internas y de la parte escondida	69
8 Tratando con el corazón y con el espíritu	79
9 Tratando con el alma	89
10 La excavación en las partes internas y en la parte escondida de nuestro ser	97
11 Discernir el espíritu del alma	105
12 El hombre y los dos árboles	115
13 La cruz y la vida del alma	125
14 El principio de la cruz	135
15 El principio de resurrección	143
16 Las riquezas de la resurrección	151
17 La comunión de vida y el sentir de vida	159
18 El ejercicio del espíritu y la entrada en el espíritu	167
19 El Cristo escondido en nuestro espíritu	177
20 El hombre tripartito y la iglesia	187

21	La edificación de la morada de Dios	197
22	La cubierta del edificio de Dios	209
23	La iglesia: Dios manifestado en la carne	217
24	La visión del blanco de la economía de Dios	229

PREFACIO

Los siguientes capítulos son mensajes que fueron dados en Los Angeles en la conferencia de verano de 1964. Se ha conservado la forma hablada en que fueron dados. El autor ruega a todos los lectores que pongan su atención en las realidades espirituales que estos mensajes conllevan, más que en el lenguaje en sí.

Tal vez la palabra “economía” usada en el título de este libro parezca un poco extraña al lector. “La economía de Dios” es una cita de 1 Timoteo 1:4, conforme al griego. La palabra “economía” en griego es “oikonomía”, que primordialmente significa administración de una casa, manejo de una casa, arreglo y distribución, o dispensación (de riquezas, propiedades, asuntos, etc.). Se usa con la intención de dar énfasis al punto central de la divina empresa de Dios, la cual es distribuirse o dispensarse a Sí mismo en el hombre.

Las tres Personas de la Deidad son para la economía de Dios, para la distribución divina, para la santa dispensación. El Padre como fuente está incorporado en el Hijo, y el Hijo como cauce es hecho real en el Espíritu, quien es la transmisión. Dios el Padre es Espíritu (Jn. 4:24), y Dios el Hijo, el postrer Adán, fue hecho Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). Todo está en Dios el Espíritu, quien es el Espíritu Santo revelado en el Nuevo Testamento. Hoy día, este Espíritu Santo, con la plenitud del Padre, en las riquezas del Hijo, ha entrado en nuestro espíritu humano y habita allí a fin de impartir en nuestro mismo ser todo lo que Dios es. Esto es la economía de Dios, la dispensación divina. El Espíritu Santo de Dios habitando en nuestro espíritu humano para dispensar en nuestro ser todo lo que Dios es en Cristo, es el foco, el centro mismo de esta misteriosa distribución del Dios Triuno. Este es el campo de batalla de la guerra espiritual. De qué manera, por medio de muchas cosas buenas y hasta bíblicas, el enemigo

sutil ha estado y está todavía distrayendo de este centro de la economía de Dios a los santos de Dios, aun a los que le buscan diligentemente. En semejante tiempo de confusión, tal como en los tiempos en que fueron escritas las Epístolas a Timoteo, debemos ser reducidos y aun dirigidos al Espíritu divino y todo-inclusivo en nuestro espíritu humano a fin de que seamos guardados de errar el blanco de la economía divina. Por lo tanto, hoy día es básicamente necesario regresar a nuestro espíritu humano así como permanecer en él y ejercitarlo a fin de hacer real el Espíritu de Dios. Haciendo esto podemos participar de toda la plenitud de Dios por medio de disfrutar las inescrutables riquezas de Cristo. Que el Señor nos conceda la gracia para que seamos introducidos en tal entendimiento y para que lo pongamos en práctica en nuestra vida diaria y en todo lo que hagamos.

A fin de lograr una aplicación adecuada y un mejor resultado, todos los mensajes de este libro deben leerse con un espíritu de oración. Será del mayor beneficio orar-leer todas las citas bíblicas de cada capítulo y acompañar siempre la lectura con oración. Que la presencia del Señor y Su dulce unción interior sea reconocida por todos los lectores en su lectura de estos mensajes en el espíritu.

Witness Lee

Los Angeles, California, EE.UU.
11 de enero de 1968

CAPITULO UNO

LA ECONOMIA DEL DIOS TRIUNO

En todos los mensajes que doy aquí, mi carga es compartir con ustedes un poco acerca de la economía de Dios. Leamos 1 Timoteo capítulo uno, versículos 3 al 7: "...que mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina, ni presten atención a fábulas y genealogías interminables, que acarrearán disputas más bien que edificación de Dios (gr. *la economía de Dios*) que es por fe; así te encargo ahora. Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida, de las cuales cosas desviándose (gr. *errando el blanco*) algunos, se apartaron a vana palabrería, queriendo ser doctores de la ley..."

Estos versículos contienen dos frases muy importantes como se indica en griego, el idioma original del Nuevo Testamento: "la economía de Dios" y "errando el blanco". Dios escogió al apóstol Pablo para que tuviera la responsabilidad de la economía de Dios, y Pablo entrenó en esta economía a Timoteo, su hijo espiritual. Es muy interesante notar que la epístola de Pablo a Timoteo fue escrita en un tiempo en que muchos cristianos se habían desviado de la senda original. Habían errado el blanco central de la economía de Dios y estaban prestando atención a otras cosas.

LO QUE DISTRAE DE LA ECONOMIA DE DIOS

Según la historia, dos elementos predominantes distraían de la senda correcta a los primeros cristianos: el judaísmo y el gnosticismo. Tanto los judaizantes con sus doctrinas y formas religiosas como los gnósticos con sus filosofías disuadían a los cristianos de seguir al Señor en el camino de la economía de Dios. Al parecer, los buenos elementos del judaísmo y del

gnosticismo eran lo que desviaba a estos primeros cristianos. Si estos elementos no fueran comparativamente buenos, no habrían podido prevalecer lo suficiente como para hacer que los creyentes erraran el blanco de la economía de Dios. Por ejemplo, los judaizantes enfatizaban firmemente la Ley mosaica del Antiguo Testamento. Ciertamente, la Ley no tenía nada de malo. Al contrario, era indudablemente correcta y buena, y había sido dada directamente por Dios mismo. Pero la Ley en sí no estaba relacionada con el centro de la economía de Dios. El gnosticismo, desde el punto de vista humano, también tenía sus buenos principios. De hecho, fue una de las mejores invenciones de la civilización humana y en cierto modo ayudaba a los paganos. Sin embargo, los gnósticos trataron de introducir en la iglesia su filosofía, distrayendo así del centro de la economía de Dios a los primeros cristianos.

Hoy día, aunque no hay judaizantes ni gnósticos que nos perturben, aún hay muchas cosas que nos distraen. Durante casi veinte siglos, el enemigo sutil no ha dejado de usar cosas aparentemente buenas para desviar a los creyentes de seguir al Señor en la senda correcta. Si dedicamos tiempo para el Señor, nos daremos cuenta de que el enemigo persiste en usar hasta las cosas buenas del cristianismo para distraer del centro de la economía de Dios a los hijos del Señor. Mientras viajaba por muchos distritos de este país durante estos últimos años, me di cuenta de que el enemigo sutil ha utilizado muchos asuntos religiosos y hasta puntos bíblicos para influir a los cristianos que buscan diligentemente al Señor, apartándolos del camino de la economía de Dios.

LA DEFINICION DE LA ECONOMIA DE DIOS

¿Qué es la economía de Dios? Las Escrituras, compuestas de sesenta y seis libros, contienen muchas diferentes enseñanzas, pero si con perspicacia espiritual hacemos un cuidadoso y completo estudio de las Escrituras, nos daremos cuenta de que la economía de Dios es simplemente Su plan de dispensarse a Sí mismo en la humanidad. La economía de Dios es la dispensación de Dios, lo cual significa nada menos que Dios se dispensa a Sí mismo en la raza humana. Es

lamentable que el término “dispensación” ha sido usado incorrectamente por el cristianismo. Su definición es casi la misma que la de la palabra griega “economía”. Significa el arreglo administrativo, el manejo gubernamental, o la mayordomía del plan de Dios, la cual tiene como fin dispensar, distribuir. En esta divina dispensación Dios, quien es todopoderoso y todo-inclusivo, tiene la intención de dispensar nada menos que a *Sí mismo* en nosotros. ¡Esto debe ser repetido muchas veces a fin de que nos impresione profundamente!

Dios es sumamente rico. El es como un exitoso hombre de negocios que tiene un enorme capital. Dios tiene un negocio en el universo y Su vasta riqueza es Su capital. No podemos comprender cuantos incontables billones El tiene. Todo este capital es simplemente *El mismo* y con ello El tiene la intención de “manufacturarse” a *Sí mismo* en producción masiva. Dios *mismo* es el Hombre de negocios, el Capital y el Producto. Su intención es dispensarse a Sí mismo en mucha gente, en producción masiva y en forma gratuita. Por lo tanto, Dios necesita tal arreglo divino o manejo divino, o dispensación divina, o economía divina a fin de introducirse en la humanidad.

Seamos más específicos. Ahora que sabemos que el propósito de Dios es dispensarse a Sí mismo, debemos descubrir *qué* es Dios a fin de saber *qué* es lo que El está dispensando. En otras palabras, ¿cuál es la substancia de Dios? Cuando un hombre de negocios planea fabricar un producto, antes que nada debe conocer claramente la substancia o materia prima de ese producto. La substancia de Dios es Espíritu (Jn. 4:24). La esencia misma del Dios todopoderoso, todo-inclusivo y universal es simplemente Espíritu. Dios es el Fabricante y tiene la intención de reproducirse a Sí mismo como Producto; por lo tanto, cualquier cosa que El reproduzca debe ser Espíritu, la propia substancia de El mismo.

LAS ETAPAS DE LA ECONOMIA DE DIOS

Hemos visto el propósito de Dios y qué es lo que Dios dispensa; ahora debemos comprender *cómo* Dios es dispensado por medio de Su economía. En otras palabras, lo que Dios

dispensa en el hombre es Espíritu, pero ahora necesitamos ver los medios por los cuales El hace esto. Es mediante Su Trinidad. El Dios Triuno —el Padre, el Hijo y el Espíritu— es la verdadera economía de la Deidad. Durante los siglos pasados el cristianismo ha tenido muchas enseñanzas acerca de la Trinidad, pero la Trinidad no puede ser adecuadamente entendida a menos que se le relacione con la economía divina. ¿Por qué se requieren las tres Personas de la Deidad para el desarrollo de Su economía? Sabemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres Dioses diferentes, sino un Dios que se expresa en tres Personas. Sin embargo, ¿cuál es el propósito de que haya tres Personas en la Deidad? ¿Por qué existen Dios el Padre, Dios el Hijo y también Dios el Espíritu Santo? Se debe a que sólo por medio de la Trinidad pueden ser provistos los medios esenciales por los cuales Su Espíritu es dispensado en nosotros.

Segunda Corintios 13:14 muestra las etapas de la economía de Dios mediante la Trinidad. “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”. Aquí tenemos la gracia del Hijo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo. ¿Qué significa esto? ¿Son éstos tres Dioses diferentes? ¿Acaso el amor, la gracia y la comunión son tres cosas diferentes? No. El amor, la gracia y la comunión son un solo elemento en tres etapas: el amor es la fuente, la gracia es la expresión del amor y la comunión es la transmisión en gracia de este amor. Del mismo modo, Dios, Cristo y el Espíritu Santo son un solo Dios expresado en tres Personas: Dios es la fuente, Cristo es la expresión de Dios, y el Espíritu Santo es la transmisión que introduce en el hombre a Dios quien está en Cristo. Por lo tanto, las tres Personas de la Trinidad vienen a ser las tres etapas sucesivas del proceso de la economía de Dios. Sin estas tres etapas, la esencia de Dios no podría jamás ser dispensada en el hombre. La economía de Dios se desarrolla *desde* el Padre, *en* el Hijo y *mediante* el Espíritu.

(1) DESDE EL PADRE

Dios el Padre es la fuente universal de todas las cosas. El es invisible e inaccesible. ¿Cómo puede Dios el Padre, que

habita en luz inaccesible (1 Ti. 6:16), estar dentro de nosotros? ¿Cómo podemos ver al Padre invisible? Si Dios fuera solamente Padre, sería inaccesible y no podría ser dispensado en el hombre. Sin embargo, mediante el arreglo divino de Su economía, El se puso a Sí mismo en Su Hijo, la segunda Persona de la Trinidad, a fin de hacerse disponible para el hombre. Toda la plenitud del Padre habita en el Hijo (Col. 1:19; 2:9) y se expresa por medio del Hijo (Jn. 1:18). El Padre, la inagotable fuente de todo, está incorporado en el Hijo. El Dios inaprehensible está ahora expresado en Cristo, la Palabra de Dios (Jn. 1:1); el Dios invisible está revelado en Cristo, la imagen de Dios (Col. 1:15). Así que, el Hijo y el Padre son uno (Jn. 10:30), y aun el Hijo es llamado el Padre (Is. 9:6).

Anteriormente era imposible que el hombre tuviera contacto con el Padre. El era exclusivamente Dios, y Su naturaleza era exclusivamente divina. El Padre no tenía nada para llenar el vacío que había entre Dios y el hombre. Pero ahora El no sólo ha tomado cuerpo en el Hijo, sino que también se ha encarnado en la naturaleza humana. Al Padre le ha placido combinar en el Hijo Su propia divinidad con la humanidad. Por medio de la encarnación del Hijo, el Padre que era inaccesible es ahora accesible al hombre. Mediante esto, el hombre puede *ver* al Padre, *tocar* al Padre y *tener comunión* con el Padre por medio del Hijo.

Podemos mostrar esta relación por medio de sumergir un pañuelo blanco en un tinte azul. La divinidad del Padre podría asemejarse originalmente al pañuelo blanco. Este pañuelo sumergido en el tinte azul representa al Padre en el Hijo, encarnándose en la humanidad. Ahora la prenda blanca se ha tornado azul. Exactamente así como el color azul fue añadido al pañuelo, así la naturaleza humana fue añadida a la naturaleza divina, y las dos naturalezas, que antes estaban separadas, se han hecho una sola. Por lo tanto, la primera etapa del dispensar de Dios en el hombre se efectúa mediante el habitar corporalmente y el encarnarse en el Hijo como hombre, de este modo reproduciéndose a Sí mismo en el hombre.

(2) EN EL HIJO

La segunda etapa para introducir a Dios en el hombre se lleva a cabo mediante la segunda Persona de la Trinidad, el Hijo de Dios. Para comprender la segunda etapa de la economía de Dios, necesitamos saber lo que Cristo es. ¿Cuáles son los elementos que constituyen a Cristo? ¿Cuáles son los ingredientes que, combinados, constituyen a Cristo?

Son siete los elementos básicos que constituyeron esta maravillosa Persona, seis de los cuales fueron añadidos a lo largo de Su historia. En primer lugar, Cristo es la divina forma corpórea de Dios. Este primer elemento de Cristo es la divina esencia y naturaleza de Dios.

El segundo elemento, Su encarnación, es el mezclar de Su naturaleza divina con la naturaleza humana. Mediante Su encarnación, El introdujo a Dios en el hombre y mezcló la divina esencia de Dios con humanidad. En Cristo existe no solamente Dios, sino también hombre.

El tercer elemento que fue añadido a Sus naturalezas divina y humana fue Su vivir humano. Este glorioso Dios-hombre vivió en la tierra por treinta y tres años y medio y experimentó todas las cosas comunes y corrientes que constituyen la vida humana cotidiana. El evangelio de Juan, el cual enfatiza que El es el Hijo de Dios, también nos dice que El se cansaba, que le daba hambre y sed, y que lloraba. Los sufrimientos que experimentó también eran parte de Su vida cotidiana, e incluyeron muchas dificultades, problemas, pruebas y persecuciones terrenales.

Su experiencia de la muerte es el cuarto elemento. El descendió a muerte. Sin embargo, El no sólo *entró en* la muerte sino que *pasó por* muerte. Esto produjo una muerte muy eficaz. La muerte de Adán es terrible y caótica, pero la muerte de Cristo es maravillosa y eficaz. La muerte de Adán nos *esclavizó* a la muerte, mientras que la muerte de Cristo nos *liberó* de la muerte. Aunque la caída de Adán introdujo en nosotros muchos elementos malignos, la eficaz muerte de Cristo que está dentro de nosotros es el poder aniquilador que mata todos los elementos de la naturaleza de Adán.

Por lo tanto, en Cristo se encuentran la naturaleza divina, la naturaleza humana, la vida humana cotidiana con sus sufrimientos, y también la eficacia de Su muerte. Pero además hay otros tres elementos en Cristo. El quinto elemento es Su resurrección. Después de Su resurrección, Cristo no se despojó de Su humanidad para hacerse solamente Dios de nuevo. ¡Cristo todavía es hombre! Como hombre, El tiene mezclado con Su humanidad el elemento adicional de la vida de resurrección.

El sexto elemento que se encuentra en Cristo es Su ascensión. Por Su ascensión a los cielos, El está por encima de todos los enemigos, principados, potestades, dominios y autoridades. Todos están bajo Sus pies. Por lo tanto, mezclado con El está el poder trascendente de Su ascensión.

Finalmente, el séptimo elemento que se encuentra en Cristo es Su entronización. Cristo, el hombre que tiene la naturaleza humana, está entronizado en el tercer cielo como Cabeza exaltada de todo el universo. El está en los lugares celestiales como Señor de señores y Rey de reyes.

Necesitamos por lo tanto recordar estos siete elementos maravillosos que están en El: la naturaleza divina, la naturaleza humana, la vida humana cotidiana con sus sufrimientos, la eficacia de Su muerte, el poder de resurrección, el poder trascendente de Su ascensión y la entronización. Todos estos elementos están mezclados en este maravilloso Cristo.

(3) POR EL ESPIRITU

Sin embargo, Dios no puede entrar en nosotros por el Hijo. Conforme a las primeras etapas de Su economía, el Padre se puso en el Hijo y el Hijo tiene los siete elementos mezclados dentro de Sí. Pero todavía necesitamos otra etapa, una tercera y última etapa para que Dios se dispense a Sí mismo en el hombre. La primera etapa fue que el Padre mismo se incorporó en el Hijo; la segunda etapa fue que el Hijo se encarnó en humanidad a fin de mezclar en El estos siete maravillosos elementos; la tercera etapa consiste en que tanto el Padre

como el Hijo están ahora en el Espíritu. Todo lo que está en el Padre, está en el Hijo, y tanto el Padre como el Hijo, con todos los elementos que se encuentran en Cristo, son introducidos en el Espíritu.

Después de la ascensión del Señor, el Espíritu Santo ya no es lo mismo que el Espíritu de Dios de los tiempos anti-*guotestamentarios*. El Espíritu de Dios en el Antiguo Testamento sólo tenía un elemento: la divina naturaleza de Dios. Como Espíritu divino, El no tenía los elementos de la naturaleza humana, la vida humana cotidiana, la eficacia de la muerte, la resurrección, la ascensión y la entronización. Hoy día, sin embargo, bajo la economía neotestamentaria, los siete elementos de Cristo han sido puestos en el Espíritu, y este Espíritu todo-inclusivo ha entrado *en* nosotros y está *sobre* nosotros. En otras palabras, El está en nosotros y nosotros en El. Este es el verdadero mezclar de Dios con el hombre, que podemos experimentar en cualquier momento. Estamos interna y externamente mezclados con el Espíritu Santo.

¿Qué es el Espíritu Santo? Es el Espíritu de Verdad (Jn. 15:26). Pero, ¿qué es la verdad? El significado de la palabra “verdad”, en griego, es realidad. Por lo tanto, el Espíritu Santo es el Espíritu de Realidad, la realidad plena de Cristo. Así como Dios habita corporalmente en Cristo, también Cristo es hecho real en la maravillosa Persona del Espíritu Santo. Cristo no está separado de Dios y el Espíritu no está separado de Cristo. Cristo es Dios expresado y el Espíritu es Cristo hecho real en la realidad misma.

“Porque el Señor es el Espíritu” (2 Co. 3:17). Este versículo prueba que el Espíritu Santo no está separado de Cristo. El Señor es Cristo mismo y es mencionado como el Espíritu. “Fue hecho ... el postrer Adán, espíritu vivificante” (1 Co. 15:45). Una vez más las Escrituras señalan que Cristo, el postrer Adán, es el Espíritu. Debemos admitir que este Espíritu vivificante es el Espíritu Santo.

Además, Dios el Padre también es el Espíritu (Jn. 4:24). Por tanto, las tres Personas de la Deidad son el Espíritu. Si

Dios el Padre no fuera el Espíritu, ¿cómo podría El estar en nosotros y cómo podríamos nosotros tener contacto con El? Más aún, si Dios el Hijo no fuera el Espíritu, ¿cómo podría El estar en nosotros y cómo podríamos experimentarlo a El? Puesto que tanto el Padre como el Hijo son el Espíritu, nosotros podemos fácilmente tener contacto con Dios y experimentar a Cristo.

Veamos los siguientes versículos: “Un Dios y Padre ... el cual es ... *en** todos” (Ef. 4:6). “Jesucristo está *en* vosotros” (2 Co. 13:5). “...su Espíritu que mora *en* vosotros” (Ro. 8:11). Estos tres versículos revelan que Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu están *en* nosotros. Entonces, ¿cuántas Personas están en nosotros? ¿Tres o una? No debemos decir que en nosotros hay tres Personas separadas, ni tampoco debemos decir que en nosotros hay una sola Persona, sino que el Tres-en-uno está en nosotros. Las tres Personas de la Deidad no son tres Espíritus, sino un solo Espíritu. El Padre está en el Hijo, y el Hijo, con Sus siete maravillosos elementos, está en el Espíritu. Cuando este maravilloso Espíritu Santo entra en nosotros, la Deidad es dispensada en nosotros. Debido a que las tres Personas están en un Espíritu, tenemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo dentro de nosotros. Más adelante veremos que el Dios Triuno está en nuestro espíritu humano para ser nuestra vida espiritual interior. Esto es el centro mismo de la economía de Dios y éste es el método por el cual la Deidad se dispensa en nosotros. La meta de la economía divina es dispensar al Dios Triuno en un solo Espíritu dentro de nuestro espíritu humano. Por lo tanto, ahora debemos enfocar toda nuestra atención en vivir por el Dios Triuno, quien habita en nuestro espíritu humano. Si nos distraemos de esto, no obstante lo bueno y bíblico que otras cosas sean, sin duda erraremos el blanco de la economía de Dios. Hoy día el Señor está recobrando a Sus hijos por medio de hacer que se centren en esta meta de Su economía divina.

* El énfasis, expresado en bastardilla en citas de las Escrituras, es nuestro.

¡Señor, la vida en mí eres Tú,
Y todo para mí!
Subjetivo y disponible
Te experimento en mí.

Coro:

Tú, el Espíritu eres,
Querido y cerca a mí;
¡Cómo disfruto que estás
Tan disponible a mí!

En todas mis necesidades
Tú eres rico suplir;
Suficiente y preparado
Para aplicarte a mí.

Tu unción tan dulce con Tu poder,
Sostiene al débil hoy;
Con Tu suplir de energía,
Fortalecido soy.

Tu ley de vida en mi corazón,
Regula mi andar;
Las riquezas de Tu realidad
Me van a saturar.

Siempre uno conmigo eres Tú,
Unidad sin igual;
¡Un solo espíritu conmigo
Por la eternidad!

Himno número 47 de *100 Himnos Seleccionados*
publicado por Living Stream Ministry

CAPITULO DOS

EL ESPIRITU TODO-SUFICIENTE

EL ESPIRITU ES LA TRANSMISION DE DIOS

En el capítulo uno vimos que la economía de Dios es que El se dispense a Sí mismo dentro de nosotros mediante las tres Personas de la Deidad. Podemos usar la electricidad como ejemplo de la economía de la Trinidad. Esta incluye la fuente, la corriente y la transmisión. Estas parecen ser tres clases diferentes de electricidad, pero en realidad son una sola. La fuente, la corriente y la transmisión son la electricidad misma. Si no existiera la electricidad, tampoco podrían existir la fuente, ni la corriente, ni la transmisión. Así como la electricidad existe en tres diferentes etapas, así mismo existe un solo Dios con tres Personas. En un extremo está la fuente o el depósito de la electricidad, mientras que en el otro extremo está la transmisión de la electricidad a nuestros hogares. Entre los dos extremos está la corriente. Este es un ejemplo de tres etapas de una misma cosa. Dios como el Padre es la fuente; Dios como Hijo es el cauce y la expresión misma del Padre; y Dios como el Espíritu es la transmisión de Dios dentro del hombre. Por lo tanto, el Padre es el Espíritu, el Hijo también es el Espíritu, y el Espíritu, por supuesto, también es el Espíritu. El Padre está en el Hijo, el Hijo está en el Espíritu y el Espíritu está en nosotros como la misma transmisión de Dios, transmitiendo constantemente todo lo que Dios es y tiene en Cristo.

EL ESPIRITU ES LA DOSIS TODO-INCLUSIVA

En esta era moderna, en el campo de la medicina, el hombre ha perfeccionado muchas drogas. Algunas medicinas están compuestas de una gran cantidad de elementos y

pueden ser administradas en una sola dosis. En la aplicación de una sola dosis, algunos de los elementos pueden destruir gérmenes, otros pueden calmar los nervios, e incluso otros elementos pueden nutrir y refrescar el cuerpo. Esta es una dosis todo-inclusiva. ¿Nos hemos dado cuenta alguna vez de que, en todo el mundo, el Espíritu Santo es la mejor “dosis”? Una sola dosis es suficiente para satisfacer todas nuestras necesidades. Todo lo que el Padre y el Hijo son y todo lo que Ellos tienen está en este Espíritu maravilloso. Considere cuántos elementos están en esta dosis: la divina naturaleza de Dios, Su naturaleza humana, Su vivir humano con los sufrimientos terrenales, la maravillosa eficacia de Su muerte, Su resurrección, Su ascensión y Su entronización. ¡Oh, no podemos imaginarnos qué clase de dosis es ésta! Sin embargo, alabado sea el Señor, cada día podemos disfrutarla! Ningún científico ni médico sobre la tierra podría analizar esta maravillosa dosis. Esta es la economía de Dios, la cual es nada menos que Dios mismo dispensándose en nosotros.

No es un asunto de aprender doctrinas. Cuando era joven, aprendí todas las doctrinas acerca de las diferentes dispensaciones. Me enseñaron que había por lo menos siete dispensaciones. Pero, hablando con propiedad, solamente hay una dispensación que necesitamos: la dispensación de Dios mismo. Los sesenta y seis libros de las Escrituras son una narración completa de esta dispensación única: el dispensar de Dios mismo dentro de nosotros. ¡Oh que participemos de El, todo el día, como la dosis todo-inclusiva en este Espíritu maravilloso! Disfrutemos a Dios mismo, no las doctrinas dispensacionales.

¿Es usted un hermano débil? Aquí hay una dosis, una maravillosa dosis para fortalecerlo con poder y potencia divina. ¿Es usted un hermano con muchos problemas? La sanidad está en esta dosis. Una dosis del Espíritu Santo sanará todos los problemas de uno.

Cuando era joven, me enseñaron que nosotros hemos sido crucificados juntamente con Cristo y que yo debo reconocermelo como muerto. Así que desde la mañana hasta la noche, estaba yo alerta para considerarme muerto. Pero cuanto más lo hacía, más vivo estaba. Esto no funcionó debido a que la

fórmula fue incorrecta. Un día, después de muchos años, el Señor abrió mis ojos para que viera que la realidad de Su muerte no está en mi reconocimiento, sino en mi disfrute del Espíritu Santo. Esto está revelado en Romanos 8. Romanos 6 solamente nos da la definición, pero Romanos 8 nos da la realidad de la muerte de Cristo, debido a que la eficacia de la muerte de Cristo está en el Espíritu Santo. Mientras más comunión tengamos con Cristo en el Espíritu Santo, más seremos inolados. La dosis del Espíritu Santo todo-inclusivo contiene el elemento aniquilador. No es necesario considerarnos muertos cuando estamos en el Espíritu Santo, debido a que lo disfrutamos como esta dosis maravillosa. Espontáneamente, todos los gérmenes dentro de nosotros serán exterminados.

Anteriormente cuando yo odiaba a un hermano, me decían que “el yo odiador” estaba crucificado, y que en vez de odiarlo yo debía amarlo. Así que yo trataba de considerarme muerto, pero esto no me daba resultado. Cuanto más me contaba muerto, más odio sentía hacia él. Luego, un día mientras tenía comunión con el Señor fui lleno de Su Santo Espíritu. ¡Oh cómo fluyeron de mí las lágrimas! Me di cuenta de que el poder aniquilador estaba dentro de mí, matando mi odio y mi orgullo. Automáticamente el amor, mezclado con lágrimas, brotó de mi corazón para con este hermano. ¿Qué fue eso? Eso fue el elemento mortífero, en la maravillosa dosis, la eficacia de la muerte de Cristo en el Espíritu.

Dentro de este Espíritu de Jesús hay una suministración todo-suficiente. En Filipenses 1:19, la palabra “suministración” es una palabra griega especial que implica “la suministración abundante o todo-inclusiva”. El Espíritu de Jesús es una suministración todo-inclusiva, en la cual todas nuestras necesidades son satisfechas. ¿Qué necesitamos? ¿Necesitamos consuelo? Nadie puede verdaderamente consolarnos, ni aún nuestros propios hijos ni nuestros padres ni nuestras queridas esposas. El verdadero consuelo procede del Espíritu de Jesús que mora en nosotros. Cuando tenemos comunión con Jesús en este Espíritu y cuando vivimos en este Espíritu maravilloso, automáticamente tenemos consuelo

interior. No importa cuál sea el ambiente exterior, hay reposo y consuelo en nuestro interior.

Tal vez digamos: “Yo no sé que hacer. Necesito dirección”. La dirección viviente está en el Espíritu Santo. Cuando tengamos comunión con el Señor y andemos en el Espíritu Santo, espontáneamente tendremos luz en nuestro interior para guiarnos. Todo, incluso la dirección, está en el Espíritu Santo. Hoy en día El está en nosotros como dosis todoinclusiva. No necesitamos pedir o clamar. Solamente necesitamos tomarlo a El, disfrutarlo y alabarlo.

Por ejemplo, una hermana tenía un problema y no sabía qué hacer. Aunque ella no tenía una dirección clara, ella acudió al Señor y le dijo: “Señor, te alabo porque no tengo guía. Te alabo porque no sé qué hacer. Te alabo porque estoy en tinieblas”. ¿Qué fue lo que sucedió? ¡Cuanto más ella alababa más estaba en la luz! Hagamos lo mismo. Cuando estemos débiles acudamos al Señor y digámosle: “Señor te alabo porque en esta situación estoy débil”. Por medio de tener contacto con El, podremos ver qué Espíritu tan maravilloso es El, quien mora dentro de nosotros para ser el suministro abundante y todo-suficiente.

En el cristianismo, demasiadas doctrinas están distrayendo del Señor mismo al pueblo del Señor, haciendo que ellos yerren el blanco de la economía de Dios. ¿Cuál es este blanco? Es simplemente el Espíritu Santo todo-inclusivo morando en nuestro espíritu humano. Durante todo el día aprenda a tener contacto con el Espíritu Santo y a seguirlo. Aprenda a tener comunión y tratar con El. El cristianismo nos enseña a tratar con formas, reglamentos y doctrinas. Aun las Escrituras se leen de una manera equivocada, ya que al leerlas se tiene poco o ningún contacto con el Espíritu Santo. Solamente aprendemos doctrinas de lo que está impreso. Necesitamos leer las Escrituras por medio de ejercitar nuestro espíritu para tener contacto con el Espíritu Santo, y no por medio de usar nuestros ojos para ver las palabras y ejercitar nuestra mente solamente para entender las enseñanzas. Desde la mañana hasta la noche, debemos tener trato con Aquél que mora en nosotros, porque El es el suministro abundante del Señor Jesús.

EL ESPIRITU ES LA MORADA MUTUA

Juan 14:23 dice que el Padre y el Señor vendrán para hacer Su morada con nosotros. ¿Qué significa esto? ¿Ha tenido usted la experiencia de que el Padre y el Hijo vengan para hacer Su morada con usted? Este es el blanco de la economía de Dios, la cual estamos considerando. Esta morada tiene dos aspectos: el Padre y el Hijo llegarán a ser nuestra morada, y nosotros llegaremos a ser Su morada. Esta es una morada *mutua*. ¿Cómo puede ser posible esta morada mutua? Solamente mientras estamos en el Espíritu, así como el Padre y el Hijo están en el Espíritu, podemos experimentar este morar mutuo. Cuando estamos en el Espíritu, habitamos en el Hijo y en el Padre, y al mismo tiempo Ellos habitan en nosotros. Solamente entonces tendremos una íntima comunicación y comunión con el Padre y el Hijo. Tendremos una “conversación” interior. Conversaremos con el Señor, y el Señor conversará con nosotros. Estas son las experiencias prácticas de la morada mutua.

EL ESPIRITU ES LA VIDA INTERIOR Y LA VESTIDURA EXTERIOR

El Señor también es el Espíritu de vida dentro de nosotros que, como agua, nos refresca, fortalece y llena con la vida interior (Jn. 7:37-39).

El Señor como Espíritu Santo también es asemejado a vestiduras (En Lucas 24:49 la palabra “investido”, en griego, significa “vestido”). La vestidura indica poder y autoridad. Hoy en día cuando alguien está realizando un acto oficial que conlleva responsabilidad, necesita un uniforme. Supongamos que vemos en la calle a un policía vestido de civil, sin uniforme. Nadie lo respetaría como policía. El ha perdido su autoridad debido a que le falta el uniforme. Cuando estamos manejando y vemos a un policía con uniforme inmediatamente tomamos precauciones. Cuando el policía trae puesto su uniforme, él está investido de autoridad. El Espíritu Santo dentro de nosotros es nuestro suministro de vida, y por fuera de nosotros es el uniforme que nos da autoridad. Cuando estamos vestidos de El, tenemos la máxima autoridad del universo.

Después de la resurrección, el Señor vino a Sus discípulos y sopló en ellos (Jn. 20:21, 22). El llamó a ese mismo *aliento* el “Espíritu Santo”, porque El mismo *es* el Espíritu Santo. Todo lo que procede de El debe ser el Espíritu Santo. Sabemos que el aliento es algo relacionado con la vida y algo para la vida. Cuando el Señor sopló el Espíritu Santo dentro de los discípulos, impartió Su Espíritu de vida dentro de ellos. Desde aquel día de Resurrección todos los discípulos recibieron el Espíritu de vida dentro de ellos. Recibieron el beber interior del agua de vida.

Sin embargo, en aquel tiempo ellos no tenían poder. Todavía no les había sido dado el uniforme. Por lo tanto, el Señor les dijo que esperasen (Lc. 24:49) hasta que El ascendiera a los cielos para ser entronizado como Cabeza y Autoridad del universo. Fue por medio de Su ascensión y entronización que El obtuvo la posición para derramarse a Sí mismo en el Espíritu Santo como autoridad. En el día de Pentecostés descendió el Espíritu Santo, no como vida, sino como poder (Hch. 1:8).

Por lo tanto, en el día de Resurrección, el cual es el día de la vida, el Espíritu Santo procedió del Señor y entró en los discípulos como el aliento de vida. Pero en el día de Pentecostés, el cual es el día del poder, el Espíritu Santo procedió de la Cabeza entronada y ascendida, y equipó a los discípulos con la autoridad para el servicio. Este es el Espíritu Santo de poder como el uniforme.

Supongamos que un policía se está preparando para irse a su trabajo. ¿Qué es lo que normalmente hace antes de empezar su trabajo? Por las mañanas él toma algunas tazas de alguna bebida para refrescarse y fortalecerse. Pero, ¿el hecho de ser lleno de esta bebida le *hará apto* para realizar su trabajo como policía? Si él sale así sin uniforme y grita: “Estoy lleno; ahora soy un policía”, nadie lo respetará. La gente dirá que está loco. Aunque él es un verdadero policía, sin embargo, sin el uniforme no tiene autoridad. Pero cuando él se pone el uniforme, está equipado con el poder de autoridad. Luego, cuando él sale a la calle, todos lo respetan como un hombre que tiene la autoridad de la policía local. No podemos menospreciar este uniforme. Este uniforme representa la autoridad del gobierno. Por otro lado, si el policía no bebe nada por la

mañana, estará débil. El podría ponerse su uniforme y ejercer su posición de autoridad, pero él no tendría fuerza ni frescura por dentro.

Algunos cristianos que están llenos interiormente, no tienen el uniforme, mientras que otros tienen el uniforme apropiado, pero están vacíos interiormente. Necesitamos ambos, ser llenos interiormente y ser equipados exteriormente. Necesitamos el Espíritu Santo del día de Resurrección como vida “dentro de” nosotros y el Espíritu Santo del día de Pentecostés como poder “sobre” nosotros. Necesitamos ser llenos del Espíritu Santo interiormente, también necesitamos ser revestidos del Espíritu Santo exteriormente. Si tenemos ambos aspectos, experimentaremos la bendición de la mezcla del Espíritu Santo por dentro y por fuera. Y, ¿quién es el Espíritu? Recuerde que el Espíritu es la realidad misma del Dios Triuno. Mientras somos llenos y vestidos del Espíritu Santo, somos mezclados con el Dios Triuno. Esto es el blanco de la economía de Dios, el cual no debemos errar.

¡Oh, que prestemos atención a este centro, la economía de Dios, y no sólo a la doctrina! Algunos tratan de discutir acerca de doctrinas. Ellos dicen: “¿Qué piensa usted acerca del arrebatamiento?” Muchos cristianos se preocupan por el asunto del arrebatamiento después de la tribulación o antes de la tribulación, el arrebatamiento parcial, o alguna otra cosa. Una vez le dije a un querido hermano: “Mientras tú ames al Señor y vivas por El, cuando El regrese, tú serás arrebatado. ¡Eso es suficiente!” Olvidémonos de doctrinas y aprendamos a amarlo a El. Busque el blanco de Su economía, tenga contacto con el Cristo vivo en el Espíritu Santo, y sea lleno de El y sea vestido de El.

Algunos discuten acerca de la seguridad eterna, pero la verdadera seguridad es Cristo mismo, no la enseñanza acerca de la seguridad eterna. Mientras tengamos a Cristo, tenemos seguridad. Si no tenemos a Cristo, no tenemos seguridad alguna. La doctrina de la seguridad eterna no es Cristo. La doctrina solamente produce divisiones entre los hijos de Dios. Si amamos a Cristo, andamos por el Espíritu vivo y no enfatizamos las doctrinas, seremos uno con todos los santos. Cuanto más hablemos acerca de doctrinas, más pelearemos. Hoy

mientras hablamos acerca del Espíritu Santo, la dosis maravillosa, todos decimos: “¡Amén! ¡Aleluya!”. Pero mañana, si hablamos acerca de la seguridad eterna, algunos dirán: “Lo siento, no puedo estar de acuerdo”. Inmediatamente seremos divididos, y esto significa que habremos errado el blanco. Estaremos enseñando cosas que sólo agitan dudas, en vez de concentrar toda nuestra atención en el blanco de la economía de Dios. ¿Cuál es el blanco? Es el Padre en el Hijo, el Hijo en el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo en nosotros.

Otros arguyen acerca del bautismo. Por ejemplo, algunos tratan de convencer a otros insistiendo en la aspersión. De nuevo, esto es un asunto de doctrina y no un asunto del Espíritu del Cristo vivo. Debemos aprender a tomar una cosa, y a ser tomados por una sola cosa: Cristo mismo. Debemos aprender a tomar a Cristo en el Espíritu Santo, y a ser tomados por el Espíritu Santo. Aunque es cierto que podemos recibir ayuda de la doctrina, el centro principal de la economía de Dios no es la doctrina, sino el Cristo vivo (Viviente) en el Espíritu Santo.

EL ESPIRITU ES EL ESPIRITU QUE DA VIDA, LIBERA Y TRANSFORMA

Si durante todo el día tenemos contacto en el maravilloso Espíritu Santo con Aquel que vive, sucederán tres cosas dentro de nosotros. Primero, el Espíritu que da vida impartirá vida (2 Co. 3:6). Cada vez que tengamos contacto con este Espíritu maravilloso, tendremos refrigerio, fortaleza, satisfacción e iluminación interiores. Estas son indicaciones de que Cristo como vida está siendo impartido más y más dentro de nosotros. Tal vez hemos sido cristianos por más de ochenta años, sin embargo todavía necesitamos que el Cristo de Dios como Espíritu vivificante se imparta a Sí mismo dentro de nosotros, y que nos refresque, nos fortalezca, nos satisfaga, nos ilumine y nos llene. Este Espíritu maravilloso está dentro de nosotros para impartir a Cristo como nuestra suministración abundante.

Luego, el Espíritu Santo nos liberará continuamente (2 Co. 3:17). Muchas opresiones y depresiones durante el día tienden a debilitarnos. Algunas veces la cara de una persona

enojada nos deprimirá. Algunas veces es posible que su esposa no se sienta bien y cuando usted regrese a su casa del trabajo, ella se moleste con usted. Después, si asiste a una reunión, usted irá alicaído. Las personas le preguntarán: “¿Qué le sucedió hermano?” Usted dirá: “¡Nada!” Usted no se atreverá a decirles que la conducta de su esposa haya influido en usted. Este pequeño asunto puede agobiarlo y deprimirlo. Sin embargo, si usted tiene contacto con el Cristo vivo dentro de usted, El inmediatamente lo liberará. ¡Usted trascenderá muy por encima de su esposa, y toda la depresión estará bajo sus pies! Usted será liberado hasta el trono en el tercer cielo. Muchas veces cuando ya estaba preparado para asistir a una reunión del ministerio, algo sucedía. Pero aprendí la lección. Yo decía: “Señor, yo estoy en los cielos; no seré turbado por todas estas cosas”. Si estamos en el Espíritu Santo, seremos trascendentes, debido a que en este Espíritu maravilloso están los elementos de ascensión y transcendencia. Cuando estamos en El, los elementos que están en el Espíritu nos liberarán todo el día.

Por último, mientras El nos imparte vida y nos libera, el Espíritu Santo también nos transforma. Segunda Corintios 3:18, según la traducción apropiada, dice: “Y todos nosotros a cara descubierta, mirando y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados en la misma imagen, de gloria en gloria, como por el Señor Espíritu”. En este versículo tenemos la palabra “transformados”, la cual también está en Romanos 12:2: “*transformaos* por medio de la renovación de vuestro entendimiento”. Ser transformado no sólo significa ser cambiado exteriormente, sino también ser cambiado por dentro en naturaleza, y por fuera en forma. Mientras miramos y reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen del Señor, de una etapa de gloria a otra. Cuando se pone algo enfrente de un espejo, el espejo refleja lo que se le pone enfrente. Pero si un espejo se cubre con un velo, el espejo queda encubierto; aun si se pusiera un objeto delante de él, no podría reflejarlo. Si somos un espejo que no tiene velos, reflejaremos a Cristo por medio de mirarlo a El. Este es el proceso de transformación. El Señor es el Espíritu que nos transforma

por dentro. Aunque somos muy naturales y aun pecaminosos, el Espíritu transforma nuestra imagen natural a Su gloriosa imagen. Durante todo el día, si vivimos en el Espíritu, El nos transformará por medio de renovar nuestra mente, nuestra emoción y nuestra voluntad. Por medio de saturar nuestra mente, emoción y voluntad con El mismo, El ocupará todo el interior de nuestro ser. Nuestro amor, nuestro odio, nuestros deseos, nuestras preferencias y nuestras decisiones, tendrán Su imagen. Seremos transformados en Su imagen, de gloria en gloria, es decir, hoy somos transformados en la primera etapa de gloria, mañana seremos transformados en la segunda etapa de gloria, y el siguiente día, en la tercera etapa. Cada día aumentará la gloria en nosotros.

La economía de Dios y la meta de Su economía es que Dios se dispensará a Sí mismo en nosotros y nos mezclará con El mismo en Su gloria. Entonces podremos expresarlo. Seamos fieles a este propósito, mantengámonos asidos a este centro, y sigamos adelante para alcanzar esta meta.

CAPITULO TRES

EL LUGAR DONDE RESIDE EL ESPIRITU DIVINO

Leemos en Juan 3:6: “Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”. Este versículo habla de dos “espíritus” diferentes: uno está escrito con mayúscula y el otro, no. En la primera mención esta palabra se refiere al Espíritu Santo de Dios y en la segunda se refiere al espíritu del hombre. Lo que es nacido del Espíritu Santo es el espíritu humano. Otro versículo que muestra estos dos “espíritus” es Juan 4:24: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”. De nuevo, el primer “Espíritu” está escrito con mayúscula, y el segundo, no. A Dios, quien es Espíritu, lo debemos adorar en nuestro espíritu humano. Romanos 8:16 confirma aún más la existencia de dos espíritus: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”. El pronombre “nuestro” designa de manera definitiva al espíritu humano y no deja lugar a dudas en cuanto a la realidad del Espíritu divino y del espíritu humano.

Leemos en Romanos 8:9, 10: “...el Espíritu de Dios mora en vosotros ... Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto ... mas el espíritu vive”. En el versículo 10, la versión Reina Valera y casi todas las demás versiones traducen “espíritu” con “e” minúscula. ¿Por qué hacemos ver esto? Porque los cristianos saben muy poco acerca del espíritu del hombre. Se le da mucha atención al Espíritu Santo, pero se descuida casi totalmente al espíritu humano, el lugar donde reside y habita el Espíritu Santo. Supongamos que alguien quisiera visitarme. Primero tendría que averiguar dónde vivo. Si no puede encontrar mi hogar, tendría que cancelar su visita. Aunque se habla mucho acerca del Espíritu Santo, no obstante, no sabemos dónde habita. Romanos 8:9 sin duda se refiere al Espíritu Santo, pero el versículo 10 habla del espíritu humano. “...El *cuerpo* en verdad

está muerto ... mas el *espíritu* vive". Por supuesto el Espíritu Santo no puede ser comparado con nuestro cuerpo. La comparación debe ser entre el cuerpo humano y el espíritu humano, no entre el cuerpo humano y el Espíritu Santo.

El apóstol Pablo dijo: "Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en *mi* espíritu en el evangelio de su Hijo" (Ro. 1:9). Nuestro pensamiento habitual es que a Dios se le sirve en el Espíritu Santo, pero aquí tenemos un versículo que dice que a Dios se le sirve en nuestro espíritu humano. En Gálatas 5:16, en la frase "andad en el Espíritu" se encuentra el artículo definido "el" y "Espíritu" está escrito con mayúscula, pero el texto griego interlinear omite tanto el artículo como la mayúscula. Debido a la traducción de la versión *King James* [así como también la versión Reina-Valera], muchos cristianos creen que este versículo quiere decir andar en el Espíritu Santo, pero según el texto griego, quiere decir andar en nuestro espíritu. Nos sería de provecho comparar traducciones a fin de encontrar el significado correcto. En muchos versículos la palabra "espíritu" no debería escribirse con mayúscula.

Los traductores de la Biblia han encontrado muy difícil decidir en algunos pasajes si la palabra "espíritu" se refiera al Espíritu Santo o al espíritu humano. ¡La razón de esta dificultad consiste en que en los creyentes el Espíritu Santo y el espíritu humano están mezclados como un solo espíritu! "El que se une al Señor, un espíritu es con El" (1 Co. 6:17). Somos un espíritu con el Señor, pero somos un espíritu que está claramente mezclado con el Espíritu Santo. Este espíritu mezclado le dificulta a cualquiera el decidir si se trata del Espíritu Santo o del espíritu humano. Los dos están mezclados en uno. Podemos decir que es el Espíritu Santo y también decir que es el espíritu humano de los santos. A veces hacemos refrescos por medio de mezclar dos clases de jugos, por ejemplo piña y toronja. Después de mezclarlo es difícil decir qué clase de jugo es. ¿Es piña o es toronja? Debemos llamarlo piñatoronja. En el Nuevo Testamento es maravilloso ver que estos dos espíritus, el Espíritu Santo y nuestro espíritu mezclados, son un espíritu.

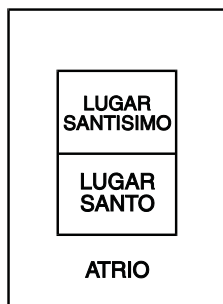
LOCALIZANDO EL ESPIRITU HUMANO

En el primer capítulo vimos que Dios el Padre está en nosotros (Ef. 4:6), que Cristo está en nosotros (2 Co. 13:5) y

que el Espíritu Santo está en nosotros (Ro. 8:11). Las tres Personas del Dios Triuno están en nosotros. Pero, dentro de nosotros, ¿dónde está el Dios Triuno? ¿en qué parte? Está muy claro, más allá de todo argumento, que hoy día Cristo está en nuestro espíritu, y tenemos las Escrituras que confirman este hecho. No debemos ser tan imprecisos como muchos que dicen: “Oh, el Señor está en usted y también está en mí”. El último versículo de 2 Timoteo establece claramente que Cristo está en nuestro espíritu. “El Señor Jesucristo esté con tu espíritu” (2 Ti. 4:22). A fin de que Cristo esté en nuestro espíritu, primero, El debe ser Espíritu y, en segundo lugar, nosotros debemos tener un espíritu; por último, estos dos espíritus deben estar mezclados como un espíritu. Si el Señor no fuera el Espíritu, ¿cómo podría El estar en nuestro espíritu y cómo podríamos nosotros ser un espíritu con El?

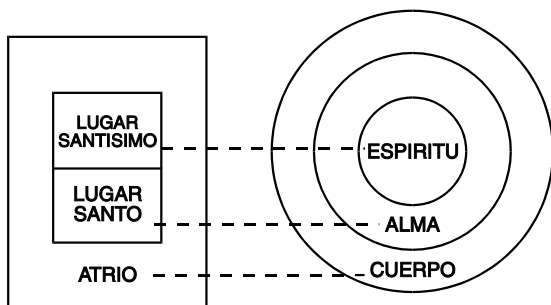
A fin de localizar el espíritu humano, debemos separar alma y espíritu. “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (He. 4:12). La palabra de Dios es cortante y penetra nuestro ser hasta separar nuestra alma y nuestro espíritu.

Por ejemplo, en 1 Corintios 3 vemos que somos el templo de Dios. Conforme al Antiguo Testamento, el templo de Dios es descrito en tres partes: la primera de ellas es el atrio, la segunda es el lugar santo y la tercera es lo más santo, el Lugar Santísimo.



Sabemos que Dios estaba en Su templo, pero, ¿en qué parte? ¿Estaba El en el atrio o en el lugar santo? No. El estaba en el Lugar Santísimo. En el Lugar Santísimo habitaba la presencia Shekiná de Dios. En el atrio estaba el altar, el cual tipifica la cruz, y exactamente detrás del altar estaba el lavacro, el cual representa la obra del Espíritu Santo. En el lugar santo se encontraban la mesa del pan de la proposición, el candelero y el altar del incienso. Pero, ¿qué había en el Lugar Santísimo? ¡Estaba el arca, la cual tipifica a Cristo! Por lo tanto, Cristo estaba en el Lugar Santísimo y la presencia de Dios, la gloria Shekiná de Dios también estaba ahí.

Las Escrituras señalan que nosotros también somos el templo (1 Co. 3:16). Como seres tripartitos nosotros también estamos compuestos de tres partes: el cuerpo, el alma y el espíritu. Pero, ¿en qué parte de nuestro ser habita el Dios Triuno? Segunda Timoteo 4:22 claramente establece que el Señor está en nuestro espíritu. Nuestro espíritu es el Lugar Santísimo mismo. La tipología del templo del Antiguo Testamento presenta un cuadro muy claro. Cristo y la presencia de Dios están en el Lugar Santísimo. Hoy en día esta figura del templo de Dios se cumple en nosotros. Estamos compuestos de tres partes: nuestro cuerpo corresponde al atrio, nuestra alma al lugar santo y nuestro espíritu humano al Lugar Santísimo, el cual es el lugar en donde Cristo y la presencia de Dios residen. Esto se ilustra en el siguiente diagrama:



“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo” (He. 10:19). ¿Cuál es el “Lugar Santísimo” en el que debemos entrar hoy día mientras estamos en la tierra? Veamos el diagrama anterior. Nuestro espíritu humano es el Lugar Santísimo que es el lugar donde Dios reside, la cámara misma en la cual Dios y Cristo habitan. Si deseamos hallar a Dios y a Cristo no hay necesidad de ir al cielo. Dios en Cristo está muy disponible, porque El está en nuestro espíritu.

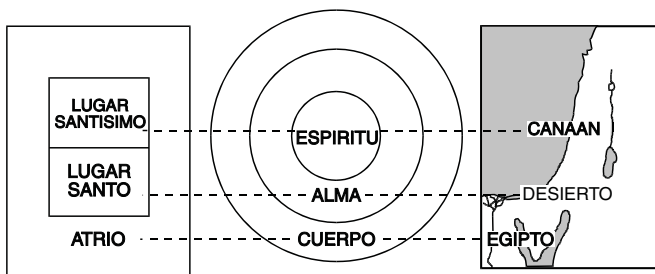
SEPARANDO ALMA Y ESPIRITU

Por esta razón debemos separar nuestra alma y nuestro espíritu (He. 4:12). Si no somos capaces de separar alma y espíritu, simplemente no podemos tener contacto con el Señor. Veamos el cuadro. Si el sumo sacerdote fuera incapaz de localizar el Lugar Santísimo, sus esfuerzos por tener contacto con Dios sólo habrían terminado en fracaso. Primero, él tenía que entrar en el atrio, desde el atrio tenía que entrar en el lugar santo, y finalmente, desde el lugar santo tenía que entrar en el Lugar Santísimo. Ahí él podría encontrar a Dios y ver la gloria Shekiná de la presencia de Dios.

Debemos aprender a discernir nuestro espíritu de nuestra alma. El alma oculta y cubre al espíritu tal como los huesos ocultan la médula. Es fácil ver los huesos pero no es fácil ver la médula que está escondida en ellos. Si queremos la médula debemos romper los huesos. A veces la médula tiene que ser raspada de los huesos. ¡Cuánto se pega nuestro espíritu a nuestra alma! Nuestro espíritu está escondido y oculto en ella. El alma es fácilmente reconocida pero el espíritu es difícil de conocer. Sabemos un poco acerca del Espíritu Santo, pero no conocemos el espíritu humano. ¿Por qué? Porque el espíritu humano está oculto en el alma. Es por esto que nuestra alma necesita ser quebrantada, y tal como las coyunturas son la parte más fuerte de los huesos, así también nuestra alma es muy fuerte. Tenemos un espíritu, pero nuestra alma lo cubre. La Palabra de Dios, como una aguda espada, debe penetrar nuestra alma a fin de quebrantarla y separarla de nuestro espíritu.

“Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Procuramos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia” (He. 4:9, 11). ¿Qué significa este reposo? Para averiguar su significado debemos ver otro tipo en el Antiguo Testamento. Después de que los israelitas fueron liberados y salvados de la tierra de Egipto, fueron llevados al desierto con la intención de que entraran luego en la tierra de Canaán. La tierra de Canaán era su tierra de descanso, y tipificaba el Cristo todo-inclusivo. Cristo es la buena tierra de Canaán y El es nuestro Reposo. Si hemos de entrar en el reposo debemos entrar en Cristo. Pero, ¿dónde está Cristo ahora? Respondemos que está en nuestro espíritu. Los israelitas, quienes habían sido libertados de Egipto, en vez de entrar en Canaán, vagaron en el desierto durante muchos años. ¿Qué representa esto? Significa que muchos cristianos, después de ser salvos, simplemente permanecen vagando en el alma. El libro de Hebreos fue escrito debido a que muchos cristianos hebreos habían sido salvos, pero permanecieron vagando en su alma. No prosiguieron hasta salir del desierto y entrar en la buena tierra, es decir, en Cristo, quien habitaba en el espíritu de ellos. No debemos seguir vagando en nuestra alma, sino proseguir hasta entrar en nuestro espíritu, donde Cristo es nuestro reposo.

Demos una ilustración adicional en el siguiente diagrama:



En los tiempos antiguos todo el pueblo de Israel tenía acceso al atrio, pero sólo los sacerdotes podían entrar en el lugar santo. Además, en el Lugar Santísimo solamente uno, el Sumo Sacerdote, podía entrar, y eso sólo una vez al año. Más aún, de todos los israelitas que fueron salvados y sacados de Egipto hacia el desierto, muy pocos prosiguieron hasta entrar en la buena tierra de Canaán.

Aunque es posible que hayamos sido salvos durante muchos años, debemos preguntarnos si actualmente somos cristianos que viven en el cuerpo, en el alma o en el espíritu. ¿Estamos ahora en Egipto, en el desierto o en la buena tierra de Canaán? Pregúntele al Señor y busque usted mismo para que esté claro en dónde se encuentra usted. Hablando con franqueza, muchos cristianos están todo el día vagando en el alma, es decir, en el desierto. Por las mañanas tienen caras sonrientes, pero por las tardes están tristes y ponen mala cara. El día de ayer parecía que estaban en los cielos pero hoy están deprimidos. Están vagando en el alma, en el desierto, sin descanso, circulando en la misma ruta día tras día. Es posible que hayan estado siguiendo al Señor durante veinte años, pero todavía están andando en círculos, tal como el pueblo de Israel que durante treinta y ocho años vagó sin mejoría ni progreso. ¿Por qué? Porque están en el alma. Cuando estamos en el alma, estamos en el desierto.

A esto se debe que el escritor de Hebreos haya enfatizado la necesidad de hacer una separación entre el alma y el espíritu. La Palabra de Dios debe penetrarnos para que sepamos cómo proseguir desde nuestra alma hasta entrar en la buena tierra y en el Lugar Santísimo de nuestro espíritu humano. Un creyente que vive en su alma es uno que vaga en el desierto del alma, en donde no hay descanso.

El Sumo Sacerdote tenía que pasar a través del velo a fin de entrar en el Lugar Santísimo; así que el velo, el cual tipifica la carne (He. 10:20), debía ser rasgado. Además, el pueblo de Israel tuvo que cruzar el río Jordán a fin de entrar en la buena tierra. En las aguas del Jordán sepultaron doce piedras, que representan a las doce tribus de Israel, y otras doce piedras, que representan a los israelitas resucitados, fueron introducidas en la buena tierra. La vieja generación de Israel

fue sepultada en las aguas de muerte del río Jordán. Todo esto significa que el hombre natural, la vida del alma o la vieja naturaleza deben ser quebrantadas como el velo y sepultadas como el viejo hombre. Entonces podemos entrar en el Lugar Santísimo y en la buena tierra para disfrutar a Cristo como nuestro reposo.

LO QUE NOS DISTRAE DEL ESPIRITU HUMANO

Estos cuadros nos servirán de ayuda para que nos demos cuenta de que la economía de Dios es el Dios Triuno en nuestro espíritu humano. Este Dios Triuno en el único Espíritu ha tomado nuestro espíritu humano como Su morada y lugar de residencia. Así que debemos aprender a discernir entre nuestro espíritu y nuestra alma. El problema es que nosotros los cristianos estamos llenos de muchos pensamientos de nuestra naturaleza. Después de haber sido salvos pensamos que debemos ser buenos y hacer el bien. Pero Dios, en Su economía, intenta forjarse a Sí mismo en nosotros como nuestra vida y nuestro todo. Debemos olvidar todo lo demás y centrarnos en el Cristo que mora en nuestro espíritu. No debemos distraernos del blanco y centro, este Cristo que mora por dentro. Olvídense de ser bueno y de hacer buenas obras. Abandone esas buenas cosas y entre en el Lugar Santísimo. Muchos cristianos están laborando afanosamente en el atrio. No saben que la intención que Dios tiene para ellos es que entren en el Lugar Santísimo donde pueden tener contacto con Dios, ser llenos de Dios, ser ocupados con Dios, ser uno con Dios en todo y tener a Dios como su todo. Discierna su espíritu y tenga comunión con este Residente. Permítale que lo tome y lo posea a usted.

Otra distracción religiosa es que después de ser salvos, sentimos que somos débiles y que necesitamos fuerza y poder. En consecuencia, pedimos en oración que el Espíritu sea derramado sobre nosotros para ser fortalecidos y llenos de poder. Aunque hay cierta base para que hagamos esto, no obstante la línea principal de la economía de Dios es que le sigamos, no en Su fortalecimiento exterior, sino en nuestro espíritu, donde el Dios Triuno habita. Por lo tanto, lo más

crucial es que conozcamos nuestro espíritu y neguemos nuestra alma. Debemos rechazar nuestra alma y andar según nuestro espíritu, debido a que el Dios Triuno está en nuestro espíritu. Muchos cristianos se han desviado de éste, el centro de la economía de Dios, ¡hasta los que lo buscan diligentemente!

Una vez más preguntamos, ¿dónde está el Dios Triuno hoy? ¡Alabado sea el Señor, esta Persona maravillosa, el Dios Triuno, está hoy en nuestro espíritu! ¡Lo tenemos! ¡Sí, lo tenemos en nuestro espíritu! ¡Este Espíritu maravilloso y todo-inclusivo está en nosotros! Si somos creyentes, tenemos al Dios Triuno en nuestro espíritu humano. Lo que hoy día necesitamos es discernir entre nuestro espíritu y nuestra alma. Cuando sepamos la manera adecuada de discernir entre nuestro espíritu y nuestra alma, daremos en el blanco de tener contacto con este Dios Triuno.

En el mecanismo de un radio hay un receptor, un órgano para recibir. Cuando sintonizamos el radio con precisión, las ondas eléctricas que se encuentran en el aire llegarán a ese receptor. Hoy día el Dios Triuno es la electricidad espiritual. El es una onda eléctrica que recorre todo el universo y nosotros somos el radio. ¿Cuál es el receptor que está dentro de nosotros? ¡Es nuestro espíritu humano! Sintonizamos apropiadamente nuestro espíritu humano cuando tenemos un espíritu quebrantado y contrito, y cuando nos arrepentimos delante de Dios y abrimos nuestro ser a El. Si tenemos un espíritu así, el Dios Triuno, quien es el maravilloso Espíritu y quien es la electricidad espiritual, ¡inmediatamente llegará a nuestro espíritu! Todo lo que necesitamos saber es cómo sintonizar el receptor, cómo sintonizar nuestro espíritu humano discerniendo entre el espíritu y todas las otras cosas, tales como nuestro pensamiento, nuestras emociones y nuestros gustos. Cuando discernamos entre nuestro espíritu y todas estas cosas relacionadas con el alma, entonces sabremos cómo tener contacto con el Espíritu divino, quien es el maravilloso y todo-inclusivo Espíritu del Dios Triuno. Entonces conoceremos la Palabra de Dios como la espada aguda que penetra para separar nuestra alma de nuestro

espíritu, y comprenderemos cómo experimentar, disfrutar y participar del Cristo residente todo el tiempo.

CAPITULO CUATRO

LA CLAVE PARA EL ESPIRITU MORADOR

En más de veinte traducciones [en inglés] del Nuevo Testamento hay una diferencia en la manera en que se ha escrito la palabra “espíritu”. En algunas traducciones la palabra está escrita con mayúscula en ciertos casos, mientras que en otras traducciones en los mismos casos no está escrita con mayúscula. Por ejemplo, los traductores de la versión *King James* escribieron con mayúscula la palabra “espíritu” en Romanos 8:2: “la ley del Espíritu”, pero en el texto de un interlineal griego-inglés *no* se usó mayúscula para la palabra “espíritu” en este mismo versículo. En la versión *King James* la palabra “Espíritu” tiene mayúscula en el versículo 4: “Andamos ... conforme al Espíritu”, pero en el mismo texto interlineal griego *no* se escribió con mayúscula. De nuevo, en el versículo 5: “los que son del Espíritu”, la versión *King James* escribió “espíritu” con mayúscula, mientras que el texto de este interlineal griego-inglés *no* escribió la palabra con mayúscula.

¿Cuál es la razón de que haya tal diferencia de traducciones? Es difícil para cualquier traductor decidir si la palabra “espíritu” se refiere al Espíritu Santo o al espíritu humano en pasajes como éstos. Puesto que nuestro espíritu ha sido mezclado con el Espíritu Santo, los dos espíritus están mezclados como un solo espíritu (1 Co. 6:17). Por lo tanto, alguien tal vez afirme que este espíritu es el espíritu humano, mientras que otro tal vez diga que este Espíritu es el Espíritu Santo. Por supuesto, en el contexto de algunos pasajes es claro que la palabra espíritu se refiere al Espíritu Santo, mientras que en otros pasajes es claro que se refiere al espíritu humano.

“Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, más el *espíritu* vive a causa de la

justicia". El contexto de este versículo, Romanos 8:10, claramente indica que aquí el espíritu *no* es el Espíritu Santo, ya que se está comparando con el cuerpo. No podemos comparar al Espíritu Santo con nuestro cuerpo. Es nuestro espíritu humano lo que el Apóstol estaba comparando con nuestro cuerpo. ¿Cuál es el significado de este versículo? Inicialmente, nuestro cuerpo estaba muerto a causa del pecado. Ahora Cristo está en nosotros, y aunque nuestro cuerpo pecaminoso aún está muerto a causa del pecado, aun así, nuestro espíritu vive y está lleno de vida a causa de la justicia. Por lo tanto, el "espíritu" mencionado en este versículo, no es el Espíritu Santo, sino el espíritu humano, el cual es comparado con el cuerpo humano.

En otro versículo, Romanos 8:11, es obvio que se hace referencia al Espíritu *de Dios*. Lo que sigue a la frase, "el Espíritu *de Aquel*" define de quién es el Espíritu. "Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros". El versículo 10 nos dice que aunque Cristo está en nosotros, nuestro cuerpo todavía está muerto a causa del pecado. Sin embargo, el versículo 11 declara que debido a que Cristo mora en nosotros, nuestros cuerpos débiles y mortales serán estimulados, avivados y fortalecidos. Debido a que Cristo vive en nosotros, aún nuestros cuerpos mortales, los cuales están muertos a causa del pecado, pueden ser estimulados y avivados por el Espíritu divino, el cual mora en nuestro espíritu. El Espíritu que mora en nosotros nos aviva no sólo en nuestro espíritu, sino también, con el tiempo, en nuestro cuerpo.

EL ESPIRITU HUMANO COMO LA LLAVE

¿Por qué enfatizamos la diferencia entre el Espíritu Santo y el espíritu humano? Es debido al gran problema que tenemos de no conocer al Espíritu morador ni darnos cuenta de que el espíritu humano es la misma morada del Espíritu Santo; ni tampoco sabemos que estos dos espíritus están mezclados conjuntamente como un Espíritu. ¡Esto es una lástima! Este es el blanco de la economía de Dios, y muchos cristianos

yerran este blanco. Es como una casa en la cual no se puede entrar debido a que se ha perdido la llave. Solamente la llave puede abrir la casa para que nosotros disfrutemos todo lo que hay en ella. Por siglos el enemigo ha escondido esta llave. ¿Cuál es esta llave? Es que *nuestro espíritu es la morada* del Espíritu Santo, y que nuestro espíritu humano es uno con el maravilloso Espíritu Santo.

La Palabra de Dios es viva y afilada, más cortante que una espada de dos filos, que penetra hasta separar alma y espíritu. Por más de treinta años, yo traté de entender por qué fue escrita esta palabra y por qué fue escrita en el capítulo cuatro del libro de Hebreos. El Señor ha revelado el por qué. El libro de Hebreos nos anima a seguir adelante, del desierto a la buena tierra, de la etapa de errantes a la etapa de reposo en el Cristo todo-inclusivo. En ese tiempo los cristianos hebreos estaban en peligro de ser alienados de Cristo y ser llevados al judaísmo, lo cual es como regresar a la tierra de Egipto. Ellos habían sido rescatados del judaísmo, y se había intentado introducirlos en la buena tierra de descanso, pero ellos estaban vagando a medio camino entre el judaísmo y Cristo. La Epístola a los Hebreos fue escrita para animarlos a que fueran más allá de la etapa de andar errantes, por medio de tomar a Cristo como su vida y descanso todoinclusivos.

El libro de Hebreos también habla acerca del Lugar Santísimo. De nuevo, por muchos años no pude entender lo que significaba el Lugar Santísimo. Finalmente el Señor me ayudó a comprender que el Lugar Santísimo es, en un sentido, nuestro propio espíritu. Hoy nuestro espíritu humano es el Lugar Santísimo. Las tres partes del templo corresponden a las tres partes del hombre: cuerpo, alma y espíritu. La parte más interna del templo, el Lugar Santísimo, representa la parte más profunda de nuestro ser, el espíritu humano. Tal como el arca, un tipo de Cristo, estaba en el Lugar Santísimo, así mismo hoy en día Cristo está en nuestro espíritu. Por lo tanto, nuestro espíritu humano es el Lugar Santísimo, en el cual podemos tener contacto con Dios. Si no podemos discernir nuestro espíritu, no podemos localizar el Lugar Santísimo.

Además, debemos entender claramente que hoy en día el Dios Triuno ha completado todo: la creación, la encarnación, y

la vida y los sufrimientos sobre la tierra; El ha entrado en muerte y ha pasado por la muerte; El ha resucitado, ha ascendido a los cielos, y ha sido entronizado. Todo ha sido obtenido por el maravilloso Dios Triuno, y todas estas realidades están en el Espíritu Santo, el cual ha entrado en nosotros. El punto es que este Espíritu Santo ha sido dispensado en nuestro espíritu humano, el cual ahora es la morada de Dios. Nuestro espíritu es el órgano para recibir a Dios y para contenerlo. Si hemos de tener contacto con este Espíritu maravilloso, debemos conocer nuestro espíritu. Si usted desea ponerse en contacto conmigo, usted debe saber dónde vivo. Hebreos 4:12 fue escrito para alentarnos a proseguir hasta el Lugar Santísimo, el cual es nuestro espíritu. Si no sabemos cómo discernir nuestro espíritu, no podemos localizar el Lugar Santísimo, el lugar donde el Señor mora hoy en día. La economía de Dios es el dispensar de El mismo dentro de nosotros, y el lugar mismo donde El se dispensa a Sí mismo es nuestro espíritu. Cuando podemos discernir y ejercitar nuestro espíritu para tener contacto con el Señor, podemos entonces ser impregnados y saturados del Señor, y también podemos ser transformados a Su imagen.

LAS COSAS QUE NOS DISTRAEN DE LA LLAVE

(1) Hacer el bien

El enemigo trata de frustrarnos de discernir nuestro espíritu, e inmediatamente después de que somos salvos, él hace esto por medio de ayudarnos a tomar la decisión de hacer el bien. Nadie está exento de esta sugerencia sutil. Aun esta mañana algunos han orado así: “Señor, yo quiero hacer Tu voluntad; quiero agradarte, haré todo lo posible por hacer las cosas que a Ti te satisfacen”. Esto parece que es una buena oración, sin embargo no procede del Señor. Procede del enemigo. Cada vez que tengamos estas buenas intenciones, debemos detenernos de inmediato y decirle a Satanás que se aparte de nosotros. En mi diccionario cristiano, no existe la palabra “mal”, ni la palabra “bien”. De principio a fin mi diccionario cristiano solamente contiene una palabra: ¡“Cristo”!

Yo no entiendo ni el bien ni el mal. No quiero ayudar a hacer el bien; ¡solamente quiero a Cristo!

Ahora uno puede entender las palabras del Señor: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto”. Aquí no hay nada de esfuerzo propio, solamente permanecer en Aquel que mora en nuestro interior, y permitir que El more en nosotros; entonces todas las riquezas de Cristo serán forjadas en nosotros para que se expresen. Llevar fruto es simplemente el resultado de la obra del Cristo morador. Deberíamos decir: “Yo no sé esto ni aquello. Yo solamente sé una cosa: que soy un pámpano, y que El es la vid; yo debo permanecer en El, y permitir que El permanezca en mí”. Espontáneamente llevaremos fruto. Esta es la llave que se ha perdido. Tratar de hacer el bien es una verdadera tentación y una gran distracción que nos impide de experimentar a Cristo.

(2) Las doctrinas

Las doctrinas forman otra estratagema que el enemigo usa para distraer a los buscadores de Cristo. Por siglos, las doctrinas tales como seguridad eterna, dispensaciones, predestinación, gracia absoluta, etc., han sido muy usadas por el enemigo, para distraer del Cristo viviente a los cristianos. Conocí a algunos cristianos que estaban muy familiarizados con la Biblia, incluso a uno de ellos le llamaban “la concordancia viviente”. Si usted no podía hallar cierta porción en la Escritura, ellos podían decirle a usted inmediatamente, el libro, el capítulo y el versículo. Pero yo puedo testificar que ellos sabían muy poco acerca de tener contacto con Cristo como su vida. Tener conocimiento de las Escrituras es una cosa, pero conocer al Viviente revelado por medio de las Escrituras es muy diferente. Se debe tener contacto con Cristo por medio de las Escrituras. Pero es lamentable que muchos cristianos tienen las Escrituras solamente en sus manos y en su memoria, con muy poco de Cristo en su espíritu. La Ley mosaica fue dada para traer la gente a Cristo y guardarlos para Cristo. Fue introducida para ayudar a la gente a conocer a Cristo; pero muchos solamente guardaron la ley e ignoraron a Cristo. Por lo tanto, la ley fue mal usada. Hoy el

problema no ha cambiado. El mismo principio es aplicable a todas las enseñanzas y doctrinas de las Escrituras. Las doctrinas son el medio para experimentar a Cristo, pero los cristianos usan las doctrinas y el conocimiento para reemplazarlo.

(3) Los dones

Otra cosa que el enemigo utiliza es el asunto de los dones espirituales. Es necesario tener un entendimiento apropiado acerca de los dones, a fin de ver cómo están relacionados con la economía de Dios. Esto se aplica a todos los dones. Muchas personas dotadas ponen demasiada atención a sus dones y, más o menos, descuidan al Cristo morador. El Cristo que mora por dentro es el blanco de la economía de Dios, y todos los dones son para esto. Muchos saben cómo hablar en lenguas, y cómo obrar sanidades, pero ellos no saben cómo discernir al espíritu, y tener contacto con Cristo. Aunque yo no estoy hablando en contra de ningún don, estoy en contra de una cosa, esto es, poner toda la atención a los dones y no hacer caso del discernimiento del espíritu con el cual se tiene contacto con Cristo. Esto es definitivamente incorrecto.

El libro de Romanos dedica una porción muy pequeña a los dones. El libro de Romanos es un bosquejo general de la vida y el andar cristianos, y en esta descripción no se habla mucho acerca de los dones. De los 16 capítulos, solamente el capítulo doce habla algo acerca de ellos, y si leemos todo el capítulo doce, veremos que no sólo se menciona el don de profecía, sino que aun se mencionan los dones de hacer misericordia y de dar cosas materiales (Ro. 12:5-8). Los dones mencionados aquí son el resultado del Cristo vivo experimentado como gracia en cada creyente. No todos los cristianos tienen el don de profecía. Este es solamente uno de muchos dones. Aunque no estamos tratando de oponernos a ningún don, no obstante, debemos dar la proporción prudente a cada don; de otro modo, no seremos equilibrados.

Los dones también se mencionan en 1 Corintios 12 y 14. Los creyentes corintios tenían todos los dones, no les faltaba ninguno (1 Co. 1:7). Sin embargo, aunque los corintios tenían todos los dones, la condición espiritual de ellos es descrita

como carnal e inmadura (1 Co. 3:1). Podemos tener los dones, y sin embargo permanecer infantiles y carnales. No hay duda de que podemos recibir ayuda de estos dones, pero necesitamos aprender algo más. Las señales y la sabiduría son dones (1 Co. 1:22), sin embargo el Apóstol predicó a “Cristo crucificado” y a “Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios”. La única intención del Apóstol fue ministrar a *Cristo* como el poder y la sabiduría, no las manifestaciones de los dones y de las señales. Los dones son una ayuda, sin embargo, no son la meta y el centro. El centro es el Cristo que mora en lo interior. Los dones solamente deben ayudarnos a comprender este centro.

Primera Corintios 12 menciona los dones espirituales, incluso el hablar en lenguas, pero al final del capítulo Pablo menciona “un camino aun más excelente”. El texto griego menciona esto aun de una manera más enfática: “*el* camino *más* excelente”. ¿Cuál es el camino más excelente? El capítulo 13 es la continuación de este versículo: Si hablásemos lenguas humanas y angélicas, y no tenemos amor, solamente venimos a ser metal que resuena. ¡Solamente oímos un ruido, pero no vemos la vida! El amor es la expresión de la vida. Esto comprueba que las lenguas, en el sentido más estricto, no son un asunto de vida. Hablar en lenguas sin tomar en cuenta la vida es llegar a ser metal que resuena. Muchas personas que frecuentemente hablan en lenguas son muy superficiales e inmaduras en su vida cristiana.

En el capítulo 14, el Apóstol nos anima bastante a que ejercitemos nuestro espíritu para el beneficio espiritual de la iglesia. Esta es la conclusión de todo el capítulo. Aunque Pablo hablaba en lenguas más que otros, no obstante él prefería hablar cinco palabras inteligibles, en las reuniones, que diez mil palabras en lenguas (vs. 18, 19). En estos capítulos, el Apóstol manifestó una actitud en cierto modo negativa hacia el asunto de hablar en lenguas. En vez de fomentar la práctica de los dones, él reconviene a los corintios con algunas instrucciones para corregirlos. Por lo tanto, debemos concluir que todos los dones son para experimentar a Cristo, y deben ser usados en una proporción prudente.

La llave de la economía de Dios es Cristo como el todo forjado en nuestro espíritu. Por supuesto, necesitamos ciertas

enseñanzas y ciertos dones para ayudarnos a comprender el centro. Pero no debemos permitir que las doctrinas y los dones reemplacen este centro. El centro no es las enseñanzas ni los dones, sino Cristo quien es el Espíritu viviente, morando en nuestro espíritu. Con algunos, tal vez sea necesario un don a fin de ayudarlos a comprender este centro. No todos necesitan el mismo don. Puede ser que algunos necesiten el don de profecía, mientras que otros necesitan el don de hablar en lenguas. Algunos tal vez necesiten el don de sanidad, mientras que otros necesitan ciertas doctrinas. Muchas personas son atraídas a Cristo mediante ciertas enseñanzas. Pero entendamos claramente que el Cristo que mora en nuestro espíritu, es la llave de la economía de Dios. Debemos prestar toda nuestra atención a esta llave. En realidad, no hay necesidad de poner especial atención a toda clase de enseñanzas o dones, si el Cristo que mora en nosotros ya ha sido realmente conocido en nuestro espíritu.

El criado viejo de Abraham fue enviado con varios dones para obtener una esposa para Isaac. Todos estos dones ayudaron a Rebeca a comprender que debía ir para conocer a Isaac. Este es el verdadero lugar de los dones. Pero después de que Rebeca recibió estos dones, parece que se olvidó de ellos y dijo: “¡Iré a Isaac! ¡No estaré satisfecha si permanezco aquí disfrutando estos dones y me olvido de Isaac! ¡Iré al encuentro de mi novio!” Después de que Rebeca se casó con Isaac, estos dones no vuelven a ser mencionados. Día tras día Rebeca solamente disfrutó el vivir con Isaac. ¡Cristo es mucho mejor que hablar en lenguas, mucho mejor que profetizar, mucho mejor que cualquier otra cosa!

Teniendo la llave en mi mano, yo puedo abrir todas las puertas, y disfrutar todo lo que hay en la casa. Si no tengo llave, debo acudir al cerrajero; pero si tengo una llave, no necesito los servicios del cerrajero. La verdadera necesidad es la llave, no el cerrajero; y así como no necesito al cerrajero mientras tenga la llave, así mismo no necesitamos los dones ni las enseñanzas, mientras nos demos cuenta de que el Cristo morador está en nuestro espíritu.

Tal vez algunos necesiten ciertas enseñanzas y ciertos dones a fin de encontrar la llave; pero, alabado sea el Señor,

mientras la llave esté en nuestras manos para realmente conocer a Cristo, olvidémonos de las enseñanzas y de los dones. Pongamos toda nuestra atención en discernir nuestro espíritu, teniendo contacto con el Cristo viviente, y teniendo comunión con El. Con el fin de que nosotros obtengamos la llave, Dios ha proporcionado ciertos dones y enseñanzas. Podemos alabar al Señor por esta misericordia, pero debemos tener cuidado. No debemos poner mucha atención al cerrajero, de tal manera que acudamos a él todos los días. ¡Una vez que obtengamos la llave, démosle las gracias al cerrajero y dejémoslo! Usemos la llave para entrar en el edificio y descubrir las riquezas que hay en él. Día tras día aprendamos a conocer a este maravilloso Dios Triuno, al Cristo inescrutable, al Espíritu Santo todo-inclusivo, quien ahora está en nuestro espíritu. Cuando discernimos nuestro espíritu tenemos la llave. ¡Tenemos la llave! Todo lo que necesitamos de Cristo, lo tenemos por medio de ejercitar nuestro espíritu para tener contacto con El. Este es el blanco de la economía de Dios, el cual no debemos errar. Aunque el Señor nos dé enseñanzas y dones, El mismo es la meta, Aquel que es completo y todo-inclusivo. No estemos conformes con nada menos que Cristo. El objeto de la economía de Dios es que el Cristo todo-inclusivo more en nuestro espíritu. Durante todo el día debemos procurar volvernos a nuestro espíritu, discernir nuestro espíritu y tener contacto con Cristo como el todo. De esta manera tenemos la llave para una vida cristiana apropiada y normal.

CAPITULO CINCO

LAS PERSONAS DE DIOS Y LAS PARTES DEL HOMBRE

“Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2 Co. 4:3-7).

Estos versículos nos dicen que Satanás, el dios de este siglo, ciega el entendimiento de los incrédulos, para que “la luz del evangelio de la gloria de Cristo” no brille en ellos. El enemigo teme el resplandor del “evangelio de la gloria” de este Cristo. El “evangelio de la gloria de Cristo” mencionado en el versículo 4 corresponde al “conocimiento de la gloria de Dios” mencionado en el versículo 6. El “tesoro” es el propio Dios en Cristo, quien ha hecho brillar Su propio ser dentro de nosotros, los vasos de barro.

Hemos visto la economía de Dios y el centro de Su economía. Hemos señalado que el punto principal de la economía de Dios es que Dios intenta forjarse en nosotros. El se forja a Sí mismo en nuestras diferentes partes por medio de Sus diferentes Personas. Si leemos cuidadosamente las Escrituras, nos daremos cuenta de que éste es el punto principal. Es tan profunda mi carga que podría decirles esto a los hijos de Dios centenares,

hasta millares de veces: en todo el universo la intención de Dios no es otra que forjarse a Sí mismo en el hombre.

¿Cuál es el propósito de que Dios creara al hombre? Sólo que el hombre fuera Su recipiente. Me gusta usar la palabra “recipiente” porque es más clara que la palabra “vaso”. En Romanos 9:21, 23 y en 2 Corintios 4:7 se ve claramente que Dios nos creó con el propósito de que fuéramos Sus recipientes para contenerlo. Nosotros sólo somos recipientes vacíos, y Dios quiere ser nuestro único contenido. Como ejemplo podemos decir que las botellas se necesitan para contener refrescos y que los focos se necesitan para contener electricidad. Si miramos las botellas hechas para los refrescos y los focos hechos para la electricidad, nos daremos cuenta de que estos “peculiares” recipientes son artículos muy específicos; fueron hechos para un uso específico. Nosotros los seres humanos también somos recipientes “peculiares”, porque también nosotros fuimos hechos para un propósito específico. Los focos, una vez hechos, deben ahora contener electricidad, de otra manera no tienen razón de existir y no sirven para nada. Del mismo modo, si las botellas no contienen un refresco, tampoco tienen razón de existir. El hombre fue hecho con el propósito de contener a Dios. Si Dios no es nuestro contenido y si no conocemos a Dios como nuestro contenido, somos una insensata contradicción.

No importa cuánta educación obtengamos, qué clase de posición alcancemos o cuántas riquezas poseamos, con todo, nuestra existencia no tiene razón de ser, puesto que fuimos hechos con el explícito propósito de ser un recipiente para contener a Dios como nuestro único contenido. Como recipientes debemos recibir a Dios en nuestro ser. Aunque esta palabra parezca simple, es exactamente la palabra que se necesita para señalar el pensamiento principal de toda la Escritura. La enseñanza básica de toda la Escritura es simplemente ésta: Dios es el propio contenido, y nosotros somos los recipientes hechos para recibir este contenido. Debemos contener a Dios y ser llenos de Dios.

EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPIRITU

A fin de que Dios pueda ponerse a Sí mismo en nosotros como nuestro contenido, El debe existir en tres Personas.

Nunca podemos entender adecuadamente el misterio de las tres Personas de Dios. En varias partes de las Escrituras claramente se nos dice que Dios es solamente uno. Primera Corintios 8:4, 6 y 1 Timoteo 2:5 declaran esto. Sin embargo, en el primer capítulo del libro de Génesis el pronombre usado para Dios no es el singular “yo”, sino el plural “nosotros”.

Leamos Génesis 1:26 y 27: “*Hagamos* al hombre a *nuestra* imagen, conforme a *nuestra* semejanza ... creó Dios al hombre a *su* imagen”. En el versículo 26 dice: “a *nuestra* imagen”, mientras que el siguiente versículo dice: “a *su* imagen”. Por favor, dígame, ¿Es Dios singular o plural? ¿Quién puede explicar esto? Dios mismo usó el pronombre plural para referirse a Sí mismo: “*Hagamos* al hombre a *nuestra* imagen”. Sin embargo, si usted dice que Dios es más de uno, es usted un hereje, porque la Biblia dice que Dios es solamente uno. En todo el universo no hay más que un solo Dios. ¿Por qué, pues, si Dios es solamente uno, se usa el pronombre plural?

Cualquier persona que esté familiarizada con el idioma hebreo puede decirnos que en Génesis 1 la palabra “Dios” está en plural. La palabra Dios en hebreo, en el primer versículo: “En el principio creó Dios”, es *Elohim*, el cual está en plural. Sin embargo, en hebreo, la palabra “creó” es un predicado en singular. Esto es muy extraño. La composición gramatical de este versículo tiene un sujeto en plural y un verbo en singular. Nadie puede argumentar esto; el hebreo lo comprueba. Luego, pregunto: ¿Dios es uno o tres?

Ahora leamos Isaías 9:6. “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado ... y se llamará su nombre ... Dios fuerte, Padre eterno”. No dice hombre fuerte sino Dios fuerte. Un niño pequeño es llamado Dios fuerte. Todos los cristianos están de acuerdo con la profecía de este versículo. El niño aquí mencionado se refiere al niño nacido en el pesebre de Belén, quien no sólo es llamado Dios fuerte, sino también Padre eterno. Como niño que nos es nacido, es llamado Dios fuerte y como hijo que nos es dado es llamado Padre eterno (o Padre de eternidad). Esto es muy extraño. Cuando el *niño* es llamado Dios fuerte, ¿es El el niño o Dios? Además, cuando el *hijo* es llamado Padre eterno, ¿es El el Hijo o el Padre? Si trata usted de descifrarlo, no podrá. Tiene usted que

aceptarlo como un hecho, a menos que no crea usted a las Escrituras. Si usted cree a la autoridad de las Escrituras, debe aceptar que puesto que el niño es llamado Dios fuerte, significa entonces que el niño *es* el Dios fuerte; y puesto que el Hijo es llamado Padre, entonces significa que el Hijo *es* el Padre. Si el niño no es el Dios fuerte, ¿cómo podría el niño ser llamado Dios fuerte? Y si el Hijo no es el Padre, ¿cómo podría el Hijo ser llamado Padre? Entonces, ¿cuántos Dioses tenemos? Tenemos un solo Dios, porque el niño Jesús es el Dios fuerte, y el Hijo es el Padre eterno.

Además, 2 Corintios 3:17 dice: “Porque el Señor es el Espíritu”. Conforme a nuestro entendimiento, ¿quién es el Señor? Todos estamos de acuerdo en que el Señor es Jesucristo. Pero dice que el Señor es *el Espíritu*. ¿Quién es el Espíritu? Debemos admitir que el Espíritu tiene que ser el Espíritu Santo. Por lo tanto, el Hijo es llamado el Padre, y el Hijo, quien es el Señor mismo, también es el Espíritu. Esto significa que el Padre, el Hijo y el Espíritu son Uno. Enfatizamos este asunto debido a que es por medio de Sus diferentes Personas que Dios elabora Su economía. Sin estas tres diferentes Personas —la Persona del Padre, la Persona del Hijo y la Persona del Espíritu— Dios nunca podría entrar en nosotros.

Mateo 28:19 dice: “Por tanto, id, y haced discípulos ... bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. No dice que se bautizaran en el nombre de una Persona divina en particular. Tampoco dice “en los nombres”, sino “en el nombre (singular) del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. ¿Por qué necesitamos ser bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu? Además, si revisamos el original griego, descubriremos que la preposición “en” usada en la Versión Reina-Valera es la preposición “hacia a dentro” o “para” (*eis*). Por lo tanto, dice “bautizándolos hacia adentro del nombre”, no “en el nombre”. La misma palabra se usa en Romanos 6:3: “...bautizados hacia adentro de Cristo”, la cual es la traducción apropiada. ¿Qué significa todo esto?

Permítame usar este ejemplo: Si usted compra una sandía, su intención es comer y digerir esta sandía. En otras palabras, su intención es ingerirla. ¿Cómo podría hacerse esto? En primer lugar, usted compra la sandía completa; en segundo

lugar, la corta en rebanadas; luego, en tercer lugar, antes de que vaya a dar a su estómago, usted la mastica hasta hacerla jugo. La secuencia es ésta: sandía, rebanadas y finalmente, jugo. ¿Son estas tres cosas diferentes o solamente una? Creo que éste es el mejor ejemplo en cuanto a la Trinidad. La mayoría de las sandías son más grandes que su estómago. ¿Cómo podría usted deglutir una gran sandía si su boca es tan pequeña y su garganta tan estrecha? Antes de que llegue a ser del tamaño adecuado para que usted la coma, debe ser cortada en pedazos. Luego, una vez que se la come, se hace jugo. ¿Acaso estas rebanadas no son la sandía? ¿Acaso este jugo no es la sandía? Seríamos muy ignorantes si dijésemos que no lo son.

El Padre es representado por la sandía entera; el Hijo, por las rebanadas; finalmente, el Espíritu es representado por el jugo. Ahora vemos el punto: el Padre no es sólo el Padre, sino que también es el Hijo, y el Hijo no es sólo el Hijo, sino que también es el Espíritu. En otras palabras, la sandía es tanto las rebanadas que comemos como el jugo ya dentro de nosotros. La sandía desaparece después de que uno se la come. Originalmente la sandía estaba en la mesa, pero después de habérsela comido, está *en* toda la familia.

En el Evangelio de Juan, el Padre está en los primeros capítulos; el Hijo, como la expresión del Padre está en los capítulos siguientes; finalmente, el Espíritu, como el Aliento del Hijo está en el capítulo 20 (versículo 22). Este Evangelio revela al Padre, al Hijo y al Espíritu. Lea los veintidós capítulos de este libro. Primero dice: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios ... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros". El Verbo, el cual es Dios mismo, un día se hizo hombre y habitó entre nosotros; no dentro de nosotros, sino entre nosotros. Después vivió en la tierra por treinta y tres años y medio. Finalmente, El murió y fue levantado de nuevo. Esto es misterioso, milagroso y maravilloso; nunca podremos comprenderlo. La noche siguiente a Su resurrección El fue a Sus discípulos en Su cuerpo resucitado. Todas las puertas estaban cerradas, sin embargo, El entró corporalmente y les mostró a Sus discípulos Sus manos y Su costado. No podemos

comprender esto. El entró de un modo sobremanera milagroso y misterioso. Finalmente, El sopló en los discípulos y les dijo que recibieran el Espíritu Santo. Ese aliento mismo es el Espíritu Santo, tal como el jugo de la sandía.

A partir de entonces, yo les preguntaría: En el Evangelio de Juan, ¿dónde está Jesús? Después de que El llegó a los discípulos, este Evangelio no menciona la ascensión de Jesús a los cielos. Entonces, al final de este Evangelio ¿dónde se encuentra esta maravillosa Persona? Tal como la sandía dentro del estómago, El está dentro de los discípulos mediante el Espíritu como el aliento.

La economía de Dios es forjarse a Sí mismo en nosotros por medio de estas tres Personas. Se necesitan las tres Personas de la Deidad, ya que sin estas tres Personas Dios nunca podría forjarse en nosotros. Es precisamente como el ejemplo de la sandía. Si no fuera cortada en pedazos y recibida como jugo, la sandía nunca podría ser digerida en nosotros. Dios puede introducirse en nosotros *sólo* por medio de Sus tres diferentes Personas.

LA MENTE, EL CORAZON Y LA IMAGEN

Ahora, volvámonos a nosotros mismos y consideremos lo que somos como recipientes. No piense que somos tan simples. Creo que los médicos pueden decirnos que el cuerpo humano es muy delicado y complejo. Un ser humano no es un recipiente tan simple como una botella que contenga algún refresco; por el contrario, el hombre tiene muchas diferentes partes. A esto se debe que debemos conocer las diferentes partes del hombre tanto como las tres Personas de Dios a fin de dar en el blanco de la economía de Dios. La economía de Dios tiene que ver con Sus tres Personas, y el centro de Su economía tiene que ver con nuestras diferentes partes.

Muchos de nosotros sabemos manejar. Pero es imposible manejar un carro si no conocemos algunas de sus partes. Debemos aprender por lo menos cuáles son las partes esenciales para manejarlo. Por ejemplo, debemos identificar y localizar partes tales como el freno, la palanca de cambios, el encendido, etc. Si no conocemos las partes del carro, no sabremos cómo manejarlo. Del mismo modo, para que nos demos

cuenta de cómo podemos contener a Dios, debemos conocer las diferentes partes de nuestro ser.

Consideremos cuántas partes pueden encontrarse en un corto pasaje en 2 Corintios 4. En el versículo cuatro vemos el *entendimiento* y en el versículo seis vemos el *corazón*. En este pasaje se pueden encontrar por lo menos dos partes, el entendimiento y el corazón. Es posible que usted haya sido cristiano por muchos años, y hasta este preciso momento usted no sabía la diferencia que hay entre el entendimiento y el corazón. Leemos que el enemigo puede cegar el entendimiento y que la luz de Dios puede resplandecer en el corazón. El dios de este siglo ciega el entendimiento de los incrédulos, pero Dios hace brillar Su luz en el corazón de los creyentes. Quizás usted creía que entendía esta parte de la Palabra, pero nunca había considerado que aquí hay dos partes del ser humano.

Antes de definir el entendimiento y el corazón mencionados en las Escrituras, usemos una cámara fotográfica como ejemplo. Una cámara fotográfica se hace para captar algo en su interior. Tomar una fotografía significa hacer pasar algo al interior de la cámara. Cuando visité Tokio, usé mi cámara para introducir a Tokio en la cámara. Mi intención era que una imagen que estaba *afuera* de la cámara fuera llevada *adentro* de la cámara.

¿Qué fue lo que necesité para introducir una imagen en la cámara? Tres cosas principales: la lente por fuera, el rollo por dentro y la luz. Con estas tres cosas, un objeto puede ser captado dentro de la cámara. Hace varios años tomé algunas fotografías mientras viajaba en un tren. Después de haber revelado los rollos de película, muchas de ellas estaban veladas. ¿Qué había ocurrido? Me di cuenta de que había sido tanta mi prisa por tomar las fotografías, que se me había olvidado quitar el protector de la lente. La lente había sido cegada por el protector.

Muchas veces, cuando un incrédulo viene a oír un buen mensaje del Evangelio, pensamos: “¡Oh, sin duda esta noche este hombre será salvo!” Pero al final él todavía está velado. El enemigo de Dios ha cegado su mente. La mente es el órgano del entendimiento, y Satanás ha cegado el

entendimiento de este oyente. No importa cuán bueno sea el mensaje y cuánto haya oído, su entendimiento ha sido cegado o cubierto. Su mente todavía está velada, nada ha sido captado.

Hace treinta años el hermano Watchman Nee estaba predicando el evangelio, diciéndole a la gente que la intención de Dios no era que nosotros hiciéramos el bien. El bien no significa nada para Dios. El enfatizó mucho este punto, de tal manera que quedó muy claro. Un hermano había llevado un amigo a la reunión y, durante el mensaje, de vez en cuando miraba a su amigo, notando que siempre asentía con la cabeza como si hubiera entendido. El hermano estaba muy contento, pensando que su amigo había escuchado cuidadosamente y que había recibido todo. ¿Saben qué pasó? Después de la reunión, el hermano le preguntó a su amigo: “¿Qué piensas del mensaje?” A lo que aquél contestó: “¡Sí, todas las religiones animan a la gente hacer el bien!” Sin embargo, en su mensaje el hermano Nee había enfatizado muy claramente que Dios no tenía la intención de pedirle al hombre que hiciera el bien. La respuesta de ese hombre indicó que su entendimiento había sido cegado por el enemigo. Muchas veces necesitamos orar que Dios ate al dios de este siglo, que ate su obra cegadora durante un mensaje. Esto simplemente significa quitar el protector de la lente.

Después de quitar el protector, necesitamos el rollo de película adecuado. Sin el rollo apropiado, aunque la lente esté bien, nada se logrará. No podemos tomar una buena fotografía si estamos usando un rollo inadecuado. El rollo representa nuestro corazón. Nuestro entendimiento es como la lente y nuestro corazón es como el rollo. Por lo tanto, nuestro corazón debe estar apropiadamente sintonizado y ajustado. Necesitamos la lente y también necesitamos el rollo. Necesitamos la mente que entiende y también necesitamos el corazón que recibe. El corazón debe ser puro, limpio, correcto y ajustado.

No obstante, aun si tuviéramos la lente y el rollo de película, todavía nos hace falta la luz. Necesitamos que la luz brille a través de la lente y llegue a la película. La luz divina de la gloria de Dios brilla en nosotros para darnos la imagen y

la fotografía de Cristo. Esta misma imagen de Cristo es el tesoro que está en los vasos de barro. Por medio de este ejemplo podemos darnos cuenta de la manera en que necesitamos tratar con nuestro entendimiento y con nuestro corazón. Es precisamente lo mismo que en la cámara: Debemos saber cómo ajustar la lente y cómo usar la película. Si no sabemos cómo manejar la lente y la película, jamás podremos obtener una fotografía adecuada.

Las experiencias espirituales son precisamente como tomar fotografías. Nosotros mismos somos las cámaras, y debemos aprender a usar nuestra cámara para recibir a Dios en Cristo como la fotografía. Es de lamentar que muchos queridos cristianos simplemente no saben tratar con su entendimiento ni con su corazón. De hecho, ni siquiera saben que ellos mismos son cámaras.

Hablando con propiedad, el cristianismo no es una religión que enseña a la gente a hacer esto o aquello. Es simplemente Cristo mismo, el Viviente, forjándose en nosotros. El es el objeto mismo, la figura misma, y nosotros somos la cámara. Como el objeto, El debe ser introducido en nosotros por medio de que la luz divina brille sobre la película, pasando a través de la lente. Día tras día y momento tras momento necesitamos que la luz divina haga brillar más de la imagen de Cristo a través del entendimiento de la mente a fin de que le recibamos a El en nuestro corazón. Por lo tanto, debemos aprender a ajustar la mente y el corazón.

¿Qué son las experiencias espirituales? Son simplemente las fotografías que de Cristo han sido tomadas en nosotros, las cámaras, y que han sido impresas en nuestra película espiritual. En algunos cristianos la lente casi siempre está cubierta y la película por lo general está inadecuadamente ajustada. Si ustedes miran el rollo de película de éstos verán que no hay fotografías; todas las fotografías en el rollo están veladas porque no hay experiencias de Cristo. Pero si el apóstol Pablo viniera y abriéramos su cámara y sacáramos el rollo de película, veríamos que cada fotografía es un retrato lleno de Cristo. Todo depende de qué tanto ajustemos la lente y cuidemos de la película, es decir, depende de qué tanto tratemos con nuestra mente y sintonicemos apropiadamente nuestro

corazón. Si hacemos bien esto, siempre que la luz divina brille en nosotros, la *imagen de Cristo* se hará brillar dentro de nosotros. Tendremos una hermosa fotografía de Cristo. Esto es la economía de Dios y su centro.

Ahora sabemos la importancia de conocer nuestras diferentes partes. Fuimos hechos para contener a Dios en cada parte. Debemos seguir adelante para conocerlas todas, aún más que el entendimiento y el corazón. En el siguiente capítulo consideraremos en detalle todas las partes, y más adelante consideraremos cómo funcionan y cómo ajustarlas.

CAPITULO SEIS

LAS PARTES INTERNAS Y LA PARTE ESCONDIDA

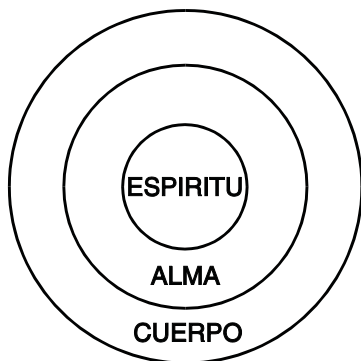
Ahora sigamos adelante para ver los detalles tocantes al vaso del Señor. En el capítulo anterior vimos que fuimos creados para ser Sus recipientes, para tener a Dios mismo como nuestro contenido. Por esta razón Dios nos creó con muchas “partes”. No piensen que el término “partes” lo inventé yo. En Jeremías 31:33, Dios dice: “pondré mi ley en sus partes internas” [Versión King James; la versión Reina-Valera, 1909 traduce así: “daré mi ley en sus entrañas”]. Las entrañas [o las partes internas] están dentro de nuestra alma; no son los miembros exteriores de nuestro cuerpo. Dios también dice que El escribirá Sus leyes en nuestro corazón. Entonces, ¿qué son las entrañas? Y ¿qué es el corazón?

Si comparamos Jeremías 31:33 con la cita en Hebreos 8:10: “Pondré mis leyes en la mente de ellos”, veremos una pequeña pero importante variación. Jeremías dice: “en sus entrañas”, pero Hebreos lo presenta así: “en la mente de ellos”. Esta comparación demuestra que la mente es una parte de las entrañas.

El término “entrañas” se usa en las Escrituras más de una vez. Por ejemplo, Salmos 51:6 dice: “He aquí, tú deseas la verdad en las partes internas” [versión King James; la versión Reina Valera lo traduce: “en lo íntimo”]. Las partes internas deben tener la verdad. En este Salmo, además de las entrañas hay otra parte llamada “la parte escondida” [lo secreto, Reina Valera]: “Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría”. La verdad está en las entrañas, pero la sabiduría está en lo secreto. Necesitamos determinar qué son estas entrañas, y qué es lo secreto.

LAS TRES PARTES DEL HOMBRE: ESPIRITU, ALMA Y CUERPO

Algunos pasajes a los cuales nos referiremos son muy conocidos. Primera Tesalonicenses 5:23 es un versículo que indica que somos tripartitos o de tres partes: el espíritu, el alma y el cuerpo. Podemos ilustrar esto por medio de tres círculos concéntricos:



Hebreos 4:12 también menciona el espíritu y el alma así como la separación de estas dos partes. Si deseamos conocer a Cristo y entrar en El como la buena tierra y como el reposo, debemos discernir el espíritu del alma. El espíritu es el lugar mismo donde Cristo mora en nosotros; así que si deseamos conocer a Cristo de una manera práctica, debemos discernir nuestro espíritu humano de nuestra alma. Este versículo no solamente menciona la diferencia que hay entre el espíritu y el alma, sino también entre las coyunturas y los tuétanos del cuerpo, y entre los pensamientos y las intenciones del corazón. La Palabra viva de Dios es un discriminador de todas estas cosas. Esto prueba que si vamos a conocer al Señor de una manera práctica y real, debemos discernir todas estas partes. ¿Qué son los pensamientos y las intenciones del corazón? y ¿Cuántas partes hay en el corazón?

En Lucas 1:46, 47, de nuevo se menciona la diferencia que existe entre el espíritu y el alma.

Filipenses 1:27 dice que debemos estar firmes en un espíritu, no el Espíritu Santo, sino el espíritu humano, y luchar en una sola alma. De nuevo este versículo muestra que existe diferencia entre el espíritu y el alma.

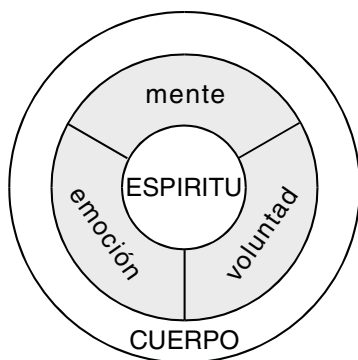
Finalmente, Marcos 12:30 dice: “Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas”. Aquí hay cuatro partes diferentes: el corazón, el alma, la mente y las fuerzas. Si ponemos todos estos versículos juntos, nos daremos cuenta de que hay diferentes partes dentro de nosotros además de las muchas partes del cuerpo.

Primera Tesalonicenses 5:23 indica que somos espíritu, alma y cuerpo, y Salmos 51 revela las entrañas y lo secreto. Las entrañas son las partes del alma, lo cual se comprueba al comparar Hebreos 8:10 con Jeremías 31:33, donde “la mente” se cita como el equivalente de “las entrañas”. Así como las entrañas deben de ser las partes del alma, así mismo lo secreto debe de ser el espíritu. De todas nuestras partes, el espíritu es la parte más escondida en nuestro interior. Esta parte más profunda no solamente está escondida dentro del cuerpo, sino que aun está escondida dentro del alma. Así que, existen las partes *externas*, que son el cuerpo, las partes internas, las *entrañas*, que son el alma, y la parte escondida, lo *secreto*, que es el espíritu.

LAS TRES PARTES DEL ALMA: MENTE, VOLUNTAD, EMOCION

Hay tres partes del alma y tres del espíritu. Debemos descubrir cuáles son las tres partes del alma y las tres partes del espíritu. Además, también debemos definir el corazón. Primera Tesalonicenses 5:23 indica que somos seres tripartitos —espíritu, alma y cuerpo— pero no menciona el corazón. ¿Qué es el corazón y cómo podemos relacionarlo con las entrañas y lo secreto?

La Palabra de Dios prueba de manera clara y categórica, que el alma está compuesta de tres partes: la mente, la voluntad y la emoción. El área sombreada, en el diagrama que sigue, ilustra las partes del alma.



Proverbios 2:10 indica que el alma necesita *conocimiento*. Véanse también Proverbios 19:2 y 24:14. Ya que el conocimiento es una función de la mente, esto comprueba que la mente es una parte del alma. Estos tres versículos de Proverbios nos dicen que necesitamos tener conocimiento en el alma. Luego Salmos 139:14 dice que el alma *sabe*. El saber pertenece a la mente, lo cual de nuevo comprueba que la mente es una parte del alma. Salmos 13:2 dice que el alma recibe *consejo*, lo cual se refiere a la mente. Lamentaciones 3:20 indica que la *memoria* pertenece al alma. Esto es, el alma puede recordar cosas. De estos versículos podemos ver que hay una parte en el alma que sabe, recibe consejo y recuerda. Esta parte se llama la mente.

La segunda parte del alma es la voluntad. Job 7:15 dice que el alma *escoge*. Escoger algo es una decisión tomada por la acción de la voluntad. Esto prueba que la voluntad es una parte del alma. Job. 6:7 dice que el alma *rechaza*. Escoger y rechazar son funciones de la voluntad. Primera Crónicas 22:19 dice: “Poned ... vuestros ánimos [almas] en *buscar*”. Así como usamos nuestra mente para pensar, ponemos nuestra alma para buscar. Esto, por supuesto, significa que es el alma la que toma una decisión, lo cual demuestra que la voluntad tiene que ser una parte del alma. Luego en Números 30, “*ligar su alma*” se menciona diez veces. Cuando leemos este capítulo, entendemos que ligar el alma es tomar una decisión.

Tiene que ver con un voto que se hace para con el Señor. Tomar la decisión de ligar el alma es hacer un voto hacia el Señor. Así que, se comprueba que la voluntad es una parte del alma. Salmos 27:12, 41:2 y Ezequiel 16:27 traducen la palabra hebrea “alma” como “*voluntad*”. La oración hecha por el salmista es: “No me entregues a la voluntad de mis enemigos”. En el texto original esto significa, “No me entregues al alma de mis enemigos”. Esto comprueba claramente que la voluntad tiene que ser una parte del alma.

La emoción es la tercera parte del alma. En la emoción hay muchos aspectos: amor, odio, gozo, aflicción, etc. Todas estas cosas son expresiones de la emoción. En varias partes, como en 1 Samuel 18:1, Cantares de Salomón 1:7, y Salmos 42:1, se hace referencia al *amor*. Estos versículos muestran que el amor es algo del alma, y por lo tanto prueban que dentro del alma existe tal órgano o función, la emoción. Acerca del *odio*, note lo que dice 2 Samuel 5:8, Salmos 107:18 y Ezequiel 36:5. Estos pasajes indican que el odio es algo del alma. Puesto que el odio es una expresión de la emoción, estos versículos también comprueban que la emoción es una parte del alma. Ezequiel 36:5 se tradujo mejor en *American Standard Version*, donde se usa la expresión [traducida aquí] “enconamiento de alma”. Esto quiere decir la aversión o el odio del alma. El *gozo*, un elemento de la emoción, también forma parte del alma, como se ve en Isaías 61:10 y Salmos 86:4; esto también prueba que la emoción es una parte del alma. También existe el asunto de la *aflicción*, mencionado en 1 Samuel 30:6 y Jueces 10:16. La aflicción es otra expresión del alma. Otro aspecto es el *deseo*: 1 Samuel 20:4, Deuteronomio 14:26, Ezequiel 24:25 y Jeremías 44:14. Como en Ezequiel 24:25 y Jeremías 44:14, el significado correcto se ve cuando se compara *American Standard Version* con la Concordancia de Young o de Strong. Se muestra por estos versículos que el deseo, un elemento de la emoción, está en la esfera del alma.

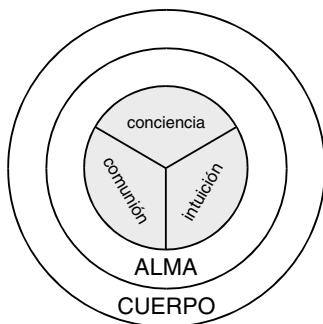
Estos versículos establecen la base para confirmar las tres partes del alma: la mente, la emoción y la voluntad. En las Escrituras es difícil hallar más partes del alma, debido a que estas tres partes abarcan todas las funciones del alma. La mente es la parte principal, y después vienen la voluntad y la

emoción. Estos son los versículos más cruciales en revelar cuáles son las tres partes del alma.

LAS TRES PARTES DEL ESPIRITU: CONCIENCIA, COMUNION, INTUICION

Es muy interesante notar que existen tres Personas en la Deidad, tres partes en él ser humano, tres partes interiores en el alma, y también existen tres partes en el espíritu. Todos tienen *tres* partes. Las Escrituras también revelan tres partes en el tabernáculo, el edificio de Dios. Tres es la cifra, o número básico. Aun en el arca de Noé hay tres niveles. Con respecto al tabernáculo el número tres se usa muchas veces. Por ejemplo, la anchura de una tabla es de un codo y medio. Cuando se juntan dos tablas como un par, la anchura total es de tres codos. Esto significa que el número tres es una unidad completa.

Por lo tanto, el espíritu es una unidad completa, compuesta de tres partes o funciones: la conciencia, la comunión y la intuición. El área sombreada en el siguiente diagrama ilustra las partes del espíritu.



Es muy fácil entender lo que es la conciencia. Todos estamos muy familiarizados con esto. Percibir la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto es una función de la conciencia. Condenar o justificar es otra de sus funciones. También es fácil comprender lo que es la *comunión*. La comunión es

nuestra comunicación con Dios. Dentro de nuestro espíritu, tal función hace posible tener contacto con Dios. En palabras sencillas, la comunión es tocar a Dios. Pero no es muy fácil entender lo que es la intuición. Intuición significa tener un sentir o conocimiento directo. Existe tal sentir directo en nuestro espíritu, no importa cuál sea la razón, la circunstancia o el antecedente. Es un sentir sin razón, un sentir que no es “razonable”. Es un sentir directo de Dios y un conocimiento directo que procede de Dios. Esta función es lo que nosotros llamamos la intuición del espíritu. Así que el espíritu es conocido por las funciones de la conciencia, la comunión y la intuición.

Pero estas tres partes del espíritu humano deben comprobarse por medio de las Escrituras. En primer lugar, en Romanos 9:1 se halla la conciencia: “y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo”. Por medio de comparar Romanos 9:1 con Romanos 8:16, podemos ver que la conciencia está localizada en el espíritu humano. Por un lado, el Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu. Por otro, nuestra conciencia da testimonio con el Espíritu Santo. Esto demuestra que la conciencia tiene que ser una función de nuestro espíritu. En 1 Corintios 5:3, el apóstol Pablo dice que en su espíritu él había juzgado a una persona pecaminosa. Juzgar significa o condenar o justificar, las cuales son acciones de la conciencia. Pero el Apóstol dice, juzgo en mi *espíritu*. Esto confirma que la función de condenar o justificar está en el espíritu; así que la conciencia se encuentra en el espíritu. Salmos 51:10 habla de “un espíritu recto dentro de mí”, es decir, un espíritu el cual es recto. El conocimiento de lo correcto y lo incorrecto está relacionado con la conciencia, así que este versículo también prueba que la conciencia está en el espíritu. Salmos 34:18 se refiere a “los contritos de espíritu”. Estar contrito significa darnos cuenta de que estamos equivocados. En otras palabras, nos acusamos y nos condenamos a nosotros mismos, lo cual es una función de la conciencia. La expresión “contrito de espíritu” muestra que la conciencia está relacionada con el espíritu. Deuteronomio 2:30 dice: “endurecido su espíritu”, lo cual significa que la conciencia fue endurecida. Ser endurecido en el espíritu significa ser

descuidado con la conciencia. Cuando desechamos el sentir que tenemos en la conciencia, llegamos a endurecernos en nuestro espíritu. Estos versículos nos conceden una base fuerte para el hecho de que la función de la conciencia está en el espíritu humano.

Sigamos adelante para hallar la base bíblica con respecto a la comunión. En primer lugar, Juan 4:24 nos dice que debemos adorar a Dios en nuestro espíritu. Para adorar a Dios se requiere que lo adoremos en nuestro espíritu. Adorar a Dios es tener contacto con Dios y tener comunión con El. Este versículo prueba que la función de adoración o comunión está en nuestro espíritu. En Romanos 1:9 el apóstol Pablo dice: "Dios, a quien sirvo en mi espíritu". Servir a Dios también es un tipo de comunión con Dios. Así que esto también prueba que el órgano para la comunión está en nuestro espíritu. Debemos añadir Romanos 7:6: "sirvamos en novedad de espíritu". En otras palabras, el servicio es esencialmente la comunión con el Señor en nuestro espíritu.

Consideremos Efesios 6:18. El texto griego interlineal traduce este versículo de la siguiente manera, "orando en todo tiempo en espíritu..." No hay artículo antes de "espíritu", ni tampoco está escrito con mayúscula. Esto significa que no es el Espíritu Santo, sino nuestro espíritu humano. Orar significa tener comunión con Dios. Así que orar en espíritu, indica que tener comunión con Dios es un asunto en nuestro espíritu. Lucas 1:47 dice: "Y mi espíritu se regocija en Dios". Esto significa que nuestro espíritu humano ha tenido contacto con Dios. Una vez más, la comunión con Dios es una función del espíritu. Luego Romanos 8:16 dice: "el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu". Este versículo es muy claro, debido a que nos muestra que la comunión con Dios debe ser en nuestro espíritu y en el Espíritu de Dios. Primera Corintios 6:17 dice: "Pero el que se une al Señor, un espíritu es con El". La verdadera comunión significa que llegamos a ser un espíritu con el Señor. Esta comunión se encuentra en el espíritu. Todos estos versículos son suficientes para probar que la función de la comunión está en nuestro espíritu humano.

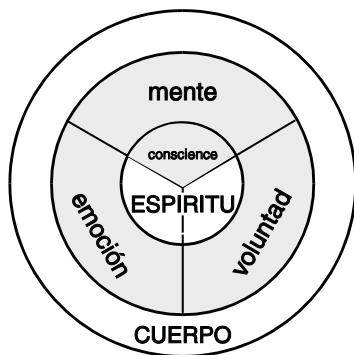
¿Qué acerca de la intuición? Aunque es difícil hallar base bíblica acerca de esta función, existen algunos versículos.

Primera Corintios 2:11 revela que el espíritu del hombre puede conocer lo que el alma no puede. Nuestro espíritu puede discernir lo que el alma no puede. Esto prueba que hay algo adicional en nuestro espíritu. Nuestra alma puede saber cosas por medio del razonamiento y por medio de experiencias circunstanciales, pero el espíritu humano puede discernir las cosas sin necesidad de estos medios. Este sentir directo muestra que la intuición está en nuestro espíritu. Luego tenemos Marcos 2:8, el cual dice: “Conociendo ... en su espíritu”. Marcos 8:12 dice: “Y gimiendo en su espíritu”. Juan 11:33 dice: “Se estremeció en espíritu”. Conocer, gemir y estremecernos en nuestro espíritu proceden de un sentir directo de discernimiento, el cual no depende del razonamiento. A esto le podemos llamar la intuición, la tercera función de nuestro espíritu.

Ahora tenemos la base bíblica con respecto a estas seis partes: las tres partes del alma y las tres partes del espíritu.

LAS CUATRO PARTES DEL CORAZON: MENTE, VOLUNTAD, EMOCION, CONCIENCIA

Entonces, ¿qué es el corazón? El corazón no es una parte separada además del alma y del espíritu, sino una composición de todas las partes del alma y de la primera parte del espíritu. Consta de la mente, la voluntad y la emoción más una parte del espíritu, la conciencia. El área sombreada en el siguiente diagrama muestra las partes que componen el corazón.



El hombre no tiene más que tres partes principales en todo su ser. Como seres humanos tenemos un cuerpo, un alma y un espíritu. No tenemos un cuarto órgano adicional al cual nombramos el corazón.

Ahora necesitamos confirmar que la mente, la primera parte del alma, es una parte del corazón. Mateo 9:4 dice: “¿Por qué pensáis ... en vuestros corazones”? Por lo tanto, uno puede pensar con el corazón. Puesto que los procesos del pensamiento están en la mente, esto comprueba que la mente es una parte del corazón. Génesis 6:5 dice: “los pensamientos del corazón de ellos”. Los pensamientos son de la mente, sin embargo Génesis 6:5 menciona los pensamientos del corazón. Esto mismo se ve en Hebreos 4:12: “los pensamientos ... del corazón”. Estos tres pasajes son prueba suficiente de que la mente, un órgano del alma, es una parte del corazón.

En Hechos 11:23 vemos la voluntad: “propósito de corazón”, o “propósito en el corazón”. El proponerse es una función de la voluntad, sin embargo en Hechos vemos que es algo que pertenece al corazón. Esto muestra que la voluntad también es una parte del corazón. Hebreos 4:12 habla de “las intenciones del corazón”. Las intenciones corresponden a los propósitos, los cuales pertenecen a la voluntad. Una vez más esto demuestra que la voluntad es una parte del corazón. Existen más versículos, pero estos dos son suficientes. Conforme a la norma bíblica, sólo se necesitan dos testigos.

En Juan 16:22 encontramos la emoción: “se gozará vuestro corazón”. Gozarse es un elemento de las emociones, sin embargo, aquí el Señor dice que el corazón se goza. Por lo tanto, esto confirma que la emoción también es una parte del corazón. En el mismo capítulo el Señor dice: “tristeza ha llenado vuestro corazón” (v. 6). La tristeza también es algo que pertenece a la emoción. Así que estos dos versículos confirman que la emoción también es una parte que se encuentra en el corazón.

Con respecto a la conciencia, Hebreos 10:22 dice: “purificados los corazones de mala conciencia”. De modo que, vemos que la conciencia tiene mucho que ver con el corazón. Si deseamos tener un corazón puro, debemos tener una conciencia sin ofensa. Nuestra conciencia tiene que ser purificada a fin

de tener un corazón puro. Por tanto, indudablemente, la conciencia es una parte del corazón. Primera Juan 3:20 menciona que “nuestro corazón nos reprende”. Reprender es la función de la conciencia. Así que este versículo prueba que la conciencia también es una parte del corazón.

Por consiguiente, se ha dado base bíblica para comprobar que todas las partes del alma y la primera parte del espíritu —las cuatro partes: la mente, la voluntad, la emoción y la conciencia— en conjunto, equivalen al corazón.

CAPITULO SIETE

LA FUNCION DE LAS PARTES INTERNAS Y DE LA PARTE ESCONDIDA

Debemos seguir adelante y ver las entrañas [las partes internas] y lo secreto [la parte escondida] de nuestro ser. Debemos recordar estas dos expresiones: las entrañas y lo secreto. Las entrañas de nuestro ser son las partes de nuestra alma y lo secreto es nuestro espíritu. Tanto nuestra alma como nuestro espíritu tienen tres partes, mientras que el corazón consta de las tres partes del alma junto con la primera parte del espíritu. Debemos dedicar tiempo a considerar los detalles de todas estas partes. Primero debemos ver cuál es la función del corazón y cómo tratar con él. Después debemos ver el espíritu y, finalmente, el alma. Esperemos en el Señor para que nos conceda la gracia de ver claramente todas estas partes, para que seamos suficientemente impresionados al comprender todas las partes de nuestro ser, y para que sepamos cómo ejercitar nuestro espíritu y nuestro corazón a fin de experimentar al Señor. En este capítulo debemos ver las funciones del corazón, las del espíritu, y las del alma.

Conforme a lo narrado en las Escrituras, lo primero que debe ser tratado es el corazón, no el espíritu ni el alma. Esto se debe a que el corazón está compuesto de todas las partes del alma y de la parte más importante del espíritu: la conciencia. Nuestra relación con el Señor debe comenzar con la conciencia. Si nuestra conciencia está mal, podemos estar seguros de que estaremos mal tanto para con Dios como para con otros. Por lo tanto, puesto que la conciencia es la parte principal del corazón, éste debe ser tratado primero para asegurar una apropiada relación con Dios.

EL CORAZON COMO ORGANO PARA AMAR

Segunda Corintios 3:16 dice: “Pero cuando se conviertan (los corazones) al Señor, el velo se quitará”. Lo primero que debe convertirse al Señor es el corazón. Esto es verdadero arrepentimiento. Cuando estábamos caídos, nuestro corazón estaba *apartado del* Señor. Sin embargo, cuando nos arrepentimos, nuestro corazón fue convertido al Señor. Este asunto de convertir el corazón hacia el Señor no se efectúa de una vez por todas. Nuestro corazón debe tornarse al Señor todo el tiempo, todos los días. Cada mañana debemos tornar nuestro corazón de nuevo al Señor. Después de levantarnos, debemos acudir al Señor y decirle: “Señor, aquí estoy. Por Tu gracia y Tu misericordia quiero tornar mi corazón de nuevo a Ti este día”.

Cuando nuestro corazón se convierte al Señor, el velo es quitado. Mucha gente dice: “¿Por qué no tengo ninguna guía? ¿Por qué no conozco la voluntad del Señor?” Pero el problema es: ¿en dónde está el corazón de ellos y hacia dónde está orientado? El corazón de ellos debe convertirse al Señor y sintonizarse con El. Cuando yo era joven casi todos los días oraba 2 Corintios 3:16: “Señor, haz que torne mi corazón a ti”. ¡Esto funciona! Tan sólo pruébelo. Antes de leer la Palabra en la mañana, en primer lugar, torne su corazón al Señor. El velo será quitado y habrá luz. El velo que está entre usted y el Señor será quitado al tornar su corazón al Señor, y usted verá la luz.

Una vez que el corazón se ha convertido al Señor, lo siguiente que debe hacer es ejercitar la fe. Romanos 10:9-10 dice: “Si ... creyeres en tu corazón” y “con el corazón se cree”. Creer no es algo que se haga con el espíritu, la mente ni la voluntad, sino con el corazón: “Porque con el corazón se cree”. Debemos aprender a usar nuestro corazón para creer, a fin de cooperar con el Espíritu que mora en nuestro interior. Después de que nuestro corazón se torne al Señor, inmediatamente debemos ejercitar la fe en nuestro corazón. Debemos ejercitar nuestro corazón para creer todo lo que el Señor dice en la Palabra. Por medio de ejercitar nuestro corazón debemos creer todo lo que sintamos profundamente. Debemos ceer en el Señor en medio de nuestro ambiente. En todas las situaciones dentro de nuestro contorno de circunstancias, debemos siempre

ejercitar nuestro corazón para creer al Señor. Ejercitar la fe en el Señor evitará toda duda en nuestro corazón. Debemos aun orar que el Señor proteja de las dudas nuestro corazón.

En tercer lugar, el corazón debe ser purificado de mala conciencia (He. 10:22). El corazón en sí no es lo que ha de ser purificado, sino la mala conciencia. Nuestra conciencia siempre necesita la purificación de la sangre redentora del Señor Jesús. Cuanto más tornemos al Señor nuestro corazón y cuanto más creamos en el Señor por medio de ejercitar nuestro corazón, más sentiremos en nuestra conciencia que estamos equivocados en muchos asuntos. Cuando nuestro corazón no se ha tornado al Señor, no sentimos que nuestra conciencia esté mal. Cuando nuestro corazón se aparta del Señor tenemos un solo sentir: que nosotros estamos bien en todo; todos los demás están equivocados, pero nosotros estamos correctos. Cuando tornamos al Señor nuestro corazón sólo podemos vernos a nosotros mismos; no podemos ver a los demás. Cuanto más creamos en El, más sentiremos lo mal que estamos en tantas cosas. Estamos mal con nuestra esposa, con nuestro esposo, con nuestros hijos, con nuestros padres, con nuestros compañeros de clase. ¿Qué son estas acusaciones en nuestro corazón? Son las acusaciones de nuestra conciencia. En este punto, conforme a la acusación interna de nuestra conciencia, nosotros espontáneamente confesaremos todo. Cuanto más confesemos, más será aplicada la sangre del Señor Jesús a nuestra conciencia. Esta será purificada, limpiada y quedará sin ofensa: una conciencia pura. Que nuestro corazón esté purificado de toda mala conciencia significa que nuestra conciencia ha sido purgada hasta tal grado que ya no hay condenación en nuestro corazón. Nuestro corazón tiene paz y está lleno de gozo en el Señor.

Además, conforme a Ezequiel 36:26, el corazón debe ser renovado. En Ezequiel 36:25 el Señor dice: "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré". Pero esto no es todo. Limpiarnos de nuestras inmundicias, de nuestros pecados y hasta de nuestros ídolos es solamente el lado negativo. Necesitamos algo positivo. Por lo tanto, el versículo

siguiente dice: "Os daré corazón nuevo". Un corazón nuevo es el corazón viejo renovado.

Por lo tanto, hay cuatro pasos en cuanto al tratar con el corazón. Estos no ocurren de una vez por todas cuando creemos en el Señor Jesús y le recibimos como nuestro Salvador. Estos cuatro pasos deben refrescar todos los días el corazón de los que buscamos al Señor. Debemos tornar nuestro corazón al Señor, debemos ejercitar nuestro corazón para creerle a El, debemos tener un corazón purificado de mala conciencia, y debemos renovarlo una y otra vez. La renovación de nuestro corazón no es un asunto que ocurra de una vez por todas. Creo que si el apóstol Pablo estuviera aquí hoy día, necesitaría que su corazón fuera renovado. Debemos poner estos pasos en práctica inmediatamente. Al levantarnos en la mañana debemos orar: "Señor, hazme tornar mi corazón a Ti". Luego debemos ejercitar nuestro corazón para creer al Señor: "Señor, te creo y creo Tu Palabra. Creo en el hecho de que Tú tratas conmigo y de que tratas con todo el ambiente que me rodea". En este punto sentiremos cuán equivocados hemos estado, cuántos errores hemos cometido y cuánta inmundicia tenemos. Por lo tanto, debemos confesar para que seamos limpiados y purificados de mala conciencia. Entonces nuestro corazón será renovado otra vez.

Estos cuatro pasos harán que nuestro corazón funcione adecuadamente. La función del corazón es amar al Señor, porque es el órgano de amar de nuestro ser. Esto lo prueba Marcos 12:30: "Amarás al Señor con todo tu corazón". El corazón fue creado con el propósito de amar al Señor. Si no tuviéramos corazón no podríamos amar. ¿Acaso podríamos ver si no tuviéramos ojos? ¿Podríamos oír si no tuviéramos oídos? ¿Podríamos pensar si no tuviéramos mente? ¡No! Tampoco podríamos amar si no tuviéramos corazón. Muchos cristianos no saben cuál es la función del corazón. Ellos saben cuál es la función de los ojos, la de los oídos, la de la mente, pero simplemente no saben cuál es la función del corazón.

El amor es un asunto que corresponde al corazón. No podemos amar a la gente con la nariz; tampoco podemos amar a la gente con las manos. El corazón es el único órgano para amar. Nadie puede decir que no ama cosa alguna. Todo el mundo

ama algo: ya sea al Señor mismo o a alguna otra cosa. Cuanto más tornemos nuestro corazón al Señor, más ejercitaremos nuestro corazón para creer al Señor, y más nuestro corazón será limpiado de mala conciencia y renovado. Entonces tendrá una mayor capacidad de amar al Señor. Esta es la función de un corazón renovado. Cada mañana debemos renovar nuestro corazón para que podamos amar al Señor cada vez más.

Todas las experiencias espirituales comienzan con un amor en el corazón. Si no amamos al Señor es imposible recibir algún tipo de experiencia espiritual. De hecho, la primera experiencia de nuestra vida cristiana, la salvación, tiene que ver con el hecho de que el corazón ame al Señor Jesús. A ninguna persona que verdaderamente se arrepiente le falta en su corazón amor hacia el Señor. Es posible que no tengan palabras para expresarlo, pero interiormente tienen la dulce sensación de amor. No tienen el conocimiento, pero, su *experiencia* inicial de salvación es una reacción o un reflejo de amor en el corazón hacia el Señor.

Debemos aprender a tornar continuamente nuestro corazón y a ejercitarlo, para tener un corazón purificado de mala conciencia y nuevamente renovado con el fin de poder amar al Señor cada vez más. Que la iglesia perdiera su primero y fresco amor hacia el Señor fue la causa de que ella cayera y se degradara. Cuando nuestro corazón no sea fresco en cuanto a amar al Señor, habremos caído. Debemos volver nuestro corazón hacia el Señor una y otra vez, y renovarlo continuamente para que tengamos un nuevo y fresco amor para con el Señor.

EL ESPIRITU COMO ORGANO RECEPTOR

Ahora que hemos visto la función del corazón, necesitamos considerar la función del espíritu. En primer lugar, la Biblia nos dice que nosotros originalmente estábamos muertos, pero que cuando recibimos al Señor Jesús fuimos vivificados y avivados. ¿Qué significa eso de que estábamos muertos? Cuando yo era joven no podía entenderlo. Me decía a mí mismo: "¿Cómo pueden ellos decir que estoy muerto si estoy vivo?" Por supuesto, más adelante aprendí que estaba muerto en mi espíritu. Era mi espíritu lo que estaba muerto y no tenía función. La función del espíritu es tener contacto con Dios, tener

comunión con Dios, y recibir y adorar a Dios. Pero debido a la caída, el espíritu llegó a adormecerse y no podía funcionar.

Cuando recibimos al Señor Jesús como nuestro Salvador, el Espíritu Santo —y debemos recordar que cuando se usa el título “Espíritu Santo”, significa el Espíritu todo-inclusivo— entró en nuestro espíritu y tocó nuestro espíritu. Por medio de este toque, nuestro espíritu fue vivificado. La palabra vivificado no ha podido ser traducida adecuadamente a nuestra lengua. En griego significa algo así: “tan sólo por un toque, se ministra y se imparte vida”.

Tal vez podamos representar esto con la electricidad: cuando tocamos la electricidad, algo de la electricidad es transmitido a nuestro interior. Por un toque simple y pequeño, la electricidad es transmitida. Del mismo modo, el Espíritu Santo entró en nuestro espíritu para tocar nuestro espíritu, y por este toque, la misma vida que el Señor Jesús mismo es, fue impartida en nosotros. Nuestro espíritu adormecido y muerto revivió inmediatamente. Esto es algo más que un milagro. Muchas veces hemos pensado que sería maravilloso y milagroso si una persona muerta fuera resucitada. Sin embargo, debemos darnos cuenta de que es todavía más milagroso que el Espíritu Santo vivifique nuestro espíritu muerto. La historia narra que miles y millones de personas han sido cambiadas rápidamente debido a que su espíritu muerto fue avivado. En sólo un segundo, una persona muerta en espíritu puede ser avivada. El Espíritu Santo es mucho más poderoso que la electricidad y se transmite mucho más rápido que ésta.

Colosenses 2:13 y Efesios 2:1, 5 dicen que nuestro espíritu estaba muerto y que después se le dio vida. Nosotros estábamos muertos en pecados y después se nos dio vida juntamente con Cristo. Estos dos pasajes prueban que originalmente nosotros estábamos muertos en nuestro espíritu pero que cuando recibimos al Señor Jesús como nuestro Salvador, nuestro espíritu muerto fue vivificado y recibió vida. Cuando a nuestro espíritu se le dio vida, también fue regenerado. El prefijo “re” de la palabra regeneración significa “de nuevo”. Esto significa que a nuestro espíritu no sólo se le dio vida, sino también que otra vida nos fue añadida en nuestro espíritu. Esta otra vida

es la vida divina e increada de Dios. Esta vida es Cristo mismo. Cuando el Espíritu Santo, con base en la obra redentora de Cristo, entró en nosotros, no sólo vivificó nuestro espíritu muerto, sino que también introdujo a Cristo en nuestro espíritu. Esta nueva vida agregada a nuestro espíritu es algo más que lo que Dios nos dio en la creación.

Por lo tanto, nuestro espíritu muerto no sólo ha sido recuperado y avivado, sino que una nueva sustancia ha sido agregada a nuestro espíritu. Esta sustancia o esencia nueva y adicional es Cristo mismo. Esto es un nuevo nacimiento, la regeneración. Juan 3:6 dice: "Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es". Por el nuevo nacimiento, o regeneración, algo que originalmente no teníamos fue agregado a nosotros. Debemos decir esto una y otra vez: algo ha sido agregado. No sólo lo viejo y muerto ha sido renovado y vivificado, sino que Cristo mismo ha sido agregado a nosotros como la misma esencia de la vida divina. Esto es regeneración y vida nueva. Por medio de todo esto ahora nosotros tenemos un nuevo espíritu (Ez. 36:26).

Permítame preguntar: ¿Ha recibido usted a Cristo mismo como su vida nueva? Si su respuesta es "sí", yo preguntaría: ¿Entonces por qué es usted tan pobre? Los cristianos deben reconocer a Cristo como su realidad viviente. La energía atómica no sólo es algo exterior sino también algo interior. Hasta en una simple hoja de papel hay energía atómica. Pero cuando usted recibió a Cristo, algo más poderoso que la energía atómica fue agregado a su espíritu. Si cree usted esto, tiene usted que saltar y decir: "¡Aleluya!" Tiene usted que agradecerle a El y alabarle porque este Cristo maravilloso, todo-inclusivo, inagotable e inmensurable realmente ha sido agregado a usted. Simplemente no tenemos palabras adecuadas para describir al Cristo que ha entrado en nosotros. Sólo la eternidad puede decirlo.

Pero, alabado sea El, esto no es todo. Nuestro espíritu también está *habitado por el Espíritu Santo todo-inclusivo*. Cuando fuimos salvos, Dios no sólo renovó nuestro corazón y nuestro espíritu, sino que también puso Su propio Espíritu en nosotros (Ez. 36:26, 27; Jn. 14:17). Este maravilloso Espíritu mora (Ro. 8:11) en nuestro espíritu humano (Ro. 8:16).

Nuestro espíritu es la propia morada del Espíritu Santo. Considere cuán maravilloso es este Espíritu. Desde el momento de nuestra salvación, nuestro espíritu muerto ha llegado a ser un espíritu que ha sido vivificado y regenerado con Cristo como vida divina, y también ha sido habitado por el Espíritu Santo todo-inclusivo. *Ahora* nosotros tenemos tal espíritu.

Pero aun esto no es todo. Ahora nuestro espíritu está unido al Señor *como un solo espíritu*. Nuestro espíritu y el Señor mismo como el Espíritu se han unido en un solo espíritu (1 Co. 6:17). No hay palabras humanas que puedan agotar este misterio.

¿Cuál es el propósito y la función del espíritu? Es tener contacto con el Señor, recibirlo, adorar a Dios (Jn. 4:24) y tener comunión con las Personas divinas del Dios Triuno. El corazón es el órgano para amar, mientras que el espíritu es el órgano para tener contacto y recibir. No podemos amar con nuestro espíritu. Debemos amar con nuestro corazón. Pero por medio de nuestro espíritu debemos recibir a Aquel a quien amamos y tener contacto con El.

Nunca olvidaré a una hermana que se molestó por un mensaje como éste. Ella pensaba que era suficiente si nuestro corazón amaba al Señor, y que no había necesidad de hablar del espíritu. Creía que el corazón y el espíritu eran palabras sinónimas. Tal vez después de haber escuchado tal mensaje, esta hermana no pudo dormir bien por la noche, porque a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, preguntó: “¿No es acaso suficiente que nuestro corazón ame al Señor? ¿Por qué es necesario hablar del espíritu?” Yo contesté: “Hermana, aquí tengo una preciosa Biblia. ¿Acaso usted la ama?” A lo que ella contestó: “Por supuesto que la amo”. Entonces le dije: “¡Tómela!”. Cuando estiró la mano le dije: “¡No, no use la mano! Su corazón es el que ama la Biblia. Mientras su corazón ame la Biblia todo está bien. No es necesario que use la mano para tomarla”. El punto es claro. No podemos decir que mientras nuestro corazón ame al Señor es más que suficiente. Se necesita el espíritu para tomar a Cristo.

Supongamos que yo amara mi desayuno. ¿Será suficiente que mi corazón ame el tocino, el pan tostado, la leche, el jugo, etc.? ¡Absolutamente no! Si eso fuera suficiente, me temo que

en unos cuantos días me estarían enterrando. Amar es un asunto del corazón, pero para recibir algo debe usarse otro órgano. El órgano que vayamos a usar, está determinado por lo que vamos a recibir. Si va uno a recibir comida, debe utilizar la boca; si va uno a recibir una voz, debe utilizar los oídos. Si va uno a recibir un colorido escenario, debe utilizar los ojos. Ahora bien, puesto que amamos al Señor, ¿cuál órgano debemos usar para recibirlo? ¿los ojos acaso? Cuanto más buscamos al Señor, más desaparecerá. Con todo propósito Dios sólo creó un órgano para recibirlo y tener contacto con El. Ese órgano es el espíritu. El espíritu que tenemos en nuestro interior tiene espiritualmente la misma función que el estómago físicamente. Fue creado específicamente con el propósito de que recibiéramos a Dios en nuestro interior.

Pero antes de poder recibir algo, uno debe sentir amor por ello. Nadie recibe cosa alguna si primero no la ama. Si usted no amara el desayuno sería difícil para usted recibirlo. Es por eso que usted primero debe tener apetito. Cuando amamos al Señor le recibimos, tenemos contacto con El, nos comunicamos con El y tenemos comunión con El. El corazón sirve para que amemos, pero el espíritu sirve para que recibamos. Mediante la renovación del corazón tenemos un nuevo interés y un nuevo deseo de amar al Señor. Mediante la renovación del espíritu tenemos una nueva habilidad y una nueva capacidad para recibir al Señor. Por lo tanto, después de que nuestro espíritu ha sido vivificado y Cristo como vida ha sido agregado a él, después de que ha sido habitado por el Espíritu Santo y después de que se ha unido al Señor como un solo espíritu, llega a ser un órgano muy fino para recibir al Señor y tener contacto con El.

EL ALMA COMO ORGANO REFLECTOR

A continuación vamos a tratar con el alma. Lo primero que debemos aprender en cuanto a tratar con el alma es que debemos negarla. Dos pasajes, Mateo 16:24-26 y Lucas 9:23-25, nos dicen claramente que debemos negar el alma, la cual es el yo. En el capítulo anterior vimos que el alma, nuestro propio yo, está compuesta de tres partes: la mente, la voluntad y la emoción. Por lo tanto, debemos aprender a negar nuestra

mente natural, nuestra voluntad natural y nuestra emoción natural.

En segundo lugar, el alma debe ser purificada (1 P. 1:22), lo cual se logra principalmente por recibir la Palabra. La Palabra de Dios puede purificar el alma de muchas cosas carnales, mundanas y naturales. Nuestra alma es nuestro yo, nuestro propio ser, el cual ha sido muy dañado y ocupado por cosas carnales, mundanas y naturales. Por lo tanto, primero debemos negar nuestra alma; entonces, cuanto más neguemos nuestra alma, más será ésta purificada por la Palabra de Dios.

En tercer lugar, nuestra alma debe ser transformada (2 Co. 3:18 y Ro. 12:2). Segunda Corintios 3:18 dice que debemos ser transformados, pero no indica en qué parte debemos ser transformados. Sin embargo, Romanos 12:2 muestra que somos transformados por la renovación de la mente. Por consiguiente, la transformación debe ser efectuada en nuestra alma, puesto que la mente es la parte gobernante del alma. Después que nuestro espíritu ha sido regenerado, nuestra alma debe ser transformada.

¿Cuál es el propósito de que el alma tenga que ser negada, luego purificada, y de ahí transformada en la imagen de Cristo? Ya hemos anotado que el corazón sirve para amar al Señor y que el espíritu sirve para recibir al Señor y tener contacto con El. Ahora, ¿para qué es el alma? Es para *reflejar* al Señor. En la mayoría de las versiones la palabra “reflejar” no es traducida en 2 Corintios 3:18, pero el significado se encuentra en el idioma original. “Reflejar” es la función de un espejo, el cual capta y refleja a cara descubierta. El alma, mediante ser purificada y transformada, llega a ser el órgano mismo que, como espejo, refleja y expresa a Cristo. Por lo tanto, amamos al Señor con nuestro *corazón*, lo recibimos y tenemos contacto con El con nuestro *espíritu*, y lo reflejamos y lo expresamos con nuestra *alma* transformada. Debemos poner todo esto en práctica en nuestra vida diaria. Entonces en nuestras vidas comprobaremos que lo aquí explicado es totalmente práctico y en verdad produce resultados.

CAPITULO OCHO

TRATANDO CON EL CORAZON Y CON EL ESPIRITU

Ya hemos visto la definición y función del corazón, del espíritu y del alma. Nuestra relación con el Señor siempre es iniciada y mantenida por medio del corazón. Por supuesto, tener contacto con el Señor es un asunto del espíritu, sin embargo esto debe ser iniciado y mantenido por el corazón, pues nuestro corazón es la puerta de todo nuestro ser. Un edificio con muchas habitaciones siempre tiene una entrada y una salida; una persona ingresa por la entrada y abandona el edificio por la salida. Cuando la entrada está cerrada, todos quedan excluidos de las habitaciones que están dentro del edificio, pero una vez que la puerta es abierta, la gente puede entrar al edificio y disfrutar cada cuarto.

El corazón no es una parte separada y exclusiva de nuestro ser, sino que está compuesto de todas las partes del alma y una parte del espíritu. Por lo tanto, teniendo tal composición, el corazón llega a ser la puerta misma de todo nuestro ser. En otras palabras, el corazón llega a ser tanto la entrada como la salida de nuestro ser. Todo lo que entre en nosotros debe entrar por nuestro corazón. Todo lo que salga de nosotros debe salir por el corazón.

Por ejemplo, si nuestro corazón no está alerta, mientras escuchamos un mensaje, no obtendremos la substancia de éste. O cuando leamos, no recibiremos nada si nuestro corazón no está atento al contenido. Aun mientras comemos, si no tenemos ganas de comer, no le tomaremos sabor a la comida. Esto prueba que el corazón es el órgano regulador. Para controlar todo el edificio, debemos tener la capacidad de cerrar o

de abrir la puerta. Así que en el corazón existe el poder para cerrar o abrir la puerta.

Por esta razón la predicación del evangelio se debe llevar a cabo bajo la dirección del Espíritu Santo para que pueda conmover el corazón humano. La manera más eficaz de predicar el evangelio es tocar el corazón humano. Si uno puede llegar hasta el corazón, muchas personas pueden ser ganadas. Esta es la razón por la cual los incrédulos se endurecen y cierran su corazón a la predicación del evangelio. No importa cuánto prediquemos, una vez que ellos cierran su corazón no podemos tocarlos. No podemos ministrar nada dentro de ellos, debido a que su "entrada" está cerrada. Si vamos a predicar de manera eficaz, debemos hallar la manera de penetrar la entrada. El mejor predicador es aquel que halla la llave para abrir el corazón.

Aun el Señor mismo nos atrae mediante nuestro corazón. El no estimula primero nuestro espíritu. La mujer buscadora, en el mismo comienzo del Cantar de los Cantares de Salomón, pide al Señor que la atraiga con Su amor para que ella lo ame. El Señor viene para tocar nuestro corazón con Su amor. Es por esto que, después de la resurrección, el Señor le preguntó a Pedro: "¿Me amas?" (Jn. 21). El amor del Señor es la mejor manera de abrir la puerta del corazón. Por lo tanto, la manera más eficaz de abrir el corazón es predicar el amor de Dios. Una vez que se abre el corazón, es muy fácil que el Espíritu Santo toque el espíritu y todas las partes del ser del hombre. Esto es verdad no sólo en la predicación del evangelio, sino también en el ministerio de la enseñanza cristiana.

TRATANDO CON EL CORAZON

Por esta razón debemos tratar con nuestro corazón para que podamos tener una relación apropiada con el Señor. ¿Cómo podemos tratar con nuestro corazón? Digo de nuevo, es muy sencillo. La Escritura dice: "Bienaventurados los de corazón *puro*" (Mt. 5:8). Algunos traductores han cambiado la palabra "puro" por "limpio", quedando así: "de corazón limpio". Pero la palabra "limpio" no es adecuada. No es solamente un asunto de un corazón limpio, sino de un corazón puro. Puede que estemos limpios, pero aleados, y por consiguiente no

estemos puros. Estar aleado no significa estar sucio, sino tener más de una meta y un propósito.

Este es el problema de muchos hermanos y muchas hermanas. Ellos piensan que no hay nada incorrecto en sus corazones debido a que ellos están limpios y sin condenación. Sin embargo ellos no son puros, debido a que tienen más de una meta, más de un propósito. Es cierto, tienen como meta a Dios, pero al mismo tiempo tienen como meta otras cosas. Tal vez tengan como meta a Dios y al mismo tiempo un doctorado. Que ellos tengan dos cosas como meta, quiere decir que están revueltos y complicados. Por ejemplo, no podemos observar dos cosas al mismo tiempo con nuestros ojos. Si tratamos de mirar dos cosas al mismo tiempo, las veremos borrosas.

¿Cuál es la razón por la cual algunos dicen que no están seguros acerca de la voluntad de Dios? Es que tienen dos metas, dos propósitos. Muchos hermanos y hermanas tienen más de dos metas. Tienen como meta muchas cosas. Ellos sí están buscando tener más del Señor, pero al mismo tiempo están buscando otras cosas, tales como su propia posición y su propia carrera. ¿Cómo pueden ellos evitar ser confundidos y enredados? Su corazón debe ser purificado de tantas ambiciones a fin de que el Señor mismo sea su única meta.

Incluso muchos obreros cristianos tienen demasiadas metas. Un hermano testificó que él tenía una gran meta: el quería ser el predicador más grande de su denominación. Su corazón era limpio, pero él mismo no era puro. Su corazón debe ser purificado hasta que él tenga una sola meta: el Señor mismo. Algunos obreros cristianos tienen al Señor mismo y Su obra como meta. Tienen dos metas. Ellos necesitan purificar su corazón hasta que ellos no busquen otra cosa como meta que al Señor mismo. Su propósito, meta e interés solamente debe ser el Señor mismo. Cuando ellos no busquen absolutamente ninguna otra cosa sino al Señor, su corazón será puro; y si ellos tienen tal corazón puro, el "cielo" les quedaría no solamente abierto sino muy despejado. Algunas veces el cielo está abierto pero nublado. ¿Por qué el cielo espiritual está nublado? Debido a que el corazón está aleado y no es puro. Cuando el corazón es purificado de muchas metas, el cielo se despeja.

Otro término que la Biblia usa para describir al corazón es “sencillez”, “sencillez de corazón”. Algunas versiones traducen sencillez como simplicidad, “simplicidad de corazón”. Sencillez de corazón significa ser simple. Ser simple significa, en cierto sentido, ser tonto. Aquellos que realmente aman al Señor y que le tienen como meta son cierta clase de tontos. ¡Todos debemos ser cristianos tontos! Esto significa: “Yo no sé nada, solamente conozco a Jesús. En todo lo que hago, sólo conozco a Jesús”. Adondequiera que voy, solamente conozco a Jesús. No debemos tratar de ser listos. Solamente tenemos un camino, el camino estrecho de Jesús. La gente dirá: “Usted es tonto”, sin embargo debemos estar contentos de ser tan tontos. Esto es simplicidad.

Veamos tres pasajes bíblicos que se refieren a la pureza del corazón: Salmos 73:1, Mateo 5:8 y 2 Timoteo 2:22. La última referencia nos muestra que aunque las iglesias se estén deteriorando, debemos buscar al Señor con un corazón puro y orar junto con aquellos que tengan un corazón puro. Existen por lo menos tres versículos que se refieren a la sencillez de corazón: Hechos 2:46, Efesios 6:5 y Colosenses 3:22. Si deseamos buscar y servir al Señor, debemos tratar con estos dos asuntos: ser puros y sencillos de corazón. Debemos aprender a tener no solamente un corazón limpio y recto, sino un corazón puro y sencillo. Si tratamos con nuestro corazón en tal manera, todo nuestro ser será abierto al Señor, debido a que la puerta estará abierta. Esto no es doctrina, sino simplemente instrucciones acerca de cómo tratar con el corazón, para que de esta manera el Señor posea todo nuestro ser.

TRATANDO CON LA CONCIENCIA

De nuevo, repito: El Señor primeramente debe atraernos por medio de Su amor. A fin de abrir nuestro corazón, El lo toca con Su amor. Luego, inmediatamente después de tratar con el corazón, la conciencia debe ser tratada. En la presencia del Señor, primero se debe tratar con el corazón y luego con la conciencia. Si somos puros y sencillos en nuestro corazón, la función de nuestra conciencia inmediatamente será muy aguda y alerta. Tal vez mientras estemos leyendo este libro, no tengamos el sentimiento de que estamos equivocados y que

hemos cometido errores; pero cuando tratemos con nuestro corazón y lo hagamos puro y sencillo, la conciencia funcionará de una manera plena. Nuestra conciencia comenzará a acusarnos, haciendo que confesemos y que tratemos con ella. Esto hará que esté nuestra “conciencia sin ofensa”. Pablo dijo que él se había ejercitado para tener una “conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hch. 24:16). “Una conciencia sin ofensa” significa que está libre de cualquier clase de ofensa o acusación.

A fin de conocer la diferencia que existe entre nuestra alma y nuestro espíritu, necesitamos una conciencia aguda. Sin embargo, esto es difícil cuando razonamos con nuestro intelecto. Usted dice: “Bueno, yo estoy equivocado un diez por ciento, pero aquel hermano se equivocó conmigo cien por ciento. Así que él me debe un balance de noventa por ciento”. Esto no es otra cosa que hacer cálculos mentales en el alma. Mientras estamos razonando lógicamente en el alma, hay algo más profundo en nosotros que dice: “No importa cuánto él te debe, tú tienes que tratar con ese diez por ciento”.

La cuenta espiritual no es como la cuenta en el banco. La cuenta en el banco tiene crédito, débito y balance; pero la cuenta en el espíritu sólo tiene una columna, el débito. No importa cuánto crédito tengamos, mientras tengamos un débito, debemos tratar con ello. Supongamos que yo le robé a usted un reloj, y que usted me robó un automóvil. Entendemos claramente lo que cada uno de nosotros robó. Pero un día la conciencia funciona: “Tienes que tratar con el asunto del artículo robado”. Por supuesto, si yo solamente estuviera haciendo el balance de una cuenta en el banco, yo razonaría: “Este reloj cuesta \$100 y ese carro cuesta \$2000, así que ese hombre me debe \$1900. No es necesario que yo trate con mi conciencia; en vez de eso, yo debería reclamar la diferencia”. Pero la cuenta espiritual no funciona de esa manera. La cuenta espiritual requiere que yo me olvide de cuánto la otra persona me debe y que yo trate con los \$100. Incluso debo pedirle disculpas al hombre y decirle: “Amigo, discúlpeme. Para mí, robar es pecaminoso. Aquí está el reloj robado; se lo regreso ahora”. ¡No debo decir ni una palabra acerca de aquel automóvil! No tengo derecho a mencionarlo. Sólo el Espíritu

Santo tiene el derecho de decirle algo a él. En la cuenta celestial, solamente hay una columna, no dos.

¿Ve usted el punto? Si usted está discutiendo y razonando, usted simplemente está en la mente, no en el espíritu.

Para mostrar esto con más detalle, supongamos que el Espíritu Santo está obrando en su espíritu, pidiéndole a usted que conteste el llamamiento del Señor. Sin embargo, una gran cantidad de razonamientos inundan su mente: ¿Qué de mi esposa? ¿Qué de mis hijos? ¿Qué de la educación de ellos? Todavía tengo a mi madre, y ya tiene 80 años de edad. Es mejor esperar un poquito más. Después que ella muera, será el momento apropiado para que yo conteste el llamamiento del Señor. Esto no es otra cosa que argumentos y raciocinios en el intelecto del alma. Usted es muy lógico, razonable, y correcto, pero todavía está el llamamiento del Señor en lo profundo de su espíritu.

Es muy fácil entender la diferencia que existe entre el alma y el espíritu, pero el problema es que todo nuestro ser puede todavía estar cerrado, pues nuestro corazón todavía no se ha abierto. Debemos decir esto una y otra vez: tenemos que abrir nuestro corazón. Cuando tratemos con nuestro corazón, de modo que sea puro y sencillo, entonces nuestra conciencia será muy aguda, para dar a conocer muchas acusaciones y ofensas. Entonces nuestra conciencia sólo podrá ser corregida por medio de la confesión y por medio de aplicar el rociamiento, la limpieza, de la sangre del Señor (He. 9:14).

Cuando nuestra conciencia sea purificada, serviremos al Dios vivo. Dios es un Dios vivo, sin embargo, El no es un Dios vivo para nosotros cuando nuestra conciencia está llena de ofensas. Cuando esto sucede, tenemos a Dios sólo de nombre; pero cuando nuestra conciencia ha sido limpiada por medio de la sangre, sentimos que Dios es muy viviente. Algunas veces parece como si Dios no fuera viviente y verdadero; El es como un título, DIOS, y ya. Esto sucede cuando nuestra conciencia está desgastada y llena de ofensas; necesita ser tratada por medio de la confesión y la limpieza.

Entonces tendremos una conciencia pura. El apóstol Pablo le dijo a Timoteo que él servía a Dios con una conciencia pura; no sólo una conciencia limpia, sino una conciencia sin

mixtura ni sombra (2 Ti. 1:3). Una acusación en nuestra conciencia, la hace oscura y opaca, obstaculizando nuestra comunión con el Señor.

Una conciencia pura también es una buena conciencia (1 Ti. 1:5, 19 y 1 P. 3:16, 21). Una buena conciencia es una conciencia que ha sido limpiada y purificada. Es recta y transparente, sin ninguna sombra. Una conciencia en tal condición nos introducirá en la presencia del Señor. No hay ninguna barrera entre nosotros y El debido a que la conciencia ha sido limpiada y purificada.

TRATANDO CON LA COMUNION

Después de tratar con la conciencia, la facultad de la comunión en nuestro espíritu debe ser tratada, como se ve en 1 Juan 1:1-7. La comunión entre nosotros y Dios es mantenida por medio de una buena conciencia. Cuando la conciencia es ofendida, llega a ser una barrera y daña nuestra comunión con el Señor; por lo tanto, según 1 Juan 1:9, debemos confesar nuestras faltas, nuestros fracasos y nuestros pecados para que la sangre de nuestro Señor Jesús limpie nuestra conciencia. Entonces no habrá condenación en nuestra conciencia que obstaculice nuestra comunión con el Señor. Hablando con propiedad, nuestra comunión depende de cuánto tratamos con nuestra conciencia; es mantenida por medio de una conciencia pura. Por lo tanto, estos dos tratos en realidad son uno, puesto que tratar con nuestra conciencia es tratar con la comunión. La comunión se mantendrá si no hay nada incorrecto en nuestra conciencia. Si se rompe nuestra comunión con el Señor, significa que nuestra conciencia está incorrecta. Cuando nuestra conciencia no es pura ni transparente, la comunión se pierde, y solamente puede ser restablecida cuando nuestra conciencia es recobrada.

TRATANDO CON LA INTUICION

Ahora venimos al asunto de la intuición. Así como la comunión sigue a la conciencia, asimismo la intuición sigue a la comunión. Si hay algo incorrecto en la conciencia, se rompe la comunión, y cuando se corta la comunión, la intuición no funciona. Por lo tanto, tratar con la conciencia es básico. Una

conciencia transparente nos introducirá en la presencia del Señor, produciendo una comunión viviente con El. Por medio de esta comunión viviente, es muy fácil que nuestro espíritu perciba directamente la voluntad de Dios: ésta es la función de la intuición. Esta función depende completamente de una comunión perfecta. Cuando nuestra comunión es perfecta, la intuición funciona apropiadamente. Cuando se rompe nuestra comunión con el Señor, automáticamente la intuición deja de funcionar, y solamente puede ser recobrada mediante una comunión restaurada.

Primera Juan 2:27 es una palabra muy importante, la cual la mayoría de nosotros descuidamos. Este versículo dice que la unción permanece en nosotros. La unción es el obrar del Espíritu Santo dentro de nuestro espíritu, dándonos un sentir directo de Dios. Ese sentir directo es la intuición. Primera Juan, capítulo uno, indica que la comunión se guarda o se mantiene por medio de la sangre. El capítulo dos indica que la intuición obra por medio de la unción interior del Espíritu Santo. Cuando el Espíritu Santo nos unge, por medio de moverse en nuestro espíritu, recibimos un sentir directo de la intuición.

Por medio de la intuición dentro de nuestro espíritu, tenemos un conocimiento interior, no un entendimiento mental. El conocimiento interior está en nuestro espíritu, mientras que el entendimiento está en nuestra mente; y el conocimiento interior en nuestro espíritu siempre precede al entendimiento en nuestra mente. En otras palabras, cuando el Espíritu Santo unge nuestro espíritu, recibimos un sentir directo en nuestra intuición. Por medio de la intuición, la cual está dentro de nuestro espíritu, tenemos un conocimiento interior, percibiendo algo que procede de Dios. Sin embargo, todavía necesitamos la mente para entender lo que sentimos en el espíritu. A veces solamente podemos saber algo en el espíritu, pero no podemos entenderlo con la mente. Parece que es un lenguaje celestial, y que el mundo no sabe de qué estamos hablando. El entendimiento en la mente funciona sólo para interpretar lo que nuestro espíritu siente como conocimiento interior. Nuestra mente iluminada y renovada interpretará lo que sintamos en la intuición de nuestro espíritu.

Digámoslo de esta manera: A veces en la mañana mientras estamos leyendo la Palabra y orando, espontáneamente sentimos una carga en lo profundo de nuestro espíritu, una carga tan pesada y tan profunda que no podemos entender lo que es. Tenemos que acudir al Señor para poder tener entendimiento acerca de esta carga. Poco a poco durante el día, empezamos a entender con nuestra mente lo que está en el espíritu. En la mañana sentimos la carga o el conocimiento interior por medio de la intuición que está en nuestro espíritu, pero durante el día gradualmente recibimos la interpretación de ello en nuestra mente.

Como resumen, 1 Juan 1 revela que debe mantenerse la comunión, y 1 Juan 2, especialmente el versículo 27, muestra que la intuición debe ser estimulada o ungida por el Espíritu Santo. Pero tanto la comunión como la intuición dependen completamente del hecho de que hayamos tratado con la conciencia. Por medio de tratar este asunto de esta manera, podemos obtener una conciencia pura y transparente, la cual nos permitirá una perfecta comunión con el Señor. Esto resultará en la función de la intuición, debido a que el Espíritu Santo tendrá manera de moverse y de ungir nuestro espíritu. De nuevo decimos, todas estas cosas deben ser puestas en práctica diariamente. Día tras día debemos tratar con nuestro corazón, nuestra conciencia, nuestra comunión y nuestra intuición.

CAPITULO NUEVE

TRATANDO CON EL ALMA

En el orden de nuestros tratos con el Señor, debemos comenzar con el corazón debido a que es la entrada y la salida de todo nuestro ser. En segundo lugar, debemos tratar con la conciencia, y en tercer lugar, con nuestra comunión con el Señor. Mediante una conciencia pura, una conciencia sin ofensa, tendremos una comunión transparente con el Señor. La intuición, o la unción, es lo siguiente y siempre se basa en el rociamiento de la sangre. Incluso los tipos del Antiguo Testamento establecen este principio. La sangre siempre precede a la unción: el rociamiento de la sangre trata con las cosas negativas, y la unción del Espíritu Santo introduce lo positivo, aplicándonos el propio elemento, esencia o substancia de Dios mismo. La sangre quita todo lo que es negativo, y la unción introduce todo lo que Dios es. Dios mismo es aplicado a nosotros por medio de la unción. Por medio de esta unción que está dentro de nuestro espíritu tenemos un sentir directo de Dios mediante la función de la intuición. Conforme a nuestra experiencia cristiana, éste es el orden correcto: el corazón, la conciencia, la comunión y la intuición. Todo trato comienza en nuestro corazón y continúa con nuestro espíritu. Ahora debemos proseguir con el asunto de tratar con el alma.

TRATANDO CON LA MENTE

Junto con la intuición de nuestro espíritu necesitamos la mente. La intuición da el sentir del conocimiento interior. Sin embargo, ¡tener el sentir de las cosas espirituales es una cosa, y entenderlas es otra! Las cosas de Dios se sienten en el espíritu, pero se entienden en la mente. Muchas veces, dentro de nuestro espíritu sabemos algo de Dios, pero no lo entendemos

debido al problema de nuestra mente. A veces transcurren dos o tres semanas o hasta meses antes de que podamos entender lo que sentimos en nuestro espíritu. Estamos conscientes de algo, pero no nos es posible interpretarlo. Necesitamos el entendimiento de nuestra mente para interpretar lo que está en nuestro espíritu. Las cosas de Dios son percibidas por la función de la intuición de nuestro espíritu, pero son entendidas por la función del entendimiento de nuestro intelecto.

Por esta razón se nos dice en Romanos 12:2 que necesitamos la renovación del entendimiento. Pero este versículo primero dice que no debemos conformarnos a este siglo. La palabra “siglo” en griego equivale a la palabra “moderno” en español. El siglo es la corriente actual o moderna del mundo. La historia del mundo se divide en edades sucesivas, tales como el primer siglo, el segundo siglo y así sucesivamente. Podríamos decir que cada siglo es una edad. Sin las edades, el mundo no podría existir. La edad de hoy es la parte del sistema del mundo que actualmente nos rodea; así que, conformarnos a este siglo significa ser modernos, siguiendo la corriente actual del mundo.

A continuación este versículo dice: “...sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”. Si estamos ocupados por las cosas de este siglo, nuestra mente no puede ser renovada. A esto se debe que muchos cristianos que son verdaderamente salvos no pueden entender las cosas espirituales. Han llegado a ser muy modernos. Tenemos que renunciar a esta edad moderna. Si estamos conformados a este siglo no podemos ser transformados por medio de la renovación de la mente.

Puesto que la mente es parte del alma, es en el alma donde ocurre la transformación. Hemos sido regenerados en el espíritu, pero ahora el problema es el alma. No hay duda en cuanto a nuestra regeneración, porque el Señor está en nosotros como vida eterna y el Espíritu Santo mora en nuestro espíritu. El Espíritu Santo ha vivificado y regenerado nuestro espíritu con Cristo como vida. Pero, ¿qué de nuestra alma? ¿Qué de nuestra mente, voluntad y emoción? En nuestro espíritu somos totalmente diferentes de la gente del mundo, pero me temo que en nuestra mente, voluntad y emoción somos

exactamente iguales. La regeneración ha sido efectuada en nuestro espíritu, pero después de la regeneración todavía necesitamos la transformación del alma.

Usemos algunos ejemplos. ¿Qué podemos decir de nuestro modo de vestir? Muchos de los que han sido salvos son como la gente del mundo en su consideración de las modas. Se visten en conformidad con esta era moderna. Creen que siempre y cuando algo no sea pecaminoso, está perfectamente correcto; pero esto es meramente el pensamiento humano y el concepto natural. Si fueran transformados por la renovación de la mente, sus pensamientos en cuanto a su modo de vestir cambiarían.

¿Y en cuanto a nuestros gastos? ¿Ha cambiado el modo en que gastamos dinero? Conozco el caso de muchos cristianos. Después de haber sido salvos continúan gastando su dinero casi del mismo modo que lo hacen los que están en el mundo. No serán transformados en su modo de gastar dinero sino hasta que amen más al Señor y le den más terreno para obrar en ellos.

Del mismo modo, hay muchos hermanos jóvenes que están estudiando en la universidad y que, acerca de sus estudios y grados académicos, piensan del mismo modo que los jóvenes mundanos. Pero si le dieran más terreno al Señor y fueran transformados en el alma por medio de la renovación de su entendimiento, su mente sería cambiada en cuanto a estos asuntos. Esto no significa que ellos abandonarían sus estudios, sino que sus conceptos y su modo de pensar al respecto, serían totalmente diferentes. Tendrían otro punto de vista desde el cual evaluar sus estudios y grados académicos.

Debería haber un cambio en nuestro modo de pensar en cuanto a casi todo. ¿Qué es este cambio en nuestro modo de pensar? Es la transformación de nuestra alma por medio de la renovación de nuestra mente. Tenemos a Cristo como vida en nuestro espíritu, pero ahora necesitamos que Cristo se extienda a las partes interiores del alma y las sature con El mismo. Esto transformará nuestra alma a Su misma imagen. Entonces la imagen de Cristo será reflejada en nuestros pensamientos. Nuestra mente renovada expresará la gloriosa imagen de Cristo en todo lo que pensemos y consideremos.

Entonces el entendimiento de nuestra mente será espiritual. Para la mente será muy fácil entender lo que sentimos en nuestro espíritu.

La traducción adecuada de Romanos 8:6 es: "Poner la mente en el espíritu es vida y paz" o "La mente puesta en el espíritu es vida y paz". En Romanos 7 la mente intenta actuar por su propio esfuerzo independiente, de modo que siempre es vencida. En cambio, en Romanos 8 la mente coopera con el espíritu y es puesta en el espíritu. La mente ha encontrado otra ley que es más poderosa y fuerte que la ley del pecado mencionada en el capítulo 7. Esta nueva ley es la ley de vida del Cristo que mora en nuestro espíritu. Ya nunca más la mente intenta actuar independientemente, sino que se pone en el espíritu, el cual está habitado por el Espíritu Santo. La mente es puesta en el espíritu, no en la carne. Una cosa es renovar la mente, y otra poner la mente en el espíritu y estar firme y cooperar con el espíritu. Cuanto más nuestra mente coopere con el espíritu, más estará bajo el control de nuestro espíritu.

Debido a que nuestra mente coopera con el espíritu, el espíritu la gobernará, la saturará y llegará a ser "el espíritu de nuestra mente". Romanos 8:6 dice: "El espíritu de la mente" pero Efesios 4:23 dice: "El espíritu de vuestra mente". Cuando el espíritu satura y controla la mente, el espíritu llega a ser el espíritu de la mente. Consideremos el contexto de Efesios 4:23. El versículo 22 establece que debemos despojarnos del viejo hombre, y el versículo 24 dice que debemos vestirnos del nuevo hombre. Esta es la obra de la cruz y de la resurrección. El despojarse del viejo hombre es obra de la cruz y el vestirse del nuevo hombre es la obra de la resurrección. Entre la obra de la cruz y la obra de la resurrección se encuentra el versículo 23: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente". La renovación de la mente incluye la obra de la cruz y la resurrección. Significa que nuestra mente natural debe ser puesta en la cruz, y renovada en resurrección. La muerte en la cruz no es el fin, sino un proceso que lleva a un fin, el cual es la resurrección. Cuanto más muramos por obra de la cruz, más seremos resucitados. No sólo se dará fin a las cosas negativas, sino que se abrirá paso a las cosas positivas. La muerte

de la mente natural conduce a una mente resucitada. Entonces tendremos, en resurrección, una mente renovada. Esta mente renovada está en el espíritu y bajo el control del espíritu; ha sido llenada con el espíritu y está llena del espíritu. Por lo tanto, el espíritu llega a ser el espíritu de la mente. Así que nuestra mente no sólo será una mente renovada, sino también una mente espiritual con entendimiento espiritual. Es fácil para esta mente espiritual interpretar las cosas espirituales que nuestra intuición percibe.

TRATANDO CON LA VOLUNTAD

Supongamos que nuestra mente renovada entiende lo que percibimos por medio de la intuición. Luego, la cuestión es nuestra disposición para obedecer lo que entendemos. Es posible que entendamos, pero tal vez digamos: “¡No!” Obedecer con la voluntad es otro problema. En realidad, si no tenemos una voluntad obediente es difícil entender lo que hay en la intuición. El Señor es muy sabio; El nunca hace nada de una manera despilfarradora. Si El sabe que no estamos dispuestos a obedecer, no es necesario que recibamos el entendimiento. Simplemente nos dejará en tinieblas. ¿Por qué habría El de permitir que entendiéramos si no vamos a obedecer? El entendimiento debe estar respaldado por una voluntad obediente, dispuesta a obedecer al Señor (Jn. 7:17). Cuando estemos dispuestos a obedecer podremos entender.

Por ejemplo, algunos han venido a mí con preguntas, pero sin deseo de escuchar y entender. Me he dado cuenta de que sería una pérdida de tiempo hablar con ellos. Algunas veces he preguntado: “¿De verdad hablan en serio? ¿Obedecerían si les contesto su pregunta?” Generalmente la respuesta de ellos ha sido: “Bueno, tal vez, pero quizás no quiera yo hacerlo. Sólo quiero considerar y averiguar qué es qué”. La voluntad debe ser totalmente sumisa, y no sólo debe ser sumisa, sino que debe estar en *armonía* con la voluntad de Dios (Lc. 22:42, Stg. 4:7, Fil. 2:13).

Cuando Dios nos creó nos dio libre albedrío. El nunca nos obliga a hacer nada, sino que siempre nos da la posibilidad de escoger. Aunque El es grande y sabio, aún así nunca nos obligará. Si El tuviera que hacer uso de la fuerza significaría que

es verdaderamente pequeño. Satanás no sólo obliga a la gente, sino que hasta los seduce. Pero Dios nunca haría eso. Dios, en efecto, dice: "Si quieres, hazlo; si no quieres, no lo hagas. Si me amas, simplemente hazlo. Si no me amas, olvídalos. Sigue tu camino". Por lo tanto, es necesario ejercer nuestra voluntad; de otro modo, es difícil que Dios haga algo. Para ejercer nuestra voluntad debemos hacer que nuestra voluntad sea sumisa y que esté dispuesta a obedecer siempre. No solamente debemos someternos a la voluntad de Dios, sino también hacer que nuestra voluntad esté en armonía con la de El.

Cuando nuestra voluntad sea tratada hasta ese grado, será transformada; será saturada de Cristo como nuestra vida por medio de que el Espíritu Santo se extienda. Otros podrán sentir el sabor y la propia imagen de Cristo en nuestra voluntad. Cada decisión que tomemos será una expresión de Cristo. Esto no es una suposición ni solamente una doctrina. A veces, cuando nos encontramos con algunos queridos hermanos en el Señor, sentimos el sabor de Cristo en todo lo que ellos dicen, en todo lo que ellos escogen, en todo lo que ellos deciden. Esto simplemente prueba que ellos han sido saturados con Cristo por medio de ser transformados en su voluntad y en su mente.

TRATANDO CON LA EMOCION

Lo último que debemos tratar del alma es nuestra problemática emoción. Como todos sabemos, casi todos nuestros problemas están relacionados con la emoción. La emoción debe estar bajo el control del Espíritu Santo. A esto se debe que en Mateo 10:37-39 se nos exhorte a amar al Señor más que a ninguna otra cosa. No debemos amar lo que el Señor no permite. La regulación de nuestro amor bajo el control del Señor es el lado negativo. Pero también debemos conocer el lado positivo, que consiste en que siempre debemos estar dispuestos a usar nuestra emoción conforme a lo que al Señor le agrada. Muchísimas veces nuestras emociones tienen el permiso del Señor, pero no Su complacencia. El permite que amemos algo, pero no está complacido con ello.

En una ocasión una hermana se dio cuenta de que estaba en esa situación. Ella sabía que el Señor había permitido que su emoción hiciera ciertas cosas, pero se dio cuenta de que el Señor no estaba contento. Ella acudió de nuevo al Señor y le dijo: “Señor, aunque Tú has permitido esto, no lo haré. ¡Comprendo que no estás contento!” Esto está muy bien. Ella recibió una dulce comunión y quedó llena de paz y gozo. Aprendió la lección de que su emoción estuviera totalmente bajo el control del Señor y de Su complacencia. A veces podemos obtener el permiso del Señor para amar algo, pero no obtenemos Su gozo. Cuanto más amemos aquello, menos tendremos el gozo. Por último, aquello llega a ser un sufrimiento, no un disfrute. Esto prueba que estamos mal en cuanto a nuestra emoción. Todos debemos aprender a tratar con nuestra emoción conforme a la complacencia y gozo del Señor. Si en aquello que estamos buscando no sentimos el gozo del Señor, no debemos amar eso.

Muchas personas han escuchado mensajes acerca de Mateo 10:37-39, en los cuales se les exhorta a no amar a sus padres, a sus hermanos o a sus hermanas más que al Señor; sin embargo, no pueden comprender lo que esto significa. Esto simplemente significa que todo lo que ellos amen debe estar bajo el control del Señor con Su complacencia. El Señor no es insignificante, ni tampoco cruel, mas debemos aprender que todo lo que aborrezcamos o amemos, todo lo que nos guste o nos disguste, debe ser hecho con el permiso del Señor y con Su gozo. Debemos usar nuestra emoción conforme a la emoción del Señor. Cuando nuestra emoción no está bajo la emoción de El, estamos equivocados, y nunca tendremos Su gozo. Cuanto más vayamos por nuestro propio camino, más perderemos nuestro gozo; no podremos tener la dulce, tierna y profunda comunión con el Señor. Aunque nadie pueda condenarnos diciéndonos que estamos equivocados, y aunque podamos proclamar delante de otros que hemos obtenido el permiso del Señor, con todo nos daremos cuenta de que tal permiso no cuenta con Su gozo.

Si nuestra emoción es guardada bajo el gobierno del Señor con Su complacencia y gozo, será saturada con el espíritu.

Entonces seremos transformados, de una etapa de gloria a otra, a la misma imagen del Señor.

Por medio de tratar con el corazón, la conciencia, la comunión, la intuición, la mente, la voluntad y la emoción, seremos maduros y estaremos plenamente crecidos; tendremos la estatura del Señor. Todo lo que tendremos que hacer para entonces, será esperar la venida del Señor para que transfigure nuestro cuerpo. Si nuestra alma está transformada, aun desde ahora la fuerza y el poder espirituales saturarán nuestro cuerpo débil y mortal cuando sea necesario. No solamente habremos sido regenerados en el espíritu y transformados en el alma, sino que también la vida divina saturará nuestro cuerpo mortal en situaciones de debilidad física. Finalmente, cuando el Señor venga, el cuerpo será transfigurado y todo nuestro ser —espíritu, alma y cuerpo— tendrá la gloriosa imagen del Señor. Esto será la aplicación máxima de la redención del Señor, la cual es aplicada en tres etapas: (1) la regeneración del espíritu, (2) la transformación del alma y (3) la transfiguración del cuerpo. Por ahora estamos en el proceso de la transformación.

Es necesario que el alma sea tratada en todo esto: la mente, la voluntad y la emoción. Que el Señor nos ayude a poner esto en práctica. Esto es lo que los hijos de Dios necesitan hoy día. El Señor ha dado todas las enseñanzas y todos los dones con este propósito. Solamente por este proceso podemos llegar a ser los materiales adecuados para la edificación de la Iglesia.

CAPITULO DIEZ

LA EXCAVACION EN LAS PARTES INTERNAS Y LA PARTE ESCONDIDA DE NUESTRO SER

En este capítulo aprenderemos la manera de obtener el fluir del Espíritu dentro de nuestras partes internas. En Números capítulo 20, vemos que de la roca herida, la cual tipifica a Cristo, el cual fue herido y hendido, fluyó agua viva (1 Co. 10:4). Luego en el capítulo 21, vemos que del pozo cavado por el pueblo de Dios brotó agua. Por lo tanto, en estos dos capítulos del mismo libro, tenemos primeramente la roca, la cual debe ser herida para que el agua viviente fluya, y luego un pozo, el cual debe ser cavado para que de él brote agua.

Si leemos cuidadosamente las Escrituras, nos daremos cuenta de que tanto la roca como el pozo tipifican a Cristo, y que ellos revelan lo que El es en dos diferentes aspectos. La roca tipifica a Cristo en la cruz, herido por Dios para que el agua viva, la cual es el Espíritu de vida, pueda fluir de El a nuestro interior. El pozo nos muestra un aspecto diferente. Mientras que la roca es Cristo sobre la cruz, el pozo es Cristo dentro de nosotros (Jn. 4:14). Para los creyentes, no es un asunto de tener la roca, sino de tener el pozo. Cristo como la roca ya ha realizado Su obra en la cruz, lo cual produjo que el agua de vida fluyera dentro de nosotros; pero hoy en día, Cristo como el pozo de agua viva que brota continuamente dentro de nosotros, es otra cosa y tiene mucho que ver con el proceso actual de excavación.

El propósito de este capítulo no es darnos más enseñanzas, sino animarnos a que acudamos al Señor y seamos cavados. No debemos hablar demasiado acerca de doctrinas,

circunstancias, pasos futuros, ni acerca de la dirección con respecto a la voluntad del Señor. Nosotros mismos debemos ser cavados. ¿Por qué? Porque yo creo que aun hasta el momento actual, la mayoría de nosotros no tenemos el libre fluir de agua viva. Nuestras oraciones no son tan libres. Nuestros testimonios no son tan fuertes, y en muchas maneras hemos sido derrotados y no somos victoriosos. Esto es debido a una cosa: la corriente de la vida espiritual o el manantial del agua viva, no está libre dentro de nosotros. Hay mucha tierra dentro de nosotros que debe ser sacada. Tal vez usted pregunte: “¿Qué es esta tierra?” Es la tierra que hay en nuestra conciencia, en nuestra emoción, en nuestra voluntad y en nuestra mente. Nuestros corazones tienen mucha tierra que necesita ser sacada, e incluso en nuestro espíritu hay algo de tierra, con la cual es necesario tratar.

CAVANDO EN LA CONCIENCIA

¿Qué quiero decir al usar la palabra “tierra”? Quiero decir que nuestra *conciencia* no es tan pura. Tal vez ahora mismo alguna acusación, la cual no hemos confesado al Señor, todavía está en nuestra conciencia. Estas acusaciones son la tierra que necesita ser quitada. La razón por la cual no sentimos mucha libertad dentro de nosotros es las acusaciones en nuestra conciencia. ¿Qué son las acusaciones? Usted debe preguntarse a sí mismo; sólo usted sabe. Usted sabe lo que hay dentro de usted que es incorrecto para con otros. Cuando usted no está bien con otros, las acusaciones persisten. Cuando usted se rehusa a hacer lo que el Señor le demanda, esto llega a ser una acusación en la conciencia de usted. Entonces usted se pregunta por qué está atado y sin libertad. Es simplemente debido a que hay algo que el Señor demanda, a lo cual usted no responde, que ha llegado a ser una acusación inmediata en la conciencia de usted. La conciencia de usted no está limpia de acusaciones, ni tampoco está libre de ofensas.

Si deseamos experimentar un libre fluir interior del Espíritu, primeramente nuestra conciencia debe ser tratada y purificada. La tierra solamente puede ser quitada por medio de acudir al Señor varias veces cada día. Yo sugiero que en esta semana acudamos al Señor una y otra vez, incluso

mientras estemos caminando por la calle. Tenemos que acudir al Señor en nuestro espíritu y ser cavados en Su presencia. Debemos quitar toda la tierra, con la ayuda del Espíritu Santo.

CAVANDO EN EL CORAZON

Después de tratar con las acusaciones de nuestra conciencia, también debemos cavar en las muchas cosas condenadas por el Señor, que se encuentran en nuestro *corazón*. No son muchos los hermanos y hermanas que tienen un corazón puro en cuanto a buscar solamente al Señor mismo. Por un lado, muchos buscan al Señor junto con Su camino; pero por otro, siguen buscando demasiadas cosas además del Señor mismo. Entonces el corazón llega a ser complicado y no está libre ni puro. Debemos acudir al Señor una vez más, para cavar hasta quitar todas las cosas que están en nuestro corazón y que no pertenecen a Cristo.

Tal vez usted pregunte: “¿Qué cosas necesitan ser sacadas?” Quizás una de las primeras cosas es su preocupación acerca del futuro y de la dirección del Señor. Usted no debe preocuparse por esto; el futuro no está en sus manos, sino en las manos del Señor. En realidad, usted no debería tener ningún futuro, ¡el Señor mismo es nuestro único futuro! No sabemos cuán “pegajoso” es nuestro corazón. Hace muchos años se usaba un papel especial para atrapar moscas; ¡qué pegajoso era! Todo lo que tocaba se le pegaba. Nuestro corazón es como el papel para atrapar moscas: muy pegajoso. Todo lo que toca al corazón, se le pega. Todas estas cosas deben ser cortadas. Parece que todos buscamos al Señor. Muchos de nosotros vivimos solamente para el Señor y hemos dejado nuestros hogares y nuestro trabajo. Día tras día buscamos la dirección del Señor, sin embargo, no sabemos cuántas cosas complican nuestro corazón. ¿Podemos olvidar estas cosas? Cavar hasta quitar la tierra de la conciencia es fácil, pero quitar la tierra del corazón no lo es. En muchas cosas somos muy benevolentes con nosotros mismos; no nos gusta cavar severamente en nuestro corazón. Es fácil cavar hasta quitar las acusaciones de nuestra conciencia, pero no es tan fácil quitar las cosas que amamos con nuestro corazón. Estamos

apegados a las cosas que queremos mucho. Es por esto que las Escrituras nos dicen que necesitamos una buena conciencia y un corazón puro. “Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios” (Mt. 5:8, gr.).

No hay duda de que amamos al Señor y de que lo buscamos, pero nuestro amor y nuestra búsqueda del Señor, se llevan a cabo con un corazón *complicado*. El deseo y la meta del corazón no son puros. No sabemos cuántas metas hay en nuestro corazón. ¿Qué de nuestra familia, nuestro trabajo, nuestro título? ¿Qué de este año y del que viene? Todavía hay tantas cosas en nuestro corazón. Les digo hermanos y hermanas, toda esta tierra está obstaculizando el fluir del agua viva dentro de nosotros y por lo tanto debe ser quitada. Desde el día en que recibimos al Señor Jesús como nuestro Salvador, El entró en nosotros como el manantial del cual brota el agua viva. Pero el problema hoy en día es que hay mucha tierra en nuestra conciencia y en nuestro corazón.

CAVANDO EN LA MENTE

Cuando alguien está cavando un pozo profundo, muchas veces descubre que la tierra tiene muchas capas. Una capa es de tierra suave, la siguiente capa es de barro duro, y la otra capa es de piedra. Es difícil cavar a través de una capa de piedra. Esto muestra las muchas capas que están en nosotros, a través de las cuales tenemos que cavar. Tenemos una capa que se llama la conciencia, otra que se llama el corazón y ahora vamos a ver una capa que se llama la *mente*, la cual contiene mucho barro. ¡Oh, no sabemos cuántas imaginaciones tenemos día tras día! No solamente soñamos durante la noche mientras estamos dormidos, sino que hasta soñamos durante el día mientras estamos despiertos. Todas nuestras imaginaciones son diferentes sueños. Ya hemos hablado de que Satanás ciega nuestras mentes. El hace esto simplemente mediante las imaginaciones. A veces mientras usted está escuchando un mensaje, yo no sé dónde está su mente, ¡quizás está viajando por la luna! Exteriormente usted está asintiendo con la cabeza, pero interiormente su mente está imaginándose algo que está en el espacio. Durante el mensaje

usted oye la voz, pero no recibe nada. Su mente ha sido cegada por las imaginaciones.

Muchas veces la gente viaja alrededor del mundo entero en sus imaginaciones. En cuestión de segundos, la gente puede viajar a través de todo el mundo. ¡Ellos pueden ir al Lejano Oriente más rápido que el mejor avión! ¡Oh, cuántas imaginaciones hay en la mente! Cuando hay tanta tierra en su mente, ¿cómo puede fluir libremente dentro de usted el agua viva? Puesto que su mente ha sido bloqueada, el agua viva también ha sido bloqueada en su mente. Los montones de tierra son simplemente los muchos pensamientos, imaginaciones, y sueños, los cuales deben ser quitados para que el agua viva fluya libremente.

CAVANDO EN LA VOLUNTAD

La *voluntad* también contiene mucha tierra. No hay muchas personas que sean absoluta y completamente obedientes al Señor. Necesitamos ser más sumisos en nuestra voluntad. ¡Oh, cuántas veces no nos sometemos al arreglo soberano del Señor! A veces pensamos que somos muy sumisos al Señor, pero cuando El nos pone en ciertas circunstancias, somos expuestos. Es muy fácil someternos al Señor invisible, sin embargo, es muy difícil someternos a las personas visibles. Usted dice: "Oh, yo soy muy sumiso al Señor. No tengo ningún problema con el Señor. Pero..." ¡Sí, hay un gran *pero*! "Ante el Señor no tengo ningún problema, *pero con respecto a la iglesia* ... Oh, no puedo ser sumiso a ellos!" El Señor lo puso a usted específicamente en su iglesia local a fin de quebrantar la voluntad de usted.

"Si mi esposo fuera un hermano bien cariñoso, con mucho gusto sería sumisa a él". Hermanas, ¡cuántas veces han pensado esto! Pero el hecho es que su esposo no puede ser esa clase de persona. El Señor le dio a usted un esposo adecuado, él es simplemente el esposo que usted necesita. Si usted pudiera tener el esposo de sus sueños, usted nunca sería expuesta. Muchas experiencias y circunstancias bajo Su soberanía, simplemente nos exponen a la luz, para que veamos cuán obstinada es nuestra voluntad. Tal vez usted diga que cierto hermano es obstinado, sin embargo, cada uno de

nosotros es obstinado. Tal vez seamos los hermanos *más* obstinados. Cada uno de nosotros tiene que cavar en su voluntad. Cuán fácil es obtener más y más conocimiento espiritual, mientras que nuestra vida, nuestra naturaleza y nuestra disposición nunca cambien. ¡Esto es un fracaso total! Si el agua viviente ha de fluir en nosotros, debemos ser cavados. El fluir es asunto del Señor, pero el cavar es asunto nuestro. Necesitamos cavar en nuestro propio ser.

CAVANDO EN LA EMOCION

Después de cavar hasta quitar la tierra de la voluntad, debemos tratar con nuestra *emoción*. No se cómo mostrar cuán problemática es nuestra emoción. Los problemas emocionales no sólo existen en las hermanas, sino también en los hermanos. Cuando somos emotivos, estamos ocupados con nosotros mismos. Estamos bajo el control y la esclavitud de nuestras emociones. Si deseamos pasar tiempo con el Señor y abrir nuestro ser, debemos empezar por cavar en nuestra conciencia, luego en nuestro corazón, después en nuestra mente, y por último nuestra voluntad. Finalmente, llegamos al punto donde vemos cuánto estamos todavía en nuestras emociones. Es muy fácil que nos guste una cosa y que no nos guste otra. Es muy fácil hacer amistad con un hermano, y luego al siguiente día tratarlo como si fuera un “enemigo”. No es tan fácil cambiar nuestra voluntad, pero es fácil tener muchos cambios en nuestras emociones. Nuestras emociones fluctúan aun más que el clima.

¡Esto no es solamente un mensaje! Mi principal preocupación es darles algunas instrucciones para que ustedes acudan al Señor. Olvídense de *sus* necesidades, *su* trabajo, *su* futuro, y *sus* circunstancias. Busque solamente la presencia del Señor, y pídale que lo introduzca a usted en Su luz. Luego siga Su luz para cavar hasta sacar el barro que hay en la conciencia de usted, en su corazón, mente, voluntad y emoción. Cuanto más quite el barro que hay en usted, más avivado será. Usted será viviente, será fortalecido y será victorioso. Esta es la clave para resolver sus muchos problemas. Usted debe mantener el fluir del agua viva, esto es, la comunión de vida fluyendo libremente dentro de usted. Cuando el agua viva

fluye libremente dentro de usted, entonces hay victoria. Todos los problemas serán resueltos espontáneamente e incluso inconscientemente. Aunque usted no sepa cómo resolverlos, no obstante, serán resueltos por el fluir del agua viva, la comunión de vida. Este fluir del agua viva depende completamente de que usted cave.

Esta excavación solamente es llevada a cabo por medio de la oración. Debemos pasar más y más tiempo con el Señor y orar conforme a Su guía interior. Conforme a tal dirección, debemos confesar y cavar hasta quitar todo el barro que está dentro de nosotros. Estoy seguro de que estas instrucciones son claras; ahora necesitamos ponerlas en práctica. A veces necesitamos orar con otros, pero la oración que cava es más eficaz en privado. Es sumamente necesario pasar más tiempo en privado con el Señor. Todo el barro que está en la conciencia, en el corazón, en la mente, en la voluntad y en la emoción debe ser quitado por medio de nuestras oraciones. Tal vez usted diga: "Estoy muy ocupado". Pero aunque estemos muy ocupados con los quehaceres cotidianos, todavía podemos tocar al Señor y quitar el lodo. Muchas veces mientras estoy trabajando, aplico el ejercicio de excavación a mí mismo. Debemos aprender a orar, a tener contacto con el Señor y a cavar hasta quitar todo el barro que hay en nuestro interior.

Brota, agua del pozo;
Cristo, cava en mí,
Quita las barreras
Fluye, Cristo en mí.

Cristo ya herido,
Agua ya fluyendo,
Mas mi corazón no
Deja que El fluya.

Cavaré orando,
Cavaré el barro,
Al Espíritu dar
Una vía libre.

Ya no necesito
Que El sea herido,
Debo entregarme
A cavar el pozo
Lo que más me falta
Es que El me llene
Que el agua viva
Brote libremente
Que no haya nada
Que bloquee el paso,
Hasta fluir el río
El vivo mensaje.
Brotó, agua del pozo;
Cristo, cava en mí,
Quita las barreras
Fluye, Cristo en mí.

Himno N° 250, del himnario en inglés.

CAPITULO ONCE

DISCERNIR EL ESPIRITU DEL ALMA

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14).

En el texto griego, la palabra “natural” es muy importante y significa “almático” [del alma]; por lo anterior, “hombre natural” en realidad significa “hombre almático”. El siguiente versículo de este pasaje de las Escrituras describe a otra clase de hombre: “En cambio el espiritual juzga todas las cosas” (1 Co. 2:15). En el versículo 14 vemos al hombre almático y en el versículo 15 vemos al hombre espiritual. Estos versículos nos dicen muy claramente que el hombre del alma no puede percibir las cosas espirituales de Dios. Sólo el hombre espiritual puede discernirlas.

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mt. 16:24-26).

Tres cosas se enfatizan en el versículo 24: primero, “niéguese a sí mismo”; luego, “tome su cruz”; y finalmente, “sígame”. Este “me” es Cristo en el Espíritu Santo, quien ahora mora en nosotros. En el versículo 25, la palabra “vida” en griego es la misma que “alma” en el versículo 26. Por lo tanto, podría también traducirse: “Todo el que quiera salvar su *alma*, la perderá; y todo el que pierda su *alma* por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su *alma*? ¿O qué recompensa dará el

hombre por su *alma*?” Tenemos que perder nuestra alma. En otras palabras, debemos negarnos a nosotros mismos.

“Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará. Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?” (Lc. 9:23-25).

Aquí Lucas agrega dos palabras que Mateo 16:24-26 no proporciona, las palabras “cada día”, es decir, uno debe tomar “su cruz *cada día*”. Además, estos versículos dicen “se pierde a sí mismo”, en vez de “perdiere su alma”. Por lo tanto, esto prueba que la palabra “alma” usada en Mateo equivale a la frase “a sí mismo” en Lucas.

“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre” (Gá. 6:1).

“La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu” (Gá. 6:18).

“La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu” (Flm. 25).

En estos versículos dice: “vuestro espíritu”; por lo tanto, se trata del espíritu humano.

“Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia” (Ro. 8:10).

“Para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Ro. 8:4).

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne: y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (Gá. 5:16, 17).

En estos versículos, aparece “Espíritu” con mayúscula, pero en el texto griego interlinear no están con mayúscula. Se hace referencia al espíritu humano.

UN REPASO DE LA ECONOMIA DE DIOS

Quisiera señalar nuevamente la economía de Dios y su centro. En los versículos anteriores hemos visto claramente

que la economía de Dios es dispensarse a Sí mismo en nosotros. Dios se dispensa a Sí mismo en nosotros por medio de que el Padre se incorpore en el Hijo y el Hijo sea hecho real en el Espíritu. En otras palabras, el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Espíritu. En el Espíritu Santo no sólo está la Persona del Hijo, sino también la obra consumada por el Hijo. Por lo tanto, el Espíritu Santo incluye a Dios el Padre, a Dios el Hijo, la naturaleza divina y la naturaleza humana, la vida humana de Cristo con el poder que soporta los sufrimientos humanos, la eficacia de la muerte de Cristo, el poder de resurrección, la ascensión y la entronización. Todos estos elementos están combinados en una “dosis todoinclusiva” en el Espíritu Santo. Es por medio de este todo-suficiente Espíritu Santo que la plenitud del Dios Triuno nos ha sido dispensada.

Este Espíritu todo-inclusivo está ahora en nuestro espíritu humano. En la tipología del tabernáculo y el templo hay tres partes: el atrio, el lugar santo y el Lugar Santísimo. En esta figura antiguotestamentaria se ve claramente que la gloria Shekiná de Dios y el arca están en el Lugar Santísimo. Por lo tanto, Cristo y la presencia de Dios no están en el atrio ni en el lugar santo sino en el Lugar Santísimo. Las tres partes del templo corresponden a las tres partes del hombre: el cuerpo, el alma y el espíritu. El Nuevo Testamento afirma que somos templos de Dios y que Cristo está en nuestro espíritu. “El Señor esté con tu espíritu” (2 Ti. 4:22). Hay dos versículos que prueban que hoy día el Espíritu Santo está obrando con nuestro espíritu: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Ro. 8:16); “Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Co. 6:17). El Señor mismo es el Espíritu, cada uno de nosotros tiene un espíritu, y estos dos espíritus están mezclados en uno solo. Esto prueba que ahora el Señor mora en nuestro espíritu. Si deseamos disfrutar plenamente a Cristo, debemos saber cómo discernir nuestro espíritu. Por esta misma razón Hebreos 4:12 nos dice que se debe hacer una separación entre nuestro espíritu y nuestra alma. Hebreos también nos dice que debemos entrar en el Lugar Santísimo, el cual es nuestro espíritu humano. Si hemos de disfrutar a Cristo como nuestra porción divina,

debemos saber cómo entrar en este Lugar Santísimo, nuestro espíritu humano.

En los siglos pasados se ha escrito muchos libros acerca del libro de Hebreos. Creemos que el mejor fue escrito por Andrew Murray, quien tituló su libro: *El Lugar Santísimo*. El título está correcto, porque Hebreos revela cómo podemos entrar en el Lugar Santísimo, el espíritu humano, donde Cristo mora. Es en el espíritu que Cristo es todo.

Si queremos participar de Cristo, necesitamos saber dónde está El. Tal vez usted diga que El está en el cielo. Eso es cierto, sin duda alguna. Pero si El solamente estuviera en el cielo, ¿cómo se podría disfrutar a El aquí en la tierra? Alabado sea el Señor, El no sólo está en el cielo, sino que al mismo tiempo también está dentro de nosotros. Por ejemplo, la electricidad que tenemos en nuestro hogar es la *misma* electricidad del generador, el cual se encuentra lejos de nuestro hogar. Romanos 8:34 dice que Cristo está en el cielo, a la diestra de Dios, pero el mismo capítulo dice que Cristo está en nosotros (versículo 10). En un solo capítulo, el mismo Cristo que está en el cielo está también en nosotros. Si El sólo estuviera en el cielo y no en nosotros, ¿cómo podríamos experimentarlo y disfrutarlo? ¡Alabado sea el Señor, hoy día Cristo no sólo está en los cielos, sino también en nuestro espíritu!

Cristo en nuestro espíritu es el *centro* de la economía de Dios. La economía de Dios es dispensarse a Sí mismo en el hombre como el Dios Triuno todo-inclusivo, y el *centro* de Su economía es el Cristo que mora en nuestro espíritu. Siempre que nos volvamos a nuestro espíritu, ahí nos encontraremos con Cristo. Por ejemplo, si en mi casa ha sido instalada la energía eléctrica y yo quisiera usarla, ¿qué debo hacer? La respuesta, por supuesto, es simplemente encender el interruptor. Nuestro interruptor es el espíritu humano. Muchos cristianos pueden recitar Juan 3:16, pero ignoran 2 Timoteo 4:22, el cual es tan importante como Juan 3:16: “El Señor Jesucristo esté con tu espíritu”. De tal manera nos amó Dios, que ha dado a Su Hijo unigénito y nosotros lo hemos recibido (Jn. 1:12). Nosotros hemos creído en El y lo hemos recibido pero, ¿dónde está El? ¿En qué parte de nosotros ha entrado El? Durante muchos años hemos tenido este

Tesoro, pero ignorábamos el hecho de que El estaba dentro de nuestro espíritu. Pero, alabado sea El, ahora lo sabemos. Cristo, el unigénito Hijo de Dios está en nuestro espíritu.

NEGAR EL ALMA

Aunque el Señor está en nuestro espíritu, nuestro espíritu está muy pegado a nuestra alma. Debido a esto el autor de Hebreos nos dice que nuestro espíritu debe ser separado de nuestra alma por medio de la Palabra de Dios. Así como la médula está encerrada en el hueso y antes de poder ver la médula se debe romper el hueso, así también nuestro espíritu, donde Cristo mora, está tan sellado dentro del alma, que antes de que pueda ser revelado, el alma debe ser quebrantada. Por esta razón el Señor nos dijo muchas veces que es necesario perder nuestra alma y negar nuestro yo. En los cuatro Evangelios el Señor Jesús nos exhorta a perder el alma y a negar el yo. El alma debe ser negada porque ha cubierto el espíritu. Sólo hay una manera de llegar hasta la médula: romper y triturar los huesos y las coyunturas. El Señor está en nuestro espíritu y Su gracia está en nuestro espíritu, pero el camino a El consiste en triturar el alma día tras día.

¿Qué es el alma? Como ya hemos anotado antes, el alma es simplemente el yo. El yo es el mismo centro del ser humano y es el ser humano, y es este yo el que debe ser puesto en la cruz. No debemos crucificar a otros ni ponerlos en la cruz, sino poner nuestra propia alma en la cruz. Si algún hombre ha de seguir a Cristo, debe negar su vida del alma y tomar su cruz cada día. No solamente ayer ni sólo hoy, sino que día tras día debemos aplicar la cruz al alma. En muchos cristianos solamente podemos ver el ego. Desde la primera hasta la última palabra siempre dicen yo, yo, yo. En cambio la vida cristiana es “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. ¿Cómo podemos llegar a este “ya no yo, mas Cristo”? Mediante tener al yo crucificado. Yo he sido puesto en la cruz y la cruz está ahora en mí. Yo he sido crucificado, así que ya no vivo yo. Como cristiano, cuando era joven tenía el hábito de usar la palabra “yo”. Pero, alabado sea el Señor, en estos días no me

atrevo a usar la palabra “yo” sino siempre “nosotros”. No sólo yo, sino también muchos otros, ¡incluyendo a Cristo!

Si algún hombre ha de seguir a Cristo, tiene que hacer tres cosas: negar el yo, tomar la cruz cada día y seguir a Cristo, quien ahora no sólo está en los cielos sino en nosotros. Es fácil seguirlo si primero negamos el yo y aplicamos la cruz. *Negar el alma significa que nos volvemos de nosotros mismos al espíritu*. Entonces nos encontraremos con Cristo en el espíritu. ¿Por qué los cuatro Evangelios nos dicen, en el lado negativo, que neguemos el alma, mientras que más tarde las Epístolas nos dicen, en el lado positivo, que vivamos y actuemos en el espíritu? Porque hoy día el Señor Jesús está en el espíritu y Su gracia está en el espíritu. Seguir a Cristo es un asunto de tratar con el espíritu, ¡y esto es el centro de la economía de Dios! ¡Oh, necesitamos recalcar nuevamente esto que es el centro de la economía de Dios! Todos debemos tener claridad respecto de que el plan eterno de Dios es dispensarse a Sí mismo en nuestro espíritu. El ya ha realizado esto, porque ahora está en nuestro espíritu para ser nuestra vida y nuestro todo. Todas nuestras necesidades quedan satisfechas en este maravilloso Espíritu que está en nuestro espíritu.

PERMANECER EN EL ESPIRITU

Después de ser salvos se nos proporcionaron muchas enseñanzas religiosas. Se nos enseñó muchas cosas: que Dios es el Creador y que nosotros somos las criaturas; que debemos temer a Dios, servirle y agradecerle; que debemos hacer todo lo posible por hacer el bien; y que tenemos que hacer algo para glorificar Su nombre. Este fue el tipo de enseñanza que recibimos. No hay nada de malo en estas enseñanzas religiosas; en cierto sentido son buenas. No obstante, no están relacionadas con el centro de la economía de Dios.

Muchos de nosotros también hemos recibido enseñanzas éticas tales como: tenemos que hacer el bien, ser humildes, pacientes, simpáticos y amables; no debemos perder la paciencia y debemos honrar a nuestros padres; el marido debe amar a su esposa y la esposa debe estar sujeta a su marido. Estas son enseñanzas buenas y éticas.

Pero escuchen. Esto fue lo que el Señor nos dijo que hiciéramos: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos. Como pámpanos, ustedes tienen que permanecer en mí”. Olvide usted las enseñanzas éticas y religiosas. Sólo recuerde una cosa: usted es un pámpano de Cristo. Permanezca en El y deje que El permanezca en usted. Pero si vamos a permanecer en Cristo, debemos saber dónde está Cristo. Si vamos a vivir en una casa, primero debemos saber dónde está localizada esa casa. ¿Puede usted permanecer en Cristo por medio de permanecer en la mente o en la emoción? No, sólo, podemos permanecer en Cristo si permanecemos en el espíritu. El Señor mismo y Su gracia están en nuestro espíritu. Por lo tanto, para permanecer en Cristo debemos discernir nuestro espíritu. Cuando permanezcamos en El en el espíritu, El tendrá la oportunidad de tomar posesión de nosotros. Entonces tendrá base para llenarnos y ocupar nuestro ser. Todas Sus riquezas serán forjadas por medio de nuestro espíritu y llevaremos fruto para glorificarlo. Esto no es una enseñanza religiosa ni ética; esto es vida en Cristo.

El propósito de este libro no es dar enseñanzas, ni es hacernos más religiosos o éticos. ¡No! Su propósito es ayudarnos a comprender el propósito eterno de Dios que consiste en dispensarse a Sí mismo en nosotros como nuestra porción única, como nuestra vida y como nuestro todo. De ahora en adelante vivamos por El y disfrutémoslo como nuestro todo. ¿Cuál es la clave, es decir, el centro? Está en nuestro espíritu. Este maravilloso, todo-inclusivo e ilimitado Dios se ha limitado a Sí mismo a morar en nuestro espíritu. ¡Qué tan pequeños y limitados somos! Sin embargo Dios está en nosotros, morando en nuestro espíritu. Esto no es un asunto de enseñarle a alguien a ser religioso o ético; es el Dios Triuno llegando a ser todo para nosotros en nuestro espíritu. Por lo tanto, debemos aprender a discernir nuestro espíritu, a negar siempre nuestra alma y a volvernos continuamente a nuestro espíritu. Debemos olvidar lo que nos rodea y permanecer en El, y permitir que El permanezca en nosotros. Entonces el fruto llegará a ser la realización de la vida interior, la cual es Cristo mismo en nuestro espíritu.

La manera religiosa de ser cristiano es levantarse temprano en la mañana y orar de esta manera: "Señor, gracias por este nuevo día. Este día ayúdame a hacer el bien y a no hacer nada malo. Ayúdame hoy a glorificar Tu nombre y a hacer Tu voluntad. Señor, Tú sabes que no tengo mucha paciencia. Ayúdame a no perder la paciencia. Señor, qué bueno es ser paciente y humilde. Oh, Señor, ayúdame a ser paciente y humilde". Tal vez no oremos exactamente de esta manera, pero en principio, ésta es precisamente la manera en que hemosorado. Tal oración no es espiritual, sino religiosa y ética. Quizás usted me pregunte: "Entonces, ¿cómo debo orar por la mañana?" Bueno, yo le sugeriría que dijera: "Señor, te alabo. Tú eres la Persona maravillosa que está con el Padre en el Espíritu. ¡Qué glorioso es que Tu Espíritu está en mi espíritu! ¡Señor, yo vengo a Ti, te contemplo, te adoro! ¡Te doy gracias y te alabo! ¡Tengo comunión contigo!" Olvídense de ser religioso y de hacer el bien. ¡Todo el día estará usted en los lugares celestiales! No es necesario que usted piense: "Ten cuidado, no seas brusco, no pierdas la paciencia". Solamente ore: "Señor, me son ajenos el buen carácter, la humildad, la paciencia, esto y aquello; ¡solamente te conozco a Ti, el Cristo glorioso, el Cristo todo-inclusivo!" ¡Tenga comunión con El, alábele y cante aleluyas! Entonces verá la victoria. Cuando por la tarde venga a la reunión de la iglesia estará usted en los lugares celestiales. Para usted será muy fácil liberar su espíritu y hacer que otros también lo hagan. ¡Este es el *centro* de la economía de Dios!

Haga que su responsabilidad sea no errar el blanco. Aquí tenemos un mapa con instrucciones claras. No hace falta que usted pierda el camino. ¡Por qué aferrarse a una carreta de mulas si ahora usted tiene un avión, y no sólo un avión, sino un cohete espacial! Oh, quisiera decirles dónde está ese cohete espacial: está en su espíritu. Que usted se vuelva a su espíritu es mucho mejor que estar en un "Ford" nuevo. ¡Es como estar en un avión! Y a veces, por las mañanas, ¡es como estar en un cohete espacial! ¡A uno le parece como si estuviera en el tercer cielo, muy por encima de todo! ¡No es broma! Un verdadero cristiano debe tener experiencias maravillosas de Cristo, como éstas que acabo de mencionar. Cuando no

pueda usted soportar una situación difícil y cuando la represión esté más allá de sus fuerzas, vuélvase a su espíritu y ponga sus ojos en Jesús. Usted se elevará por encima de aquello, de una manera trascendente y victoriosa. Todo quedará bajo sus pies.

Muchas veces he estado en problemas, sin saber qué hacer ni qué decisión tomar. Cuanto más analizaba la situación, más me confundía y más me complicaba. Entonces decía: “Señor, hazme olvidar todo esto, hazme volver al espíritu y contemplarte”. ¡Cuando hacemos esto, la iluminación es muy gloriosa! Aquel que es todo-inclusivo está aquí mismo, en nuestro espíritu. *Permaneced en Mí, y Yo en vosotros*: éste es el secreto. Cuando discernimos el espíritu, podemos permanecer en El y hallar que El es el Dios Triuno todo-inclusivo. El es el Espíritu maravilloso, todo-inclusivo y todo-suficiente que mora en nuestro espíritu. Siempre que nos volvemos a nuestro espíritu para tener contacto con El, estamos en la luz, en la vida, en el poder, en los lugares celestiales, estamos con el Dios Triuno y el Dios Triuno está con nosotros. ¡Qué glorioso! Esto no es sólo una enseñanza sino un verdadero testimonio de lo que yo disfruto y experimento todo el tiempo. Aprendamos a alcanzar la meta de la economía de Dios y a nunca desviarnos. Mantengámonos siempre con esta meta para tener comunión con El, para poner los ojos en El, y para contemplarlo y reflejarlo día tras día por medio de negar el alma y ejercitar el espíritu.

CAPITULO DOCE

EL HOMBRE Y LOS DOS ARBOLES

El plan eterno de Dios, es decir, Su economía, se nos revela a lo largo de los sesenta y seis libros de las Escrituras. Al principio de las Escrituras, se ve a Dios creando al hombre como centro de toda la creación, con el propósito de expresarse a Sí mismo. En Su economía, Dios tenía la intención de que el hombre como centro de todo Su universo le expresara.

EL HOMBRE EN UNA POSICION NEUTRAL ENTRE LOS DOS ARBOLES

Al principio de la Palabra de Dios, se nos muestran dos árboles, el árbol de vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal (Gn. 2). A fin de entender el plan de Dios, el cual se encuentra en las Escrituras, debemos tener un entendimiento claro y completo acerca de estos dos árboles y de lo que representan. Después de que Dios creó al hombre, lo puso frente a estos dos árboles, y toda la vida y el andar del hombre fueron prefigurados como un asunto de disfrutar de un árbol o del otro. Dios instruyó al hombre para que fuera muy cuidadoso acerca de participar de estos dos árboles. Si el hombre trataba con ellos de una manera apropiada, entonces tendría vida; de otro modo tendría muerte. Era un asunto de vida o muerte. Cómo debía vivir y andar el hombre después de ser creado, dependía completamente de cómo trataba con estos dos árboles. Dios instruyó al hombre claramente, diciéndole que si participaba del segundo árbol, el árbol de la ciencia del bien y del mal, tendría muerte; pero que si participaba del primer árbol, el árbol de vida, tendría vida.

¿Qué representan estos dos árboles? Según la revelación de toda la Escritura, el árbol de vida representa a Dios mismo

en Cristo como nuestra vida. El árbol de vida se presenta como un símbolo de la vida de Dios en Cristo. El Antiguo y el Nuevo Testamentos presentan al Señor Jesús muchas veces, ya sea como un “árbol” o como un “renuevo” de un árbol. El Señor tiene el título especial de “Renuevo” en Isaías, Jeremías y Zacarías. En la Escritura también se usan muchos árboles para indicar que Cristo es nuestra porción y nuestro disfrute. Por ejemplo, en el segundo capítulo del Cantar de los Cantares de Salomón, el Señor Jesús es comparado a un manzano: “Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes. Bajo la sombra del deseado (el manzano) me senté y su fruto fue dulce a mi paladar”. Podemos sentarnos bajo El como la sombra —bajo Su protección y sombra— y disfrutar de todas Sus riquezas, que son el fruto del árbol. Otro ejemplo de Cristo como un árbol es la vid, la cual se menciona en Juan 15: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos...”

¿Cuál es el significado del segundo árbol, el árbol de la ciencia del bien y del mal? Este árbol representa nada menos que a Satanás, la fuente de la muerte. El segundo árbol trae consigo muerte, debido a que es la fuente misma de la muerte. El primer árbol es la fuente de la vida, y el segundo árbol es la fuente de la muerte. En todo el universo sólo Dios mismo es la fuente de la vida, y sólo Satanás es el origen de la muerte. Un versículo que nos muestra que Dios mismo es la misma fuente de la vida, es Salmos 36:9: “Porque contigo está el manantial de la vida”; y un versículo que nos muestra que Satanás es la fuente de la muerte es Hebreos 2:14: “al que tenía el imperio de la muerte”. El imperio de la muerte está en la mano de Satanás. Así que, desde el mismo principio del tiempo, estos dos árboles representan dos fuentes: uno la fuente de la vida, y el otro, la fuente de la muerte.

En el principio, había tres partidos: Dios, el hombre y Satanás. El hombre en inocencia, creado por Dios, estaba en una posición neutral, sin inclinarse a la vida ni a la muerte. Puesto que era posible que el hombre tuviera la vida o la muerte, estaba en un terreno neutral. Pero Dios estaba en el terreno de la vida, y Satanás en el terreno de la muerte. El hombre fue creado neutral en cuanto a Dios y en cuanto a

Satanás. La intención de Dios para con este hombre neutral e inocente era que tomara a Dios dentro de sí mismo, para que Dios y el hombre, el hombre y Dios, se mezclaran como uno. El hombre entonces contendría a Dios como su vida y expresaría a Dios como el todo. El hombre creado como centro del universo, cumpliría entonces el propósito de expresar plenamente a Dios. Otra posibilidad, sin embargo, era que al hombre se le indujera a tomar del segundo árbol, la fuente de la muerte. Entonces como consecuencia, el hombre se mezclaría con el segundo árbol. Ojalá que sean abiertos nuestros ojos para ver que en todo el universo, el asunto no es de ética ni de hacer el bien, sino de recibir a Dios como vida o a Satanás como muerte. Debemos ser liberados del entendimiento ético y moral. No es asunto de hacer el bien o el mal, sino de recibir a Dios como vida o a Satanás como muerte. ¡Es importante que veamos claramente estos tres partidos! Dios, a un lado, es la fuente de la vida, representado por el árbol de la vida; Satanás, al otro lado, es la fuente de la muerte, representado por el árbol de la ciencia; y Adán, en el centro, está en una posición neutral con dos manos receptoras. A su mano derecha él puede tomar a Dios, y a su izquierda, a Satanás.

EL HOMBRE CORROMPIDO POR EL ARBOL DE LA MUERTE

Pero, como sabemos, Adán fue inducido a tomar la segunda fuente, el árbol de la ciencia, dentro de sí mismo. Esto no fue simplemente un asunto de hacer algo incorrecto. ¡No! Fue mucho más serio que quebrantar la ley y el reglamento de Dios. El significado de que Adán tomara el fruto del árbol de la ciencia fue que él recibió a Satanás dentro de sí mismo. Adán no tomó la rama de ese árbol; él tomó el *fruto* del árbol. El fruto contiene el poder reproductor de la vida. Por ejemplo, cuando el fruto de un duraznero se planta en la tierra, pronto retoña otro duraznero pequeño. Adán era la "tierra". Cuando él como tierra que era, tomó el fruto del árbol de la ciencia dentro de sí mismo, recibió a Satanás, el cual entonces creció en él. ¡Oh, esto no es un asunto de poca importancia! No son muchos los cristianos que han

comprendido la caída de Adán de esta manera. El fruto de Satanás fue sembrado en Adán tal como una semilla en la tierra; de esta manera, Satanás creció en Adán y llegó a ser parte de él.

Ahora necesitamos descubrir en qué parte de Adán fue recibido Satanás. Cuando Adán cayó en el huerto, Satanás no entró sólo en Adán, sino que él todavía permanece en la raza humana. ¿Dónde está localizado él en la raza humana? Como hemos visto en estos capítulos, nosotros somos un ser tripartito: espíritu, alma y cuerpo. Miremos el cuadro. Cuando Adán tomó el fruto del árbol, ¿en qué parte de su ser entró? Por supuesto, entró en su cuerpo, porque Adán lo comió. Aunque esto es lógico y razonable, necesitamos una base bíblica para confirmar que algo de Satanás está en nuestro cuerpo. Leamos Romanos 7:23: “Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente”. La palabra “otra” no es una buena traducción. Debería ser “una ley diferente”, es decir, una ley de categoría *diferente*. Se pueden tener tres leyes de la *misma* categoría, por ejemplo la primera y “otras” dos. Pero aquí el griego significa una ley de una categoría contrastante. “Pero veo una ley diferente en mis miembros (los miembros son las partes el cuerpo), que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”, es decir, las partes del cuerpo.

¿Qué es la ley del pecado? Pablo dijo: “ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí” (Ro. 7:20), y: “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gá. 2:20). Aquí tenemos el contraste entre “ya no yo, sino el pecado”, y “ya no yo, mas Cristo”. Cristo es la incorporación de Dios, pero el pecado es la incorporación de Satanás. La palabra “pecado” en Romanos 7 debería haberse escrito con mayúscula, ya que allí está personificado. Es como una persona, porque el Pecado puede morar en nosotros y forzarnos a hacer cosas en contra de nuestra voluntad (Ro. 7:17, 20). Es aun más fuerte que nosotros. Romanos 6:14 dice: “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros”. Es mejor traducirlo: “Porque el Pecado no tendrá el señorío sobre vosotros”, o bien: “Porque el Pecado no será señor sobre vosotros”. El pecado puede ser señor sobre

nosotros; por lo tanto, el Pecado debe de ser el maligno, Satanás. Mediante la caída, Satanás entró en el hombre como Pecado, y está gobernándole, dañándole, corrompiéndole y dominándole. ¿En qué parte? Satanás está en los miembros del cuerpo del hombre.

El cuerpo del hombre según fue creado originalmente por Dios era muy bueno, pero ahora ha llegado a ser la carne. El cuerpo era puro, puesto que fue creado bueno, pero cuando el cuerpo fue corrompido por Satanás, se convirtió en carne. Pablo dijo: “en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien” (Ro. 7:18). Por medio de la caída, Satanás vino a morar en nuestro cuerpo, haciendo que nuestro cuerpo se convirtiera en carne, es decir, un cuerpo dañado y arruinado.

El libro de Romanos utiliza dos términos: “el cuerpo del pecado” (6:6) y “este cuerpo de muerte” (7:24). El cuerpo es llamado “el cuerpo del pecado” porque el Pecado está en el cuerpo. El cuerpo simplemente llegó a ser la residencia del Pecado, el cual es la incorporación de Satanás. ¿Qué es entonces, “el cuerpo de muerte”? La fuente y el poder de la muerte es Satanás. El Pecado es la incorporación de Satanás, y la muerte es el resultado o el efecto de Satanás. Este cuerpo corrompido y adulterado es llamado “el cuerpo del pecado”, y “este cuerpo de muerte”, porque este cuerpo llegó a ser la residencia misma de Satanás. Tanto el pecado como la muerte están relacionados con Satanás. El “cuerpo del pecado” significa que el cuerpo es pecaminoso, y que está corrompido y esclavizado por el Pecado; el “cuerpo de muerte” significa que el cuerpo está debilitado y lleno de muerte. El cuerpo es una cosa satánica y diabólica, debido a que Satanás mora en este cuerpo. Todas las concupiscencias están en este cuerpo corrompido, el cual es llamado la carne. La Palabra revela que la concupiscencia es “los deseos de la carne” (Gá. 5:16). La carne es el cuerpo corrompido lleno de deseos, en el cual reside Satanás. Ahora usted ve que la caída del hombre no fue sólo un asunto de que el hombre cometiera algo contra Dios, sino de que el hombre *recibiera a Satanás dentro de su cuerpo*. Desde el momento de la caída, Satanás mora en el hombre.

Esto es lo que sucedió cuando el hombre participó del segundo árbol.

Ya que Satanás y el hombre se hicieron uno mediante el segundo árbol, Satanás ya no está fuera del hombre, sino *en* el hombre. El príncipe del aire, Satanás mismo, está operando en los hijos de desobediencia (Ef. 2:2). Satanás estaba gozoso, jactándose de que había logrado apoderarse del hombre. Mas parece que Dios, quien aún estaba fuera del hombre, dijo: “Yo me encarnaré. Satanás se forjó dentro del hombre, ahora Yo entraré en el hombre y me vestiré del hombre”. ¿Ve usted la complicada situación? Dios se vistió de este hombre, en el cual Satanás estaba, por medio de la encarnación. Cuando Dios se encarnó como hombre, la clase de hombre con que El se vistió estaba en una humanidad corrompida por Satanás. El hombre, para el tiempo de Su encarnación, ya no era un hombre puro, sino un hombre arruinado y corrompido por Satanás. Leamos Romanos 8:3: “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado”, no de “carne pecaminosa”, como lo dice la Versión King James en inglés, sino “carne de pecado”. Cuando el Señor Jesús se encarnó en la carne, El tenía la “semejanza de carne de pecado”. No había pecado dentro de El, sino que estaba la “semejanza de carne de pecado”. El pecado estaba en el hombre corrompido, pero no había pecado dentro del Señor Jesús; sólo tenía la *semejanza* de la carne de pecado. El Antiguo Testamento muestra esto con el tipo de la serpiente de bronce sobre el asta. Aquella serpiente, hecha de bronce, era un tipo de Cristo (Jn. 3:14). Cuando Cristo estaba en la cruz, El era un hombre que tenía “la *semejanza*” de la serpiente. La serpiente es Satanás, el diablo, el enemigo de Dios, pero cuando Cristo se encarnó como hombre, El tuvo la *semejanza* de la carne pecaminosa, la cual es la semejanza de Satanás. Es bastante difícil que alguien entienda esto fácilmente. Esto es realmente muy complicado. Permítame repetir. El hombre fue creado puro, pero un día Satanás entró en él para poseerlo. Satanás estaba gozoso, pensando que había logrado apoderarse del hombre. Luego Dios se vistió del hombre que tenía a Satanás dentro de sí.

EL HOMBRE LIBERADO DEL ARBOL DE LA MUERTE

Después de que Dios se hizo hombre, y se vistió de ese hombre el cual tenía a Satanás dentro de sí, Dios llevó a ese hombre a la cruz. Satanás pensó que había tenido éxito, pero sólo le proporcionó al Señor la manera de darle muerte fácilmente. Por ejemplo, si un ratón está suelto en una casa, es bastante difícil que el dueño de la casa lo atrape. Pero si pone una trampa con un pequeño cebo, el ratón entonces será tentado a tomar el cebo. Al principio, el ratón pensará que ha logrado conseguir el cebo, pero no se dará cuenta de que ha sido atrapado hasta que sea demasiado tarde. Entonces, ya que esté atrapado, es muy fácil que el dueño de la casa venga y lo mate. Del mismo modo, Adán vino a ser una trampa para atrapar a Satanás. Satanás era el ratón “dañino” que corría suelto en el universo. Cuando Satanás llegó a poseer al hombre, pensó que había tenido éxito, pero no se dio cuenta de que había caído en una trampa. Satanás pensó que el hombre era su hogar, pero no sabía que el hombre era una trampa. Pensó que el hombre era su alimento, pero el hombre fue sólo el cebo. Al tomar al hombre, él fue atrapado y aprisionado en el hombre. Posteriormente, el Señor vino y se vistió del hombre para llevarlo a la cruz, “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte” (He. 2:14). El hombre era la trampa, y el diablo fue atrapado dentro de él. Por medio de la encarnación Dios se vistió del hombre corrompido, y llevó a este hombre a la muerte en la cruz. Al mismo tiempo también se le dio muerte a Satanás, quien estaba dentro de este hombre caído. Así que, por medio de la muerte en la cruz, Cristo destruyó al diablo. Es por esto que Satanás le tiene miedo a la cruz, y es por esto que el Señor nos dijo que tomáramos la cruz. La cruz es la única arma con la cual vencemos a Satanás.

¿Dónde está Satanás? Satanás está en mí, en mi carne. Pero, ¿dónde está mi carne ahora? Miremos Gálatas 5:24: “han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”. Mi carne, con Satanás en ella, está en la cruz; de esta manera, a Satanás se le da muerte en la cruz. ¡Alabado sea el Señor! ¿Pero es este el fin? No; la sepultura sigue a la muerte. ¡Pero aun la

tumba no es el fin! Después de la sepultura, vino la resurrección. El pueblo de Israel entró en el Mar Rojo *con* Faraón y su ejército, pero ellos fueron resucitados del agua de la muerte *sin* Faraón y sin su ejército. El Faraón y su ejército fueron sepultados en el agua de la muerte. Cristo llevó al hombre *con* Satanás a la muerte y a la tumba, y sacó al hombre, *sin* Satanás, de la muerte y de la tumba. El dejó a Satanás sepultado en la tumba. Ahora este hombre resucitado es uno con Cristo.

EL HOMBRE ES RESUCITADO POR EL ARBOL DE LA VIDA

Permítame preguntarle: ¿Cuándo fue usted regenerado? ¿En 1958? ¡Eso es demasiado tarde! Usted fue regenerado por la resurrección de Cristo (1 P. 1:3). Cuando Cristo fue resucitado, nosotros, los que creemos en El, también fuimos resucitados. Esto se puede comprobar con Efesios 2:5, 6: Dios “nos dio vida juntamente con Cristo ... y juntamente con él nos resucitó”. En el momento de la resurrección de Cristo, fuimos resucitados juntamente con El. ¡Oh, debemos ser impresionados con esto! El hombre fue arruinado por Satanás cuando Satanás entró en él. Pero Dios, por medio de la encarnación, se *vistió* de este hombre, quien tenía a Satanás dentro de sí, llevó a este hombre a la cruz, dio muerte a este hombre que contenía a Satanás, y sepultó a este hombre en la tumba. Entonces él introdujo al hombre en la resurrección, y por medio de esta resurrección el hombre llegó a ser uno con Dios. Por la encarnación Dios entró en el hombre, y por la resurrección el hombre y Dios llegaron a ser uno. Ahora Dios está en el espíritu del hombre.

Tenemos que estar gozosos, pero no demasiado. ¿Por qué? Porque siempre debemos tomar la cruz diariamente. Cada vez que nuestra carne está lejos de la cruz, encontraremos que Satanás está vivo de nuevo. Tenemos que decir: “Aleluya”, porque el Señor Jesús está en nuestro espíritu; pero también debemos estar alerta, porque todavía estamos en la carne. Cuando la carne se aparte de la cruz, el diablo estará vivo de nuevo. Es por esto que debemos vivir siempre en el espíritu, y debemos aplicar la cruz a la carne. Aunque por medio de la caída Satanás entró en el hombre, Satanás fue tratado por el

Señor, y ahora por medio de la resurrección el Señor está dentro de nosotros. De ahora en adelante nuestra responsabilidad y deber no es tratar de hacer algo bueno. Hacer el bien sólo nos engañará y nos cegará. Simplemente debemos seguir al Señor en el espíritu y debemos aplicar la cruz a la carne. Esto espontáneamente le dará muerte a Satanás. Aprendamos a practicar sólo esto con sus dos aspectos. Sigamos al Señor en el espíritu, y en la cruz demos muerte a la carne, la cual incluye a Satanás.

¿Entonces cuál será el resultado final? Será simplemente esto: por una parte, tendremos la Nueva Jerusalén, y por otra, el lago de fuego. La Nueva Jerusalén es el Dios Triuno mezclado con el hombre resucitado, y el lago de fuego es la destrucción final de Satanás. El lago de fuego es el lugar para Satanás. Todo lo que no esté relacionado con el Dios Triuno ni con el hombre resucitado, será echado al lago de fuego con Satanás. Solamente habrá un árbol en la Nueva Jerusalén: el árbol de la vida. El otro árbol estará en el lago de fuego. Esta es la conclusión final de toda la Escritura. La Escritura empezó con tres partidos, pero la máxima consumación será la Nueva Jerusalén con sólo el primer árbol en el centro de la ciudad, y el hombre resucitado como la expresión del Dios Triuno. El segundo árbol será lanzado al lago de fuego. Todas las cosas y todas las personas relacionadas con el segundo árbol tendrán el mismo destino que Satanás: aquel lago de fuego.

En conclusión, para nosotros hoy en día, el significado de este cuadro es que la vida cristiana normal no consiste en hacer el bien. La vida cristiana normal es simplemente tomar a Cristo y vivir por Cristo, y siempre dar muerte a la carne, en la cual está Satanás. Es seguir a Cristo en nuestro espíritu y dar muerte a nuestra carne. Entonces llegará el día cuando el Dios Triuno y el hombre resucitado serán una sola expresión: la Nueva Jerusalén con el árbol de la vida como su centro.

CAPITULO TRECE

LA CRUZ Y LA VIDA DEL ALMA

Estos capítulos tratan de los principios básicos de la economía de Dios y su centro. No estamos abordando enseñanzas sin importancia, sino asuntos básicos de la economía de Dios, no sólo como doctrina, sino como *experiencia*. En Su economía, Dios tiene la intención de dispensarse a Sí mismo en nosotros, lo cual ya ha realizado en el espíritu humano. El Dios Triuno ha sido dispensado en nosotros. Fue con este propósito que Dios nos creó con tres partes: cuerpo, alma y espíritu. Este ser tripartito es el templo de Dios. El templo de Dios consta de tres partes: el atrio, el lugar santo y el Lugar Santísimo, el lugar mismo donde habitan la gloria shekiná de Dios y el Cristo de Dios. Las tres partes de nuestro ser corresponden exactamente con las tres partes del templo: el cuerpo con el atrio, el alma con el lugar santo y el espíritu con el Lugar Santísimo. Hoy día, Dios en Cristo mora en nuestro espíritu, el Lugar Santísimo.

EL DIOS TRIUNO SE EXTIENDE EN EL HOMBRE

La economía de Dios es dispensarse a Sí mismo en nuestro espíritu, el cual es Su morada, y hacer Su hogar en nuestro espíritu, tomándolo como base para extenderse a todo nuestro ser. Nuestro espíritu es Su hogar, Su morada, Su habitación, el lugar mismo desde el cual El se difunde a través de todo nuestro ser. Por medio de extenderse en nosotros, El satura consigo mismo cada parte de nuestro ser. Primero, El se mezcla totalmente con nuestro espíritu, después, con el alma, y por último, con el cuerpo. El entra en nuestro espíritu para comenzar a mezclarse por medio de regenerar nuestro espíritu. La regeneración consiste en que Dios mismo se mezcla con nuestro espíritu. Después de la regeneración, si nosotros cooperamos con El, si nos ofrecemos a El y le damos la oportunidad, El se difundirá desde nuestro espíritu hacia nuestra

alma, a fin de renovar todas las partes de nuestra alma. Esta es Su obra transformadora. Por medio de la transformación, la misma esencia del Dios Triuno se mezcla con nuestra alma, nuestro propio “yo”. Cuando nuestra alma sea transformada a la imagen del Señor, nuestros pensamientos, deseos y decisiones expresarán siempre al Señor.

Por lo tanto, regenerar nuestro espíritu es el primer paso que Dios da; Su segundo paso es transformar nuestra alma; finalmente, el último paso es transfigurar, o cambiar, nuestro cuerpo cuando el Señor venga por segunda vez. Entonces el Señor impregnará nuestro cuerpo y Su gloria saturará todo nuestro ser. Esta transfiguración es la máxima consumación de que El se mezcle al máximo con nuestro ser. Para ese entonces, la economía de Dios de dispensarse a Sí mismo en nosotros será plenamente realizada. Recuerde estos tres pasos por medio de los cuales Dios se mezcla con nosotros en todo sentido. Este himno expresa la consumación final.

Cristo la esperanza de gloria es para mí,
Me ha regenerado, saturándome está;
Viene a cambiar mi cuerpo con vencedor poder,
¡Glorioso como el Suyo el mío ha de ser!

Coro

¡El viene, El viene, me viene a glorificar!
Mi cuerpo transfiguraré, igual al Suyo será.
¡El viene, El viene, la redención a dar!
Como esperanza de gloria, nos glorificará.

Cristo la esperanza de gloria es para mí,
Trayendo Dios al hombre, le da Su plenitud;
El viene a mezclarme totalmente con Dios,
Compartiré Su gloria por siempre, yo.

Cristo la esperanza de gloria es para mí,
El librará de muerte mi cuerpo al redimir;
Viene a cambiar mi cuerpo, glorioso lo hará;
A la muerte en victoria se tragaré.

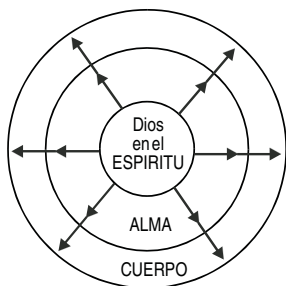
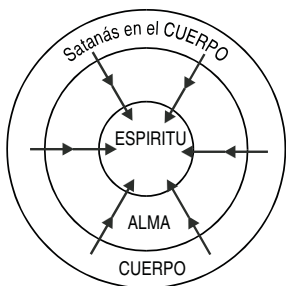
Cristo la esperanza de gloria es para mí,
Su vida es mi experiencia, pues uno soy con El;
El viene a llevarme a gloriosa libertad,
Uno con El seré por la eternidad.

Himno No 95 en 100 Himnos Seleccionados

LAS DOS PARTES QUE PELEAN POR EL ALMA

Todos conocemos la triste historia. Antes de que el Dios glorioso entrara en nuestro espíritu, Satanás, el enemigo de Dios, entró en nosotros primero. El diablo entró en el cuerpo humano mediante Adán, cuando éste comió del fruto del árbol de la ciencia. En consecuencia, el Pecado personificado mora en los miembros de nuestro cuerpo y allí gobierna como un amo ilegal, forzándonos a hacer cosas que no nos gustan. Este es el pecado mencionado en los capítulos 6, 7 y 8 del libro de Romanos; no es otro que el maligno y pecaminoso de todo el universo. El es el enemigo de Dios. Cuando entró en nuestro cuerpo, nuestro cuerpo fue transmutado, o cambiado, en naturaleza, llegando así a ser la *carne*. La carne es el cuerpo corrompido, arruinado y dañado, en el cual mora el maligno. Esta carne, por consiguiente, amenaza con dominar el alma.

Tal como el espíritu humano viene a ser una base desde la cual Dios puede extenderse, así el mismo principio se aplica en cuanto a este cuerpo corrupto. La carne, bajo la posesión de Satanás, viene a ser la base desde la cual él puede hacer su obra diabólica. Satanás toma su lugar en la carne para influir sobre el alma, y luego, a través del alma, pone al espíritu en una condición de muerte. La dirección de la obra satánica siempre empieza en el exterior y sigue hacia el interior. En cambio, la obra divina siempre comienza desde el centro y se extiende hacia la circunferencia. Podemos ilustrarlo de este modo:



El alma no puede resistir a Satanás, quien es mucho más fuerte que el alma humana. Antes de ser salvos nuestra condición era que nuestra alma estaba envenenada por Satanás por medio de la carne. Cuando escuchamos el evangelio y fuimos iluminados en la mente y en la conciencia, llegamos a estar contritos y quebrantados en el espíritu, nos arrepentimos y abrimos nuestro ser al Señor, después de lo cual El gloriosamente entró en nuestro espíritu para ser nuestra vida en el Espíritu Santo. Aunque Satanás, el enemigo, ha tomado la carne como base desde la cual pelear, dirigiéndose hacia adentro, hacia el espíritu, el glorioso Señor usa el espíritu como base desde la cual pelear dirigiéndose hacia afuera, hacia la carne.

¡Somos muy complicados porque hemos llegado a ser un campo de batalla! Somos el campo de batalla universal para la batalla universal. Satanás y Dios, Dios y Satanás, pelean el uno contra el otro dentro de nosotros día tras día. Satanás pelea orientado hacia el centro, mientras que Dios pelea hacia la circunferencia. ¿Cuál es nuestra actitud? No podemos ser neutrales; tenemos que tomar partido. En la parte exterior del hombre se encuentra el enemigo de Dios, y en la parte interior se encuentra Dios mismo. Entre los dos, en medio, se encuentra el alma. Satanás está en el cuerpo corrupto, Dios está en el espíritu regenerado, y nosotros estamos en medio, en el alma humana. Somos una persona muy importante. Podemos cambiar toda la situación. Si nos ponemos de parte de Satanás, Dios, en cierto sentido, será derrotado. Por supuesto, Dios nunca puede ser derrotado; pero si nos hiciéramos del lado de Satanás, parecería como si Dios fuera temporalmente derrotado. En cambio, si nos ponemos de parte de Dios, eso será maravilloso, y Satanás será totalmente derrotado.

¿De parte de quien estará usted? Este es el problema. Escuche al Señor: "Si alguno quiere venir en pos de mí, nieguese a sí mismo". ¡Negar el yo! En otras palabras, entregar el alma a la muerte en la cruz, porque el alma es el yo. Siempre debemos negar el yo, darle muerte, crucificarlo. ¿Qué pasará cuando el alma haya sido crucificada? Cuando al alma se le haya dado muerte, solamente quedarán Dios y Satanás. Al crucificar el alma, le habremos quitado el puente al enemigo.

Satanás está en la carne porque él es el Pecado encarnado, y el yo está en el alma. El Pecado y la carne están ilegalmente casados; de hecho, celebraron su boda hace mucho tiempo. Todos los problemas que tenemos por dentro se deben al hecho de que el yo está casado con el Pecado y los dos han llegado a ser uno. Sin embargo, cuando fuimos salvos, Dios, Cristo y el Espíritu Santo entraron en nuestro espíritu como la vida divina. En la carne, el cuerpo corrupto, está el Pecado; en el alma, el alma amenazada, está el yo, mientras que en el espíritu humano regenerado está la vida divina, la vida eterna, la cual es la vida y el poder que regulan. Vivir y andar por la vida del alma significa vivir y andar por nosotros mismos, lo cual nos involucra en matrimonio con Satanás. Este matrimonio significa que no somos personas libres, sino que estamos bajo las ataduras del maligno, el Pecado. El maligno que está en la carne se levantará para echarnos mano y derrotarnos, llevándonos bajo su cautiverio, haciendo de nosotros la persona más miserable. Sin embargo, si negamos el alma, el yo, y vivimos y andamos por el espíritu, Cristo como vida regulará y saturará todo nuestro ser.

LA CRUZ TRATA CON EL ALMA

Después de haber sido regenerados, ya no debemos vivir, ni andar ni actuar por nosotros mismos. Entretanto que vivamos por nosotros mismos estaremos bajo las ataduras de Satanás. Tal vez usted diga: “No creo que yo viva y actúe por mí mismo”. En esto yace la necesidad de discernir el espíritu del alma; entonces se dará cuenta de cuánto está usted en el alma. Usted dice que no está viviendo ni actuando por usted mismo, pero yo preguntaría: “¿Por medio de qué está usted viviendo? ¿Por la carne?” Probablemente usted contestaría: “¡No, no estoy viviendo por la carne!” Entonces, ¿está usted viviendo por el espíritu? Usted diría: “Bueno, lo dudo”. Si usted no está viviendo por la carne ni por el espíritu, ¿por medio de qué está usted viviendo? La respuesta es que usted simplemente está viviendo por el alma. Usted dice: “No quiero cometer ningún pecado, no quiero ser carnal, no quiero cooperar con Satanás. Amo a Dios. Quiero seguir al Señor y andar en el camino del Señor. Quiero, quiero, quiero...” ¡Usted

todavía está en el alma! Dígale al Señor dónde está usted. Usted mismo duda mucho que esté en el espíritu. Si no está usted en la carne ni en el espíritu, entonces está en el alma. Alabado sea el Señor, usted no está en Egipto porque ha experimentado la Pascua. Usted ha sido liberado de Egipto, pero aún no ha entrado en la buena tierra de Canaán. Todavía está usted vagando en el desierto del alma.

1) Amor humano

Ahora llegamos a este asunto: ¿Cómo podemos discernir entre nuestro espíritu y nuestra alma? ¿Cómo podemos saber cuándo estamos en el espíritu y cuándo estamos en el alma, y cómo podemos separar espíritu y alma? Veamos la Palabra del Señor.

“El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que a ama hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (Mt. 10:37-39).

En el texto griego esta palabra “vida” es la misma palabra que se traduce “alma”. En estos versículos, tomar la cruz se refiere a nuestro amor humano por nuestros queridos parientes. El amor humano es algo de nuestra alma y debe ser tratado por la cruz. ¿Cuánto amamos a nuestros queridos parientes? Si queremos saber cómo discernir entre el espíritu y el alma debemos examinar nuestro amor. ¿Cómo amamos a nuestros padres, nuestros hijos, nuestra madre o padre? ¿Cómo amamos a nuestro hermano o hermana? Esto no es la palabra de hombre, sino la Palabra del Señor. El discernimiento entre el espíritu y el alma sólo puede alcanzarse cuando hemos examinado nuestro amor humano y natural. Nuestro amor natural tiene que ser tratado por la cruz. En las Epístolas del Nuevo Testamento el Espíritu Santo dice que el marido debe amar a su mujer y que la mujer debe estar sujeta a su marido, que los padres deben cuidar a los hijos y que los hijos deben honrar y respetar a los padres. Sin embargo, todo esto debe estar en la vida de resurrección. El afecto natural, el amor natural y las relaciones naturales

deben ser cortadas por la cruz. Después de haber sido tratados por la cruz, estaremos en el espíritu, lo cual significa que estaremos en la vida de resurrección. Viviremos en la vida de resurrección, no en la vida natural, sino en la vida espiritual. Algo que prueba qué tanto nuestra alma ha sido quebrantada es el grado hasta el cual la cruz haya tratado nuestro amor y afecto naturales. Cuando el amor natural haya sido cortado por la cruz, habremos perdido nuestra alma.

Además, si hemos de perder nuestra alma mediante tratar nuestro amor natural, debemos aprender a aborrecer.

“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo” (Lc. 14:26, 27).

Una vez más, la palabra “vida” aquí usada es la misma palabra para “alma” en el texto griego. Además del amor por nuestros queridos parientes, también tenemos amor propio, es decir, amor por el yo o por nuestra alma. Tomar la cruz tiene mucho que ver con este amor propio. “Si alguno viene a mí, y no *aborrece...*” ¿Aborrecer a quién? ¿A nuestros enemigos? Debemos amar a nuestros enemigos, pero debemos aprender a aborrecer nuestra alma, nuestro yo. Aborrecernos a nosotros mismos tiene cierta relación con perder nuestra alma. Por medio de aborrecernos a nosotros mismos podemos crucificar el yo de nuestra alma.

2) Amor al mundo

“Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará. Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?” (Lc. 9:23-25).

“Acordaos de la mujer de Lot. Todo el que procure salvar su vida, la perderá; y todo el que la pierda, la salvará” (Lc. 17:32, 33).

De nuevo, en todos estos versículos la palabra “vida” en el texto griego es la misma palabra que se traduce como “alma”.

Estos pasajes muestran que el alma tiene mucho que ver con el amor al mundo. Renunciar al amor al mundo y a las cosas mundanas significa que debemos tratar con nuestra alma. Cuando el alma es cortada, entonces el amor del mundo es abandonado. Por lo tanto, estas dos cosas, el amor del mundo y el alma están relacionadas entre sí.

“Acordaos de la mujer de Lot”. ¡Se habla de una mujer, no de un marido! Es la historia de una mujer que amó las cosas mundanas. El Señor dice que seamos cuidadosos. Si usted ama al mundo, perderá su alma. Si amamos las cosas del mundo, perderemos nuestra alma en el sentido negativo, pero si abandonamos el amor al mundo, perderemos nuestra alma en el sentido positivo. Hermanos y hermanas, el amor al mundo es una prueba de dónde está nuestra alma.

3) Vida natural

“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (Jn. 12:24, 25).

Una vez más, esta palabra “vida” significa “alma”. Leyendo y considerando estos dos versículos de una manera cuidadosa y profunda, veremos que el alma tiene mucho que ver con la vida y con la fuerza naturales. Nuestra vida y fuerza naturales tienen que ser tratadas por medio de perder el alma. Cuando a nuestra vida y fuerza naturales se les da muerte, nuestra alma será entonces quebrantada. ¿Cómo puede uno discernir entre el espíritu y el alma? Simplemente por medio de aplicar la cruz a la vida del yo y mediante ponernos a nosotros mismos bajo la muerte. El alma es engañada porque no parece pecaminosa. Por lo tanto, debemos aprender a revisar el alma por medio de aplicar la cruz al yo.

Supongamos que tenemos comunión con un hermano. ¿Cómo podemos discernir si nuestra comunión es del espíritu o del alma? Mediante ponernos a nosotros mismos en la cruz sabremos claramente si estamos en el espíritu o en el alma. Yo no diría: “No estoy haciendo nada malo. Estoy haciendo algo bueno al tener comunión con un hermano”. ¡Tener

comuni3n es bueno, pero tal clase de comuni3n tal vez est3 totalmente en el alma! Cuando la cruz es aplicada a nosotros, inmediatamente tenemos claro si nuestra comuni3n est3 en el esp3ritu o en el alma. Nunca considere el alma o el esp3ritu por medio de discernir entre el *bien* y el *mal*. Esta clase de consideraci3n solamente nos pondr3 en tinieblas. Aparte de la cruz, no hay otro camino para examinar el alma y el esp3ritu. El 3nico camino para determinar si estamos en el alma o en el esp3ritu es verificar si ahora estamos en la cruz. ¿Tengo algo que sea de mi propio inter3s? ¿Soy yo egoc3ntrico en mis actividades? ¿Ha sido aplicada la cruz a mi propio inter3s y a mi egocentrismo? Exam3nese a s3 mismo de esta manera. Todas las decisiones y todas las actividades deben ser examinadas por medio de la cruz, no por la norma del bien y del mal. ¿Ha sido el yo crucificado en cada tema de conversaci3n? No analice por medio de razonar as3: “¿Estoy en el esp3ritu o estoy en el alma? Voy a considerar por un momento para ver cu3n profundo es mi sentir. Si no es muy profundo, debo estar en el alma. Pero si parece que es profundo, tal vez estoy en el esp3ritu”. Si analizamos de esta manera, en verdad estaremos preocupados. Podemos tener claridad simplemente por comprobar de una manera: ¿Hemos sido puestos en la cruz? En otras palabras, ¿hemos negado el yo, tomado la cruz y seguido al Se3or en el esp3ritu? Cuando neguemos el yo por medio de tomar la cruz el Se3or tendr3 en nosotros todo el terreno y ser3 f3cil estar de acuerdo con El.

La ense3anza neotestamentaria da cierto lugar al castigo, pero la cruz ocupa un lugar mucho m3s grande. Muchas veces el castigo de Dios obra juntamente con la cruz. Pero no espere usted el castigo de Dios. Puesto que sabemos que con Cristo hemos sido crucificados, todo el tiempo debemos aprender a tomar la cruz. D3a a d3a debemos aprender la lecci3n de negar el yo, tomar la cruz y no dar lugar al alma. Si hacemos esto, seremos verdaderamente uno con el Se3or en el esp3ritu, y el Se3or tendr3 base para poseernos y saturarnos consigo mismo.

CAPITULO CATORCE

EL PRINCIPIO DE LA CRUZ

Muchos cristianos saben algo acerca de la cruz, sin embargo ellos no están muy claros acerca del *principio* de la cruz. ¿Cuál es el principio de la cruz? Según las Escrituras Dios tiene dos creaciones en el universo: la primera es llamada la vieja creación, y la segunda, la nueva creación. La nueva creación llegó a existir por medio de darle fin a la vieja creación y empezar algo nuevo. Solamente por medio de darle fin a la vieja creación, pudo llegar a existir la nueva creación. Fue por la obra de la cruz, que se le dio fin a la vieja creación, y también fue por medio de la cruz que la nueva creación empezó en resurrección.

LAS COSAS DE LA VIEJA CREACION

¿Cuáles son los constituyentes de la vieja creación? El primer constituyente de la vieja creación es los *ángeles*, los cuales tienen la vida angélica, y el segundo constituyente es el *hombre*, quien tiene la vida humana. Estos son dos clases de seres, con dos clases de vidas. El arcángel, el príncipe de los ángeles, se rebeló en contra de Dios y llegó a ser Satanás, que significa “el adversario de Dios”. Satanás no sólo se rebeló, sino que condujo una rebelión en contra de Dios, con un gran número de ángeles que le siguieron. Según Apocalipsis 12, una tercera parte de los ángeles, las estrellas del cielo, siguieron a Satanás. Estos ángeles rebeldes llegaron a ser las fuerzas malignas: los principados, potestades, poderes y autoridades que se mencionan en Efesios capítulos 1, 2 y 6. La rebelión de la vida angélica produjo el tercero y cuarto constituyentes de la vieja creación: *Satanás y su reino*.

Ahora continuemos brevemente con los otros constituyentes de la vieja creación. Después de la creación de la vida humana, el enemigo de Dios también indujo al hombre a que actuara en contra de Dios. Esta acción hizo que algo fuera inyectado en la vida humana, lo cual fue el Pecado, esto es, el Pecado singular, personificado y escrito con mayúscula. La naturaleza pecaminosa misma y el pensamiento mismo de Satanás fueron inyectados en la vida humana. En el universo, el Pecado se originó por la inyección en la vida humana de la vida angélica caída. El Pecado no fue creado por Dios, sino que fue producido por la unión ilegal de la vida satánica con la vida humana. Así que el *Pecado* es el constituyente número cinco en la lista de los elementos de la vieja creación. Y el Pecado en singular no solamente apareció, sino que también trajo consigo muchos pecados. Por lo tanto, los frutos del Pecado, *los pecados*, son el sexto constituyente en la lista, los cuales incluyen la mentira, el homicidio, el orgullo, la fornicación, etc. Todos estos pecados fueron producidos por el Pecado.

El *mundo* es el número siete. El mundo no fue creado por Dios. Dios creó la tierra, pero Satanás inventó el mundo. El Pecado fue inventado en Génesis 3, pero no fue sino hasta Génesis 4 que algo fue añadido al Pecado, lo cual fue el mundo inventado por Satanás. ¿Qué es el mundo? El mundo es el sistema de toda la vida humana sometida a Satanás. La palabra en griego que se traduce mundo es “kosmos”, lo cual significa “sistema”. Dios creó al mundo para Sí mismo, pero ahora Satanás ha sistematizado a la humanidad. El hombre ya no es para Dios, sino que ha sido completamente sistematizado por Satanás y para Satanás.

Otro elemento de la vieja creación además de éstos, es la *muerte*, la cual es la consecuencia del Pecado y de los pecados. La *carne* —el cuerpo adulterado, envenenado y arruinado por Satanás— también pertenece a la vieja creación. El cuerpo se volvió carne mediante la corrupción de Satanás como Pecado. El *viejo hombre* es otro constituyente, el cual es nada menos que toda la humanidad arruinada por Satanás. El hombre, originalmente creado por Dios, ha sido arruinado por el Pecado.

El siguiente elemento es el *yo*. El alma fue creada por Dios, pero ahora ha llegado a ser el *yo*, amenazado y corrompido por la carne. Es parecido al cuerpo. Originalmente Dios creó el cuerpo como una cosa buena y pura, pero fue corrompido por la naturaleza pecaminosa de Satanás y de esta manera llegó a ser la carne. El mismo principio se aplica al alma, la cual fue creada pura y buena, pero más tarde fue influida por la carne. Fue amenazada y después controlada por la carne, llegando por tanto a ser el *yo*. De la misma manera que el Pecado corrompió al cuerpo y éste llegó a ser la carne; así que, la carne, la cual fue influida y controlada por el alma, llegó a ser el *yo*.

Finalmente el duodécimo constituyente es *toda la creación*. Toda la creación fue dañada y corrompida por la rebelión de la vida angélica y por la transgresión de la vida humana. Esto trajo a toda la creación bajo una especie de gemido debido a la esclavitud de la corrupción (Ro. 8).

EL CENTRO DE LA VIEJA CREACION

Estos doce elementos juntos son la vieja creación. La vieja creación incluye muchas cosas. Pero debemos entender claramente en este punto que el hombre caído llegó a ser el *centro* mismo de la vieja creación. El está relacionado con cada uno de los doce constituyentes de la vieja creación. En primer lugar, Satanás entró en el hombre y llegó a ser uno con él. Con Satanás está incluido su reino; por lo tanto, ya que Satanás está en el hombre, el reino de Satanás también está en el hombre. Satanás es el príncipe del mundo, así que el mundo también está incluido en Satanás y por ende, en el hombre. Y, por supuesto, en el hombre están incorporados el Pecado y los pecados, los cuales producen muerte. La carne, el viejo hombre y el *yo* también están en el hombre; el hombre era, y todavía es, la cabeza de toda la creación. (Según Génesis 1, el hombre había sido ordenado como cabeza de toda la creación). Así que el hombre está relacionado con toda la creación, y toda la creación está relacionada con el hombre y tiene como centro al hombre. El hombre es el centro mismo de la vieja creación en todo aspecto. El casi llega a ser todo-inclusivo, pero no en un buen sentido. Si alguien desea conocer a

Satanás, no necesita ir a un lugar especial; por medio de conocer al hombre, él conocerá a Satanás. Si alguien desea conocer el reino de Satanás, no necesita ir a la luna; al conocer al hombre conocerá el reino de Satanás. Ocurre lo mismo con el mundo. Dentro del hombre como representante de la vieja creación está Satanás, el reino de Satanás, el mundo, el Pecado, los pecados, la muerte, la carne, el viejo hombre, etc. ¡No somos un hombre pequeño! Al contrario, en el sentido negativo, somos un hombre grande y todoinclusivo. Ahora toda la creación está centralizada en el hombre.

EL PONER FIN A LA VIEJA CREACION

Alabado sea el Señor, un día algo sucedió: ¡Dios mismo se encarnó en este hombre! Esto significa que Dios se puso a toda la creación sobre Sí mismo. Cuando Dios se vistió del hombre, El puso todas las cosas de la vieja creación sobre Sí mismo. Por ejemplo, en la Escritura dice que Dios hizo que Cristo fuera Pecado, no pecados en plural sino “Pecado” en singular (2 Co. 5:21). Dios también cargó sobre Cristo, todos nuestros delitos (Is. 53:6), quien “llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 P. 2:24). El estaba “en la semejanza de carne de pecado” (Ro. 8:3): la semejanza es la semejanza de la carne, y esta carne humana es la carne de pecado. Juan 1:14 dice que “la Palabra se hizo carne”, esto es, El llegó a ser una persona humana. Cuando El llegó a ser una persona humana en la carne, El llegó a ser una persona humana en una carne de pecado, puesto que por ese tiempo el pecado ya estaba dentro de la carne humana. La carne había llegado a ser la carne de pecado, y el Señor se encarnó en esta carne. Sin embargo, debemos ser cuidadosos, porque si decimos que El llegó a ser exactamente la carne que nosotros tenemos, esto es, en lo que a nuestra naturaleza pecaminosa se refiere, estamos equivocados. De ahí que Romanos 8:3 nos dice que El llegó a ser sólo la *semejanza* de la carne de pecado, *no la naturaleza pecaminosa* de la carne de pecado.

En Juan 3:14 el Señor Jesús mismo nos dijo que El fue tipificado por la serpiente de bronce que colgaba del asta, es decir, de la cruz. La serpiente de bronce tenía *sólo la semejanza* de la serpiente, *no la naturaleza venenosa* de la

serpiente. El Señor Jesús nació de una virgen a fin de que pudiera tener la semejanza de la carne de pecado; sin embargo, El no tuvo nada que ver con el hombre en lo que a la naturaleza pecaminosa de la carne se refiere. Debemos ser muy cuidadosos en cuanto a este asunto. Cuando el Señor fue hecho pecado, El fue hecho tal en la *semejanza* de pecado.

El no sólo se vistió del hombre, sino que El también se puso a Satanás, el reino de Satanás, el mundo, el Pecado, los pecados, la carne, etc., sobre Sí mismo. En esto también debemos tener cuidado. El Señor fue encarnado como un hombre, no como una serpiente; pero cuando El fue crucificado sobre la cruz, fue crucificado como hombre en forma de serpiente. ¿Por qué? Porque en esa etapa el hombre era uno con Satanás, la serpiente. Así que el Señor Jesús les dijo a los fariseos que ellos eran la simiente de la serpiente y una generación de víboras y aun Juan el Bautista les dijo lo mismo. Ellos eran la simiente de la serpiente, debido a que ellos tenían la vida de la serpiente; la naturaleza venenosa de la serpiente estaba en ellos. A los ojos de Dios ellos, como pueblo pecaminoso, habían llegado a ser la serpiente. Pero el Señor, encarnado como un hombre, tenía sólo la semejanza de la carne de pecado, no la naturaleza pecaminosa que tenía el pueblo pecaminoso. Como serpiente de bronce sobre el asta, el Señor tenía solamente la semejanza de la serpiente, no la naturaleza ni el veneno de la serpiente.

Ahora llegamos a la cruz. Primero Cristo se vistió de tal hombre, quien era la inclusividad de la vieja creación, y luego llevó a este hombre a la cruz. Allí en la cruz este hombre todo-inclusivo fue crucificado. Esto significa que *a todas las cosas se les dio fin. Este es el principio de la Cruz*. Por medio de esta clase de muerte Cristo llevó al hombre a la cruz y por consiguiente puso fin a todas las cosas. No sólo Cristo fue crucificado allí, sino también el hombre, el mundo, Satanás y su reino, el Pecado, los pecados, el viejo hombre, etc. A todas las cosas de la vieja creación se les dio fin por medio de la cruz de Cristo. Debemos experimentar esta muerte todo-inclusiva.

Los siguientes versículos revelan el principio de la cruz, en cuanto a darle fin a todas las cosas de la vieja creación:

- 1) La vida angélica: Colosenses 1:20;
- 2) La vida humana: Gálatas 2:20;
- 3) Satanás: Hebreos 2:14 y Juan 12:31;
- 4) El reino de Satanás: Colosenses 2:15 y Juan 12:31;
- 5) El Pecado: 2 Corintios 5:21 y Romanos 8:3;
- 6) Los pecados: 1 P. 2:24 e Isaías 53:6;
- 7) El mundo: Gálatas 6:14 y Juan 12:31;
- 8) La muerte: Hebreos 2:14;
- 9) La carne: Gálatas 5:24;
- 10) El viejo hombre: Romanos 6:6;
- 11) El yo: Gálatas 2:20;
- 12) Todas las cosas o sea, la creación: Colosenses 1:20.

Juan 12:31 dice que el mundo y el príncipe de este mundo, quien es Satanás, serían juzgados y echados fuera. ¿Cuándo sucedió esto? Según el versículo 24, esto sucedió en la muerte de Cristo en la cruz. Por la muerte de Cristo, el mundo fue juzgado y el príncipe de este mundo fue echado fuera. Hebreos 2:14 declara que Cristo participó de carne y sangre, para que por medio de la muerte El pudiera destruir, o anular, al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo. Este versículo revela que Cristo, por medio de Su muerte en carne y sangre, destruyó o anuló a Satanás, quien tenía el imperio de la muerte. Colosenses 1:20 dice que El reconcilió “todas las cosas” consigo mismo. Esto prueba que no solamente el hombre estaba mal ante Dios, sino que también todas las cosas lo estaban; de otro modo, no habría habido necesidad de reconciliación. Según el contexto de este pasaje, se trató con toda la creación por medio de la cruz.

Necesitamos ser profundamente impresionados con esta clase de muerte que Cristo murió en la cruz. Esa muerte fue una muerte todo-inclusiva; es por esto que debemos experimentarla. Todo lo que tenemos, todo lo que somos, todo lo que hacemos y todo aquello con lo cual estamos relacionados, han sido llevados a la cruz. La cruz es *el final de todas las cosas relacionadas con nosotros*. Todo ha sido tratado y crucificado

en la cruz. La cruz es la única base para todo lo que somos y tenemos. Tenemos que poner todas las cosas en la cruz: nuestro conocimiento, nuestra sabiduría, nuestra habilidad, etc. Este es el principio de la cruz; no hay otra base. Tal vez pensemos que somos “buenos”. Los jóvenes especialmente siempre están pensando cuán buenos son, ellos dicen: “Somos jóvenes, somos buenos, no somos como la gente vieja...” No importa cuán buenos seamos, tenemos que venir a la cruz. Tenemos que ser crucificados y eliminados. Cuanto más buenos seamos, más debemos ser tachados. Nunca esté orgulloso de ser bueno. No importa si somos buenos o malos; todos tenemos que pasar por la cruz. No debemos evaluarnos equivocadamente. No hay sino una evaluación; esto es, debemos darle muerte a nuestro yo.

En la Iglesia no hay nada de la vieja creación. La Iglesia es el nuevo hombre, la nueva creación. Todas las cosas han pasado y todo ha llegado a ser nuevo. Esto significa que a todas las cosas se les ha dado fin en la muerte, y todo es nuevo en resurrección. En este capítulo hemos visto el principio de la cruz, y en el siguiente capítulo veremos el principio de la resurrección. Confiamos en que nuestras mentes serán abiertas para ver que a todas las cosas relacionadas con nosotros, ya sean buenas o malas, se les debe dar muerte irremisiblemente. De este modo tendremos la manera de entrar en la resurrección y en la nueva creación.

CAPITULO QUINCE

EL PRINCIPIO DE RESURRECCION

En el capítulo anterior consideramos las doce cosas que pertenecen a la vieja creación, la primera de las cuales era la vida angélica. Pero ahora debemos señalar que aquellos ángeles que no cayeron no estaban incluidos en la vieja creación. Aunque en un tiempo ellos estaban bajo el liderazgo de Satanás, anteriormente príncipe de todos los ángeles, ellos no lo siguieron en su rebelión; por lo tanto, están aparte de la vieja creación. Solamente los ángeles rebeldes que siguieron a Satanás llegaron a ser parte de la vieja creación. La vida angélica, por tanto, como la primera de las doce cosas negativas de la vieja creación, no incluye a esos ángeles buenos. Los ángeles caídos, después de que se rebelaron, vinieron a ser los principados, autoridades, gobernadores y potestades en las regiones celestiales (Ef. 1, 2, 6; Col. 2). Las huestes espirituales de maldad mencionadas en Efesios 6, son los ángeles caídos. La mayoría de los ángeles, quienes no se rebelaron, no fueron incluidos en la vieja creación, la cual fue terminada por la crucifixión de Cristo.

Sin embargo, entre la raza humana no hay una excepción semejante, porque toda la humanidad cayó en la rebelión del diablo. La rebelión de la raza humana comenzó con el primer hombre, Adán, e incluye a todos los descendientes de éste. Hay dos grupos de ángeles, los que nunca se rebelaron y los que se rebelaron, pero en lo que a la raza humana se refiere, sólo hay un grupo. La raza humana caída está representada por Adán y está encabezada por Adán; así que, en Adán, toda la raza humana está incluida en la vieja y caída creación.

Indudablemente Satanás, el líder de los ángeles rebeldes, está incluido en la vieja creación. Satanás usó mal la

autoridad que le había sido dada y la utilizó para formar su reino (Mt. 12:26). Según Isaías 14:12-14, Ezequiel 28:13, 14 y Lucas 4:5-7, Satanás, en el mismo principio, fue designado por Dios como cabeza de los ángeles, y como tal, recibió cierta autoridad de parte de Dios. Cuando el Señor Jesús fue tentado en el desierto, reconoció la autoridad dada a Satanás. Durante su gobierno, Satanás formó un reino con un grupo de ángeles que también usaron mal su respectivo poder y autoridad.

Después de que el hombre fue creado, Satanás vino a inducir al hombre a pecar; una vez que el Pecado estuvo en el hombre, muchos frutos fueron producidos, los cuales son llamados pecados. Después de la caída, Satanás utilizó todo lo que el hombre necesita para su subsistencia, como el alimento, el vestido, el matrimonio, la vivienda, etc. Estas necesidades habían sido creadas y ordenadas por Dios para que el hombre pudiera existir, pero Satanás las utilizó para sistematizar a toda la raza humana. Este sistema satánico se llama el mundo.

Debido al pecado, a los pecados y al mundo, la muerte entró en la raza humana; y mediante la caída, Satanás inyectó algo de su propia naturaleza en el cuerpo humano, a fin de corromperlo, haciendo que se transformara en carne. Otro resultado de la caída fue que el hombre, como un todo, sufrió un cambio y llegó a ser el viejo hombre. Además, el alma del hombre, bajo la amenaza e influencia de la carne, llegó a ser el yo. Inicialmente el alma fue creada buena, pero por la caída, llegó a ser el yo.

Satanás era el príncipe de los ángeles y Adán era la cabeza del resto de la creación, pero ambos representantes se rebelaron. Como consecuencia, toda la creación se vio influida y afectada (Ro. 8:20-22 y Col. 1:20) y tuvo la necesidad de ser reconciliada por medio de la redención de Cristo.

LA MUERTE TODO-INCLUSIVA CONTENIDA EN EL ESPIRITU ETERNO

Todos estos elementos componen la vieja creación, y, como hemos visto, el hombre caído vino a ser el mismo centro de ella. Todas las cosas negativas de la vieja creación fueron reunidas y concentradas en el hombre. Satanás, con su reino y su

sistema mundano, estaba en el hombre, junto con el Pecado, los pecados, la muerte, el yo, la carne y el viejo hombre. Todo lo de la vieja creación, lo cual incluye todas las cosas negativas del universo, fue centralizado en este hombre caído.

Entonces Cristo se encarnó haciéndose un hombre. Cristo se vistió del hombre, pero no de un hombre pequeño y simple, sino del hombre todo-inclusivo de la vieja creación. Es por esto que Cristo se encarnó como hombre, y como hombre fue crucificado en la cruz, en la semejanza de una serpiente. Antes de la cruz, Cristo era un hombre, pero en la cruz era un hombre *en la semejanza* de una serpiente. Más aún, Cristo fue hecho Pecado en la cruz (2 Co. 5:21). Cuando El estuvo en la cruz, Dios no solamente puso sobre El todos nuestros pecados, sino que, además, lo hizo Pecado. Dios puso sobre Cristo todas las iniquidades y todos los pecados de la raza humana, y al mismo tiempo hizo que Cristo fuera hecho Pecado en la semejanza de Satanás. Puesto que todas las cosas negativas del universo fueron concentradas y centralizadas en el hombre caído, Cristo entró en este hombre y lo llevó a la cruz. Cuando El llevó este hombre a la cruz, llevó también a la cruz todas las cosas negativas del universo. Cuando llevó este hombre a su fin, también llevó a su fin la vieja creación. Los doce elementos negativos de la vieja creación fueron terminados por la muerte todo-inclusiva de Cristo en la cruz. Si tenemos el punto de vista celestial y la percepción espiritual, saltaremos y diremos: “¡Aleluya!”.

Los capítulos finales de Ezequiel nos muestran la edificación de la casa de Dios, el templo de Dios. Si todo el cuadro fuera dibujado en papel, descubriríamos que el altar, el cual tipifica la cruz, está localizado exactamente en el centro de toda la construcción. Tanto la medida vertical del edificio como la horizontal ubican con precisión el altar en el centro del templo de Dios. Esto es muy interesante, dado que tipifica la muerte todo-inclusiva de Cristo, la cual le ha dado fin a toda la vieja creación por medio de la cruz.

Esta muerte todo-inclusiva fue llevada a cabo por el Espíritu eterno. En Hebreos 9:14 dice: “...Cristo ... mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios”. La muerte todo-inclusiva de Cristo ocurrió en el Espíritu eterno.

Esta expresión, el Espíritu eterno, se menciona solamente una vez en las Escrituras. Cuando Cristo se encarnó en el hombre, El llegó a ser el centro mismo de toda la creación, lo cual incluye todas las cosas negativas del universo; y cuando Cristo llevó a este hombre caído a la muerte en la cruz, El hizo esto en el Espíritu eterno. El le dio fin a este hombre todo-inclusivo en un Espíritu que es eterno, Uno que no tiene principio y al cual no se le puede dar fin. En otras palabras, la muerte de Cristo le dio fin a todo, menos al Espíritu eterno. Cristo llevó con El a la cruz todas las cosas negativas y allí les dio fin, pero El permanece inmutable porque está en el Espíritu eterno. Si bien todas las cosas fueron terminadas en la cruz, Su Espíritu no podía ser terminado. Por lo tanto, es por este Espíritu que Cristo fue resucitado. Como hombre, Cristo llevó a la muerte todas las cosas negativas. Todas las cosas pasaron *a estar en* la muerte y fueron terminadas; solamente el Espíritu eterno pasó *por* la muerte y aún permanece. Fue en este Espíritu y mediante este Espíritu que Cristo fue resucitado.

Romanos 1:4 dice que Cristo fue "...Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos". ¿Qué significa santidad? ¿Por qué dice "Espíritu de santidad" en vez de "Espíritu Santo"? Santidad simplemente significa separación. Aunque este Espíritu fue a la muerte, El era y todavía es Espíritu de separación. La muerte podía darle fin a todo lo demás, pero no pudo darle fin al Espíritu eterno; El es diferente y está separado de todas las otras cosas. El es el Espíritu de santidad, probado por la resurrección de entre los muertos. Yo puedo poner algunos libros y otros artículos en el recipiente de la basura, pero si pongo allí a un hombre, ¡él se saldrá de un salto! El no estará dispuesto a ser terminado; él es diferente a los libros. Al salirse de un salto, él se separa de los otros artículos; llega a ser un hombre de separación. Del mismo modo, todas las cosas fueron a la cruz —el hombre, Satanás, todo— y se les dio fin; pero solamente al Espíritu eterno, quien también fue a la cruz y entró en la muerte con Cristo, nunca se le podría dar fin. El es el Espíritu de separación. La muerte hizo todo lo que pudo, pero no pudo retener a este Espíritu. Fue mediante este Espíritu diferente, este Espíritu de separación, que Cristo fue resucitado.

LA REALIDAD DE LA RESURRECCION CONTENIDA EN EL ESPIRITU ETERNO

Romanos 8:11 dice: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”. ¿Quién levantó de los muertos a Jesús? El mismo Espíritu de separación. ¿Qué Espíritu vivificará nuestros cuerpos mortales? El Espíritu de resurrección que mora en nosotros. Esto significa que la realidad de la resurrección y el principio de la resurrección moran en nosotros. El principio de resurrección es la separación efectuada por este Espíritu eterno, Aquel a quien la muerte no puede darle fin.

Al ver que el principio de resurrección está en el Espíritu eterno de separación, debemos preguntar dónde está este Espíritu hoy en día. Debemos decir: “¡Aleluya, está en mí!” Por lo tanto, este principio de resurrección también está en nosotros. Que el Señor abra nuestros ojos para que veamos el principio de la cruz y el principio de resurrección, a saber: la muerte le dio fin a todo y ahora el Espíritu eterno mora en nosotros. Si viéramos esto, seríamos trascendentes. Diríamos: “¡Aleluya!” No es necesario que roguemos, ni que pidamos, ni que clamemos. Sólo necesitamos decir siempre “aleluya”.

Juan 11:25 nos dice que Cristo mismo es la resurrección. Marta, la hermana de Lázaro, se quejó de que el Señor llegó demasiado tarde. A ella le parecía que la resurrección y la vida eran cuestión de tiempo. Si el Señor hubiera llegado antes, razonaba ella, su hermano no habría muerto. Por el contrario, el Señor le dijo, en efecto, que no era cuestión de tiempo ni de espacio, sino de Cristo. El dijo: “YO SOY la resurrección”. Olvidemos el tiempo y el espacio; *dondequiera y cuando quiera que Cristo esté*, ahí siempre hay resurrección.

El día de la resurrección, cuando Cristo vino a Sus discípulos, El sopló sobre ellos y dijo: “Recibid el Espíritu Santo”. Este mismo Espíritu que ellos recibieron incluía el principio y la realidad de la resurrección. Sin este Espíritu, los discípulos no tendrían nada que ver con Su resurrección. La resurrección de Cristo está en este Espíritu. Si tenemos este Espíritu, tenemos la realidad de la resurrección; si no tenemos este

Espíritu, no tenemos nada que ver con la resurrección. La resurrección es simplemente Cristo mismo, y el principio y la realidad de la resurrección de Cristo es el Espíritu eterno, al cual nunca se le puede dar fin. Este Espíritu eterno, quien no tiene principio ni fin, es el mismo principio y la misma realidad de la resurrección. A todo lo demás que le sea dado muerte será terminado; solamente el Espíritu eterno no puede ser retenido ni terminado por la muerte. Es por esto que después de la resurrección, Cristo como resurrección vino a Sus discípulos y sopló sobre ellos, diciéndoles que recibieran *Su aliento* como el Espíritu eterno, el Espíritu de separación. Este mismo Espíritu eterno, como el principio y la realidad de la resurrección, entró en los discípulos, y este principio y esta realidad ahora están en nosotros.

Otros dos versículos nos ayudarán a entender esto. En Filipenses 1:19 Pablo habla de “la suministración del Espíritu de Jesucristo”. Parece como si él dijera: “Estoy en la cárcel, pero no tengo ningún temor porque dentro de mí está el principio y la realidad de la resurrección. ¿Qué es esta resurrección que está dentro de mí? Es el Espíritu de Jesús con la suministración abundante, todo-inclusiva y todosuficiente”. Luego, en Filipenses 3:10, él dice: “A fin de conocerle, y el poder de su resurrección”. ¿Qué es el poder de Su resurrección? Es la suministración del Espíritu de Jesús. La suministración abundante, todo-inclusiva y todo-suficiente del Espíritu de Jesús es el poder de Su resurrección. Este poder y esta suministración son nada menos que el Espíritu eterno, el Espíritu de separación. ¡Aún así, este Espíritu está dentro de nosotros hoy día! ¿No es esto suficiente? ¿Qué más podemos pedir? Debemos decir: “¡Aleluya!” Tenemos que darle gracias a El por Su cruz y tenemos también que alabarle por Su Espíritu. Su cruz le ha dado fin a todo lo negativo y ahora Su Espíritu eterno mora en nosotros como el poder de resurrección.

En resumen, no podemos tener una verdadera experiencia de la cruz a menos que estemos en el Espíritu eterno. No importa cuánto sepamos de ella ni cuánto hablemos de ella, si no estamos en el Espíritu eterno no podemos experimentar el poder de la cruz. Cuanto más vivamos y andemos en el Espíritu eterno de separación, más experimentaremos el

poder aniquilador de la cruz. Ya no hay necesidad de que nos consideremos muertos; esto es cometer suicidio espiritual. Muchos cristianos tratan diariamente de cometer suicidio espiritual, sin embargo, alabado sea el Señor, ¡nunca han podido tener éxito! Si tan sólo vivimos y andamos en el Espíritu, la dosis todo-inclusiva que está dentro de nosotros, experimentaremos el poder aniquilador de la cruz. Puesto que el principio y la realidad de Su resurrección y de Su muerte están en el Espíritu eterno, entonces la resurrección también *incluye* la eficacia de Su muerte. En el Espíritu eterno de resurrección se encuentra el factor aniquilador, el poder aniquilador de la cruz.

Así que, una vez más decimos: ¡Alabado sea el Señor! Mientras estemos en el Espíritu todo-inclusivo, la experiencia de la cruz es nuestra y la realidad de la resurrección está dentro de nosotros. No hay necesidad de hacer otra cosa que tomarlo por medio de una fe viva. Si vemos esto, diremos: “¡Aleluya, alabado sea el Señor!” Tenemos la fe que es viviente, y lo tomamos y reclamamos por fe. Entonces el principio de la cruz y el de la resurrección serán reales para nosotros en el Espíritu morador. Ya lo tenemos a El interiormente. Ya no hay necesidad de que pidamos nada, sino de que lo tomemos, lo experimentemos y lo disfrutemos a El. Entonces experimentaremos un verdadero crecimiento en vida. Puedo asegurarles esto. Esta es una visión que necesitamos ver y tomar por fe.

CAPITULO DIECISEIS

LAS RIQUEZAS DE LA RESURRECCION

“Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos” (He. 8:10-11).

“Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él” (1 Jn. 2:27).

Tanto Hebreos 8 como 1 Juan 2 declaran que hoy, bajo el Nuevo Testamento, no hay necesidad de ninguna enseñanza humana exterior. Hebreos 8:10 dice que la *ley* está escrita dentro de nosotros; así que no hay necesidad de que ningún hermano nos enseñe a conocer al Señor. 1 Juan 2:27 dice que la *unción* permanece en nosotros, así que no existe la necesidad de ninguna enseñanza humana. Un pasaje dice que la “ley” está escrita en nosotros, y el otro dice que la “unción” permanece en nosotros. ¿Qué son estas dos cosas? Es muy posible que seamos cristianos por muchos años y que aún así no sepamos que tenemos estas dos maravillas dentro de nosotros. Tenemos una ley maravillosa escrita en nosotros y una misteriosa unción que permanece en nosotros. ¡Cuán maravilloso; pero qué lástima si no nos damos cuenta de esto! Es por causa de que tenemos la ley interior y la unción interior que no necesitamos ninguna enseñanza humana, es decir, enseñanza externa.

LA CRUZ Y LA RESURRECCION

La ley interna y la unción interna pertenecen a la resurrección. Ya hemos visto el principio de la cruz—esto es, la terminación todo-inclusiva de las cosas negativas del universo— y también hemos visto el principio y la realidad de la resurrección. La cruz da fin a la vieja creación, en tanto que la resurrección produce las riquezas de la nueva creación. A la vieja creación se le da fin por medio de la cruz. Por la muerte del Señor, los doce elementos que forman la vieja creación han sido llevados a la cruz y han sido completamente borrados. Pero allí no termina la historia, porque después de la muerte vino la resurrección. ¿Qué fue resucitado? ¿Satanás? ¿El reino de Satanás? ¿El pecado? ¿La carne? Mil veces ¡No! El Espíritu eterno resucitó solamente la esencia de lo que Dios originalmente había creado para Su propósito.

La naturaleza humana era parte de la creación original de Dios. Dios creó la naturaleza humana para Su propósito, pero Satanás la dañó. Por lo tanto, por medio de Su muerte, el Señor dio muerte a la naturaleza que había sido dañada por Satanás; pero por medio de Su resurrección, el Señor introdujo en la resurrección la naturaleza que había sido creada por Dios. El Señor no solamente redimió la naturaleza humana, sino que la elevó a un nivel más alto. Así que la nueva creación consta de Cristo en el Espíritu eterno y de la naturaleza humana elevada y recobrada, en resurrección.

¿Cuáles son los componentes de las riquezas de la resurrección? Primeramente tenemos al Dios Triuno, no en el sentido del Antiguo Testamento, sino en el sentido del Nuevo Testamento. Luego tenemos la vida eterna y divina, la cual es Dios mismo como nuestra vida. (La diferencia entre Dios y la vida divina es la misma diferencia que hay entre la electricidad y la luz. Hablando con propiedad, la electricidad es la luz, y la luz es la electricidad, pero, con todo, hay una diferencia. Por ejemplo, la electricidad no solamente se usa como luz, sino también como energía y calor, etc. De la misma manera, Dios mismo es nuestra vida y también es muchas otras cosas). El tercer elemento es la naturaleza divina (2 P. 1:4). El cuarto es la ley de vida (Ro. 8:2; He. 8:10). El quinto es la unción (1 Jn. 2:27).

Estos cinco elementos son las riquezas todo-inclusivas de la resurrección; todas las demás cosas que mencionemos están incluidas en éstas. La nueva creación hereda todos estos elementos en la resurrección.

Podemos decir que todas las riquezas de la resurrección son simplemente Dios mismo. La naturaleza divina es ciertamente Dios mismo, y la ley de vida y la unción son también algo de Dios mismo y de Su mover. Sin embargo, el hombre no es una de las riquezas de la resurrección, sino uno que ha sido recobrado y elevado por estas riquezas. Estamos en cierta medida familiarizados con el Dios Triuno, la vida divina, y la naturaleza divina, pero la mayoría de los cristianos no están familiarizados con la ley de vida ni con la unción interior. Estas han sido descuidadas en el cristianismo de hoy. Pero la ley interior y la unción interior son las riquezas prácticas de la resurrección; si no las conocemos, no podemos conocer la resurrección de una manera práctica. La resurrección solamente será conocida objetivamente, a menos que conozcamos la ley de vida y la unción interior; solamente así podemos experimentar la resurrección de una manera subjetiva.

LA LEY Y LOS PROFETAS

Consideremos ahora el Antiguo Testamento junto con la ley y los profetas (Mt. 7:12; 22:40). ¿Cuál es la diferencia entre los dos? La ley es un conjunto de reglas fijas que no pueden ser cambiadas. Por ejemplo, un punto de la ley demanda que cada uno debe honrar a sus padres. Esta es una regla inmutable, y todos deben guardarla. No es necesario buscar guía acerca de honrar a nuestros padres; esta ley es fija. Otra regla es: "No robarás". También ésta es una regla establecida y fija. No hay necesidad de orar: "Señor dime si Tu voluntad es que yo robe o no. Guíame con respecto al asunto de robar". No hay necesidad de buscar tal guía. Este mismo principio se aplica al resto de los diez mandamientos. Así que la ley es un conjunto de reglas fijas, que todos deben guardar. No varía con cada individuo. No importa si la persona es hombre o mujer, viejo o joven, rico o pobre, está obligada a guardar el reglamento.

Ahora, ¿qué de los profetas? Los profetas hablan según la situación particular. Supongamos que alguien vino a Jeremías y le preguntó: “¿Está bien que yo vaya a Jerusalén?” Esta vez el profeta diría: “Sí, puedes ir”. Pero en otra ocasión tal vez él diría: “No te permito ir”. Los profetas brindan la dirección viviente del Señor según las diferentes situaciones individuales. La ley no tiene variantes, pero los profetas varían mucho, dependiendo de la situación de las personas involucradas. Una vez que tenemos la ley, la tenemos para siempre, porque los mandamientos son permanentes; mientras que la guía de los profetas solamente es para una ocasión determinada. Por lo tanto, el profeta es alguien con quien se tiene que tener contacto continuamente. Aquel que acudió a Jeremías no podía decir: “Hace un mes el profeta dijo que estaba bien que yo fuera a Jerusalén; por lo tanto ahora mismo puedo ir sin consultarlo”. Si él deseaba ir a Jerusalén de nuevo, debía buscar la guía del profeta una vez más. Honrar o no honrar a los padres no requiere guía, ya que esto es un principio fijo de la ley; pero *cómo* honrar a sus padres es definitivamente un asunto que necesita guía. ¿Debe uno honrar a sus padres, en cierta ocasión, de esta manera o de aquélla? Se necesita la guía; por lo tanto, se debe tener contacto con el profeta.

El Antiguo Testamento prohíbe que la mujer vista ropa de hombre, y que el hombre vista ropa de mujer. Esto fue claramente establecido por el Señor como una regla establecida y como una ley inmutable. Pero cuando estamos comprando un artículo de vestir, tal vez una cosa cueste \$200 y otra \$20. Esto llega a ser un asunto en el cual debemos buscar la guía del Señor, no Su ley. Esta es la diferencia entre la ley y los profetas. El principio fijo de la ley no varía con nadie, pero la guía de los profetas varía con todos. A veces incluso con la misma persona esto puede variar de una ocasión a otra.

LA LEY INTERIOR Y LA UNCIÓN INTERIOR

¿Hay entonces una ley en el Nuevo Testamento? Sí hay, pero no es la ley de letras. En el Nuevo Testamento solamente existe la ley de vida. Esta no es una ley externa, sino interna; no la ley escrita en tablas de piedra, sino la ley escrita en el

corazón. ¿Qué de los profetas en el Nuevo Testamento? Así como la ley de vida reemplaza la ley de letras, así mismo la unción interna toma el lugar de los profetas. Por ejemplo, si yo fuera a cortarme el pelo, buscaría la guía del Señor por medio de orar: "Señor, muéstrame si debo cortarme el pelo al estilo vaquero o como una estrella de cine". No es necesario que busque la guía en asuntos tales como éstos, debido a que hay una ley dentro de mí que me prohíbe cortarme el pelo como un vaquero o como una estrella de cine. La ley interior de vida me regula en tales asuntos. Supongamos que usted es una hermana en el Señor, y que quiere tener el pelo como una estrella de cine. Algo en lo profundo de usted le regulará y le examinará. Esta es la regulación interior de la ley de vida. En más de mil capítulos que tienen las Escrituras, no hay ninguna palabra que prohíba estilos de peinados como los de las estrellas de cine. ¡Las estrellas de cine ni siquiera se mencionan en las Escrituras! Pero hay una ley interior que le regula, guardándole de seguir el modelo de las estrellas de cine.

Supongamos que un hermano está a punto de ministrar la Palabra del Señor. No es necesario que él pregunte: "Señor, ¿debo ponerme pantalones al estilo vaquero? Si él se viste de esta manera la ley interior que le regula, le examinará y le prohibirá que lo haga. Este es un principio fijo de la ley que está dentro de él. Tampoco es necesario que él busque la guía para saber si debe cortarse el pelo como un vaquero. Pero *cuándo y dónde* cortarse el pelo es un asunto que requiere la guía del Señor. Por lo tanto, él tiene que orar y decir: "Señor, ¿deseas que me corte el pelo hoy? ¿Debo cortarme el pelo en la peluquería o en casa de un hermano? Este no es un asunto de la ley interior, sino de la unción interior. La unción que está en él es el "Profeta" que mora en su interior, quien le da la guía. Si él se vuelve descuidado y no busca la guía del "Profeta" que está en su interior, tal vez él vaya apresuradamente a la casa de un hermano para que le corte el pelo y tenga algún problema. Debido a que él ha sido descuidado en cuanto a la unción interior, él debe sufrir. ¿Ve usted el punto?

¡A la mayoría de las señoras les encanta comprar cosas! Una vez que ellas entran en la tienda, no tienen ninguna limitación ni regulación excepto la de su cuenta corriente.

Pero las queridas hermanas que aman al Señor y que han aprendido a vivir y a andar por el Señor, tienen una experiencia diferente. Cuando ellas entran a la tienda y toman algún artículo, hay algo dentro de ellas que las regula y que les dice: "Déjelo". Y ellas lo dejan. Cuando toman otro artículo, una vez más oyen: "No lo toques, déjalo donde está". ¿Qué es esta objeción interior? Es la ley interna, la ley de vida. En el mundo, las señoras pueden tomar cualquier cosa que deseen, sin importar el color, ni el diseño, ni la forma. Si les gusta, lo compran. Pero las hermanas que aman al Señor, tienen un sentimiento interior negativo cuando toman este artículo o aquél. Esta es la regulación de la ley interior.

Por el otro lado, si usted necesita comprar cierto artículo, tiene que buscar la guía de la unción interior, para saber cuánto debe usted gastar. Usted necesita tener comunión con el Señor, buscando Su guía por medio de la unción interior. No hay nadie más que pueda decirle a usted. Si usted me preguntara a mí, yo le diría: "No me pregunte a mí; pregúntele al que está dentro de usted. Usted sabe, por la unción que está dentro de usted, cuánto debe gastar". Simplemente diga: "Señor, ¿debo gastar \$150?" Tal vez la unción interna le diga: "No". "¿Qué tal \$95?" "No". "¿\$65?" "Tal vez". "¿\$50?" "Está bien". Algo dentro de usted sentirá que está bien.

Ni siquiera el esposo puede decirle a la esposa lo que ella debe hacer. Si la esposa le pregunta al esposo acerca de un sombrero de \$30, es mejor que él diga: "Querida, tú debes acudir al Señor y buscar Su guía por medio de la unción interior". La unción interior se lo dirá, pero ella necesita tiempo para orar y tener contacto con el Señor. "Señor, te adoro. ¡Tú eres mi vida! ¡Tú eres mi Señor! Y Tú estás morando en mí. Señor, dame el sentimiento correcto acerca de cuánto debo gastar en un sombrero". Luego ella sentirá al Señor interiormente. Si ella pregunta: "¿Qué tal \$30?", la respuesta tal vez sea: "No". "¿Qué tal \$25?" "No". "¿Qué tal \$20?" "No" "¿Qué tal \$15" "No". "¿Qué tal \$12" "Está bien". Finalmente la unción interna le dará a ella el sentimiento interior apropiado.

Si usted no tiene esta clase de experiencia, me temo que usted no sea un hijo de Dios. "Porque todos los que son *guiados* por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios" (Ro. 8:14).

¿Cómo nos guía el Espíritu de Dios? Por medio de la unción interior. Alabado sea el Señor, somos la nueva creación en la resurrección. En la resurrección tenemos al Dios Triuno mismo; lo tenemos a El como nuestra vida y como nuestra naturaleza, y además tenemos la ley interior de vida y Su Espíritu obrando dentro de nosotros como la unción, moviéndose continuamente dentro de nosotros y ungiéndonos con Dios mismo. Cuanto más seamos ungidos de esta manera práctica, más tendremos la propia esencia de Dios dentro de nosotros. Esto es simplemente como un pintor pintando una mesa. Cuanto más pinta la mesa, más pintura añade a ella. Cuanto más tengamos la unción del Espíritu Santo dentro de nosotros, más tendremos de la substancia de Dios mismo. Si estamos dispuestos a ser ungidos continuamente por el Espíritu Santo en nuestro interior, después de cierto periodo de tiempo tendremos más de la esencia o substancia de Dios. Dios mismo es la pintura, el Espíritu Santo es el pintor, y la unción es la acción de pintar. El Espíritu Santo está pintándonos interiormente con Dios mismo como la pintura. Este pintar nos dará el sentir interior de la voluntad del Señor.

Debemos tener la regulación interior y la unción interior. Somos regulados por la ley interior para ser mantenidos en el camino del Señor, y somos ungidos por la unción interior para conocer la voluntad del Señor en todas las cosas. Por medio de esta manera la propia esencia de Dios mismo aumenta dentro de nosotros todo el tiempo. Cuanto más somos pintados por el Espíritu Santo con Dios como la pintura, más será añadida a nosotros la substancia de Dios mismo. Estas son las riquezas de la resurrección como nuestra experiencia práctica interna.

CAPITULO DIECISIETE

LA COMUNION DE VIDA Y EL SENTIR DE VIDA

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido. Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:1-7).

En este breve pasaje se encuentra primero la vida eterna. De esta vida eterna proviene la comunión divina, y esta comunión divina introduce la luz, la cual es Dios mismo. Así que aquí tenemos la vida, la comunión y la luz.

Romanos 8:6 dice: “La mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz” (gr.). Este versículo habla de muerte así como de vida y paz. Debemos darnos cuenta de que tanto la muerte como la vida y la paz, como se mencionan aquí, las podemos sentir muy dentro de nosotros. De otro modo, ¿cómo podríamos saber que tenemos esta muerte o que tenemos la vida y la paz? Sabemos que tenemos muerte o que tenemos vida y paz por medio del sentir en nuestro interior. La palabra “sentir” no aparece en

este versículo, pero es obvio que cuando ponemos la mente en la carne reconocemos la muerte al sentirla, y, por otro lado, cuando ponemos la mente en el espíritu, reconocemos la vida y la paz también al sentirlas. Por lo tanto, en este versículo se encuentra el sentir interior de vida. Aparentemente este versículo no tiene nada que ver con 1 Juan, pero en la realidad del espíritu, sí está muy relacionado con el primer capítulo de 1 Juan. En el capítulo uno de 1 Juan tenemos la comunión de vida, y en Romanos 8:6 tenemos el sentir de vida.

En el capítulo anterior vimos que la ley de vida y la unción figuran entre las riquezas de la resurrección. También tenemos a Dios mismo, la vida divina, la cual es Cristo en el Espíritu, y la naturaleza divina, como nuestras riquezas. Estos son los cinco principales elementos de las riquezas que hay en la resurrección, y, puesto que estamos en la nueva creación, tenemos la posición y el pleno derecho de disfrutarlos. Basados en que somos parte de la nueva creación, podemos experimentar la resurrección, la cual incluye a Dios como nuestra porción, a Cristo como nuestra vida, y también incluye la naturaleza divina, la ley de vida y la unción interior. ¡Considere qué ricas son estas cosas! Ya sea que nos demos cuenta o no, día tras día estamos disfrutando estos cinco constituyentes de las riquezas de la resurrección. Aun como hijos de Dios recién nacidos, disfrutamos estas riquezas y vivimos por estas riquezas cada día.

LA COMUNION DE VIDA

A partir de las riquezas de Dios mismo, de la vida divina, de la naturaleza divina, de la ley de vida y de la unción interior resultan otras dos cosas: la comunión de vida y el sentir de vida. Estas dos cosas son producto de las riquezas de la resurrección. La vida eterna trae consigo una comunión divina. Cuando tenemos a Cristo como vida en el Espíritu, tenemos comunión con esa vida. La comunión de vida es precisamente como la circulación de la sangre. La sangre de nuestro cuerpo es la vida de nuestro cuerpo: si nuestro cuerpo no contuviera sangre, no habría vida, porque la vida está en la sangre. También tenemos la circulación de la sangre en nuestro cuerpo, y por medio de la corriente sanguínea, todos

los elementos negativos son eliminados de nuestro cuerpo y a cada parte de nuestro cuerpo se le transmite nutrición. Día tras día la corriente sanguínea está eliminando los productos de desecho y transportando el suministro nutritivo a cada miembro del cuerpo. La corriente sanguínea continuamente cumple con estas dos funciones. Por el lado negativo, limpia los miembros del cuerpo y se lleva el desperdicio; por el lado positivo, suministra salud al cuerpo.

Entonces, ¿qué es la comunión de vida? Así como la sangre es la vida, también nuestra sangre espiritual es Cristo en el Espíritu como nuestra vida. Con Cristo, nuestra sangre espiritual, como nuestra vida, tenemos la corriente de vida. Cristo como nuestra vida siempre está fluyendo dentro de nosotros, tal como la corriente sanguínea siempre fluye en el cuerpo, y este fluir de vida es la comunión de vida. Es por este fluir de vida, es decir, por esta comunión de vida, que todas las riquezas de Cristo son transportadas hasta nosotros. El continuo fluir de las riquezas de Cristo satisface, por el lado positivo, nuestras necesidades de nutrición y, por el lado negativo, nuestras necesidades de limpieza y purificación. Sólo la profesión médica puede decirnos cuánta nutrición y purificación efectúa diariamente la corriente sanguínea. De modo que, la comunión de vida es la corriente de la vida eterna, la cual es Cristo.

Consideremos la bombilla eléctrica como ejemplo. La corriente eléctrica que va al foco es registrada en el medidor. Si la corriente se detiene en el medidor, no habrá luz en el foco. Todas las funciones de la electricidad dependen de la corriente eléctrica. Cuando la corriente eléctrica se interrumpe, cesa la función del foco de iluminar.

Antes de ser salvos, cuando éramos incrédulos, no teníamos esta corriente que fluye. Recuerdo muy bien mi propia experiencia. Antes de ser salvo, dentro de mí no fluía el sentir de vida. Pero después de ser salvo, cuanto más amaba al Señor, cuanto más le tocaba, cuanto más vivía para El, más experimentaba dentro de mí algo que fluía, fluía y fluía. Esto es la corriente de vida, es decir, la comunión de vida. La vida eterna, la cual es el Hijo de Dios, es muy real y sólida. Puede aun ser oída y vista, tocada y palpada, declarada y predicada (1 Jn. 1:1-3). Puesto que hemos recibido esta vida,

tenemos la comunión, la corriente, de vida. Por medio de esta comunión de vida es muy fácil que seamos introducidos en la presencia de Dios.

EL SENTIR DE VIDA

¿Cómo podemos saber cuándo estamos en la presencia de Dios? Dios es luz, y cuando estamos en la presencia de Dios, podemos sentir la luz. No sólo sentimos el fluir interior, sino también el brillar interior que solamente recibimos a través de la comunión de vida. Esto no es una doctrina, sino una explicación de nuestra experiencia. Si no podemos decir “amén” a estas experiencias, me temo que hay algo incorrecto en nosotros. Esto es exactamente lo que deberíamos haber experimentado desde el día en que fuimos salvos, aunque no hayamos podido explicárnoslo. Permítaseme repetir: en nuestro interior algo se mueve y fluye, y cuando estamos en el fluir, simplemente estamos en la presencia de Dios. Entonces tenemos el resplandor dentro de nosotros y todo está en la luz. Todas las cosas se nos aclaran: ya sea que esto esté bien o mal, que aquello sea o no la voluntad de Dios, o si esto otro está relacionado con la muerte o con la vida. El sentir interior aclara todas las cosas.

Este sentir de vida, por consiguiente, está muy relacionado con la comunión de vida. La comunión de vida nos ayuda a comprender el sentir de vida por medio de introducirnos en la presencia de Dios, donde podemos disfrutar el resplandor de Dios como luz. Este brillar nos aclara todas las cosas. Penetra en cada rincón y en cada senda de nuestro ser, proveyendo en nosotros un sentir muy tierno y agudo. Este sentir detecta inmediatamente hasta el más insignificante error. Cuanto más tenemos el fluir de vida, más estamos en la presencia de Dios y más brillar experimentamos. Cuanto más experimentemos este brillar, más real será en nosotros un sentir agudo y tierno. Es por medio de este sentir que podemos conocer a Dios, Su voluntad y Su camino. Este sentir examina y prueba todo.

Además, este sentir interior de vida depende del grado de nuestra relación interior con el Señor. Cuando ponemos nuestra mente en la carne, tal como hemos señalado en Romanos

8:6, simplemente ponemos el yo en la carne. Poner la mente en la carne significa que nuestro yo coopera con la carne, y si cooperamos con la carne, nuestra relación con Dios es, por supuesto, incorrecta. Recuerde los tres círculos concéntricos que muestran las tres partes del hombre. La carne es el cuerpo (el círculo exterior), el cual ha sufrido un cambio en su naturaleza por la corrupción de Satanás. La mente está en el alma (el círculo de en medio), y representa nuestro ser humano, el yo. El Dios Triuno mora en el espíritu (el círculo central). La mente, localizada entre la carne y el espíritu, tiene la posibilidad de moverse en cualquier dirección. Nunca debemos olvidar Romanos 8:6; es uno de los versículos más importantes de las Escrituras. En cierto sentido, es incluso más importante que Juan 3:16. Si sólo recordamos Juan 3:16 y olvidamos Romanos 8:6, somos cristianos a duras penas salvos; nunca podríamos ser cristianos victoriosos. Juan 3:16 es adecuado para que recibamos vida eterna, pero Romanos 8:6 hace ver cómo ser un cristiano victorioso.

Poner nuestra mente —es decir, poner el yo— en la carne es muerte. Poner nuestra mente, o sea, nuestro yo, en el espíritu es vida y paz. He aquí la clave para la muerte o la vida. La mente es bastante neutral, está en la cerca. Se puede tornar hacia la carne o se puede tornar hacia el espíritu. Debemos repetir una vez más la historia del huerto del Edén. El libre albedrío puede escoger de las dos opciones. Escoger el árbol de la ciencia significa muerte, pero escoger el árbol de la vida significa vida. Estamos entre estas dos cosas; somos neutrales ante la vida y la muerte. El resultado depende de nuestra opción, de nuestra actitud. El Pecado personificado, que representa a Satanás, está en la carne; después de que somos salvos, el Dios Triuno está en nuestro espíritu; el yo está en la mente. La clave de estar en la vida o en la muerte depende de que cooperemos con el espíritu o con la carne. Cuando cooperamos con la carne, tenemos muerte; cuando cooperamos con el espíritu, somos participantes de Dios, quien es vida.

(1) Percibiendo el sabor de la muerte

¿Cómo podemos saber que tenemos muerte? Lo sabemos por medio de percibirla. La muerte nos da cierta clase de

sentir interior. Uno de ellos es el *vacío*. Experimentamos la muerte cuando nos sentimos vacíos por dentro. Otro sentir de muerte nos da un sentir de *oscuridad*. Cuando dentro de nosotros experimentamos oscuridad, tenemos muerte. La muerte también nos da un sentir de *intranquilidad*, lo cual incluye inquietud y desasosiego. Es una sensación de que nada nos tranquiliza en nuestro interior, una sensación de que en nuestro interior todo está en fricción: no hay paz, no hay reposo, no hay consuelo, no hay calma. Otro sentir de muerte es la *debilidad*. A menudo decimos: "Ya no puedo soportarlo". Esto indica que estamos muy débiles. No tenemos resistencia, ni fuerza ni solidez para enfrentar nuestras frustraciones. Por último, la muerte nos da el sentir de *depresión*, *opresión* o *represión*: ¡todas estas presiones! Debido a que estamos débiles, es fácil que nos deprimamos. ¿Por qué? Porque nuestra mente está puesta en la carne, lo cual resulta en muerte. El vacío, la oscuridad, la intranquilidad, la debilidad y la depresión son degustaciones del sentir de muerte. Conocemos la muerte en nuestro interior cuando sentimos el vacío, la oscuridad, la intranquilidad, la debilidad y la depresión. Este tipo de sentir prueba que estamos en la carne y que estamos del lado de la carne.

Sin embargo, este sentir de muerte en realidad proviene del sentir de vida. Supongamos que una persona está en verdad muerta, que es un cadáver. No tendría ninguna sensación de vacío, oscuridad, intranquilidad, y así sucesivamente, debido a que no tiene vida. Pero si tiene vida interior, aunque tal vida estuviera enferma y débil, con todo tendrá cierto sentir de vacío y oscuridad. Puede sentir todas estas cosas porque todavía es una persona con vida. Como tal persona, tiene contacto con la muerte, y es la vida que está por dentro la que le da el sentir de muerte. Una de las funciones y propósitos del sentir de vida es percibir el sabor de la muerte.

(2) Percibiendo el sabor de vida y paz

El sentir de muerte, sin embargo, es solamente algo negativo. Por el lado positivo tenemos el sentir de vida y paz. ¿Cuál es el sentir, el sabor, de vida y paz? Antes que nada, en contraste con el vacío tenemos *satisfacción* y plenitud. Sentimos

que estamos satisfechos con el Señor. Estamos satisfechos en Su presencia, no estamos sedientos ni hambrientos. En segundo lugar, experimentamos *luz*, lo contrario de oscuridad. Junto con nuestra satisfacción interior tenemos dentro de nosotros la luz brillando. Cada esquina y cada sendero de nuestro ser está lleno de luz. Cada parte es transparente; nada es opaco. Luego, en contraste con la intranquilidad, tenemos *paz*, la cual calma todas nuestras preocupaciones. Paz más reposo, paz más consuelo, paz más sosiego es el sentir que hay en nuestro interior. No hay sentir de fricción ni de controversia. La *fortaleza*, en contraste con la debilidad, es otro sabor del sentir de vida. Sentimos en plenitud la fortaleza y el poder de la vida. Dentro de nosotros hay una dínamo viviente; y tal parece que no solamente hubiera un motor, sino cuatro. A veces sentimos el poder de un millón de caballos de fuerza. ¡Oh, hay dentro de nosotros un verdadero fortalecimiento que vence toda nuestra debilidad! No nos importa si nuestra esposa pone mala cara. Si nuestras esposas nos hicieran un escándalo, diríamos: “¡Aleluya!” No nos molestaríamos ni perderíamos la paciencia porque estamos fuertes. No estamos flacos y débiles. Estamos robustos y llenos de poder. ¡Nada nos pone de cabeza! ¡Alabado sea el Señor! Este es el sentir interior de vida y paz. Por último, en contraste con la depresión, tenemos *libertad*. Mediante el fluir de vida no solamente somos liberados, sino que trascendemos por encima de toda opresión. Nada puede reprimirnos. Cuanto más surja la depresión, más estamos en los lugares celestiales.

Así es como percibimos vida y paz. Las percibimos simplemente mediante sentirlas, y las sentimos porque tenemos vida. Esta vida que está dentro de nosotros es una vida que fluye. Por medio del fluir de vida somos vivientes y estamos en la presencia de Dios. Por lo tanto, tenemos el profundo sentir interior de que hemos sido satisfechos, iluminados, fortalecidos, consolados, elevados, liberados y de que estamos en una posición trascendente. Cuanto más estemos en la comunión de vida, más del sentir de vida percibiremos; y cuanto más del sentir de vida percibiremos, más disfrutaremos la incrementada comunión de vida. Estos dos siempre se experimentan en ciclos, es decir: a más comunión de vida, más

sentir de vida; a más sentir de vida, más comunión de vida. ¡Esto es maravilloso! ¡Alabado sea el Señor!

La comunión y el sentir de vida son productos secundarios de la resurrección. Las principales riquezas de la resurrección son Dios mismo, Cristo como vida, la naturaleza divina, la ley de vida y la unción del Espíritu Santo. De estas riquezas resultan las cosas secundarias pero prácticas, a saber, la comunión de vida y el sentir de vida.

CAPITULO DIECIOCHO

EL EJERCICIO DEL ESPIRITU Y LA ENTRADA EN EL ESPIRITU

En el capítulo diecisiete vimos que la vida divina, la cual hemos recibido, resulta en la comunión de vida, o en el fluir de vida, y este fluir de vida produce el sentir interior, la conciencia profunda de la vida. Ahora consideremos la diferencia que existe entre el alma y el espíritu.

Tenga presente que el tabernáculo, o el templo, tiene tres partes: el atrio, el lugar santo, y el Lugar Santísimo. Recuerde que el Nuevo Testamento categóricamente declara que somos el templo de Dios. Por lo tanto, el tabernáculo, o el templo, no solamente es un tipo de Cristo, sino también de los cristianos. El ser humano está constituido de tres partes: el cuerpo, el alma y el espíritu (1 Ts. 5:23). Estas tres partes corresponden con las tres partes del tabernáculo: el cuerpo con el atrio, el alma con el lugar santo, y el espíritu con el Lugar Santísimo.

En el tipo del tabernáculo, la presencia de Dios o la gloria shekiná de Dios y el arca, la cual era un tipo de Cristo, estaban en el Lugar Santísimo. Cristo en nuestro espíritu es la aplicación neotestamentaria, o sea, el cumplimiento de este tipo. Hoy en día, El está en la parte más profunda de nuestro ser, la cual ahora es el Lugar Santísimo.

Esta es la razón por la cual el libro de Hebreos trata con este asunto. El capítulo 4 versículo 12, como ya hemos visto, establece la necesidad de separar el espíritu y el alma. En otras palabras, necesitamos discernir el alma del espíritu a fin de hacer real en nuestra experiencia al Cristo viviente, quien mora en nuestro espíritu. Esto concuerda con las enseñanzas de todo el Nuevo Testamento. Los cuatro Evangelios nos exhortan a que neguemos y renunciemos a nuestra alma,

y las Epístolas nos animan a que andemos conforme al espíritu y a que vivamos en el espíritu humano. Es en el espíritu humano que el Señor Jesús, como el Espíritu divino mora (2 Ti. 4:22). Por lo tanto, discernimos el espíritu humano del alma por medio de negar el alma y de seguir al Señor en nuestro espíritu.

LA EXPERIENCIA DEL ALTAR

Consideremos un problema en la aplicación de este principio. Una vez una hermana vino a mí diciendo: "Si no estamos en el Lugar Santísimo, significa que todavía estamos en el cuerpo o en el alma. Así que, ¿cómo podemos ejercitar el espíritu? Parece muy lógico. Si todavía estamos en el cuerpo o en el alma y no hemos entrado en el espíritu, ¿cómo podríamos ejercitar el espíritu? No podemos contestar esta pregunta por medio de algún proceso mental. Sin embargo, que todavía estemos viviendo en el cuerpo o en el alma no significa que estemos completamente cortados del espíritu. Cuando ejercitamos nuestras manos o nuestros pies, ¿significa eso que nuestras manos o nuestros pies están cortados de la cabeza? Somos un ser completo: cuerpo, alma y espíritu. No podemos cortar este ser en tres partes. Le dije a esta hermana que incluso cuando ella se arrepintió y creyó en el Señor Jesús, su arrepentimiento fue un ejercicio del espíritu. Un verdadero arrepentimiento requiere un espíritu contrito. Si el arrepentimiento sólo ocurre en nuestra mente, no es un arrepentimiento profundo y verdadero. Esto debe ser llevado a cabo profundamente dentro de nuestro espíritu. Cuando recibimos al Señor Jesús, ejercitamos nuestro espíritu, aunque no sabíamos nada del término *espíritu*. Cada etapa en nuestra experiencia del Señor es algo que ocurre en nuestro espíritu.

Cuando recibimos al Señor Jesús como nuestro Salvador, vinimos a la cruz, donde fuimos redimidos. En el tipo del tabernáculo, la cruz era tipificada por el altar que estaba localizado en el atrio. Nos arrepentimos y recibimos al Señor Jesús en la cruz. En el momento en que fuimos salvos hubo un verdadero ejercicio de nuestro espíritu. Debido a que ejercitamos nuestro espíritu tocamos a Dios, sentimos a Dios y tuvimos un contacto vivo con Dios.

Pero quizás después de eso no vivimos por el espíritu, ni siquiera por el alma, sino según las maneras del mundo. Sí, fuimos salvos en la cruz, lo cual significa que pasamos por el altar que estaba en el atrio; pero no vivimos de ahí en adelante por el espíritu, ni siquiera por el alma, sino según las maneras mundanas.

Tal vez usted pregunte cuáles son las maneras del mundo. Permítame explicarlo con el ejemplo de un hermano llamado Sun, quien inicialmente era un juez en un juzgado. Una vez él fue llevado a la reunión evangelística, donde yo estaba predicando. Después de la reunión, este incrédulo vino a mí con una pregunta mundana y dijo: “Señor Lee, por favor dígame ¿es Dios masculino o femenino?” Pues simplemente le hablé un poquito acerca de Dios y de Cristo. Luego él me dijo que estaba verdaderamente “impresionado” por mi predicación, pero que no sabía cómo creer. Le dije que simplemente abriera su ser para que recibiera a Cristo, porque Cristo es Espíritu y El está en cualquier lugar. Yo dije: “Vaya usted a su casa y cierre usted la puerta; arrodílese, confiese sus pecados, y abra usted su ser a Cristo. Dígale que usted cree que El murió por usted, y que usted lo recibe como su Salvador”. El prometió que lo haría.

Esa noche mientras estaba con su familia, la cual no sabía nada acerca del cristianismo, él de repente cerró la puerta de su habitación. Su esposa y su hijo le preguntaron qué era lo que iba a hacer, a lo cual él contestó que tenía unos asuntos especiales que atender, y que por lo tanto tenía que cerrar la puerta. El se arrodilló y oró. Su esposa y su hijo, espiando por la ventana, se preguntaban por qué estaría arrodillado, y se rieron de él. Después de que él oró, pensó que algo repentino le sucedería, sin embargo no ocurrió nada. Al día siguiente, después del desayuno él tenía que ir al juzgado para encargarse de un caso, y mientras iba en camino, de repente, algo sucedió. El me dijo que todo el universo había cambiado. ¡Cuán maravillosos eran el cielo y la tierra! Incluso los pequeños gatos y perros, a los cuales anteriormente él menospreciaba, ahora le eran agradables. El estaba tan gozoso que comenzó a reírse. El se preguntó: “¿Qué es esto?” Cuando entró en la corte y comenzó a tratar el caso que tenía pendiente, él no

pudo controlar su risa; incluso después de que resolvió el caso, regresó a casa riéndose más y más. Su esposa le preguntó: “¿Qué te pasa? ¿Ganaste mucho dinero? ¿Qué es lo que hace que estés tan gozoso y feliz?” El contestó: “No sé. ¡Simplemente estoy gozoso! Todo en el universo ha cambiado”. Al día siguiente él se encontró con un hermano joven, quien le ayudó a darse cuenta de que él realmente era salvo.

Sin embargo después, aunque él ya era salvo, continuó actuando y viviendo de una manera mundana, mirando las cosas de la misma manera que la gente mundana las mira. El todavía estaba en el atrio bajo el sol; todos sus sentidos eran iguales que antes. Al tercer día lo llevaron de nuevo a la reunión de la iglesia. Yo estaba feliz de verlo otra vez allí. Después de la reunión me dijo: “Señor Lee usted es muy buen orador y muy elocuente. ¿De qué escuela se graduó?” Sus comentarios revelaban la manera mundana en que él veía las cosas. Luego él conversó conmigo acerca de muchos asuntos con respecto a la iglesia. El dijo: “¿Cómo es que usted puede atraer a tanta gente? ¿Qué métodos usa usted? ¿Publica usted anuncios o usa alguna clase de propaganda como un partido político?” Esta es una manera completamente mundana de ver las cosas. Luego él me preguntó: “Señor Lee, me gustaría ser cristiano. Por favor dígame qué debo hacer. ¿Necesito llenar algunos formularios o firmar algunos documentos?” Por supuesto, le ayudé para que entendiera esto de manera correcta. Pero luego el me preguntó: “Supongamos que llegara a ser un miembro de su iglesia, ¿qué cantidad de dinero debo aportar anualmente? ¿Y qué debo hacer con mi familia? ¿Controlará su iglesia a toda mi familia? ¿Impondrá usted muchos reglamentos a mi esposa y a mi hijo?” ¿Qué significa esto? Esta es la manera mundana. Esta persona era realmente salva, pero todas estas cosas demostraban que él todavía estaba en el atrio, todavía estaba en Egipto. El había experimentado la Pascua, pero todavía no había cruzado el Mar Rojo. Todavía estaba en el mundo físico.

LA EXPERIENCIA DE CRUZAR EL PRIMER VELO

Sigamos usando al mismo hermano como ejemplo. El fue salvo en 1938. Al siguiente año no sucedió nada. El era

realmente salvo, pero todavía estaba completamente en el mundo. Por tres años no sucedió nada. Luego en 1941, él fue avivado; algo lo revolucionó. Un día, mientras él estaba orando, dejó todas las cosas mundanas. El dijo: "Señor, hago a un lado mi conocimiento, mi empleo de juez, mi familia, y todas las cosas relacionadas con el mundo. ¡Oh Señor, de ahora en adelante te amo! Fui salvo hace tres años; pero ahora sé que debo deshacerme de todas las cosas mundanas". El se despojó del mundo.

Al hacer esto, este hermano cruzó el primer velo, es decir pasó del atrio y entró en el lugar santo. Desde ese mismo día, él descubrió la manera de tener comunión con Cristo y la manera de tomar a Cristo como su maná diario por medio de leer la Biblia. La Biblia llegó a ser muy preciosa y dulce para él. Cada día él disfrutaba de tomar como alimento algo de la Biblia. Desde ese día él no sólo disfrutó el pan de la proposición, sino que también fue iluminado por la luz que estaba dentro de él. Luego también, él tenía el gozo de la oración. El me dijo: "Hermano Lee (él nunca más me volvió a llamar Señor Lee), cada vez que cierro los ojos y oro, tengo la sensación de que estoy en los cielos". ¿Qué es esto? Es el olor fragante del incienso. El sentía la presencia de Dios, debido a que él tenía la experiencia de Cristo como su diario maná, como la luz interior, y como el olor fragante de resurrección.

En este momento debemos ver claramente en qué lugar fue experimentado esto. El entró del atrio al lugar santo por medio de pasar el primer velo. El no cruzó el segundo velo. Primeramente, sus pecados fueron tratados en el altar de la cruz; pero el mundo y las cosas del mundo todavía estaban en él. Tres años después, por medio de cruzar el primer velo, él se deshizo del mundo y de las cosas mundanas, y entró en el lugar santo. Día tras día él comenzó a experimentar a Cristo como su vida, como su alimento, como su luz y como su olor fragante de resurrección.

LA EXPERIENCIA DE CRUZAR EL SEGUNDO VELO

Sin embargo, él todavía no estaba en el Lugar Santísimo. Los pecados y las cosas mundanas se habían ido, pero todavía quedaba una cosa: la carne. Por consiguiente, todavía quedaba

otro velo de separación. Recientemente por correspondencia del lejano oriente, me enteré que este hermano durante los dos últimos años, ha estado experimentando el quebrantamiento del hombre exterior. ¡El quebrantamiento del hombre exterior es la rotura del segundo velo! Es la rotura o el quebrantamiento, de la carne. Las cartas muestran que por medio de esta experiencia, él está recibiendo el verdadero discernimiento del espíritu. El no sólo puede discernir su propio espíritu, sino también el espíritu de otros, debido a que ahora él está más en el espíritu.

Cuando entramos en el atrio, mediante la salvación, nuestros pecados fueron tratados. Cuando entramos al lugar santo, al mundo se le dio muerte. Sin embargo, si todavía no hemos entrado en el Lugar Santísimo, el yo todavía permanece. Día tras día podemos disfrutar a Cristo como el maravilloso maná, como la luz celestial, y como el olor grato de resurrección; sin embargo, esto es todavía algo más bien superficial, ya que en el lugar santo todo es exhibido abiertamente. El pan de la proposición, no es el maná *escondido*, la luz no es la ley *escondida*, y el incienso no es la vara *escondida* de resurrección. Cuando asistimos a la reunión, todos pueden ver que estamos exhibiendo el maná, que la luz está brillando, y que el olor grato del incienso quemado se está propagando. Si éste es el caso, no debemos pensar que somos muy profundos. Muchas veces cuando venimos a las reuniones con el olor grato del incienso quemado, algunos tal vez comenten: “¡Qué buen hermano! ¡Qué hermana tan dulce! Cada vez que ellos abren su boca, todos perciben el olor grato de Cristo”.

Sin embargo, éste no es el maná escondido, ni la ley escondida, ni la vara escondida que reverdeció. Con todo, estas buenas experiencias del lugar santo, no deben ser rechazadas. Al contrario, debemos respetarlas. Alabado sea el Señor, muchos están disfrutando a Cristo como su maná diario. Día tras día ellos también están disfrutando a Cristo como su luz y como su olor grato en resurrección. Pero debemos darnos cuenta que esto no es la meta; ésta no es la tierra de Canaán. Esto solamente es el desierto donde se encuentra la Roca viva, de la cual fluye el agua viva, y donde Cristo está

suministrándonos el maná diario. Participar del maná del cielo y del agua viva que fluye de la roca, no indica que estamos en la meta de Dios. Solamente prueba que no estamos en Egipto, es decir, en el mundo. En otras palabras, estamos en el lugar santo, pero no en el Lugar Santísimo. Este lugar es santo, pero no es santísimo. Debemos seguir adelante para disfrutar lo mejor. Estar meramente fuera de Egipto no es suficiente, esto es solamente el aspecto negativo. Hay algo que es mucho más positivo. Necesitamos entrar en la buena tierra, la cual es tipo del Cristo todo-inclusivo en nuestro espíritu. Ni el cordero de la Pascua en Egipto, ni el maná diario en el desierto pueden compararse con la buena tierra de Canaán. La buena tierra de Canaán no solamente incluye un aspecto o una parte de Cristo, sino al Cristo todo-inclusivo.

De nuevo debemos señalar que cuando fuimos salvos ejercitamos nuestro espíritu. No hay duda acerca de esto. Ahora en el lugar santo, día tras día leemos las Escrituras, tenemos contacto con Cristo, y experimentamos el resplandor de la luz. Todo esto debe ser experimentado por medio de ejercitar nuestro espíritu, aunque tal vez seamos una persona en el alma, en vez de una persona en el espíritu. Quizás leamos las Escrituras en las mañanas por medio de ejercitar nuestro espíritu y así nos alimentemos de Cristo como nuestro maná diario. Pero en lo que a nosotros mismos se refiere, todavía no estamos en el espíritu; todavía estamos en el alma. Finalmente, algún día nos daremos cuenta de que el yo debe ser tratado y quebrantado. Cuando nos demos cuenta de que ya hemos sido crucificados, aplicaremos la cruz a nosotros mismos; y cuando nos demos cuenta, por nuestra experiencia, de que el yo ha sido sepultado, nosotros como personas seremos trasladados al espíritu. Entonces, no solamente ejercitaremos nuestro espíritu para tener contacto con el Señor, sino que todo nuestro ser estará en el espíritu. Así que hay tres puntos estratégicos que necesitamos pasar: el altar, el primer velo y el segundo velo. En el altar son tratados nuestros pecados; en el primer velo es tratado el mundo; y en el segundo velo, somos tratados nosotros mismos, es decir, la vida del alma, el hombre natural, el hombre exterior, la carne, el yo. Finalmente de esta manera llegamos a ser una persona en el

espíritu. Esto está más allá del hecho de sólo ejercitar nuestro espíritu para experimentar algo del Señor.

LA EXPERIENCIA DE CRUZAR EL MAR ROJO Y EL RIO JORDAN

Ahora veamos algo de la geografía y de la historia de los hijos de Israel. En Egipto, el pueblo de Israel participó de la Pascua, la cual trató con los pecados de ellos. Ellos fueron salvos cuando sus pecados fueron tratados por medio del Cordero de la Pascua, sin embargo las fuerzas egipcias, Faraón y su ejército, todavía los tenía esclavizados. Así que, ellos tenían que cruzar el Mar Rojo. De esta manera las fuerzas mundanas fueron sepultadas en las aguas del Mar Rojo. El ejército de Faraón incluye a las multitudes y a todas las cosas mundanas. Para algunas personas, un par de anteojos es un soldado del ejército egipcio, debido a que para ellos ésta es una cosa mundana. ¡Para otros, el asunto de vestirse no solamente es un soldado, sino una división de soldados del ejército egipcio! Muchas cosas mundanas nos atan y nos controlan bajo su tiranía. Pero cuando el pueblo de Israel cruzó el Mar Rojo, el mundo entero fue tratado. Todo el ejército egipcio fue sepultado bajo las aguas del Mar Rojo. Las aguas del Mar Rojo tipifican el primer aspecto de la eficacia de la muerte de Cristo. Todas las cosas mundanas son tratadas y sepultadas en la muerte de Cristo.

Más tarde, después de que el pueblo de Israel había salido de Egipto, ellos empezaron a vagar en el desierto, y diariamente disfrutaban el maná, que era algo celestial de Cristo. Ellos siempre podían testificar a otros cuánto disfrutaban a Cristo, pero al mismo tiempo ellos estaban vagando en el desierto. Un día, ellos cruzaron el Río Jordán, y en el agua del Río Jordán fueron sepultadas doce piedras, las cuales representan al viejo pueblo de Israel. Bajo las aguas del Mar Rojo fueron sepultadas las fuerzas egipcias, pero bajo las aguas del Río Jordán fueron sepultados el yo y el viejo hombre de los israelitas. Después de esto ellos entraron al tercer lugar, la tierra de Canaán y disfrutaron sus riquezas todo-inclusivas.

Cuando el pueblo de Israel estaba en Egipto, estaba en el atrio. Cuando ellos entraron al desierto, estaban en el lugar

santo. Finalmente, cuando entraron en la tierra de Canaán, estaban en el Lugar Santísimo. El Mar Rojo corresponde al primer velo, y el Río Jordán corresponde al segundo velo. Es muy claro que estas dos aguas tipifican los dos aspectos de la cruz de Cristo. El primer aspecto de la cruz trata con las cosas mundanas relacionadas con nosotros, y el segundo aspecto trata con el yo en nuestra alma. En otras palabras, es la cruz lo que rasga los dos velos. Debemos pasar a través de los dos velos, así como los israelitas tuvieron que pasar a través de las dos aguas.

Ahora necesitamos examinarnos y definir dónde estamos. ¿Estamos en Egipto? ¿Estamos en el desierto? o ¿Estamos en Canaán? En otras palabras, ¿estamos en el atrio? ¿Estamos en el lugar santo? o ¿Estamos en el Lugar Santísimo? ¿Estamos en la atmósfera mundana con todo lo que está bajo el sol? Los que están en el atrio no tienen la luz del lugar santo; solamente tienen el sol. Todas las cosas mundanas están bajo el sol. ¿Somos cristianos que creen en el Señor Jesús, que lo aceptan a El como Salvador y que creen que El murió en la cruz por los pecados de todos nosotros; sin embargo, todavía tenemos puntos de vista mundanos y vivimos en la atmósfera mundana? O, ¿estamos en el lugar santo disfrutando a Cristo día tras día como nuestro maná, como nuestra luz celestial y como nuestro olor grato de resurrección?

O, ¿tenemos una experiencia más profunda que ésta? En el Lugar Santísimo podemos disfrutar a Cristo como el escondido; no como a Aarón, en el atrio, sino como a Melquisedec, en el Lugar Santísimo celestial. Aquí podemos disfrutar a Cristo como el maná escondido, como la ley escondida, y como la escondida autoridad de resurrección para gobernar sobre todas las cosas. Aquí todo está escondido, debido a que aquí Cristo es experimentado de una manera más profunda. Que el Señor nos conceda la gracia para que sepamos dónde estamos y para que sepamos adónde debemos ir.

CAPITULO DIECINUEVE

EL CRISTO ESCONDIDO EN NUESTRO ESPIRITU

El tabernáculo, o el templo, como hemos visto, consta de tres partes: el atrio, el lugar santo y el Lugar Santísimo. En el interior del atrio, el tabernáculo se divide en dos partes: el lugar santo y el Lugar Santísimo. Antes de ver lo que hay en el Lugar Santísimo debemos ver lo que hay en el atrio y en el lugar santo.

EL ATRIO

En el atrio se encuentran dos cosas: el altar y el lavacro. Todos los que estudian la Biblia concuerdan en que el altar tipifica la cruz de Cristo y que el lavacro tipifica la obra del Espíritu Santo. ¿Hemos nosotros experimentado el altar y el lavacro? En la cruz, Cristo fue ofrecido como nuestra ofrenda por el pecado. El murió por nuestros pecados, y hasta fue hecho pecado en la cruz por causa nuestra; así que El es nuestra Pascua. La Pascua significa que El, el mismo Cordero de Dios, llevó nuestros pecados y murió en la cruz. Primera Corintios 5:7 claramente establece que Cristo es nuestra Pascua. El día que creímos que El murió por nuestros pecados fue el día de nuestra Pascua. Fue ese día cuando nosotros disfrutamos a Cristo como nuestro Cordero pascual.

Después de que experimentamos el altar de la cruz, el Espíritu Santo comienza a obrar inmediatamente, como es representado por el lavacro. El lavacro es un lugar para que la gente se lave y se purifique. Después de haber recibido a Cristo como nuestra Pascua, el Espíritu Santo comienza Su obra limpiadora por dentro y por fuera. Cuando el pueblo de Israel entraba en el tabernáculo, tenía que pasar el altar en el

cual estaba la ofrenda por el pecado y la ofrenda por las transgresiones; pero ellos también tenían que lavarse los pies y las manos en el lavacro para quitarse toda la suciedad terrenal. Desde que somos salvos, el Espíritu Santo nos limpia de toda la suciedad terrenal de nuestro andar diario. Si hemos tenido estas experiencias, significa que hemos sido salvos y que ya no estamos fuera del atrio. Una vez que estamos dentro del atrio, estamos en el límite y dominio de Dios. En otras palabras, estamos en el reino de Dios, porque hemos sido regenerados, redimidos, perdonados y ahora estamos limpios por la obra del Espíritu Santo. A menos que hayamos experimentado tanto el altar como el lavacro, no podemos ser jamás un verdadero hijo de Dios. Aunque tal vez hayamos entrado externamente en el cristianismo, si no experimentamos estas dos cosas todavía estamos fuera del reino de Dios.

EL LUGAR SANTO

Pero eso no es todo; esto es sólo el “ABC” de la vida cristiana. Debemos proseguir más allá. Hemos pasado la puerta principal del tabernáculo, pero todavía hay otro velo o puerta que debemos pasar. Desde el atrio, es decir, desde el lugar al cual llegamos por medio de creer en el Señor, debemos entrar al lugar santo.

Lo primero que se ve en el lugar santo es la *mesa del pan de la presencia*, una mesa sobre la cual el pan era exhibido. El pan tipifica a Cristo como nuestro alimento porque El es el Pan de Vida (Jn. 6:35). Cristo es el suministro para nuestra vida. El es nuestro maná diario que nos nutre para que vivamos ante Dios. La mesa del pan de la presencia no contiene sólo una pieza de pan; es una mesa que contiene una gran cantidad de pan. Esto significa que podemos experimentar un abundante suministro de vida, tal como el maná que caía del cielo. Cada mañana había un abundante suministro de maná. Puesto que ya experimentamos a Cristo como nuestra Pascua y la obra de limpieza del Espíritu Santo, ¿hemos seguido adelante a experimentar a Cristo como nuestro maná diario? Si lo hemos hecho, conocemos la mesa del pan de la presencia de una manera viviente.

Después de la mesa del pan de la presencia, la segunda cosa es el candelabro o *candelero*. Esto significa que Cristo es la luz así como la vida. Juan 1:4 dice que la vida está en Cristo y que la vida es la misma luz de los hombres. Juan 8:12 también establece que esta luz es la luz de la vida. Si podemos disfrutar y experimentar a Cristo como vida, El ciertamente llegará a ser nuestra luz. Cuando nos alimentamos de Cristo, podemos sentir cómo el brillar interior nos ilumina. Después de que hemos recibido a Cristo como nuestra Pascua y que hemos sido limpiados por la obra del Espíritu Santo, y después de que sabemos cómo alimentarnos de Cristo como nuestro diario maná de vida, podemos sentir el brillar interior.

Después de la mesa del pan de la presencia y del candelero, lo tercero es *el altar del incienso*. Esto lo experimentamos cuando percibimos un aroma, un olor fragante. Este olor fragante, el cual es Cristo en resurrección, se esparce y asciende hacia Dios. Cuando disfrutamos a Cristo como nuestro alimento y permanecemos en Su luz de vida, estamos en la resurrección. Hay dentro de nosotros algo que se esparce y asciende hacia Dios. Esto no puede ser confirmado por conocimiento ni por doctrina, sino que debe ser verificado por nuestra experiencia. ¿Hemos tenido experiencias como éstas? Aunque es posible que no hayamos tenido suficientes experiencias como éstas, el asunto principal en estos momentos es que sí las hemos tenido. ¡Puedo testificar que es maravilloso! Hace treinta y tres años yo estaba a diario y hasta a cada hora en este lugar santo. Cristo era mi maná diario y yo estaba lleno de El y lleno de luz. Yo estaba muy satisfecho con Dios y El estaba muy satisfecho conmigo, y dentro de mí algo de Cristo se esparcía y ascendía hacia Dios como olor fragante.

EL ARCA EN EL LUGAR SANTISIMO

¿Y acaso es esto todo? Esto es santo, pero no es lo más santo. Es bueno, pero no es lo mejor. Por lo tanto, de nuevo debemos seguir adelante a fin de entrar en el Lugar Santísimo. El primer velo debe ser cruzado, pero el segundo velo debe ser rasgado. Este velo es la carne (He. 10:20), la cual

debe ser quebrantada antes de que podamos entrar en el Lugar Santísimo.

Solamente hay una cosa en el Lugar Santísimo: *el arca*. Todos los que estudian la Biblia están de acuerdo en que el arca tipifica a Cristo. Aunque podemos disfrutar a Cristo como nuestro alimento, como nuestra luz y como nuestro olor fragante para con Dios, con todo y eso, Cristo *mismo* está en el Lugar Santísimo. Cristo como alimento, como luz y como olor fragante son las tres cosas que están en el lugar santo, pero ahora es necesario tocar a Cristo *mismo*. No debemos solamente tocar a Cristo como alguna cosa, sino que debemos tocar a Cristo *mismo*. Esto es más profundo. Debemos tener contacto con Cristo mismo. Ya hemos experimentado a Cristo como nuestra Pascua y hemos experimentado el lavamiento del Espíritu Santo; luego hemos experimentado a Cristo como vida, como luz y como olor fragante; ahora debemos tener contacto con Cristo mismo. Muy pocos cristianos han entrado en el Lugar Santísimo a fin de tocar el arca, la cual es Cristo mismo.

Ahora tengamos en cuenta el contenido del arca. Es muy significativo ver el *maná* en el arca; no es el maná que está al descubierto, sino el maná escondido; no el maná exhibido, sino el maná que está en el lugar secreto. Sin duda, el maná escondido corresponde al pan de la presencia. Sin embargo, la diferencia es ésta: el pan de la presencia es exhibido, pero el maná del arca está escondido. El pan de la presencia se exhibe sobre la mesa, pero el maná del arca está escondido en una vasija de oro. Y no sólo el maná está escondido en la vasija de oro, sino que esta vasija está escondida en el arca. ¡Este maná está doblemente escondido! En el desierto el pueblo de Israel disfrutaba el maná, pero el maná que ellos disfrutaban era el maná público; era el maná que había caído a la tierra, no el maná escondido en los cielos. El maná escondido es Cristo mismo.

Necesitamos experimentar a este Cristo tan profundo, un Cristo que está en el lugar secreto, un Cristo en los lugares celestiales. Este es el Cristo que se menciona en Hebreos 7, según el orden de Melquisedec, no según el orden de Aarón. Aarón está en el atrio, ofreciendo sacrificios en el altar;

Melquisedec está en el trono de la gracia en los lugares celestiales. Tal vez experimentemos a Cristo como nuestro alimento, pero este disfrute está solamente en el lugar santo, y todo lo que experimentemos es inmediatamente conocido por mucha gente. Algunas veces la noticia de nuestra “gloriosa” experiencia se extiende por toda la nación. Esto no es otra cosa que la experiencia del pan de la presencia que está al descubierto. Debemos proseguir más profundamente en el lugar secreto del Todopoderoso a fin de tocar al mismo Cristo celestial.

En el arca también se encuentra la *ley*, la ley que regula e ilumina. La ley corresponde al candelero del lugar santo. La ley es el testimonio de Dios, y, tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo, el candelero también es el testimonio de Dios. Aunque la ley corresponde al candelero, el principio sigue siendo el mismo: el candelero brilla abiertamente, pero la ley es una luz escondida, interior y profunda. Muchas veces los hermanos y las hermanas sólo tienen la luz del candelero. ¡Cómo brilla la luz de ellos! En cierto sentido eso es bueno, pero en otro sentido todavía son superficiales; todo está exhibido en la superficie. Necesitan que Cristo llegue a ser su ley interior. Aquellos que tienen a Cristo como su ley viviente escondida dentro de ellos no muestran mucho exteriormente, pero interiormente conocen a Cristo de una manera más profunda.

En tercer lugar, en el arca se encuentra *la vara que reverdeció*. La vara, junto con sus retoños, tipifica al Cristo resucitado. Esto corresponde con el olor del incienso, y ambos, la vara que retoñó y el olor del incienso, representan al Cristo resucitado; pero una vez más, la diferencia consiste en que el incienso está abiertamente expresado, mientras que la vara reverdecida es experimentada de una manera escondida y profunda.

Hemos visto tres cosas en el Lugar Santo: Cristo como alimento, Cristo como vida y Cristo como olor fragante. Pero las tres cosas que están en el arca en el Lugar Santísimo son más profundas. El pan de la presencia *exhibe* algo, el candelero *brilla* y el incienso *se esparce*: todos ellos son desplegados exteriormente. Sin embargo, las tres cosas que se encuentran en el arca están profunda e interiormente escondidas.

SEGUIR ADELANTE AHONDANDONOS EN CRISTO

Ahora vemos claramente que el lugar santo representa, por un lado, el desierto y por otro, el alma. En los tiempos antiguos los israelitas originalmente estaban en Egipto. Puesto que fue en Egipto que ellos experimentaron la Pascua, Egipto fue su atrio. Después de la Pascua ellos fueron sacados de Egipto e introducidos en el desierto. En otras palabras, pasaron del atrio al lugar santo.

Mientras que para los israelitas el lugar santo corresponde al desierto, para los creyentes corintios y hebreos corresponde al alma humana. Por ejemplo, los creyentes que estaban en Corinto habían experimentado a Cristo como su Pascua (1 Co. 5:7), y luego, en su experiencia, habían entrado en el desierto, donde disfrutaban a Cristo como su maná y su agua viva (1 Co. 10:1-5). También ellos estaban en el desierto, tal como los israelitas en la antigüedad, pero para los corintios el desierto era el alma. Leyendo cuidadosamente 1 Corintios, vemos que ellos vivían en el alma y eran carnales. Es verdad que ellos disfrutaban a Cristo como su alimento y como su luz y que tenían muchas experiencias maravillosas de Cristo, pero disfrutaban a Cristo en sus propias almas. La carne, el velo que separa al Lugar Santísimo del lugar santo, no había sido rota. El alma de cada uno de ellos no había sido tratada, así que no estaban en el espíritu, el cual es el Lugar Santísimo. Habían disfrutado algo de Cristo pero no a Cristo mismo.

Los israelitas en el desierto también tipifican a los cristianos hebreos (He. 3:6-8). Tanto a los cristianos hebreos como a los corintios el apóstol Pablo les hizo ver que el pueblo de Israel era un ejemplo de la propia condición de ellos. El capítulo cuatro de Hebreos indica que entrar en el descanso es entrar en el Lugar Santísimo y tocar el trono de la gracia, donde Cristo nuestro Sumo Sacerdote está ahora. Los cristianos hebreos disfrutaban algo de Cristo mediante las enseñanzas. Primera Corintios trata con el asunto de los dones, mientras que Hebreos trata con el asunto de las doctrinas. Los creyentes corintios estaban *en el alma* disfrutando los dones y los cristianos hebreos también estaban *en el alma*

disfrutando las doctrinas; por lo tanto, no podían entender las cosas profundas. Puesto que los corintios y los hebreos eran muy aficionados a los dones o a las doctrinas elementales, tenían que tolerar el desierto en su alma.

Es por esto que el apóstol Pablo les rogaba a los creyentes corintios que conocieran el espíritu y que fueran hombres espirituales en vez de hombres que vivían en el alma (1 Co. 2:11-15). También hizo lo mismo en Hebreos 4:12; les dijo que deberían separar o discernir al espíritu del alma. En estos dos libros el principio es el mismo. En el Nuevo Testamento sólo estos dos libros se refieren a la historia de Israel en el desierto. La razón de esto es que los corintios eran “almáticos” en sus dones y los hebreos eran almáticos en sus doctrinas. Hoy en día muchos cristianos son almáticos en sus dones y muchos otros son almáticos en sus doctrinas. Sin duda, las doctrinas ayudaron a los cristianos hebreos y los dones ayudaron a los corintios. Pero todos ellos estaban en el alma, que es el lugar santo, y no en el espíritu, el Lugar Santísimo, en donde ellos podrían tocar y experimentar a Cristo mismo. Si hemos de tener contacto con El en nuestro espíritu, debemos abandonar nuestra alma. No debemos permanecer en el alma. Si permanecemos en el alma, estamos vagando en el desierto.

Tal vez usted diga: “Bueno, ¿por qué es eso tan importante? Aún así disfruto algo de Cristo. ¿Por qué dice usted que estas doctrinas son solamente elementales? Mediante ellas yo conozco algo de Cristo y disfruto algo de El. Usted dice que estos dones han sido enfatizados demasiado. Entonces, ¿por qué yo todavía disfruto algo de Cristo mediante los dones?” Vea el cuadro representado en el desierto. Los israelitas vagaron en el desierto por más de treinta y ocho años, y día tras día durante todo ese tiempo participaron del maná. ¡Dios es tan misericordioso! El no es un Dios pequeño, sino un Dios cuya generosidad es inmensa. Aun cuando ellos estaban mal, El aún les concedía algo. Sin embargo, aunque el maná caía diariamente de los cielos, no justificaba que el pueblo de Israel vagara en el desierto. Por el contrario, eso demostraba qué infantiles y carnales eran ellos al disfrutar nada más que el maná durante treinta y ocho años. No había nada de malo

en comer el maná por un breve tiempo; pero ellos debían haberlo dejado pronto para disfrutar el producto de Canaán.

La lección que esto nos da es simple: es permisible tener los dones por un breve tiempo, pero insistir en tener siempre los dones prueba que somos infantiles. Debemos avanzar, y aun proseguir. Los dones no son nuestra porción; Cristo es la porción que Dios nos ha asignado. Antes de que el apóstol Pablo tratara con el asunto de los dones en 1 Corintios, señaló que Cristo mismo es nuestra porción. No hemos sido llamados a tener comunión en los *dones*, sino a tener comunión en *Cristo* (1 Co. 1:9). Dios no hizo a los dones nuestra sabiduría, sino que hizo a Cristo nuestra sabiduría. Es mediante Cristo que nosotros somos justificados, santificados y redimidos (1 Co. 1:30). Debemos estar agradecidos con Dios por Sus dones, pero éstos sólo son una ayuda por un breve tiempo. Sin duda Israel debió haber estado agradecido con Dios por el maná diario; sin embargo, el maná sólo era una provisión temporal hasta que ellos llegaron a la tierra. Ellos no debieron haber permanecido en el desierto con el maná diario durante treinta y ocho años. Gloria sea a Dios por Su sabiduría y Su misericordia, y alabado sea Dios por Sus dones, porque cuando vagamos en el desierto, en verdad necesitamos el maná diario y los dones para que nos sirvan de ayuda. Pero esto no justifica que continuemos en ese rumbo por un largo período de tiempo. Por el contrario, tal vez compruebe que todavía somos jóvenes y hasta infantiles. Si prosiguiéramos, ya no habría necesidad de que disfrutáramos el maná; podríamos comenzar inmediatamente a disfrutar el producto de la buena tierra de Canaán. Disfrutar el producto de la buena tierra prueba que estamos en el descanso y en el espíritu. De otro modo, somos como Israel, permaneciendo en el desierto de nuestra alma. Si no estamos en el espíritu, la cruz debe tratar con nuestra carne y nuestra alma.

Los capítulos 4, 5 y 6 de Hebreos nos exhortan a seguir adelante y el capítulo 9 de 1 Corintios nos exhorta a correr la carrera. Debemos seguir adelante para entrar en el espíritu a fin de tocar a Cristo mismo y experimentar al Cristo más profundo como el maná escondido, como la ley interior y como la vara secreta que reverdeció. El escritor de 1 Corintios

advirtió a los creyentes corintios que se corrigieran y limitaran con respecto a los dones. Ellos tenían que aprender a usar los dones de una manera apropiada (1 Co. 14). Si leemos 1 Corintios de una manera cuidadosa y objetiva, veremos que la intención del escritor no es animar, sino corregir a los creyentes en cuanto a la práctica de los dones. A fin de correr la carrera de una manera apropiada, debemos conocer las cosas profundas de Cristo en el espíritu.

Ahora todos nosotros debemos verificar dónde estamos. ¿Estamos en el altar o el lavacro? ¡Quizá estamos fuera de la puerta principal! ¿Hemos experimentado estas dos cosas en el atrio y hemos avanzado a la mesa del pan de la presencia, a la luz y al olor fragante? ¿O hemos pasado ya el lugar santo y estamos ahora en el Lugar Santísimo? Si es así, estamos en el espíritu, tocando y experimentando a Cristo mismo de la manera más profunda. Que el Señor tenga misericordia de nosotros para que sepamos dónde estamos.

CAPITULO VEINTE

EL HOMBRE TRIPARTITO Y LA IGLESIA

Debemos recordar que la economía de Dios y el centro de Su economía es dispensarse a Sí mismo a nosotros. Fuimos hechos de tres partes: el cuerpo exteriormente, el espíritu interiormente, y el alma en medio del cuerpo y del espíritu. La intención de Dios es dispensarse a Sí mismo en el espíritu del hombre, y después forjarse a Sí mismo en el alma del hombre.

EL HOMBRE TRIPARTITO COMPLICADO POR TRES PERSONAS

Antes de que Dios pudiera cumplir Su intención, Satanás, el enemigo de Dios, se forjó a sí mismo dentro del cuerpo del hombre. De ahí que, en los miembros del cuerpo se encuentra el Pecado, el Pecado personificado. Como rey ilegal, pude gobernarnos y forzarnos a hacer cosas en contra de nuestra voluntad. Satanás mismo, como la naturaleza maligna y como la ley de pecado, mora en nosotros para corromper nuestro cuerpo. La carne es el cuerpo envenenado por Satanás, y en nosotros, esto es, en nuestra carne, no *mora* el bien (Ro. 7:18). Nuestra carne sirve a la ley del pecado en contra de nuestra mente y en contra de nuestra voluntad (Ro. 7:15, 20).

Satanás entró en nuestro cuerpo, como la ley del pecado; pero, alabado sea el Señor, cuando fuimos salvos, el Dios Triuno entró en nosotros para morar en nuestro espíritu como nuestra vida. Cristo como nuestra *vida* está en nuestro espíritu. ¿Entonces qué es lo que hay en nuestra alma? El *yo*. Nuestro *yo* está en nuestra alma. ¿Hemos sido impresionados del hecho de que estos tres seres —Adán, Satanás y Dios— están en nosotros hoy en día? Somos seres muy complicados. El hombre, Adán, está en nosotros; el diablo, Satanás, está en

nosotros; y el Señor de vida, Dios mismo, está en nosotros. Por lo tanto hemos llegado a ser un pequeño huerto de Edén. Adán, el cual representa a la raza humana, el árbol de vida, el cual representa a Dios, y el árbol de la ciencia, el cual representa a Satanás, son los tres partidos que se encuentran en el huerto de Edén; ahora todos éstos están en nosotros. Adán, el yo, está en nuestra *alma*; Satanás, el diablo, está en nuestro *cuerpo*; y Dios, el Dios Triuno, está en nuestro *espíritu*. Pero somos más que un pequeño huerto; somos un gran campo de batalla. Satanás está dentro de nosotros peleando contra Dios, y Dios está en nosotros peleando contra Satanás. Satanás toma nuestro cuerpo, el cual es la carne, como la base para sus batallas; Dios toma nuestro espíritu como la base para Su guerra.

Gálatas 5:17 dice: “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu”. En el texto griego interlineal la palabra “espíritu” está escrita con minúscula. Esto significa que el deseo de nuestra carne es contra el espíritu, y que el deseo de nuestro espíritu es contra la carne. Estas dos partes son contrarias una a la otra, así que no podemos hacer las cosas que deseamos. La carne corrupta pelea contra el espíritu, y el espíritu pelea contra la carne. Estos dos partidos siempre están peleando uno con otro. Satanás como Pecado está en nuestra carne, y el Dios Triuno como vida está en nuestro espíritu, y día tras día hay una terrible guerra espiritual entre ellos, la cual tiene lugar en el campo de batalla de nuestra alma.

EL HOMBRE TRIPARTITO REPRESENTADO POR LA MENTE

Como hemos visto, el alma tiene tres partes: la mente, la emoción y la voluntad. La mente como el órgano del alma que tiene la capacidad de pensar representa el yo. Lo que pensamos y lo que consideramos siempre precede a lo que hacemos; por lo tanto, nuestra alma representa nuestro yo. Es por esto que Romanos 7, 8 y 12 tratan con el asunto de la mente. Romanos 7 nos dice que la mente respalda la ley de Dios. Mi mente desea guardar la ley de Dios, y por sí misma desea servir a Dios (Ro. 7:25); pero mi mente como representante de mí mismo es muy débil. Yo mismo soy muy débil. Cada vez

que determino hacer algo bueno, hay algo más fuerte que yo, más fuerte que mi mente; esto es el pecaminoso que está en la carne. Cada vez que ejercito mi mente para hacer la voluntad de Dios y guardar la ley de Dios, el maligno, el cual está en mis miembros se levanta en contra de mí, me derrota y me lleva cautivo (Ro. 7:23). Mi mente, la cual representa a mi yo, no puede guardar la ley de Dios; si mi mente trata de hacer la voluntad de Dios por sí misma, siempre es derrotada.

La mente que se menciona en Romanos 7 es una mente independiente que trata de hacer el bien por sí misma; así que el apóstol nos lleva al capítulo 8 y nos dice de qué manera la mente debe ser dependiente. Si la mente independiente trata de hacer las cosas con su propio poder, será derrotada. ¿En qué aspecto, entonces, debe la mente ser dependiente? Romanos 8:6 dice: “Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz” (gr.). Hay dos posibilidades para la mente: puede depender de la carne o puede depender del espíritu. Si depende de la carne, el resultado será la muerte; pero si depende del espíritu, habrá vida y paz. ¿Hemos visto la diferencia que existe entre la mente independiente, la cual se menciona en el capítulo 7 y la mente dependiente que se menciona en el capítulo 8? Una mente independiente será derrotada, pero una mente que dependa del espíritu será victoriosa. Puesto que hay dos partidos dentro de nosotros —Satanás en nuestros miembros y el Dios Triuno en nuestro espíritu— ya no podemos ser en realidad independientes; así que nunca debemos tratar de serlo. Si lo hacemos, indudablemente seremos derrotados. Si intentamos derrotar al enemigo, a la larga él nos derrotará. Por lo tanto, hagámonos dependientes de otro, del Dios Triuno, el cual está en nuestro espíritu. La clave para ser victoriosos, es que siempre pongamos nuestra mente en el espíritu.

Todos debemos ser impresionados con este cuadro tan claro: Satanás está en nosotros, Cristo está en nosotros, y el yo está en medio. El enemigo nos tienta a que hagamos el bien por nuestros propios esfuerzos, y la respuesta común es la siguiente: “Yo amo al Señor y pertenezco al Señor, así que quiero hacer el bien para agradarle”. ¡Esta es la

tentación! Cuando somos independientes y nos determinamos a hacer el bien por nuestra propia fuerza, somos tentados e indudablemente seremos derrotados. Tal vez podamos hacer el bien hoy, mañana y hasta por tres días, pero ciertamente no podemos mantener esto por tres días y medio. La lección que necesitamos aprender es que nunca seamos independientes y que no tratemos de hacer las cosas por nuestras propias fuerzas, sino que siempre dependamos del Señor. Cada vez que seamos tentados a hacer el bien por nuestros propios esfuerzos, más nos vale que le digamos al enemigo: “¡No, Satanás, no! No puedo tomar tal camino y no lo haré. Yo no sé nada acerca de hacer el bien; sólo sé una cosa: depender de mi Señor. No me alejaré de la dependencia que tengo de El”. De esta manera seremos victoriosos y tendremos vida y paz. Es realmente muy sencillo. El Dios Triuno se ha dispensado a Sí mismo en nuestro espíritu como nuestra vida y como nuestro todo; así que debemos aprender a nunca hacer nada de manera independiente o con nuestra propia fuerza.

Antes que dejemos de hablar acerca de estos dos capítulos de Romanos, debemos ver algo acerca de las leyes. Ya hemos visto que el Pecado está en la carne, y que con el Pecado también hay una ley, la ley maligna del pecado. Todos sabemos qué es una ley. Si tomo un libro y lo arrojo al aire, inevitablemente caerá a la tierra. Esta es la ley de la gravedad. Pero permítame hacer algo en contra de esta ley, como levantar un libro con mi mano y sostenerlo en esta posición por dos o tres horas. Puedo sostenerlo por un rato pero finalmente tendré que soltarlo. ¿Por qué? Porque mi propio esfuerzo no puede prevalecer en contra de la ley de la gravedad. Nuestro esfuerzo personal no puede estar en contra de la ley natural. En las mañanas tal vez nos digamos: “Debo ser paciente. No debo enojarme. Tengo que perseverar todo el día”. Tal vez seamos pacientes incluso por dos días, pero al tercer día nos enojaremos mucho. Enojarse es la ley del pecado; no enojarnos es nuestro propio esfuerzo. Ser orgulloso también es una ley que opera dentro de nosotros. Ninguno de nosotros se ha llegado a graduar de la escuela del orgullo. Incluso un niño pequeño sabe cómo ser orgulloso. Los padres nunca les han enseñado a sus hijos a que sean orgullosos, ¿cómo es posible

que ellos puedan ser orgullosos? Esto viene por “naturaleza” y esa “naturaleza” pecaminosa es la ley, la ley del pecado dentro de nosotros.

Volvamos al ejemplo del libro sostenido en el aire. Sería insensato que yo me esforzara por mantener ese libro en el aire, cuando veo que hay una mesa enfrente de mí. La mesa representa otra ley, la ley de un apoyo sólido, la cual está en contra de la ley de la gravedad. Puedo poner el libro sobre la mesa y exclamar: “¡Aleluya!” Lo puedo dejar allí y estar en paz. El libro está perfectamente a salvo sobre la mesa, puesto que la ley de un soporte sólido vence la ley de la gravedad. ¿Quién es el verdadero apoyo? Es Cristo, la *Roca*. ¿Dónde está El? El está en nuestro *espíritu*. Por lo tanto, podemos poner nuestra mente en el espíritu, y dejar el “libro” sobre la Mesa. Olvídense de su esfuerzo. Nunca decida usted hacer el bien. Nunca diga: “Oh, antes yo era tan cruel con mi esposo (o esposa, o alguien más); ahora, he decidido ser amable”. Tal vez seamos amables por un día o dos, pero esto no puede durar por más tiempo. Nunca trate de tomar alguna resolución. Esto no sirve de nada. Dentro de nosotros está Cristo, la Roca eterna. El está en nosotros como la “mesa”, como nuestra Roca. Simplemente debemos poner nuestras mentes en El todo el tiempo, dejar que nuestro ser esté en la Roca e irnos a dormir. Esta es la manera de ser victorioso y de ser liberado. Cuando ponemos nuestra mente en el espíritu, simplemente nos entregamos a Cristo. Cuando confiamos en El, simplemente le decimos a El: “Señor, aquí estoy, sin esperanza y sin ayuda. De ahora en adelante nunca me propondré a hacer algo. Te entrego mi mente. Pongo mi mente en Ti”. Al hacer esto, nos entregamos al Señor. De esta manera el Señor tendrá la base y la oportunidad para difundirse El mismo a través de nosotros y saturarnos consigo mismo. ¡Qué maravilloso!

EL HOMBRE TRIPARTITO HACE REAL LA VIDA DEL CUERPO

Ahora pasamos de Romanos 8 a Romanos 12. Los capítulos 9, 10 y 11 son capítulos entre paréntesis; así que el capítulo 12 es la continuación del capítulo 8. En el capítulo 7 la mente era independiente, pero en el capítulo 8 la mente es

dependiente, depende del espíritu. La mente que se menciona en el capítulo 7 representa al yo independiente luchando por su propio esfuerzo, lo cual siempre resulta en derrota. La mente que se menciona en el capítulo 8 representa al yo dependiente, el cual descansa en el Señor Jesús. Esto da la oportunidad al Señor para saturar todo nuestro ser con El mismo, haciendo que seamos miembros *vivientes* de Su Cuerpo. Después somos llevados al capítulo 12. El capítulo 12 trata con tres cosas para tener la apropiada vida de la iglesia: el cuerpo, la mente, la cual es la parte principal del alma, y el espíritu.

(1) Nuestro cuerpo es presentado para la vida de la iglesia

Una vez que confiamos en Cristo y que El toma posesión de todo nuestro ser, nuestro cuerpo es *liberado* de la mano usurpadora del enemigo. Cuando vivíamos independientemente, Satanás podía tomar posesión de nuestro cuerpo y forzarnos a hacer cosas en contra de nuestra voluntad. Ahora, mientras confiamos en Cristo, el Fuerte, El libera nuestro cuerpo de la mano usurpadora del enemigo. ¿Entonces cuál es el siguiente paso? Debemos *presentar* nuestro cuerpo al Señor (Ro. 12:1). Esto es algo que muchos queridos hermanos y hermanas cristianos no han hecho todavía. Debemos presentar nuestro cuerpo a El absolutamente, diciendo: “Señor, te agradezco que mi cuerpo, el cual antes era un cuerpo de pecado, y un cuerpo bajo el poder de la muerte, ahora ha sido liberado y avivado. Presento este cuerpo a Ti, para Tu Cuerpo. Si mantengo mi cuerpo en mis manos, Tu Cuerpo no podrá ser completado”. Si vamos a hacer real el Cuerpo de Cristo, debemos absoluta y prácticamente presentar nuestro cuerpo a Cristo.

En estos días, mientras he viajado de costa a costa, he conocido a muchos cristianos que hablan acerca de la vida del Cuerpo. Pero, ¿qué de *nuestro* cuerpo? Hablamos mucho acerca del Cuerpo de Cristo, pero ¿qué estamos haciendo con nuestro cuerpo? ¿Lo estamos guardando todavía en nuestras manos? Mientras nuestro cuerpo esté en nuestras manos, no hay posibilidad de que nosotros hagamos real el Cuerpo de

Cristo. En Romanos 12 se nos dice que si deseamos tener la vida de la iglesia, debemos presentar al Señor nuestro cuerpo liberado. Puesto que ya no es nuestro cuerpo, debe ser presentado al Señor como sacrificio vivo.

Hermanos, ¿venimos a las reuniones con nuestro *corazón* o con nuestro *cuerpo*? Muchos cristianos dicen: “¡Yo sí tengo corazón para la vida de la iglesia!” Sí, tal vez ellos tengan corazón para la vida de la iglesia, sin embargo, su cuerpo no es para la vida de la iglesia. Su cuerpo lo dejan en casa. Debemos ser capaces de decir: “No solamente tengo corazón para la vida de la iglesia, sino que también tengo un cuerpo para la vida de la iglesia”. ¿Es nuestro corazón para la vida de la iglesia y nuestro cuerpo para nuestra vida privada? Si éste es el caso, ¿cómo podemos llevar a cabo la vida de la iglesia? Podemos hablar muy bien acerca de esto, todo es “Aleluya” y todos están en los “lugares celestiales”. Pero en realidad todo está en el “aire” y en el corazón. Si queremos tener la vida del Cuerpo de Cristo, resueltamente debemos presentar nuestro cuerpo al Señor. “Señor, anteriormente mi cuerpo estaba bajo la mano usurpadora del enemigo. Ahora te doy gracias, porque Tú has liberado mi cuerpo. Aquí lo tienes. “¡En realidad ya no es mi cuerpo, sino Tu sacrificio!” De esta manera podremos tener la vida de la iglesia.

(2) Nuestra mente renovada para la vida de la iglesia

Después de que presentemos nuestro cuerpo al Señor, la segunda cosa para la realización de la vida de la iglesia debe tener lugar rápidamente. Debemos ser transformados por medio de la renovación de nuestro entendimiento (Ro. 12:2). Anteriormente, nuestra mente siempre trataba hacer algo para Dios por sí misma; ahora confía en Cristo. Esta mente, la cual depende del Señor debe ser renovada, iluminada y reeducada.

Aquí tenemos un ejemplo verdadero. Un hermano que verdaderamente ama al Señor y la vida de la iglesia, resueltamente ofreció su cuerpo como sacrificio al Señor y a la iglesia. Pero después de que él se presentó a sí mismo, llegó a ser un gran problema para la iglesia. Cuando él era indiferente a la

vida de la iglesia, la iglesia estaba en paz; pero ahora, cuando su cuerpo viene a la iglesia, su mente también viene, y su mente todavía no ha sido renovada. Las cosas viejas del cristianismo todavía no han sido borradas ni hechas a un lado. Cuando él todavía no había presentado su cuerpo, era indiferente con respecto a la iglesia. El decía: "Si tengo tiempo y me siento bien, iré a las reuniones; si no, simplemente no iré". Pero ahora él ama más al Señor, así que él se ha presentado al Señor y a la iglesia. El se ha puesto completamente en la iglesia. Pero mientras su cuerpo viene, la mente problemática también viene, trayendo consigo muchas opiniones, enseñanzas, pensamientos, y varias consideraciones, los cuales causan muchos problemas a la vida de la iglesia.

Después de que el *cuerpo* es presentado, la *mente* debe ser renovada. Cuando participamos a fondo en los aspectos prácticos de la vida de la iglesia, debemos tener una mente purificada, renovada y reeducada. Para tener la mente renovada y reeducada, debemos abandonar todos nuestros viejos pensamientos e ideas naturales, así como todas las enseñanzas y consideraciones del cristianismo tradicional. Esto es lo que significa ser transformados por medio de la renovación de nuestra mente. De esta manera es factible tener la vida de la iglesia; de otra manera, la mente será el mayor problema y la fuente más grande de conflictos en la iglesia. Algunos queridos han traído consigo muchos problemas desde que llegaron a la iglesia. Antes de que ellos llegaran, la iglesia tenía mucha paz y estaba en unidad, pero desde que ellos llegaron, su mente ha creado problemas a la iglesia. Ellos piensan: "Mi corazón es bueno"; pero en realidad sus mentes son terribles. Hay muchas cosas viejas que deben ser quitadas para que sus mentes puedan ser transformadas.

(3) Nuestro espíritu debe ser ferviente para la vida de la iglesia

En primer lugar, el cuerpo debe ser presentado; luego, la mente, la cual representa al alma, debe ser renovada; y finalmente, el espíritu debe estar encendido, ardiendo fervientemente. Debemos ser fervientes en espíritu (Ro. 12:11). Tal vez un querido hermano haya presentado su cuerpo al

Señor y a la iglesia, y es posible que su mente haya sido completamente renovada, puesto que todas las cosas viejas han sido abandonadas; pero probablemente él esté frío en el espíritu. El ya no es más un problema, sin embargo ha llegado a ser una carga. Cada vez que él viene a la reunión, se sienta y permanece frío como una tumba. El siempre es calmado y nunca pone problema, sin embargo, ahora la iglesia debe llevarlo como una carga. Cuando se comparten responsabilidades en la reunión de ancianos o de diáconos, él simplemente permanece allí sentado. Su actitud es: "Yo soy totalmente uno con ustedes y soy para la iglesia. No tengo ningún problema; todo lo que ustedes digan, hermanos, me parece muy bien". Supongamos que cuando los hermanos responsables se reunieran fueran todos como ese hermano. ¿Quién llevaría la carga? Todos estos hermanos llegarían a ser una carga ellos mismos, y nadie llevaría la carga de la iglesia. Por un lado, no debemos causar problemas, pero por el otro debemos ser personas inquietas. En otras palabras, no debemos tener desacuerdos, ni llevar la contraria a los hermanos, pero sí debemos estar encendidos. Debemos estar encendidos y ser fervientes. *Debemos ser fervientes en nuestro espíritu.*

Tal vez parezca que la vida cristiana es individual y privada, pero realmente no es así; es una vida corporativa, una vida de cuerpo. Usted solo no es el Cuerpo; usted es un miembro y necesita a otros como miembros a fin de llevar a cabo la vida de la iglesia. Cuando dejamos de tratar de hacer el bien por nosotros mismos y aprendemos a depender de Cristo y a vivir por El, llegamos a ser miembros vivientes y preparados para ser miembros activos de Su Cuerpo. Finalmente, debemos hacer real la vida de la iglesia por medio de presentar completamente nuestros cuerpos al Señor, de tener nuestra mente renovada, y de tener nuestro espíritu encendido. Cuando el cuerpo sea presentado, el alma transformada y el espíritu encendido, tendremos la vida de la iglesia. Seremos un miembro viviente y activo, no un miembro problemático, frío o muerto. No seremos un miembro que no funciona, sino un miembro agresivo y prevaleciente que funciona. Tendremos la realidad de la vida de la iglesia.

CAPITULO VEINTIUNO

LA EDIFICACION DE LA MORADA DE DIOS

Hay muchos más detalles importantes que considerar acerca del espíritu y del alma, pero ahora nuestra atención debe enfocarse en la edificación de la morada de Dios. Se ha dado mucho énfasis al tabernáculo, la morada de Dios. Hemos visto que se compone del atrio y de las dos partes de la tienda del tabernáculo, a saber, el lugar santo y el Lugar Santísimo. Revisemos brevemente el contenido de estos tres lugares.

En el atrio se encuentra el altar, que tipifica la cruz de Cristo, y el lavacro, que tipifica la obra limpiadora del Espíritu Santo.

El lugar santo contiene la mesa del pan de la presencia, el candelero y el altar del incienso. Estos tres muebles tipifican los varios aspectos de Cristo como nuestra vida. La mesa del pan de la presencia revela a Cristo como nuestro diario suministro de vida; El es nuestro pan verdadero de vida. El candelero tipifica a Cristo como la luz de vida. El suministro de vida que disfrutamos llega a ser la luz, la cual resplandece dentro de nosotros. Lo siguiente, el altar del incienso, tipifica la fragancia de la resurrección de Cristo.

El Lugar Santísimo contiene una sola cosa: el arca, tipo de Cristo mismo. Hay tres cosas dentro del arca: el maná escondido, el cual es la vida interior y el suministro interior de vida; la ley escondida, la cual es la iluminación interna que hay dentro de nosotros; y la vara escondida que reverdeció, la cual es el poder y la autoridad interiores de la resurrección. El maná escondido, la ley escondida y la autoridad escondida están en resurrección y son mucho más profundas que las tres cosas correspondientes que se encuentran en el lugar santo.

EL CONTENIDO DEL TABERNACULO

Todas estas cosas son el contenido del tabernáculo, la morada de Dios. Las experiencias nuestras de estas ocho cosas que están en el atrio, el lugar santo y el Lugar Santísimo son el verdadero contenido del verdadero edificio de Dios, la Iglesia. Si queremos ser el edificio que es la morada de Dios, debemos experimentar lo que Cristo ha realizado mediante Su cruz y experimentar la purificación del Espíritu Santo. También debemos experimentar adecuadamente a Cristo como nuestra vida, nuestra luz y nuestra fragancia de resurrección. Además, debemos tener verdaderas experiencias de Cristo *mismo* como el maná escondido, la ley escondida y la autoridad escondida. Experimentar a Cristo en todos estos aspectos constituye el verdadero contenido del edificio de Dios y provee los materiales mismos para la edificación.

En estos últimos años la gente ha estado hablando mucho acerca de la Iglesia neotestamentaria. Sin embargo, la iglesia neotestamentaria no es una Iglesia que tiene cierto modelo, sino una que tiene la vida y las experiencias de Cristo. Supongamos que decimos: "Hagamos un modelo de hombre según tal persona". Así que hacemos un brazo de cera, una cabeza de mármol, un torso de madera y las piernas y los pies de barro. Una vez que estas partes se juntan a la medida y forma exactas y se pintan con el color preciso, podemos tener el verdadero *modelo* de aquel hombre pero no tenemos la realidad de aquel hombre. El hombre genuino no ha sido *manufacturado* conforme a un modelo, sino que ha *nacido* y ha sido *madurado* por el crecimiento de la vida. Este hombre primero nació de una madre viviente y después creció por medio de recibir nutrición diaria. Por último, ha llegado a ser un hombre que tiene cierta apariencia. Si así no hubiera sido, tal vez se tendría el modelo, pero no al hombre.

En una ocasión, estando en Pittsburgh, le dije a un amigo: "Olvidemos el modelo y pongamos toda nuestra atención a la vida. Por ejemplo, usted tiene un hijo muy simpático. Usted no le pone mucha atención a su apariencia. Usted no trata de moldearlo de una manera en particular día tras día. Primero, él nace de su madre y luego usted lo nutre con leche y con

alimentos para niño. Entonces el pequeño crece poco a poco, tomando cierta configuración y apariencia. Esa apariencia resulta de su nacimiento y su crecimiento de vida". Del mismo modo que no podemos darle forma a su hijo, tampoco podemos formar una Iglesia neotestamentaria. Si tratamos de formarla, lo único que tendríamos sería un modelo sin vida. Es posible que formemos una iglesia según un modelo, pero no podemos formar una iglesia que tenga vida.

Durante estos últimos años continuamente he estado rogando y suplicando a la gente: "*¡No formen nada!*" Cualquier cosa que formemos no es la verdadera Iglesia. Ni una sola persona viva en la tierra ha sido formada a lo largo de los últimos seis mil años; cada una ha tenido un nacimiento y el respectivo crecimiento de vida. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, y no hay mano humana que pueda formarla. Podemos formar muchas cosas, pero no podemos formar un Cuerpo viviente que esté compuesto de miembros vivientes. En el Nuevo Testamento nunca se nos manda ni instruye que formemos la Iglesia; sin embargo, se nos exhorta a que experimentemos a Cristo, a que ministremos Cristo a otros y a que produzcamos muchos hijos por nacimiento espiritual. La verdadera Iglesia, el Cuerpo de Cristo, sólo se produce por nacimiento y por crecimiento de vida. Es por esto que nosotros enfatizamos el principio de que *el tabernáculo se produce de las experiencias de sus constituyentes*.

LA CORTINA DE SEPARACION DEL ATRIO

Con base en este principio, veamos cuáles son los principales materiales del tabernáculo. En primer lugar se encuentra "la cortina de separación" del atrio (Ex. 27:9-19; 38:9-20). Se le llama "separación" porque es como la cerca que rodea su propiedad, separando y guardando a su propiedad de todo lo que está afuera. La pared de separación del atrio está hecha principalmente de tres cosas: 1) las basas de bronce, 2) las columnas y 3) las cortinas hechas de lino fino torcido. La base de las paredes de separación consiste en unas basas de bronce. Hay veinte basas en el lado norte, otras veinte en el lado sur, diez en el lado occidental, en la parte posterior, y diez al frente (Ex. 27); en total, sesenta basas de bronce. En cada

una de estas basas se yergue una columna, y todas ellas están conectadas y unidas por eslabones. Las cortinas colgadas de las columnas son hechas de lino fino, torcido con dos hilos. Por lo tanto, las tres cosas principales son las basas de bronce, las columnas y las cortinas de lino fino torcido.

Las basas que forman la base de la pared de separación son del mismo material que el de los otros dos muebles que se ven en el atrio: el altar de bronce y el lavacro de bronce. El significado espiritual de esto es que las basas de bronce resultan de tener la experiencia del altar y el lavacro. Tanto el altar como el lavacro están hechos de bronce; por lo tanto, todas las basas de separación están hechas de bronce. En el atrio están el altar de bronce, el lavacro de bronce y las basas de bronce. La primera impresión que la gente recibía al entrar en el atrio era que la base de la cortina de separación era de bronce, el mismo material del cual el altar y el lavacro estaban hechos. Esto significa que las experiencias de la cruz y el limpiar del Espíritu Santo son la base misma para la pared de separación del edificio de Dios.

Sabemos que el bronce tipifica el juicio divino de Dios. Todo lo que tenemos, todo lo que somos y todo lo que hacemos debe ser puesto en el altar para ser juzgado. El altar, es decir, la cruz, es primeramente un lugar de juicio; Dios juzgó todas las cosas en la cruz. El bronce usado para recubrir este altar, conforme a Números 16, provenía de los incensarios de bronce de los 250 rebeldes. Cuando éstos que se rebelaron contra Dios y Moisés fueron juzgados con fuego, Dios le dijo a Moisés que recogiera todos los incensarios de bronce que les pertenecían y que hiciera una cubierta para el altar, como memorial. Este fue un memorial del juicio de Dios sobre los rebeldes (Nm. 16:38). Para llevar a cabo la edificación de la Iglesia, todo lo que tenemos, todo lo que podemos hacer y todo lo que somos, debe ser juzgado por la cruz de Cristo. Esto es la base de dicha separación formada por basas para el edificio de Dios.

Es posible que hayamos visto claramente el principio de separación, pero que no podamos aplicarlo. Supongamos que soy un hermano que fue salvo en el cristianismo de hoy en día. Por la predicación del Evangelio escuché que yo era

pecador, que Cristo me amó y que El murió por mí en la cruz. Como resultado, reconocí que yo era pecador. Entonces oré: “Dios mío, perdóname porque soy pecador. Te agradezco que Tú has dado a Tu Hijo, el Señor Jesús, para que muriera por mí en la cruz. Te alabo porque El es mi Salvador y porque mis pecados me son perdonados. ¡Aleluya! Tengo gozo y paz dentro de mí”. Luego, por supuesto, fui ante un pastor, quien era un buen amigo mío, y le permití que me bautizara. Después de ser bautizado, llegué a ser un “miembro” de su iglesia. Un día el Señor me abrió los ojos para que viera por qué El me había salvado. El me salvó con el propósito de que fuera yo edificado juntamente con otros para llegar a ser la morada de Dios. Después de escuchar a un grupo de creyentes de mi localidad hablar acerca de la vida del Cuerpo y de la edificación de la iglesia, yo estuve dispuesto a ser edificado juntamente con ellos en la vida del Cuerpo. Por último, el Espíritu Santo me dijo: “¿Has venido para ser edificado? ¿Has venido para hacer real la vida de la iglesia? ¡Entonces primero debes ir a la cruz! Todo lo que puedes hacer, todo lo que eres y todo lo que tienes debe ser juzgado en la cruz”. Entonces debo confesar y arrepentirme, diciendo: “Señor, *nada* de mí es aceptable a Ti, y *nada* es bueno para Tu edificio. Todo tiene que ser juzgado”. Si no paso por el juicio de la cruz, es imposible que sea yo edificado con otros; no hay base, no hay fundamento. Si yo entro en la iglesia orgullosamente, es posible que sea yo organizado, pero es imposible que sea edificado en la iglesia. El fundamento, tal como es visto en las basas de separación del edificio de Dios, proviene de experimentar el altar de bronce. Por tanto, el fundamento sólido de la edificación de la morada de Dios proviene de experimentar la cruz. No hay otro camino. Todo debe ser puesto en el altar y ser quemado y juzgado. A la entrada principal de la iglesia está la cruz. Si hemos de entrar en la iglesia, debemos ponernos a nosotros mismos en el altar de la cruz.

Cuando todo nuestro ser y nuestras acciones son puestas en la cruz, podemos testificar cuán sucios, cuán mundanos y cuán pecaminosos somos. Nos damos cuenta de que no sólo necesitamos la redención de Cristo, sino también la purificación del Espíritu Santo. Un día, conforme a mi sentir interior,

sentí como si hubiera saltado al interior del lavacro. Oré: “¡Señor, límpiame! ¡Soy pecaminoso, soy mundano! ¡Cada parte de mí está sucia! Necesito la limpieza del Espíritu Santo!” Mediante esta carga al orar, experimenté la cruz y el lavacro. En la cruz damos muerte a todo lo nuestro y en el lavacro ponemos todo bajo el poder purificador del Espíritu Santo. Esto no sólo nos purifica, sino que también nos limpia. Entonces vendremos humildemente a la iglesia mediante Su misericordia, mediante Su redención y mediante Su purificación. Después de que un hermano experimenta el altar y el lavacro, y después de que es purificado de todo orgullo y autojustificación, tiene la base, las basas de bronce, sobre las cuales la columna es levantada.

La Escritura no nos dice de qué material eran las columnas, pero dice que los capiteles y las molduras que ceñían las columnas, y que los capiteles que las revestían, eran de plata. La plata tipifica la redención. Esto significa que para el edificio de Dios somos unidos, juntados y cubiertos por nada menos que la redención del Señor. Si hemos de poner en práctica la vida de la iglesia, tenemos que comprender que es por medio de la redención que somos unidos, y que bajo tal redención estamos cubiertos para que seamos apartados para el edificio de Dios.

De las columnas cuelgan también las cortinas de lino fino torcido, dando a la gente testimonio de que la iglesia es muy pura y limpia en conducta y comportamiento. Esta es la línea de separación. Si el tabernáculo es levantado con la línea de separación en derredor suyo, uno puede ver desde lejos el blanco lino demarcándolo. Este es el testimonio de la Iglesia a un mundo que está en tinieblas. Todo el mundo es negro, pero he aquí algo erigido que testifica que la iglesia es limpia, pura y blanca. Un testimonio como éste sólo puede provenir del juicio del altar y de la limpieza del lavacro, lo cual da como resultado un comportamiento puro y una conducta sin mancha ante el mundo. Esto representa la cortina de lino fino y torcido que cuelga de las columnas, las cuales a su vez están apoyadas en las basas de bronce. Esta es la línea de separación que testifica que la Iglesia se ha purificado del mundo.

Por fuera de esta línea todo es negro, pero por dentro de ella todo es blanco.

LAS TABLAS DEL TABERNACULO

Aunque esto es bueno, es tan sólo la experiencia del atrio. Hay una buena cantidad de cosas en el atrio: bronce, plata y lino blanco. *Pero no hay nada de oro*, el cual es tipo de la naturaleza divina. Esto significa que cuando estamos en el atrio, nada de la naturaleza divina ha sido forjado en nosotros, que pudiera ser expresado. Sólo se tiene el juicio y la purga de las cosas negativas. En otras palabras, un hermano que era orgulloso cuando vino a nosotros, ahora es muy humilde y parece que no tiene justicia propia, ni vanagloria, ni orgullo. Pero esto solamente es algo que corresponde a la conducta humana y a su purificación. No hay nada de Dios forjado en él que pudiera ser expresado, no hay oro manifestado. Es bueno por fuera, pero es sólo el atrio, no el edificio. Esto aún está al aire libre, no tiene albergue, ni cubierta, ni edificio. Necesitamos que algo divino se mezcle con nuestra naturaleza: necesitamos el mezclar de la divinidad con la humanidad. Por lo tanto, debemos proseguir desde el atrio al lugar santo y aun hasta el Lugar Santísimo.

Si por la misericordia y la gracia del Señor entramos en el lugar santo y en el Lugar Santísimo, casi dondequiera veremos oro: una mesa de oro, un candelero de oro, un altar del incienso también de oro, el arca de oro y las tablas de oro. Todo lo que rodea es de oro, el contenido es de oro y cada uno de los utensilios es de oro. ¿Qué significa esto? Alabado sea el Señor, la madera de las tablas (Ex. 26:15) representa la humanidad, la naturaleza humana; y el oro que recubre las tablas representa la divinidad, la naturaleza divina. ¡Ahora la divinidad y la humanidad se han hecho uno! Ahora es madera, y también, es oro. En el lugar santo y en el Lugar Santísimo la divinidad se ha mezclado con la humanidad. Tal es la razón por la cual se les llama lugar santo y Lugar Santísimo, porque todo lo que es santo debe ser de Dios. En el atrio somos justos, pero no somos santos. En el atrio cada aspecto de nuestro comportamiento y conducta es justo, porque es juzgado en la cruz y purificado en el lavacro. Ahí hay justicia,

pero no santidad, que es la naturaleza divina forjada en el hombre. No es sino hasta que entramos en el lugar santo y en el Lugar Santísimo que vemos que todo está recubierto de oro. Casi todo, casi cada parte, tiene el elemento de madera, pero está recubierto de oro. Vemos ahí lo humano, pero está mezclado con la naturaleza divina.

A menos que entremos en el lugar santo y en el Lugar Santísimo y tengamos algo divino forjado en nosotros, es imposible que seamos tablas edificadas como morada de Dios. La Iglesia es edificada con el mezclar de Dios y el hombre. *El mezclar de Dios mismo con nosotros viene a ser el propio material* para la edificación del Cuerpo de Cristo. No importa cuánto hayamos sido purificados, sólo podemos ser el lino blanco; no podemos ser las tablas para la edificación del tabernáculo. Pero cuanto más seamos revestidos de oro, más llegamos a ser materiales para el edificio de Dios. Es por esto que debemos entrar en el espíritu, ejercitar nuestro espíritu, andar según el espíritu y siempre ser mezclados con el Señor en el espíritu. Es por este mezclar de la divinidad con la humanidad que nosotros llegamos a ser materiales para la edificación de la casa de Dios.

Las tablas recubiertas de oro del lugar santo y del Lugar Santísimo están apoyadas en basas de plata, lo cual significa que la redención de Cristo es la base y fundamento para la edificación de la casa de Dios. Pero, ¿de dónde proviene el oro usado para las tablas? Proviene de experimentar la mesa de oro, el candelero de oro, el altar de oro del incienso y el arca de oro. Cuanto más experimentamos a Cristo como nuestra vida, como nuestra luz y como nuestra fragancia de resurrección, y cuanto más disfrutemos de una manera profunda a Cristo mismo, más es forjada en nosotros la naturaleza divina. El oro que recubre las tablas proviene de la experiencia misma del contenido del lugar santo y del Lugar Santísimo. La divinidad que está mezclada con nuestra humanidad solamente proviene de experimentar a Cristo como nuestra vida, como nuestra luz y nuestra fragancia de resurrección, y aun de nuestra experiencia más profunda de Cristo mismo. Esto forma los materiales para el edificio de Dios. Diariamente debemos experimentar a *Cristo* como

nuestro maná, como nuestra luz, como nuestra fragancia de resurrección, y debemos experimentar a Cristo mismo de la manera más profunda a fin de obtener el mezclar divino.

A fin de ser edificados, hay por lo menos otras tres cosas que debemos ver claramente. En primer lugar, cada tabla mide codo y medio de ancho (Ex. 26:16). Debemos darnos cuenta de que nosotros sólo medimos un codo y medio y nada más. Hay cuarenta y ocho tablas en el tabernáculo, las cuales están arregladas en pares, y cada par mide tres codos de ancho. La razón por la cual cada tabla mide solamente un codo y medio de ancho, es que cada una es sólo la mitad del tamaño total y, por ende, necesita ser acoplada con otra tabla. Debemos darnos cuenta de que sólo somos una mitad. Cuando el Señor Jesús envió a Sus discípulos, los envió de dos en dos. Pedro necesitaba a Juan, y Juan necesitaba a Pedro. Sólo somos una mitad y necesitamos que otra mitad nos complete. Nunca debemos actuar ni laborar de manera independiente o individual. Todo nuestro servicio y función en la iglesia debe ser realizado de una manera corporativa. Dos tablas deben ponerse juntas. No somos una entidad completa; necesitamos otra mitad. ¿Quién es su otra mitad? Debemos comprender que ninguno de nosotros mide tres codos por sí solo, sino simplemente codo y medio. No podemos andar solos, no podemos servir individualmente, no podemos funcionar ni obrar de manera independiente. Debemos ser miembros coordinados en el edificio de Dios.

Además, cada tabla tiene dos espigas, dos partes adicionales que penetran en las basas (Ex. 26:19). ¿Por qué hay dos espigas para cada tabla, en vez de una? Es claro. Una espiga permitiría que la tabla girara, pero dos espigas la sostienen firmemente en su lugar. Dos significa confirmación. Es como una persona, con dos pies. Si un hombre se para en un solo pie, es fácil que gire o que caiga, pero con una postura en dos pies no es tan fácil caerse y es difícil dar vueltas. No queremos tener muchos hermanos que “dan vueltas”. Por la mañana alguien puede estar orientado en una dirección y por la tarde en la dirección opuesta. Para la mañana siguiente ya se ha dado la vuelta hacia otra dirección: siempre está dando vueltas. Si no sabemos dónde está, nunca podemos

encontrarlo. Siempre está girando en una sola espiga. En el caso de estos hermanos y hermanas inestables no puede haber edificación. Deben estabilizarse. Sin importar lo que pase, ellos deben estar firmes hasta la muerte. Cuando una persona está dispuesta a sacrificar su vida, entonces es posible la edificación de la iglesia. Es necesario que otros nos complementen y nosotros necesitamos continuamente su confirmación.

Además de lo anterior, tenemos las barras de oro y los anillos de oro que conectan y unen todas las tablas entre sí. Los anillos representan al Espíritu Santo. Recibimos al Espíritu Santo como anillos al mismo principio de nuestra vida cristiana, cuando fuimos regenerados (Lc. 15:22 y Gn. 24:47). Los anillos sostienen a las barras, las cuales también tipifican al Espíritu Santo, pero con la naturaleza humana: dentro de las barras de oro se encuentra la madera de acacia. Como ya hemos visto, después de la resurrección y ascensión del Señor, el Espíritu Santo descendió del cielo poseyendo la naturaleza divina y la naturaleza humana; así que El es ahora el Espíritu de Jesús. Es este maravilloso Espíritu Santo que posee las naturalezas divina y humana el que nos entrelaza y une. Entonces todas las tablas llegan a ser como si fueran una. Supongamos que todo el oro fuera quitado de las tablas, los anillos y las barras. Entonces, ya sin el oro, todas las tablas vienen a ser piezas desconectadas e individuales. La unidad no está en la madera, sino en el oro. Si el oro es hecho a un lado, no hay elemento que una, y las tablas quedan sólo como piezas separadas e individuales. Mediante este cuadro podemos ver que la unión, la unidad, y la edificación no están en la madera sino exclusivamente en el oro. Esto significa que la edificación de la Iglesia no se realiza en la naturaleza humana, sino en la naturaleza divina. Es en la naturaleza divina que todos somos juntamente edificados. Es la naturaleza divina lo que nos une, nos unifica y nos mantiene juntos como uno.

Usted y yo debemos aprender, en primer lugar, que sólo somos una mitad; en segundo lugar, nunca debemos actuar de manera independiente e individual, sin la confirmación de otros; finalmente, debemos actuar, vivir y servir en la

naturaleza divina. Es en la naturaleza divina que nosotros, las tablas, somos unidos como uno. Entonces tendremos el edificio de Dios. Una vez más debemos repetir que todo esto proviene de experimentar a Cristo como el pan de la presencia, como la lámpara, como la fragancia de la resurrección y como la misma arca, que incluye el maná escondido, la ley escondida y la vara escondida. ¡Qué importante es esto! Que el Señor nos impresione de una manera total, profunda y cabal con este cuadro. Esta es la manera correcta de que seamos edificados como morada de Dios. La Iglesia no es un asunto de seguir un modelo, sino de tener la verdadera experiencia de Cristo como nuestra vida y nuestro todo; por lo tanto, la única manera en que la Iglesia es edificada entre nosotros, es experimentar a Cristo en el espíritu.

CAPITULO VEINTIDOS

LA CUBIERTA DEL EDIFICIO DE DIOS

“Harás el tabernáculo de diez cortinas de lino torcido, azul, púrpura y carmesí; y lo harás con querubines de obra primorosa”.

“Harás asimismo cortinas de pelo de cabra para una cubierta sobre el tabernáculo; once cortinas harás ... Harás también a la tienda una cubierta de pieles de carneros teñidas de rojo, y una cubierta de pieles de tejones [marsopas] encima” (Ex. 26:1, 7, 14).

De los pasajes arriba mencionados, podemos ver que hay cuatro capas que forman la cubierta del tabernáculo. La primera capa está constituida de diez cortinas de lino fino; la segunda está compuesta de cortinas de pelo de cabra; la tercera es una cubierta de pieles de carneros, y la cuarta es la cubierta exterior, la cual es de pieles de tejones o de marsopas. Estas cuatro capas de la cubierta forman el techo del tabernáculo. Otros han escrito muchísimo acerca del tabernáculo y sus cubiertas, pero mi carga es señalar cómo están relacionadas estas cubiertas con el edificio del Señor.

LA IGLESIA EDIFICADA POR CRISTO COMO LA VIDA

En el capítulo anterior vimos que el edificio del Señor no es solamente un modelo, sino un asunto que tipifica a Cristo siendo forjado en la humanidad. La edificación de la Iglesia no puede ser hecha con manos humanas, por medio de copiar un modelo, o por medio de formar una organización. Por supuesto, por medio del nacimiento y del crecimiento de la vida, espontáneamente surgirá cierto modelo, tal como la estatura y la figura de un hombre se desarrollan por medio de su nacimiento y su crecimiento en vida. Nadie puede fabricar o diseñar a un hombre a su forma actual. Aun así, la

edificación de la Iglesia no es un modelo hecho por el hombre, ni una imitación manufacturada, sino el crecimiento espontáneo de Cristo como nuestra vida.

Cada parte y cada aspecto del tabernáculo tipifica ya sea la *obra* o la *Persona* de Cristo: esto es mucho más que un modelo. El tabernáculo nos muestra que, por medio de Su obra redentora, Cristo mismo debe ser forjado en nosotros como el todo. El altar, en el atrio, tipifica la muerte todo-inclusiva de Cristo en la cruz, la cual ha obtenido para nosotros una relación correcta con Dios. Al confesar que somos pecadores y que la muerte de Cristo nos ha dado fin, lo recibimos a El como nuestra vida. Luego la obra limpiadora y purificadora de Su Espíritu, como es tipificada por el lavacro, nos purifica de la suciedad del mundo para hacernos compatibles y para que estemos dispuestos, a fin de que El sea forjado dentro de nosotros.

Después de estas dos cosas, podemos seguir adelante y mirar dentro del edificio. Inmediatamente vemos que todo lo que hay ahí, manifiesta a Cristo como el que ha sido forjado en nosotros. Casi en todas partes del lugar santo y del Lugar Santísimo, hay madera cubierta de oro, lo cual significa que la naturaleza humana está cubierta con la naturaleza divina, la divinidad ha sido forjada en la humanidad y sobre ella. La mesa del pan de la presencia, la lámpara, el altar del incienso, el arca, todas las tablas que forman la estructura del tabernáculo, e incluso las cuatro capas de la cubierta revelan y enfatizan una cosa: Cristo como la misma incorporación de Dios ha sido forjado en nosotros para que podamos experimentarlo a El como vida y como nuestro todo.

El Señor debe abrir nuestros ojos e impresionarnos con todas estas cosas. No podemos meramente buscar un modelo en el libro de Hechos, establecer ancianos y diáconos, y decir que esto es la iglesia. Tal cosa no es la iglesia; es una imitación de la iglesia. Si le preguntáramos a alguien cómo llegó a existir y cómo llegó a ser una persona tan alta, nos diría: "Nací de mi madre, he comido mucha comida nutritiva, y he crecido hasta tener esta estatura". Podemos fabricar un juguete o una muñeca, pero es imposible que fabriquemos un hombre. La iglesia es un verdadero hombre; ¡nadie puede

fabricar una iglesia! Debe ser algo que tenga el nuevo nacimiento en el Espíritu y el crecimiento de vida en Cristo. Debemos decir una y otra vez: ¡Hermanos, no toquen nada! No debemos tratar de hacer o de organizar algo.

En muchos lugares, durante los últimos años, he suplicado de esta manera, pero muy pocos hermanos han comprendido lo que quiero decir con esto. Ellos dicen: "Bueno, si no formamos una iglesia, si no organizamos nada, ¿qué debemos hacer?" Debemos hacer una cosa: comer a Cristo y beber a Cristo. Además debemos ser absorbidos por Cristo. Cuanto más lo comamos a El, más seremos absorbidos por El. Pensamos que solamente estamos alimentándonos de El y disfrutándolo, pero en realidad cuanto más nos alimentamos de El, más estamos siendo absorbidos por El. La iglesia no debe basarse en fórmulas ni en organización, sino que debe nacer de Cristo en el Espíritu; debe ser el Cuerpo vivo de Cristo, que crece con la vida de Cristo. Luego, como resultado, espontáneamente tomará cierta forma, y podrá verse un modelo. La iglesia crece con Cristo, por Cristo y en Cristo.

En el atrio experimentamos la obra consumada de Cristo, la cual es el medio para que nosotros entremos en el lugar santo. El lugar santo y el Lugar Santísimo no son un asunto de experimentar la obra de Cristo, sino de experimentar a Cristo mismo. Aquí Cristo mismo es experimentado como alimento para el suministro de vida, como la luz de vida, como la fragancia de resurrección, y como el Todo-inclusivo. Una vez que Cristo es forjado en nosotros, los materiales se hacen disponibles para la edificación de la Iglesia. Entonces seremos unidos y edificados juntos como uno, mediante el Espíritu Santo, el cual nos regenera y nos madura (como está representado por los anillos y por las barras de oro). Esto es el Cuerpo de Cristo; esto es la morada de Dios. Repetimos nuevamente: la edificación de la Iglesia es asunto de crecimiento, lo cual es Cristo forjado progresivamente dentro de nosotros como nuestro todo. Solamente esto produce los materiales para la edificación de la Iglesia. Mediante el proceso de regeneración y madurez por el Espíritu, todos estos materiales serán encajados perfectamente y unidos como un todo. Esta edificación en unidad es el Cuerpo de Cristo y la morada de Dios.

LA IGLESIA CUBIERTA POR CRISTO COMO LA EXPRESION

Pero debemos darnos cuenta de que para esta etapa, el tabernáculo todavía no tiene techo que lo cubra. No importa hasta qué grado hayamos sido forjados en Cristo, y hasta qué grado Cristo haya sido forjado en nosotros, solamente somos las tablas; ninguno de nosotros puede llegar a ser la cubierta. Si nosotros somos la cubierta, la iglesia llegará a ser la expresión del hombre. Solamente Cristo puede ser la cubierta, pues la iglesia solamente debe ser la expresión de Cristo mismo. En el tipo del tabernáculo, como hemos visto, el techo está constituido de cuatro capas, y cada capa es un aspecto de Cristo. El techo en su totalidad es la revelación de Cristo como la única cubierta. Así que el tabernáculo llega a ser una expresión de Cristo por medio de esta cubierta, la cual cubre completamente al tabernáculo. Después de que la cubierta fue puesta sobre el tabernáculo, nada excepto esta cubierta podía verse desde afuera. Incluso las tablas y los utensilios estaban adentro, bajo la cubierta. Esta cubierta no solo *protegía* todas las tablas y los utensilios del tabernáculo, sino que también *expresaba* todo lo que era el tabernáculo. En realidad era esta expresión la que protegía todas las tablas y los utensilios. Esto significa que si no tenemos a Cristo como nuestra expresión, no tenemos Su protección. Si esperamos que Cristo proteja a la iglesia, debemos tenerlo a El como nuestra expresión.

En algunos lugares tal parece que la iglesia no está cubierta por Cristo, sino por alguna clase de doctrina. En otros lugares la cubierta es una manifestación de ciertas clases de dones; los dones han llegado a ser el techo. Los grupos de creyentes están o bajo la cubierta de las enseñanzas o bien bajo la cubierta de los dones; no bajo la cubierta de Cristo. Pero las enseñanzas y los dones nunca pueden protegernos. Ningún don, ninguna enseñanza, y ninguna doctrina es adecuada para cubrir a un grupo de creyentes. Solamente Cristo debe ser tenido en alto, solamente Cristo debe ser exaltado, solamente Cristo debe ser expresado como el techo que nos cubre.

Si leemos cuáles son las medidas del tabernáculo, descubriremos que la cubierta no solamente incluye el techo, sino también los dos lados. Desde afuera no puede verse otra cosa que la cubierta. Las basas, las tablas y los muebles que están por dentro no son visibles. Esto significa que aquellos que estén afuera solamente deben ver a Cristo como la cubierta de la iglesia. Cuando la gente entra en el tabernáculo, ellos no ven otra cosa que la mezcla de Cristo con el hombre. Por fuera no hay ninguna otra cosa excepto Cristo, y por dentro no hay otra cosa que no sea Cristo forjado en la humanidad, y mezclado con ella. En otras palabras, cuando estoy afuera mirando la iglesia, solamente veo a Cristo, pero cuando entro en la iglesia y miro a la gente, veo la mezcla de Cristo con cada persona. Esta es la verdadera iglesia. Desde afuera, la gente no puede ver otra cosa más que a Cristo, y por dentro ellos no ven otra cosa excepto Cristo forjado en muchas personas.

Este es un cuadro maravilloso. Si tuviera más de diez Epístolas como la de Romanos, doce como la de Corintios y sesenta como la de Efesios, pero que no tuvieran este cuadro, no podría ver esto tan claro. Todavía soy un niño pequeño que necesita cuadros y dibujos. Cuando enseñamos a los niños de pre-primaria, necesitamos algunos cuadros. Por ejemplo, cuando escribimos G-A-T-O, los niños no entienden lo que significa eso. Necesitamos traer un cuadro de un gato y mostrárselo. De la misma manera, cuando vemos este cuadro del tabernáculo podemos entender lo que es la verdadera edificación de la iglesia. No es asunto de modelos u organización; tampoco es una clase de formación hecha por manos humanas, sino que es *Cristo* forjado en muchas personas, al cual ahora ellos ponen en alto y exaltan, y además se visten de El como su expresión para cubrirse y para protegerse.

Ahora miremos las cuatro capas de la cubierta. Empezando desde adentro, tenemos la primera capa compuesta de los materiales más finos: cortinas de lino fino torcido, con querubines de obra primorosa y hermosos colores de azul, púrpura y carmesí forjados en las cortinas. El color azul significa lo celestial, el color púrpura significa realeza, y el color carmesí significa redención. Sin embargo, el material básico es el lino fino, el cual simboliza la humanidad de Cristo con

todas Sus características y Su conducta finas. Los cuatro evangelios presentan recuento de un Hombre cuya naturaleza humana y cuya conducta son exactamente iguales al lino fino. Este es muy fino y, sin embargo, muy fuerte, y debido a que está hecho de lino torcido, es doblemente fuerte. El Señor Jesús es tan fino, sin embargo, El es tan fuerte; no hay nada en El que sea tosco ni débil.

La obra primorosa de los querubines significa que la gloria de Dios es manifestada en Su creación. Los querubines tipifican la gloria de Dios, y la obra primorosa de los querubines en el lino fino significa que la gloria de Dios ha sido forjada en la humanidad y en Su creación. Nos podemos dar cuenta que mientras Jesús estaba sobre la tierra, en este Hombre con Su fina naturaleza y Su fino carácter humanos, la gloria divina de Dios era forjada en Su creación. El es un Hombre verdadero con una fina naturaleza humana y una fina conducta, pero a la vez es la incorporación de la gloria de Dios forjada en Su creación. Como hombre, El es el mismo resplandor de la gloria de Dios. En otras palabras, sobre El está la obra primorosa de los querubines. ¿Puede usted entender esta clase de lenguaje? El no es solamente humano, sino también divino. Su naturaleza humana lleva la gloria divina. No podemos agotar este asunto, sin embargo debemos seguir adelante.

La segunda capa está compuesta de pelo de cabras. En los tipos de las Escrituras, las cabras son figura del hombre pecaminoso. Mateo 25:31-46 habla acerca de la división y de la diferencia entre las ovejas y las cabras; se muestra que las cabras representan a las personas pecaminosas. Esto corresponde exactamente a 2 Corintios 5:21 que dice: Al que no conoció pecado, por nosotros Dios lo hizo pecado. Por lo tanto, la capa de cortinas hechas de pelo de cabras, tipifica a Cristo, quien fue hecho pecado por nosotros. Aunque El es el lino fino, fue hecho pelo de cabra: El no tiene pecado y no conoce pecado, sin embargo, El fue hecho pecado por nosotros.

Después de la capa de pelo de cabra, hay una capa de pieles de carneros, teñidas de rojo. El color rojo significa el derramamiento de la sangre en la obra redentora de Cristo. El era la Persona que no tenía pecado, quien fue hecho pecado por nosotros a fin de llevar nuestros pecados; esta simple

cláusula explica lo que representan las primeras tres capas. La primera capa tipifica a Cristo, como Aquél que no tiene pecado; la segunda, indica que El fue hecho pecado por nosotros, y la tercera capa significa que El llevó nuestros pecados y que derramó Su sangre para redimirnos.

Después de la capa de pieles de carnero teñidas de rojo, está la cuarta capa, la cual viene a ser la capa externa. Esta cubierta está formada de pieles de tejones o de marsopa, las cuales son muy fuertes; pueden resistir cualquier clase de clima, cualquier clase de ataque. La cubierta exterior no es muy atractiva en apariencia y es algo tosca. Hoy en día, exteriormente Cristo no es tan agradable para la gente mundana; El simplemente se parece a la fuerte piel de tejón, que no tiene atractivo en su apariencia exterior. Pero aunque El no es muy atractivo por fuera, por dentro El es hermoso, maravilloso y celestial. El no es como el cristianismo de hoy que tiene edificios inmensos y hermosos; exteriormente son muy imponentes, pero interior y espiritualmente son desagradables, vacíos y algunas veces corruptos. Las organizaciones cristianas mundanas son verdaderamente feas. En el interior de la iglesia apropiada, del edificio de Dios, hay algo celestial y bello, aunque exteriormente sea humilde y tosca, sin atractivo ni belleza.

Quisiera aprovechar esta oportunidad para decir que todos debemos tratar de opacarnos. Nunca debemos poner un retrato de nosotros en el periódico. Eso no es algo que pertenezca a la Iglesia, sino algo que pertenece completamente a la religión del cristianismo caído y mundano. Hermanos, si es posible, no permitan que alguno de ustedes se anuncie en los periódicos. El Señor Jesús nunca se hizo propaganda. En los cuatro Evangelios leemos cómo El siempre trató de esconderse a Sí mismo, y cuando fue posible se mantuvo anónimo. La belleza y el atractivo deben ser la experiencia de Cristo *dentro de* nuestro espíritu. Esa es la verdadera belleza delante de Dios.

Aprovecharé esta oportunidad para decir una palabra adicional acerca de la construcción de salones de reunión. Hermanos, si es posible, debemos tener un salón muy sencillo y simple en apariencia. No construyan salones bellos y

lujosos. No podemos atraer a las personas, *al Señor*, por medio de edificios hermosos por fuera. Estuve en Roma una vez, y vi la que llaman la Catedral de San Pedro. No me imagino cuántos millones de dólares vale el edificio ni cuántas personas concurren allí diariamente. Cuando estuve allí, el lugar estaba atestado de gente. Pero me temo que ni siquiera una persona de cada mil, era salva. ¿Cuál es la ventaja de hacer que las personas se acerquen por tales medios? Yo diría que, si fuera posible, deberíamos deshacernos de esta clase de edificios. Esto no es un placer, sino una ofensa para el Señor.

Sin embargo, lo que quiero enfatizar, no es estos asuntos, sino al mismo *Cristo* que por dentro está lleno de belleza y por fuera es muy sencillo y muy humilde. Tal Cristo debe ser la expresión de nuestro testimonio y la cubierta de la iglesia. Esto no es el pensamiento ni la opinión del hombre; éste es el cuadro que muestra la Palabra de Dios. No debemos tener ninguna otra cosa como expresión. Solamente debemos elevar y exaltar a nuestro Cristo maravilloso quien es la cubierta del edificio de Dios; un Cristo que por dentro está lleno de belleza divina, y un Cristo que por fuera es tan sencillo y humilde a los ojos del mundo. Es ésta la iglesia que puede resistir cualquier ataque y estar firme en cualquier tentación. Una vez que el ataque del enemigo venga, aquellos que se encuentren en los edificios hermosos de las llamadas iglesias cristianas, serán los primeros en caer. Solamente aquellos que no exhiben nada exterior, sino que tienen belleza celestial y atractivo divino por dentro, resistirán hasta el fin. *Cristo* es el contenido y la cubierta de ellos. Nada puede dañar o vencer la verdadera edificación de la iglesia cubierta con tal Cristo.

Aprendamos a poner estas cosas en práctica, y a buscar al Señor en el espíritu. Aprendamos a discernir nuestro espíritu y a experimentarlo a El como nuestro todo. Entonces tendremos la medida de la plenitud de Cristo y llegaremos a ser material disponible para ser edificados con otros como el edificio de Dios cubierto con Cristo como la expresión. Entonces habrá una iglesia fuerte y apropiada, la cual podrá resistir cualquier ataque, resistir cualquier prueba y vencer cualquier tentación para la máxima gloria de Dios.

CAPITULO VEINTITRES

LA IGLESIA: DIOS MANIFESTADO EN LA CARNE

“Para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad. E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria” (1 Ti. 3:15, 16).

Hay tres aspectos de la Iglesia mencionados en el versículo 15: la “casa de Dios”, “la iglesia del Dios viviente”, y “columna y baluarte de la verdad”. El versículo 16 continúa con el gran misterio de la piedad, el cual es Dios manifestado en la carne. ¿Cómo se relacionan estos dos versículos? Con toda razón, muchos insisten en que un punto y coma al final del versículo 15 es mejor que un punto, el cual indica una separación total: “Columna y baluarte de la verdad; e indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne...”

LA IGLESIA: LA CASA DE DIOS

¿Por qué se menciona a la iglesia juntamente con la manifestación de Dios en la carne? Esto se debe a que la Iglesia es la casa de Dios. ¿Qué significa la expresión “la casa de Dios”? Cuando usted se refiere a “su casa” usted quiere decir con eso el lugar donde usted mora, donde usted vive, donde su vida se desarrolla; eso es precisamente lo que significa la casa de Dios. No es un término usado a la ligera o sueltamente. “La casa de Dios” es el lugar donde Dios mora, donde El vive y donde la vida de El se desarrolla.

Esta casa no es otra cosa que la Iglesia del Dios viviente. Debemos notar que el término aquí usado no es meramente “Dios”, sino “el Dios viviente”. El es en gran manera viviente y ahora El mora en la Iglesia, se mueve en la Iglesia, vive en la Iglesia y toda Su vida se desarrolla en la Iglesia. Cuando decimos que la Iglesia es la casa de Dios, debemos comprender profundamente que Dios mora y vive en esta casa y que Su vida se desarrolla ahí. ¿Tenemos nosotros un entendimiento tan profundo en cuanto a la casa de Dios?

LA IGLESIA: COLUMNA Y BALUARTE DE LA VERDAD

Esta iglesia no es tan sólo la casa de Dios, en la cual Dios mora y vive y donde Su vida se desarrolla, sino que también es columna y baluarte de la verdad. ¿Qué es la verdad? No crea que la verdad significa doctrina. La palabra “verdad” en este pasaje significa *realidad*. Nada es real, nada es verdad en todo el universo; todo tan sólo es una sombra. Todo lo que puede ser visto, todo lo que puede ser tocado, todo lo que puede ser poseído y disfrutado no es real sino, en el mejor de los casos, una sombra. Todo lo que en este universo existe no es sino una sombra, no es lo verdadero.

¿Qué es lo verdadero? Lo verdadero es *Cristo* como la realidad de todo. Lo que usted come no es el verdadero alimento, sino sólo una sombra del verdadero alimento. El verdadero alimento es Cristo. Si usted no tiene a Cristo, no tiene la realidad del alimento. Tal vez crea usted que la vida humana que posee es realidad, pero no lo es; también es sólo una sombra. La verdadera vida es Cristo. Si tiene al Hijo de Dios, tiene la vida; si no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida (1 Jn. 5:12).

Si algún hermano le enviase a usted una fotografía de sí mismo, quizá usted diga: “Este hermano es fulano”. Pero en verdad, ése no es el hermano fulano; sólo se trata de una fotografía y, por cierto, falsa. De hecho, todas las fotografías son falsas, porque lo que es verdadero no se encuentra en las fotografías. Todo el universo no es otra cosa que una fotografía. Todos los tipos, figuras y sombras del Antiguo Testamento eran sombras de la realidad que estaba por venir, la cual es Cristo mismo. Cristo es la verdad, Cristo es la realidad de todo el universo, Cristo es la realidad del Antiguo Testamento

y también lo es del Nuevo Testamento. Si usted sólo tiene la enseñanza acerca de Cristo, no tiene la realidad de Cristo. Cristo mismo es la verdad, y Su Espíritu es el Espíritu de verdad (Jn. 14:17; 15:26; 16:13; 1 Jn. 5:7). El mismo es la realidad y Su Espíritu es el Espíritu de realidad.

La Iglesia, en la cual este Dios viviente mora, vive y se mueve, es la columna y el baluarte sobre los cuales descansa la realidad. La iglesia porta la realidad. *Dentro de* esta Iglesia mora el Dios viviente y *sobre* esta Iglesia la verdad, la realidad, descansa. No estamos en pos de doctrinas, sino en pos de Cristo, la realidad, la verdad. Debemos poder decir: "Amigos, vengan y vean; vengan a la Iglesia y vean la realidad del universo. Vengan y vean la realidad de la vida, la realidad del amor, la realidad de la paciencia y la realidad de muchas otras cosas".

En 1933, una tarde mientras visitaba al hermano Watchman Nee, de repente él preguntó: "Hermano, ¿qué es la paciencia? Al principio pensé que era una pregunta infantil. Cuando era niño se me enseñó qué era la paciencia. Pero en vista de que la pregunta había salido de su boca, no debía yo tomarla a la ligera; por lo tanto, lo pensé más: "¿Qué quiere él decir con la pregunta 'qué es paciencia'?" No me atreví a contestar. El estaba sentado en una mecedora, meciéndose una y otra vez. Finalmente, me aventuré a decir: "La paciencia es algo por lo cual uno sufre y resiste el maltrato de otros. Eso es paciencia". El entonces dijo: "¡No!" Yo pregunté: "Bueno, hermano, si la paciencia no es longanimidad, entonces dígame, ¿qué es?" Mientras continuaba meciéndose en la mecedora, siguió preguntando: "Bueno, ¿qué es la paciencia? ¿Qué es la paciencia?"

Después de un largo rato, contestó súbitamente: "*La paciencia es Cristo*". Era muy corto y muy simple. "La paciencia es Cristo". Simplemente no podía yo entender esta clase de lenguaje desconocido. Le dije: "Hermano, eso me parece extraño. No entiendo. Dígame por favor qué es lo quiere usted decir". No dijo nada más, sino que siguió repitiendo: "La paciencia es Cristo, la paciencia es Cristo". Durante toda la tarde no hablamos de ninguna otra cosa. Yo quedé muy confundido.

Después de tres o cuatro horas me fui, estando yo muy desanimado. Al regresar a mi cuarto, me arrodillé y oré: “Señor, dime lo que significa ‘la paciencia es Cristo’. No puedo entenderlo”. Finalmente el Señor me mostró que nuestra paciencia tiene que ser Cristo mismo. La paciencia es Cristo viviendo dentro de mí y a través de mí. Cuando vi esto, esto fue una verdadera revelación. ¡Estaba yo muy contento!

Debemos darnos cuenta de que la paciencia humana, la cual podemos obtener por nosotros mismos, no es la verdadera paciencia. La paciencia humana es solamente una forma y una sombra; la verdadera paciencia es Cristo. Todo lo que necesitamos —paciencia, humildad, bondad, amor para con otros y hasta amor para con Dios— debe ser hallado en Cristo mismo. Incluso los diez mandamientos son solamente una sombra; Cristo es la realidad. Si tenemos a Cristo expresándose por medio de nosotros, tenemos la realidad y el cumplimiento de todos los requisitos de los diez mandamientos.

La Iglesia debe ser portadora de la verdad, la realidad. La Iglesia debe ser la columna y el baluarte de esta realidad universal, la cual es Cristo mismo. Debemos poder decirles a otros: “Vengan a la Iglesia y vean la verdadera paciencia y la verdadera humildad. Vengan a nosotros y vean la verdadera fidelidad y la realidad de ser honesto”.

Dios mora en la Iglesia porque la Iglesia es la casa de Dios. Dios vive y se mueve *en la Iglesia* y Su vida se desarrolla ahí; el testimonio y la realidad descansan *sobre la iglesia*. Debemos tener en cuenta estos dos aspectos: *interiormente*, Dios mora en la Iglesia; *exteriormente*, la iglesia lleva el testimonio y la realidad. Estos dos aspectos muestran la verdadera mezcla de Dios con el hombre. Dios mora dentro de la Iglesia —este grupo de personas redimidas, regeneradas y transformadas—; y sobre este grupo de personas descansa la realidad del universo. Toda la realidad del universo está centrada en este grupo. Si alguien quiere saber qué es la vida, debe venir a la Iglesia y ver. Si alguien quiere saber qué es el amor, también debe venir y ver. Si la realidad de la humildad y la bondad han de ser conocidas, el lugar para ver esto es la Iglesia. Sobre este grupo de gente se puede ver la realidad del Cristo todo-inclusivo. El testimonio de la Iglesia no consiste

en doctrinas, sino en expresar a Cristo como realidad. Cuanto más exclamamos “Cristo” sin tener la realidad interna, más se aleja Cristo. En tal caso sólo tenemos a Cristo al gritar, al hablar y al enseñar. No lo tenemos en nuestra *vida interior* y tampoco lo experimentamos en nuestra *vida exterior*, nuestro andar diario. La Iglesia debe ser la columna y el baluarte que expresa a Cristo como la única realidad de todo. Si no conocemos el verdadero significado de la vida, debemos venir a la Iglesia y encontrarlo.

LA IGLESIA: LA MANIFESTACION DE DIOS EN LA CARNE

Este es el significado correcto de “la casa de Dios” y de “columna y baluarte de la verdad”. La Iglesia es la *continuación* y la *multiplicación* de “Dios manifestado en la carne”. Esta es la razón por la cual el apóstol Pablo puso juntos estos dos versículos. La manifestación de Dios en la carne tiene mucho que ver con el hecho de que la Iglesia es la casa de Dios y la columna y el baluarte de la verdad. Cuando en algún lugar somos el Cuerpo viviente de Cristo, somos realmente la casa de Dios y la columna y el baluarte de la realidad. Entonces, nosotros somos el *crecimiento*, el *agrandamiento*, de la manifestación de Dios en la carne. Dios se manifiesta una vez más en la carne, pero de una manera *más amplia*. El principio del Nuevo Testamento es el principio de la encarnación, el cual es simplemente Dios mismo manifestado en la carne. En otras palabras, Dios se ha mezclado con los seres humanos, no de una manera externa, sino de una manera interna. La Iglesia es la manifestación de Dios, no la manifestación de dones o doctrinas. La Iglesia debe manifestar a Dios en Cristo por medio del Espíritu, en vez de demostrar las doctrinas o los dones.

EDIFICADA NO MEDIANTE UN CAMBIO EXTERIOR

Estamos preocupados por el temor de que muchos hermanos y hermanas, de manera inconsciente, piensen que vamos a *formar* un nuevo movimiento o a entrenar a la gente para *formar* un nuevo modelo para la iglesia. Esta es nuestra verdadera preocupación. Todos debemos esperar en el Señor que

esta clase de pensamiento, este concepto, sea totalmente abandonado. Tiene que estar cien por ciento fuera de nuestras venas. No estamos aquí con la intención de formar un nuevo movimiento. ¡No y cien veces no! Hacer eso simplemente prueba que no conocemos la economía de Dios. Debo enfatizar una y otra vez que la Iglesia no es algo que sea formado conforme a cierto modelo. Que el Dios vivo more en nosotros no es un asunto de doctrina. Según el diario andar de muchos cristianos, podemos ver que ellos no conocen el camino de la vida interior ni a Cristo como vida. Esto verdaderamente nos preocupa y nos agobia. Cuando la gente obtiene cierta comprensión o aprende ciertos métodos, tratan de comenzar algo nuevo donde ellos viven. Esto no es la manera del Señor.

Lo que hoy en día necesitamos no es simplemente un cambio de ropa, sino un cambio de sangre. La sangre natural debe ser cambiada. Es menester que cambiemos la vida interior, no meramente la manera externa. Supongamos que una persona fuera previamente un pastor y hubiera tenido el título de “reverendo”. Quizás hasta se vestía con la túnica clerical y usaba el cuello de la camisa levantado. Luego él recibe luz y comprende que todo esto es incorrecto, que usar los títulos de “pastor” y “reverendo” es incorrecto, que usar el cuello de la camisa levantado es incorrecto, y que usar la negra sotana es incorrecto. Así que se deshace de todas estas cosas; desecha su título de clérigo y comienza a usar ropas ordinarias. Después de hacer esto, se va a laborar para el Señor a otro lugar y de otra manera, sin el título y sin las túnicas.

No quiero decir si lo anterior es correcto o incorrecto, pero sí quiero decir una cosa: debemos determinar si dentro de tal persona se ha operado un verdadero cambio. No hay duda de que él ha dejado todas las cosas anteriores, pero su cambio es muy externo. Previamente esta persona ministraba por sí misma, por su vida natural. Ahora él ha sufrido un cambio en las cosas exteriores, pero, ¿hay algún cambio en su vida interior? Es muy probable que él todavía esté laborando y ministrando para el Señor por la misma vida que tenía cuando usaba el título. Aunque exteriormente ha sufrido un verdadero cambio, interiormente todavía es el mismo. Un cambio como ése simplemente llega a ser un movimiento

exterior. Anteriormente él practicaba la “iglesia” por medio de votar y formar un comité ejecutivo; ahora abandona eso y reúne a un grupo de ancianos. Aunque esto es un verdadero cambio, en la vida interior nada ha cambiado. El cambio exterior no obedece a un cambio interior en vida, así que llega a ser otro nuevo movimiento religioso.

Más aún, debemos ir más allá del cambio en la vida interior y hacer real la Iglesia. La Iglesia es *una mezcla de Dios con el hombre*. La razón de que hayamos hablado tanto acerca del alma, el espíritu y el corazón es que esto nos ayuda a comprender que Dios es nuestro contenido y que nosotros somos Sus recipientes. Debemos saber cómo ajustar nuestro corazón para así poder abrir nuestro corazón y permitirle a El que entre; debemos saber cómo ejercitar nuestro espíritu para tener contacto con El, contenerle y aun digerirle. Por ejemplo, supongamos que usted cena un filete. Cuando ya ha tenido por cuatro horas en su estómago el filete, éste será digerido y llegará a ser el mismo constituyente de su cuerpo. Este es el verdadero cuadro de la Iglesia. Sin embargo, el cristianismo actual es más una religión que la realidad de la vida. El problema de hoy es no sólo un cambio de forma exteriormente, sino un cambio de vida interiormente.

EDIFICADA NO POR MERAS ENSEÑANZAS

Además, no debemos dar atención sólo a las enseñanzas. Para que nos sirva de ayuda, permítame usar un ejemplo sencillo. Cuando era muchacho, yo estudiaba en una escuela cristiana junto con muchos otros, y allí nosotros recibimos educación cristiana. Se nos enseñó las historias de la Biblia. Aunque no éramos salvos, la mayoría de nosotros fuimos introducidos en el cristianismo y aprendimos las doctrinas. Muchas veces discutíamos con la gente que el cristianismo era la religión correcta. Los misioneros nos ministraron todas las doctrinas y las enseñanzas. Aprendimos que Dios es un Dios en tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu. Aprendimos que Cristo nació de una virgen y que vivió, anduvo y trabajó en esta tierra; hasta se nos enseñó también que El había resucitado. Pero si se nos hubiera preguntado: “¿Son ustedes salvos?” no habríamos sabido qué decir. Para nosotros

Dios y Cristo eran únicamente palabras. Tengo que testificar que por ese tiempo difícilmente alguno de los varios centenares de miembros de aquella iglesia tenía claridad en cuanto a la salvación. Sin embargo, eran conocidos como "cristianos". Algunas veces los miembros de la iglesia desfilaban por las calles llevando cruces y cantando: "Firmes y adelantes huestes de la fe". Les digo esto sólo para mostrar cuan vacías son las enseñanzas solas.

Hoy en día algunos insisten en ministrar una serie de enseñanzas, como por ejemplo la predestinación, el libre albedrío, la gracia absoluta y la seguridad eterna. Usted puede ministrar todas estas enseñanzas, pero es posible que la vida y el espíritu dentro de la gente permanezcan intactos. Para seguir con mi testimonio, un día un miembro de nuestra familia fue salvo y después yo también fui salvo. Finalmente tuvimos un verdadero encuentro con Dios, y la vida nos tocó muy profundamente y operó un verdadero cambio. Hasta la conducta y el andar exteriores fueron cambiados. El genuino cambio operado en nuestras vidas influyó en otros para que también fueran salvos. Después supimos que debemos tener algo más que simples enseñanzas. Todas las enseñanzas de las Escrituras deben simplemente ser vehículos que transmitan Cristo a nuestro interior. Si las enseñanzas no cumplen este propósito, carecemos desesperadamente de algo.

EDIFICADA NO MERAMENTE POR DONES

El mismo principio se aplica al asunto de los dones. Hoy en día muchos cristianos piensan que debido a que tienen dones son muy espirituales. Pero en realidad no es así. Si lee usted 1 Corintios, puede ver el estado de los creyentes corintios. Ellos ejercitaban los dones aún más que el apóstol (1 Co. 14:18-20) pero, ¿tenían ellos un verdadero crecimiento en vida? No; ellos eran carnales e infantiles (1 Co. 3:1-3). Así como las enseñanzas deben ser medios para transmitir Cristo a otros, así también los dones sólo deben ser medios para transmitir a Cristo. La intención actual de Dios no es darnos muchas enseñanzas y muchos dones, sino ministrar e impartir a Cristo en nosotros.

Lo siguiente es un hecho verdadero. Conocí a una persona que tenía mucho conocimiento de la Biblia; pero mientras hablaba de la Biblia, estaba fumando. Después de hablar durante media hora acerca del libro de Mateo y de las diez vírgenes, dijo: “Discúlpeme, tengo que fumar un poco. Sé que esto está mal, pero soy débil”. Después se introdujo en el libro de Apocalipsis y habló acerca de los diez cuernos, de las siete cabezas y de los cuarenta y dos meses. Tenía fortaleza para enseñar, pero finalmente tuvo que decir: “Discúlpeme, tengo que fumar otro poco”. Aunque él era muy fuerte en la enseñanza bíblica, era muy débil en la vida espiritual.

También he visto a muchas personas hablar en lenguas. Después de la demostración llevaban una vida diaria muy descuidada. Algunos eran aún más descuidados que los incrédulos. Les resultaba muy fácil perder la paciencia en el hogar. Todo esto simplemente nos prueba una cosa: que Dios no tiene la intención de darnos enseñanzas ni dones, sino de darnos a Cristo, Aquel que es viviente. Cuando las enseñanzas son dadas en una manera apropiada, El las usa para transmitir Cristo a nosotros; y algunas veces El usa ciertos dones como medio para ministrarnos a Cristo y para despertar a la gente a fin de que reciban a Cristo. Pero todos debemos comprender que la intención de Dios es que nosotros conozcamos a Aquel que vive, al Dios Triuno, y que experimentemos a Cristo en el Espíritu Santo.

¿Recuerda usted la historia en el Antiguo Testamento en la cual un asno habló un idioma humano? ¡Eso fue un genuino hablar en lenguas! Me pregunto si todas las lenguas son tan genuinas hoy en día. Recientemente leí un artículo cuyo autor reportaba que él se había puesto en contacto con más de cien personas que hablaban en lenguas. Dijo que cada uno, sin excepción, dudaba que la lengua hablada por ellos fuera genuina. Aún así, el autor animaba a la gente que no dudara, sino a que continuara la experiencia. Después de leer eso, me dije: “En el día de Pentecostés, ¿dudó acaso Pedro que la lengua que él había hablado fuera genuina? ¿Hubo acaso alguno en aquel tiempo que hubiera tenido semejante duda?” ¿Por qué hoy en día mucha gente se pregunta si la lengua por

ellos hablada es genuina? La respuesta es simplemente que hoy en día muchas lenguas no son genuinas.

Sin embargo, aunque usted hable una lengua genuina, debo decirle que eso no es la vida. Aun el rey Saúl recibió el derramamiento del Espíritu Santo (1 S. 19:22-24), pero no crea que él experimentó vida. Por el contrario, eso simplemente lo expuso. Después de haber recibido el derramamiento se desnudó. Esto muestra que el derramamiento del Espíritu Santo es diferente a la vida. La vida no es el derramamiento; la vida es solamente Cristo mismo en el Espíritu.

Hermanos y hermanas, les ruego que hagan todo lo posible por entender que no estoy tratando de criticar, sino que estoy en verdad ansioso por causa de mi carga. Cuando veo la desesperada situación del pueblo del Señor, no sé qué decir ni qué hacer. Cuando las enseñanzas son impartidas, la gente responde muy bien. Cuando los dones son mencionados, muchos se entusiasman. Pero cuando la vida interior y el Cristo que mora interiormente son ministrados, cuán grande es la necesidad de una revelación interior. Las doctrinas y los dones son exteriores, pero Cristo está escondido en lo interior. Cuánto necesita el pueblo del Señor conocer a este Cristo que mora interiormente, quien es tan viviente y poderoso, y quien nos convierte, nos regula, nos fortalece, nos refresca y siempre está transformándonos y saturándonos.

EDIFICADA NO POR UNA POSICION

También debemos ver que la edificación de la iglesia no es un asunto de posición o responsabilidad, sino un asunto de vida en el ser interior. No es un asunto de poner a alguien en una posición, sino que es el crecimiento de la vida interior hasta alcanzar madurez. El ser interior debe ser forjado por Dios mediante Su obrar interior. Cuanto más pongamos a las personas en cierta posición, más vacío tendremos. Pero cuanto más ayudemos a la gente a comprender el crecimiento en vida, más la vida se multiplicará. El crecimiento de la vida interior es la manera segura de edificar la Iglesia. Entonces, por medio de la vida en madurez, espontáneamente estaremos capacitados para actuar con responsabilidad.

Debemos repetir una vez más: la intención de Dios es impartir a Cristo en nosotros y hacer que Cristo sea todo en nuestro interior. Dios usa las enseñanzas para ayudar a algunos, y usa los dones para ayudar a otros; pero estas dos cosas no son lo principal. Se necesita una revelación interior para ver la meta del Cristo viviente que mora dentro de nosotros. Entonces, dondequiera que nos reunamos, seremos la casa viviente del viviente Dios. El Dios viviente mora, vive y obra en nosotros, y nosotros somos el testimonio de Jesús, quien es la realidad de todo el universo. Entonces tendremos una verdadera manifestación del Dios viviente en la carne. Este es el camino del recobro de Dios hoy en día. Acudamos al Señor para recibir gracia interior a fin de que obtengamos la realidad de la Iglesia.

CAPITULO VEINTICUATRO

LA VISION DEL BLANCO DE LA ECONOMIA DE DIOS

La economía de Dios con su blanco fue dada al principio de este libro, pero después de leer todos estos capítulos, es posible que todavía no lo entendamos. Dicho de manera sencilla, la economía de Dios es que El mismo se forje en nosotros, y a fin de llevar a cabo esto, El debe hacerlo en tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu. Desde el comienzo de este libro hemos dedicado muchas páginas hablando acerca de esta economía del Dios Triuno. Dios nunca tuvo la intención de darnos la doctrina acerca de la Trinidad, en las Escrituras. La doctrina solamente nos envuelve en muchos diferentes conceptos. Sin embargo, las Escrituras sí revelan la manera en que Dios realizó Su economía divina en tres diferentes Personas.

Ya hemos señalado que la palabra “economía” en griego, significa administración, mayordomía, gobierno, arreglo, dispensación. La palabra dispensación no se usa tomando en cuenta períodos de tiempo, sino en el sentido del dispensarse de Dios dentro de nosotros. De nuevo repetimos que la intención de Dios es dispensarse a Sí mismo dentro de nosotros. Este plan es el centro de Su creación y de Su redención. Dios creó y redimió al hombre con este propósito, que el hombre fuera el recipiente en el cual Dios pudiera dispensarse a Sí mismo. En todo el universo —tiempo, espacio y eternidad— el centro de la economía de Dios es dispensarse a Sí mismo dentro de la humanidad.

Finalmente, la máxima consumación de toda la obra de Dios de creación, redención y transformación, es el mezclar universal de Dios con el hombre. Así que la Nueva Jerusalén llega a existir como el resultado máximo de toda la obra de

Dios, como aparece en los sesenta y seis libros de las Escrituras. Este resultado no es otra cosa que el mezclar universal de Dios con el hombre. La Nueva Jerusalén es una mezcla de Dios mismo con un cuerpo corporativo de personas. En aquel día ya no serán naturales, sino que cada parte y cada aspecto habrán sido regenerados, transformados y conformados por Dios y con Dios como vida. Ellos habrán sido transformados en naturaleza y conformados en apariencia a Dios mismo. Si hemos de servir al Señor de una manera apropiada, necesitamos tener esta visión. Esta visión no es nueva; es la visión original desde el principio de la era de la Iglesia. Sin embargo, necesita ser nueva y necesita ser renovada día tras día en nosotros. Esta debe ser la visión que controle toda nuestra obra, vida y actividad.

EL BLANCO ES ALCANZADO MEDIANTE CUATRO PASOS

¿Cuál es el blanco de esta economía? Primeramente el Padre, quien es la fuente, ha sido puesto en el Hijo. El Padre con toda Su plenitud se ha manifestado en la Persona del Hijo. El Hijo es la incorporación y la expresión del Padre, nadie excepto el Hijo ha visto a Dios el Padre. En el Hijo, Dios ha llevado a cabo todo lo que El planeó, por medio de cuatro pasos principales: la encarnación, la crucifixión, la resurrección y la ascensión. Estos cuatro pasos han cumplido todo lo que Dios planeó en la eternidad.

Por medio de la encarnación, Dios fue introducido en el hombre. Dios fue introducido en la naturaleza humana y vivió ahí por treinta y tres años y medio sobre la tierra. Cualquier sufrimiento humano que haya habido en esta tierra, Dios lo sufrió. No solamente fue un hombre de nombre Jesús quien sufrió, sino que fue Dios dentro de El quien estaba sufriendo.

El siguiente paso fue la crucifixión. Las doce cosas negativas, tales como Satanás, el hombre caído, el pecado, el mundo, la muerte, etc., han sido llevados a la cruz y se les ha dado fin. Todas las cosas negativas fueron terminadas en la cruz.

La resurrección siguió a la crucifixión. La resurrección recobró y elevó el nivel de la humanidad creada por Dios y llevó la naturaleza humana a Dios, introduciéndola en El. Por medio de la encarnación la naturaleza divina fue traída al

hombre e impartida en él; por medio de la resurrección la naturaleza humana fue introducida en Dios. Ahora el hombre puede tener más que una naturaleza humana creada, puesto que su naturaleza ha sido regenerada, elevada e introducida en Dios. Después de la resurrección, Cristo fue exhibido a todo el universo como un “modelo”. En este modelo Dios está en el hombre, y el hombre está en Dios. Puesto que todas las cosas negativas han sido tratadas y terminadas por la cruz, no hay nada negativo en este modelo.

Después este modelo ascendió a los cielos y fue entronizado con gloria y autoridad. La mente humana no puede comprender este cuadro. En este momento todo fue completado, no quedó nada incompleto. Este modelo, el cual es Dios mezclado con el hombre y el hombre mezclado con Dios, ascendió por encima de todas las cosas, en tiempo y en espacio. El trascendió al lugar más alto del universo y fue entronizado con gloria y autoridad.

Luego, del Glorificado el Espíritu Santo vino como el derramamiento de un líquido compuesto de muchos elementos. La naturaleza divina, la naturaleza humana, la vida humana, los sufrimientos humanos, la muerte de la cruz, la resurrección, la ascensión y la entronización, son todos elementos que están incluidos en el Espíritu Santo. Como ya hemos visto, este derramamiento maravilloso es la “dosis todo-inclusiva”; cualquier cosa que necesitamos se encuentra en esta “dosis”. Como este derramamiento, el Espíritu Santo ha sido vertido en nosotros. En el día de resurrección y en el día de Pentecostés, el Espíritu Santo de Jesús, el Espíritu que incluye todos los elementos, vino *dentro de* los cristianos primitivos y *sobre* ellos. Por una parte, El entra *en* nosotros, y por otra, El viene *sobre* nosotros. Dios en Sus tres Personas se mezcla a Sí mismo con nosotros.

EL BLANCO OPERA EN EL ESPIRITU HUMANO

El blanco de la economía de Dios, el cual no debemos errar, es éste: Dios en tres Personas ha entrado *en* nosotros. El Nuevo Testamento trata más acerca del hecho de que Dios en el Espíritu ha entrado *en* nosotros, que con el hecho de que El ha venido *sobre* nosotros. Esta pequeña palabra “en”, ocurre

muchas veces en el Nuevo Testamento: Cristo “en mí”, Cristo “vive en mí”, Cristo “formado en mí”, Cristo “hace Su hogar en mí”, “permaneced en mí, y Yo en vosotros”, etc. Si usted tiene tiempo, cuente cuántas veces ha sido usada esta pequeña palabra en el Nuevo Testamento. Dios hizo al hombre a propósito con tres partes, a fin de que El pudiera entrar en el hombre, y de que el hombre sirviera a Su propósito. El hombre, como hemos visto, es un ser tripartito —cuerpo, alma y espíritu— lo cual corresponde al Tabernáculo con sus tres partes: el atrio, el lugar santo y el Lugar Santísimo. Solamente la parte más profunda es el lugar donde mora la gloria shekiná de Dios, y donde permanece el arca, la cual tipifica a Cristo. Esto claramente nos muestra que Dios y Cristo han venido a morar en nuestro espíritu. Nuestro espíritu, el Lugar Santísimo, es la parte más profunda.

Podemos encontrar esto en las Escrituras de manera muy clara, especialmente en 2 Timoteo 4:22: “El Señor esté con tu espíritu”. También en Efesios 4:6, Dios el Padre está en nosotros; en 2 Corintios 13:5, Dios el Hijo está en nosotros; y en Romanos 8:11, Dios el Espíritu está en nosotros. El Dios Triuno, en las Personas del Padre, el Hijo, y el Espíritu, ahora está en nuestro espíritu. Este es el blanco de la economía de Dios: el Dios Triuno está en nuestro espíritu para ser nuestra vida y nuestro todo. ¡Oh, cuánto han descuidado los hijos de Dios en los siglos pasados la economía de Dios! Debemos recuperar en nuestro espíritu y no errar este blanco de Dios.

Dios se forja a Sí mismo a través de nosotros, usando nuestro espíritu como Su centro. El Dios Triuno está en el centro de nuestro ser. ¡Esto es lo más maravilloso! Dios entró en la naturaleza humana, llevó a la naturaleza humana y la introdujo en la naturaleza divina, y le dio fin a todas las cosas negativas; ahora el Dios Triuno y todo lo que El ha realizado, están en nuestro espíritu como nuestra vida y como nuestro todo. Desde este punto central el Dios Triuno se dispersa desde adentro hacia afuera y satura las partes profundas de nuestro ser consigo mismo. El espíritu humano es el punto central del blanco de la economía de Dios. Si perdemos éste, simplemente erramos el blanco de la economía de Dios. Yo no digo que esta es la *meta* de la economía de Dios, sino el *mismo*

blanco. Este blanco ha sido pasado por alto por la mayoría de los cristianos hoy en día. ¡Podemos hablar de muchas cosas bíblicas y no acertarle al blanco! De hecho debemos darnos cuenta que todas las enseñanzas de los sesenta y seis libros de la Biblia tienen como fin este blanco. Todos los diferentes dones y las diferentes funciones son para este blanco, y deben ser enfocados en este blanco.

¿Cómo podemos experimentar al Dios Triuno morando en nuestro espíritu? ¿Cómo podemos experimentar a este Espíritu que mora en nuestro espíritu? Debemos darnos cuenta de que el Dios Triuno siempre está *obrando* dentro de nosotros (Fil. 2:13). El está operando dentro de nosotros, no fuera de nosotros; incluso El está operando más dentro de nosotros, que sobre nosotros. La palabra griega que se traduce “operar” equivale a la palabra “energizar” en español. El Dios que mora en nosotros está energizando en nuestro interior todo el tiempo. El también *vive* dentro de nosotros mediante Cristo quien “vive en mí”. En otras palabras, el Dios Triuno está en nosotros hoy en día como nuestra vida. En esta vida también se encuentra la ley interna, la ley viviente; no la ley de letras, sino la ley de vida. Esta ley divina de vida, siempre está *regulándonos* desde nuestro interior (He. 8:10). Además, de regularnos interiormente el Dios Triuno, quien mora en nosotros, también está *ungiéndonos* por dentro todo el tiempo (1 Jn. 2:27).

Consideremos estas cuatro palabras un poco más: obrar, vivir, regular y ungir. ¡Cuánto necesita la Iglesia la revelación interior y las experiencias de estas cuatro cosas! No debemos considerarlas como enseñanzas, sino que debemos experimentar cada día al Dios Triuno operando en nosotros, viviendo en nosotros, regulándonos y ungiéndonos. Debemos permitir que este Dios Triuno maravilloso nos regule continuamente, en nuestros pensamientos, en nuestros motivos, en nuestras palabras, en nuestra actitud, y en nuestras relaciones con otros. Incluso lo que comamos y lo que vistamos debe ser regulado por El. Debemos experimentarlo a ese grado y en una manera muy práctica. Esto no debe degradarse y llegar a ser una doctrina; la doctrina no sirve de nada. Cuando se practique esto, será algo revolucionario. Debemos darnos

cuenta de que este Cristo maravilloso mora en nuestro espíritu con el propósito de operar y vivir en nosotros y con el propósito de regularnos y ungirnos.

EL BLANCO EDIFICA LA IGLESIA

Si no experimentamos al Señor de esta manera práctica, es absolutamente imposible que la Iglesia sea edificada. Esto se muestra en el tipo de Eva, quien llegó a existir al salir de Adán (Gn. 2:21-24; Ef. 5:30-32). Eva era parte de Adán, algo que procedió de Adán. Solamente lo que *procedió de* Adán podía ser la esposa de Adán. Cada parte y cada aspecto de Eva, era algo de Adán. Esto confirma que la Iglesia solamente puede ser edificada con aquello que procede de Cristo. Las doctrinas y los dones no edifican a la Iglesia. Cristo mismo en los santos, es el único material con el cual se edifica el Cuerpo de Cristo. Si no tenemos las experiencias de vivir prácticamente por Cristo, solamente seremos cierta clase de “iglesia religiosa”.

Además, debemos aprender a experimentar a Cristo, no solamente como nuestra vida, sino también como nuestro alimento, el Pan de Vida. El es el suministro de alimento dentro de nosotros. Día tras día debemos alimentarnos de Cristo y debemos ser nutridos por El. Esto no debe ser solamente una enseñanza para nosotros, sino nuestra experiencia de cada día y de cada hora. En Juan 6:57 el Señor dice que el que come de El, vivirá por El. Si hemos de vivir por Cristo, debemos comer de El; de esta manera El será muy real para nosotros. Es triste que muchos cristianos no comen a Cristo diariamente.

Permítame mostrarlo con este ejemplo. Cuando usted nació, probablemente pesaba entre tres y cuatro kilos, sin embargo, ahora usted pesa más de 50 kilos. Su cuerpo ha sido edificado; pero por favor dígame, ¿por qué medio? ¿Por medio de ir al restaurante y mirar el menú? Por supuesto que no. Su cuerpo ha sido edificado por medio de las cosas que usted ha comido, por el pollo, los huevos, las papas, las manzanas, los plátanos y lo demás. Entonces, ¿cómo puede ser edificado el Cuerpo de Cristo? No por medio de enseñanza, porque cuanto más se le enseñe cómo comer, más adelgazará usted. De

hecho, si usted solamente *aprende* el arte de comer, muy pronto celebraremos su funeral. ¡Tal vez usted aprenda muchas cosas e incluso tal vez usted llegue a ser el mejor dietista, sin embargo usted morirá muy pronto! Del mismo modo, usted puede conocer todas las enseñanzas buenas, bíblicas e incluso espirituales, y sin embargo, estar muriendo por falta de alimento. Hoy en día las iglesias necesitan las “madres” que nutran a los jóvenes para que les den de comer y beber de Cristo y no para que les den enseñanzas.

Si me preguntan qué es lo que me preocupa en estos días, les diría que solamente dos cosas me preocupan: Una es que aunque muchos hermanos y hermanas realmente han visto las cosas negativas del cristianismo y algo del camino del Señor con respecto a Su iglesia, temo que ellos practiquen la vida de la iglesia por medio de métodos externos. Usted dice: “Anteriormente pastoreaba una iglesia de cierta manera, pero ahora veo que es incorrecto. Así que dejaré esa manera y usaré otra”. Esto todavía es una actividad religiosa, *no* la edificación del Cuerpo de Cristo. La edificación del Cuerpo de Cristo es algo que procede de lo *interior*. Usted debe alimentarse de Cristo, comer a Cristo y beber a Cristo a fin de ser nutrido de Cristo. Cuando usted esté lleno de Cristo, usted ministrará algo de El como alimento a otros. Entonces, el Cuerpo de Cristo será edificado.

No es un asunto de métodos. Si usted lee todo el Nuevo Testamento, no podrá encontrar ningún método. Si es que acaso tengo algún método, sería éste: en primer lugar, usted debe ser puesto en la cruz; en segundo lugar, usted debe alimentarse de Cristo en el espíritu día tras día; en tercer lugar, cuando usted está nutrido y lleno de Cristo, necesita nutrir a otros con *Cristo*. Entonces surgirá la iglesia. El único método es ir a la cruz, alimentarse de Cristo, y nutrir a otros de Cristo.

La otra cosa que me preocupa es ésta: Aunque hemos hablado mucho acerca de Cristo como nuestra vida, me temo que solamente conocemos esto como un mensaje, como un término, como un tema; no tenemos las experiencias a cada día y a cada hora. Necesitamos ser regulados y ungidos continuamente por El. Cada día y a cada hora necesitamos

alimentarnos de El y tener comunión íntima con El. Necesitamos olvidarnos de nosotros mismos y tener contacto con El, disfrutarlo, ser regulados y ungidos por El todo el tiempo. Esta es la vida interior, la experiencia interna del Cristo morador. Yo le recomendaría que leyera el libro de Andrew Murray titulado *The Spirit of Christ* [El Espíritu de Cristo]. Será de mucha ayuda, no para que usted obtenga más conocimiento, sino para que experimente en su vida diaria al Cristo morador. Al permitir usted que Cristo sea su alimento diario, puede testificar a todo el universo: "Estoy gustando a Cristo día tras día. Estoy disfrutando una comunión íntima y viva con El hora tras hora. Estoy bajo Su regulación y bajo Su unción todo el tiempo". Todos necesitamos poner plena atención a este asunto. Este es el blanco de la economía de Dios. Si erramos el blanco de la economía de Dios en nuestro espíritu, ¿cómo puede llevarse a cabo la economía de Dios en la Iglesia? Cuando usted maneja su automóvil, usted sabe dónde ponerle la gasolina, y dónde introducir la llave para arrancarlo; ése es el blanco para echar a andar su carro. Si usted pierde ese blanco, aunque usted tenga un carro muy hermoso, éste no se moverá.

Esta es la razón por la cual el libro de Hebreos nos presenta semejante versículo en el capítulo cuatro versículo doce. La Palabra de Dios es tan viva y penetrante que divide nuestro espíritu del alma. Todas las experiencias enseñadas en el libro de Hebreos deben ser comprendidas por medio de discernir el espíritu. El Cristo todo-inclusivo como la buena tierra está en nuestro espíritu y Su morada en el Lugar Santísimo también está en nuestro espíritu. Si usted no sabe cómo discernir el espíritu del alma, usted errará el blanco y no podrá disfrutar a Cristo. Cada día usted debe tratar con el Cristo viviente, quien es tan aplicable a usted. Cristo está en usted, y El es tan viviente, tan real y tan práctico. Cuando usted lo coma, lo beba y festeje en El como su nutrimento diario, vivirá por El y con El, y estará constantemente bajo Su regulación y Su unción. Esto es lo que necesitamos experimentar todo el tiempo, si es que vamos a impartir a Cristo como alimento a otros. Si la gente se alimenta de Cristo, El llegará a ser el material en ellos, y de esta manera el Cuerpo de Cristo

poco a poco crecerá y será edificado. Pido la ayuda del Señor para que nuestros ojos sean abiertos a fin de que veamos la visión celestial y la revelación interior de este Cristo viviente y subjetivo, que mora en nuestro espíritu como el blanco de la economía de Dios.

DOS SIERVOS DEL SEÑOR

Agradecemos al Señor que el ministerio que Watchman Nee y su colaborador Witness Lee rindieron al Cuerpo de Cristo ha sido de bendición por más de ochenta años para los hijos del Señor en todos los continentes de la tierra. Sus escritos han sido traducidos a muchos idiomas. Y, puesto que nuestros lectores nos han hecho muchas preguntas con respecto a Watchman Nee y Witness Lee, a manera de respuesta hemos querido presentarles esta breve reseña biográfica sobre la vida y la obra de estos dos hermanos.

Watchman Nee

Watchman Nee recibió a Cristo a los diecisiete años de edad. Su ministerio es muy conocido entre los creyentes de todo el mundo que buscan más del Señor. Sus escritos han sido de gran ayuda para muchos de ellos, especialmente en lo concerniente a la vida espiritual y a la relación que existe entre Cristo y Sus creyentes. No obstante, no muchos conocen otro aspecto de igual importancia en su ministerio, en el cual se enfatiza la práctica de la vida de iglesia y la edificación del Cuerpo de Cristo. De hecho, el hermano Nee es autor de muchos libros, tanto acerca de la vida cristiana como acerca de la vida de iglesia. Hasta el final de sus días, Watchman Nee fue un don dado por el Señor para mostrarnos la revelación hallada en la Palabra de Dios. Después de padecer sufrimientos durante veinte años en una prisión en China, a la que estuvo confinado a causa de su fe en el Señor, nuestro hermano murió en 1972 como un fiel testigo de Jesucristo.

Witness Lee

Witness Lee fue el colaborador más cercano que tuvo Watchman Nee y el que le mereció mayor confianza. En 1925, a los diecinueve años de edad, Witness Lee experimentó una

dinámica regeneración espiritual y se consagró al Dios vivo a fin de servirle. A partir de entonces, se dedicó a estudiar la Biblia intensivamente. En los primeros siete años de su vida cristiana fue grandemente influenciado por la Asamblea de los hermanos de Plymouth. Después, conoció a Watchman Nee y durante los siguientes diecisiete años, hasta 1949, fue colaborador del hermano Nee en China. Durante la segunda guerra mundial, cuando Japón invadió a China, Witness Lee fue encarcelado por los japoneses y sufrió por causa de su fiel servicio al Señor. El ministerio y la obra de estos dos siervos del Señor trajo un gran avivamiento entre los cristianos de China, resultando en la propagación del evangelio por todo el país, así como en la edificación de cientos de iglesias.

En 1949 Watchman Nee congregó a todos los colaboradores que servían con él en China y, en tal ocasión, encargó a Witness Lee la continuación del ministerio mas allá de las fronteras de China continental, en la isla de Taiwan. En los años que siguieron, la bendición de Dios sobre la obra en Taiwan y el sudeste de Asia hizo que se establecieran más de cien iglesias en esa región.

A comienzos de 1960, Witness Lee fue dirigido por el Señor a radicarse en los Estados Unidos, donde ministró y laboró para el beneficio de los hijos del Señor durante más de treinta y cinco años. Vivió en la ciudad de Anaheim, en California, desde 1974 hasta que partió para estar con el Señor en junio de 1997. A lo largo de sus años de servicio en los Estados Unidos, el hermano Lee escribió más de 300 libros.

El ministerio de Witness Lee es particularmente beneficioso para aquellos cristianos que buscan más del Señor y anhelan conocer y experimentar más profundamente las inescrutables riquezas de Cristo. Al darnos acceso a la revelación divina contenida en las Escrituras, el ministerio del hermano Lee nos revela la manera de conocer a Cristo con miras a la edificación de la iglesia, la cual es Su Cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. Todos los creyentes deben participar en el ministerio de edificar el Cuerpo de Cristo, a fin de que el Cuerpo se edifique a sí mismo en amor. Sólo si se lleva a cabo dicha edificación se podrá cumplir el propósito del Señor, y así podremos satisfacer el anhelo de Su corazón.

La característica principal del ministerio de ambos hermanos yace en que ellos enseñaron la verdad basados en la palabra pura de la Biblia.

A continuación, detallamos brevemente las principales creencias que profesaron Watchman Nee y Witness Lee:

1. La Santa Biblia es la revelación divina, completa e infalible, dada por el aliento de Dios y cuyas palabras fueron inspiradas por el Espíritu Santo.

2. Hay un único Dios, a saber, el Dios Triuno: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo coexisten simultáneamente y moran el Uno en el Otro desde la eternidad hasta la eternidad.

3. El Hijo de Dios, quien es Dios mismo, a fin de ser nuestro Redentor y Salvador, se encarnó al hacerse un hombre llamado Jesús, el cual nació de la virgen María.

4. Jesús, quien es un auténtico ser humano, vivió en la tierra por treinta y tres años y medio con el fin de dar a conocer a Dios el Padre a los hombres.

5. Jesús, el Cristo ungido por Dios con Su Espíritu Santo, murió en la cruz por nuestros pecados y derramó Su sangre para efectuar nuestra redención.

6. Jesucristo, después de permanecer tres días en el sepulcro, fue levantado de entre los muertos y cuarenta días después El ascendió al cielo, donde Dios le hizo Señor de todos.

7. Cristo, después de Su ascensión, derramó el Espíritu de Dios sobre Sus escogidos, Sus miembros, bautizándolos en un solo Cuerpo. Dicho Espíritu se mueve en la tierra hoy con el propósito de convencer a los pecadores de sus pecados, regenerar al pueblo escogido de Dios impartiendo la vida divina, morar en los que creen en Cristo para que ellos crezcan en la vida divina y edificar el Cuerpo de Cristo, con miras a que Cristo obtenga Su plena expresión.

8. Cristo, al final de la era presente, regresará para arrebatarse a Sus creyentes, juzgar al mundo, tomar posesión de la tierra y establecer Su reino eterno.

9. Los santos vencedores reinarán con Cristo durante el reino milenario, y todos los que creen en Cristo participarán de las bendiciones divinas en la Nueva Jerusalén, en el cielo nuevo y la tierra nueva por toda la eternidad.

Política de distribución

Living Stream Ministry se complace en hacer disponibles gratuitamente las versiones electrónicas de estos siete libros. Esperamos que muchos lean estos libros en su totalidad y se sientan en libertad de referírselos a otros. Les rogamos que a fin de conservar el orden limite a su uso personal la impresión de estos archivos. Por favor, no traslade estos archivos en manera alguna a otro lugar. Si desea hacer copias adicionales de estos archivos, por favor, háganos llegar una solicitud escrita a copyrights@lsm.org. También solicitamos que se respeten todos los avisos de derechos de autor conforme a las leyes que aplican. Estos archivos PDF no pueden ser modificados ni desarticulados en manera alguna para ningún otro uso.